

Introducción

PLUTONIA: Una aventura en el interior de la tierra... Plutonia, una historia ficticia del mundo perdido en el tiempo, dentro de la prehistoria más allá de los días lejanos, distantes de los hombres-mono, del tigre de dientes de sable, del mamut, del dinosaurio, es la clase de narrativa bien-escrita y que es hecha para los que han conservado su espíritu joven para este tipo de historias.

A principios de siglo un equipo de científicos rusos emprende una expedición ártica, y descubren la entrada hacia otro mundo dentro de la tierra, donde un " sol " brilla por encima constantemente. La flora y la fauna son mas antiguas mientras se profundizan cada vez mas hacia el interior del planeta , y finalmente, llegan a un mundo de dinosaurios. En su retirada, acercándose a la entrada, encuentran una tribu de hombres-monos primitivos, asemejándose a Neanderthal...

DEL AUTOR

Después de la descripción del extraordinario viaje a Plutonia, mundo subterráneo con ríos, lagos y volcanes, en el que viven animales fabulosos y crecen diferentes plantas e incluso habitan hombres primitivos y que está alumbrado por su sol propio, por Plutón; después de haber vivido con los viajeros toda clase de aventuras, los jóvenes lectores se preguntan, naturalmente, extrañados si existe en efecto ese mundo con sus asombrosos habitantes y si en medio de los vastos campos de hielo del Ártico hay un orificio a través del cual se puede penetrar en las cavidades subterráneas y estudiarlas a ellas y a los habitantes que las pueblan.

Algunos lectores de esta novela me han preguntado con absoluta seriedad si no se organiza actualmente ninguna nueva expedición a Plutonia y si no sería posible tomar parte en tan interesante empresa para ver todo lo que ha sido descrito tan viva y atractivamente. Me preguntan también por qué no se ha encontrado hasta ahora entre los hielos polares el orificio por donde se pueda bajar a ese reino subterráneo.

Debo explicar que el viaje descrito por mí no se ha realizado nunca ni puede llevarse a cabo, ya que en ninguna parte de la corteza terrestre hay ningún orificio que permita penetrar dentro de la Tierra, en cuyo interior no hay ni puede haber ninguna cavidad subterránea. Este viaje es una novela científica fantástica cuyo tema inventé para dar a conocer a los lectores la naturaleza, los animales y las plantas de períodos geológicos hace tiempo desaparecidos en las condiciones de su existencia de entonces. Sentí el deseo de escribirla cuando, ya viajero experto, vi al releer el Viaje al centro de la Tierra, de Julio Verne, que el viaje subterráneo estaba trazado en él de manera inverosímil y que, además, desde el momento en que fue escrita esta novela se han obtenida muchos nuevos datos acerca de los que habitaban antiguamente nuestra Tierra. Por ejemplo, en los barrancos de las orillas del río Dvina Septentrional se han encontrado restos de reptiles carnívoros y herbívoros de la edad pérmica. Detrás de los Urales se han hallado huesos de un gran rinoceronte sin cuerno, al que se dió el nombre de indricoterio (de Indrik, animal de los cuentos de hadas). En el norte de Siberia, en el suelo helado, se han

descubiertos cadáveres de mamuts que en tiempos habitaron en gran número estas frías regiones de bosque-tundra. En las estepas de Mongolia descubrí yo en 1892 un diente de un rinoceronte terciario, quedando así demostrado que los desiertos y las estepas de Gobi no estuvieron cubiertos por el mar Jan-jai como calculaban los sabios extranjeros, sino que eran tierra firme. Este hallazgo dio lugar a una gran expedición norteamericana a Mongolia (1923), durante la cual fueron encontrados en diferentes lugares huesos de reptiles y mamíferos anfibios cretáceos y terciarios que poblaban antes el desierto de Gobi.

Sirvió de base a mi novela Plutonia una hipótesis debatida en la literatura científica extranjera hace más de un siglo y que tenía numerosos defensores. Estos afirmaban que el globo terrestre está hueco y que su interior, alumbrado por un pequeño astro, se halla poblado. En el capítulo Charla científica queda expuesta en detalle esta hipótesis y la defiende Trujánov, protagonista de la novela y organizador de la expedición a Plutonia. Esta hipótesis ha sido hace ya tiempo refutada por la ciencia y, aunque no sabemos todavía con exactitud cuál es el estado del núcleo terrestre, se puede asegurar que no existe ningún astro interior ni ningún orificio que lleve al subsuelo. A pesar de ello, dicha hipótesis me pareció adecuada para una novela científica fantástica.

Durante los últimos años, las expediciones soviéticas que han explorado las depresiones de Gobi en Asia Central han descubierto en ellas cementerios enteros de reptiles y mamíferos terrestres y lacustres. En general, estas depresiones conservan en sus aluviones muchos restos de diferentes animales de la antigüedad que se pueden extraer para la ciencia y los museos, no en las cavidades subterráneas, sino en la superficie terrestre, que es la que atrae a los jóvenes exploradores de la naturaleza.

Mi deseo sería que también esta edición de Plutonia incitase a los jóvenes lectores a adentrarse más en la Geología y estudiar esta ciencia interesante que explica la composición y la estructura de nuestro planeta y refiere qué plantas y qué animales lo habitaron en los periodos pasados y sus transformaciones sucesivas hasta que entre los animales destacó un ser pensante, el hombre, que llegó a ser el dueño de la Tierra.

V. Obruchev.

Capítulo 1

UNA PROPOSICIÓN INESPERADA

El profesor Kashtánov, famoso por sus viajes a Nueva Zembla y al archipiélago de Spitzberg y por la investigación del Ural polar, catedrático de Geología en la Universidad, acababa de volver de su laboratorio. Concluido el semestre de otoño, terminados los exámenes y las lecciones, el profesor soñaba satisfecho con las tres semanas de las vacaciones de invierno. Pero no para estarse sin hacer nada, ¡quia! De edad mediana, lleno de fuerzas y de salud, sólo pensaba descansar dos o tres días y ponerse luego, despejadas las ideas, a escribir un artículo científico acerca de la correlación geológica del Ural y Nueva Zembla.

Sentado a su mesa de despacho en espera del almuerzo, Kashtánov repasó la correspondencia recibida aquel día, hojeó algunos folletos científicos que le habían enviado sus Fautores, miró por encima un catálogo de las novedades científicas de una editorial alemana. Al fin llamó su atención un sobre grande, amarillo, con la dirección escrita en letra muy clara, aunque menuda.

El profesor conocía a la perfección la letra de las personas que le escribían habitualmente y por eso le interesó aquella carta de un desconocido. Kashtánov desgarró el sobre y, sorprendido, leyó lo siguiente:

"Munku-Sardik, 1 de diciembre de 1913. Estimado Piotr Ivánovich:

Conociendo su experiencia en exploraciones polares y el interés que siente usted por la geología de la región ártica, le invito a tomar parte en una gran expedición que preparo para la primavera próxima por un plazo de uno o dos años a fin de estudiar la parte inexplorada del Océano Glacial. Si en principio está usted de acuerdo, tenga la bondad de venir a Moscú, para sostener conversaciones personales, el 2 de enero de 1914, al mediodía, al Hotel Metropol donde ese día y a esa hora nos reuniremos los demás participantes probables de la expedición y yo. En caso de que rechace usted rotundamente la propuesta, tenga usted a bien comunicarlo a la misma dirección. En todo caso, los gastos del viaje serán indemnizados.

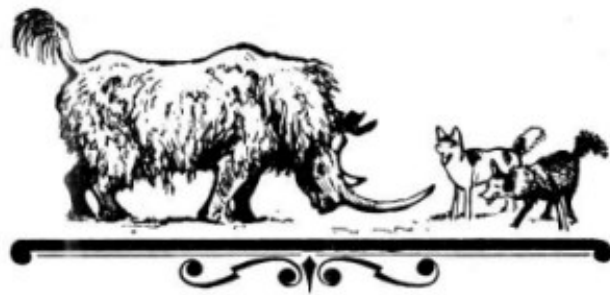
Siempre suyo, y con todo respeto, Nikolái Innokéntievich Trujánov".

El profesor dejó la carta y quedó pensativo.

"¿Trujánov? Creo haber escuchado ese nombre, pero no sé dónde ni cuándo. Me parece que en algo relacionado con cuestiones de Geofísica o de Astronomía. Tendré que enterarme. Es muy curioso. ¡Un hombre que vive cerca de la frontera de Mongolia y organiza una expedición al Océano Glacial!"

Kashtánov extendió la mano hacia el teléfono y se puso en comunicación con un colega suyo, profesor de Astronomía, que le dio los siguientes datos: al salir de la Universidad, Trujánov se había consagrado a la Geofísica y a la Astronomía. Recientemente había construido un observatorio en la cumbre del Munku-Sardik, en la cordillera de Sayán, junto a la frontera de Mongolia, para aprovechar la pureza y la transparencia del aire de Siberia Oriental durante los largos inviernos, que abundan en días y noches de cielo despejado. Bueno, ¿pero qué tenían que ver aquí las regiones polares? Sobre el Océano Glacial la atmósfera es, desde luego, menos favorable que en Munku-Sardik para las observaciones astronómicas...

El astrónomo no podía contestar nada a esta pregunta y a Kashtánov no le quedó otro remedio que aplazar hasta el 2 de enero la satisfacción de su curiosidad. Porque, desde luego, estaba decidido a hacer el viaje a Moscú.



Capítulo 2

LA REUNIÓN DE MOSCÚ

El 2 de enero de 1914, a las 12 del día, el profesor Kashtánov llegó en automóvil al Hotel Metropol y llamó al cuarto 133, que le había indicado el conserje. Abierta la puerta, el profesor se encontró en una vasta habitación luminosa donde había ya unas cuantas personas. Uno de los presentes se levantó al encuentro de Kashtánov y, tendiéndole la mano, exclamó:

-Tiene usted la puntualidad de un reloj, Piotr Ivánovich, a pesar de este tiempo, que es una verdadera nevasca siberiana. Esta circunstancia me parece de perfecto augurio para nuestra empresa. Me alegro mucho de que haya venido usted y de tener el honor de saludarle. Soy Trujánov, y permítame usted que le presente a las demás personas aquí reunidas.

Uno a uno se levantaron y fueron presentados a Kashtánov:

- El privado docente Sermón Semiónovich Pápochkin, zoólogo.
- Iván Andréievich Borovói, meteorólogo del Observatorio Físico Central.
- Mijaíl Ignátievich Gromelco, botánico y médico.

En medio de la habitación estaba extendido sobre una mesa redonda un gran mapa de la región ártica donde habían sido trazados en gruesas líneas de color los itinerarios de las expediciones de los últimos cincuenta años. Al norte de la península de Taimir figuraba ya la tierra que sólo en el verano de 1913 había descubierto Vilkitski¹.

Cuando todos tomaron asiento en torno a la mesa, Trujánov comenzó a hablar así:

- Según les demuestra a ustedes este mapa, las cinco sextas partes de la región ártica comprendida entre Siberia, Europa Septentrional, Groenlandia y América del Norte se hallan surcadas por los itinerarios de numerosas expediciones. Sin embargo, el sorprendente descubrimiento de una tierra hecho hace poco tiempo por Vilkitski ha demostrado que en este aspecto todavía son posibles para la ciencia grandes conquistas. Tan sólo hace falta encauzar los esfuerzos debidamente, utilizando la experiencia de todos los predecesores.

¹ Ahora se llama Tierra del Norte.

- Las gloriosas expediciones de los siglos XVII y XVIII de Pronchishev, de Láptiev, de Dezhniov, de Bering y las investigaciones de Wrángel y de Middendorf en la primera mitad del siglo XIX en el extremo norte de Siberia son continuadas actualmente por las expediciones de Sedov, de Brusílov y de Rusánov, dedicados la exploraciones en los mares de Kara y de Barents. En esta misma región ha penetrado también Vilkitski que, naturalmente, proseguirá sus investigaciones. Yo no quiero hacerles competencia.

- Mis planes -continuó Trujánov después de una breve pausa- se refieren a otra parte de la región ártica.

- Miren ustedes esta gran mancha blanca al Norte de la península de Chukotka y de Alaska; ¡no la atraviesa ni una sola línea de color! El desventurado Jeannette, atenazado por los hielos, pasó al Sur de esta mancha. Las últimas expediciones de Sverdrup y de Amundsen actuaron más al Este, entre las islas del archipiélago norteamericano.

- Sin embargo, en los límites de esta mancha debe haber una tierra desconocida de todo el mundo o bien una gran isla de área igual, por lo menos, a la mitad de Groenlandia. También es posible que haya aquí todo un archipiélago. Vean ustedes que en el extremo oriental de esta mancha está señalada una tierra problemática vista desde lejos por Crooker y, en el extremo meridional, la Tierra de Kinan. Nansen piensa que en esta parte del Océano Glacial no hay ninguna tierra grande. Peary, por el contrario, está convencido de que, desde el cabo de Thomas Hubbard, vió al noroeste el extremo de un gran continente.

- Harris, que participó en el trazado costero y geodésico de los Estados Unidos de América, está seguro que existe ese continente, basándose en el estudio de las mareas en las orillas septentrionales de Alaska. Según sus palabras, todo el curso de estas oscilaciones del nivel del mar de Beaufort demuestra que no vienen del Pacífico a través del estrecho de Bering, angosto y poco profundo, sino del Océano Atlántico por un intersticio profundo comprendido entre Noruega y Groenlandia y que luego, entre el supuesto continente y las orillas Alaska y de Siberia, estas oscilaciones van debilitándose más y más. Si no existiera ese continente, la ola de marea alta iría desde el mar de Groenlandia, a través del Polo Norte, directamente a las costas de Alaska y de Chukotka sin retrasarse ni debilitarse. La existencia del

continente es demostrada, además, por el hecho de que el mar de Beaufort, abierto al poniente, los vientos occidentales acentúan la ola de la marea alta, mientras los vientos orientales la debilitan, llegando hasta dos metros la diferencia de altura de las olas. Este hecho sólo es posible en un brazo de mar aprisionado entre dos continentes. El supuesto continente sólo está separado por un angosto estrecho de las islas del archipiélago norteamericano. Si este estrecho no fuera angosto, la ola de la marea creciente del Océano Atlántico podría llegar a las orillas de la isla de Banks, encontrándose aquí con el flujo que hubiera contorneado dicho continente por el Oeste y el Sur, y ambas mareas habrían de exterminarse la una a la otra.

Pero las observaciones de MacClure en la orilla occidental de la isla de Banks han demostrado que aquí domina todavía el flujo que viene de occidente, del mar de Beaufort.

- Así pues -concluyó Trujánov su informe-, puede considerarse casi indudable la existencia de un continente o de un apretado grupo de grandes islas en esta parte de la región ártica y sólo queda hacer su descubrimiento y declararlas propiedad de Rusia. Me he enterado de que el gobierno del Canadá prepara una expedición para que penetre este verano en la mancha blanca por el Este. No se puede esperar más tiempo: debemos penetrar en ésa misma región por el Sur y el Sudoeste, por lo parte del estrecho de Bering.

- Por eso he decidido organizar y dirigir allá una expedición y les invito a ustedes a tomar parte en ella.

- Y ahora, permítanme ustedes comunicarles los planes más inmediatos. Desde este otoño está en los astilleros un barco del tipo del Fram, aunque más perfeccionado gracias a la experiencia de las últimas navegaciones. Dentro de unos días será botado y el capitán se hará cargo -de él para equiparlo definitivamente, Según el contrato, el barco debe estar listo a fines de abril y el 1 de mayo atracará en Vladivostok para recoger a los miembros de la expedición. A principios de mayo leva- anclas y tomaremos rumbo a Kamchatka, donde cargaremos en Petropávlosk una partida de perros de tiro y uno o dos hombres expertos en el manejo de estos animales. Si no logramos hacerlo en Kamchatka, podremos adquirir los perros en la península de Chukotka, en el estrecho de Bering, donde habremos de atracar a fin

de aprovisionarnos de yukola² para los perros y de trajes de pieles para los hombres. Pasado el estrecho de Bering, no nos dirigiremos hacia el Noroeste como el Jeannette , sino hacia el Nordeste, directamente a la tierra que buscamos. Está claro que pronto tropezaremos con los hielos y, a través de ellos, avanzaremos lo más posible; pero es muy probable que no lleguemos en el barco hasta las orillas de esa tierra y, entonces, desembarcaremos una expedición de trineos a fin de adentrarnos cuanto podamos hacia el Norte. La expedición llevará provisiones para un año por si hace falta invernar o por si no consigue regresar para el otoño o por si el barco, que cursará a lo largo del extremo meridional de la tierra o de los hielos, no puede recoger a la expedición antes de que llegue la noche polar invernal. En el extremo de la tierra el barco irá dejando, a determinada distancia los unos de los otros, depósitos de provisiones a fin de que la expedición de trineos pueda completar las suyas también otro año en caso de ocurrir alguna desgracia. Pero si a fines del verano que viene no ha regresado el barco a algún puerto que tenga comunicación telegráfica con Europa, en la primavera del año siguiente saldrá una expedición de salvamento para buscar al barco y recoger a la expedición de trineos.

- Como ven ustedes -concluyó Trujánov-, aunque la expedición no se propone llegar al Polo Norte, sino únicamente investigar un supuesto continente al Norte del estrecho de Bering, también esta misión es bastante difícil. En el mejor de los casos, volveremos a Rusia muy entrado el otoño de este año, posiblemente sin haber visto siquiera la tierra que buscamos; pero lo más probable es que hayamos de invernar en los hielos, en el barco o en el continente, y volver dentro de un año o dos.. En el peor de los casos, podemos perecer, cosa que cada uno de nosotros debe tener en cuenta para dejar sus asuntos en la debida forma.

Después de una pausa, durante la cual cada uno de los oyentes pudo reflexionar en el asunto, Trujánov añadió:

- Si cualquiera de ustedes, una vez explicado ahora el plan de la expedición, considera imposible tomar parte en ella, le ruego de todas formas que no hable con nadie de nuestros propósitos hasta principios de mayo.

- Si no me equivoco -observó Kashtánov- ha dicho usted al hablar de la expedición de los trineos: "La desembarcaremos en la orilla o en el hielo". Acaso no piensa

² En el Norte de Siberia se llama así el pescado seco, fundamentalmente del género de los salmónidos, que los habitantes preparan de antemano para alimentarse en invierno, ellos y sus perros.

usted participar en la exploración del continente desconocido, Nikolái Innokéntievich?

- Desgraciadamente, no, Piotr Ivánovich. Iré con ustedes en -el barco y en él me quedaré, porque apenas puedo caminar. Tengo una pierna amputada por debajo de la rodilla: me la rompí con tan mala suerte durante una ascensión por los Sayán que he quedado inválido y sólo sirvo para un régimen sedentario de vida.

- Entonces, ¿quién irá en la expedición de los trineos?

- Todos los presentes menos el capitán y yo, y también uno o dos hombres de Kamchatka o de Chukotka, es decir, de cinco a seis personas. La investigación de los tres reinos de la naturaleza estará asegurada y, aparte de estudiar los fenómenos atmosféricos, el meteorólogo se encarga de determinar las longitudes y las latitudes.

- ¿No es cierto, Iván Andréievich?

- Muy justo. Tengo bastante -experiencia -en este aspecto- -contestó Borovói.

- No pido una respuesta inmediata en lo que se refiere a tomar parte en la expedición - prosiguió Trujánov-. Que cada cual reflexione tranquilamente a solas en mi propuesta.

- Cuándo debemos dar la contestación definitiva? -preguntó Pápochkin.

- Dentro de una semana a esta misma hora. Desgraciadamente no puedo concederles un plazo más largo para reflexionar, ya que, en caso de que alguno de ustedes no acceda, habré de buscar otro especialista que le sustituya y afines de enero debo volver a Siberia para dejar arreglados los asuntos de mi observatorio, que abandono por largo plazo.

Al cabo de una semana, las mismas personas se reunieron a la misma hora en la habitación de Trujánov. Faltaba el capitán, que había salido ya a hacerse cargo del barco. Ninguno de los hombres de ciencia renunció a tomar parte en la expedición, demasiado seductora a pesar de las privaciones y los peligros que auguraba. Trujánov estaba entusiasmado y observó que aquella unanimidad y aquella ausencia de vacilaciones garantizaba de antemano el buen éxito de la empresa. El plan volvió a ser debatido, y cada uno de los participantes hizo las observaciones de su especialidad acerca de los equipos científicos y personales necesarios.

Al día siguiente, todos regresaron a sus lugares de residencia para prepararse y poner en regla sus asuntos.

Capítulo 3

EN MARCHA

El 20 de abril salieron de Moscú juntos, en el expreso de Siberia, el profesor Kashtánov, el zoólogo Pápochkin, el meteorólogo Borovói y el médico Gromeko que, procedentes de distintos puntos, habían decidido reunirse en Moscú. Diez días después llegaban a la estación de Vladivostok.

En el hotel señalado de antemano nuestros viajeros encontraron ya a Trujánov, llegado una semana antes para hacer diferentes compras y recibir los artículos encargados. Al día siguiente, primero de mayo, los cinco fueron a recibir, cuando atracaba en el puerto, al barco Estrella Polar, desde cuyo puente les sonreía el rostro atezado del capitán. Durante tres días se procedió al embarque de carbón, lubricantes, provisiones de boca, diferentes objetos del equipo científico y el equipaje personal de los miembros de la expedición que, por su parte, embarcaron al tercer día.

El 4 de mayo por la mañana todo estaba listo, las formalidades aduaneras terminadas, el equipaje y los pasajeros en sus puestos.

Cortando suavemente las olas de la bahía Zolotói Reg, el Estrella Polar dobló al mediodía el cabo Oslínie Ushi y, por delante de la isla Russki, se dirigió hacia el Este. Desde el puente del capitán, los cinco viajeros se despedían con la mirada de la ciudad que desaparecía a lo lejos, extendida en anfiteatro por los montes, detrás de la verde bahía. En el fondo del alma cada uno se preguntaba involuntariamente: ¿Volveré yo a ver algún día estas orillas y mi Patria? Y todos sentían cierta tristeza. Pero la -fresca brisa marina y el ligero balanceo que comenzó poco después de salir de la bahía ahuyentaron pronto los recuerdos de tierra.

Se escuchó el gong que llamaba al desayuno y los viajeros descendieron a la sala de oficiales después de lanzar unja última mirada a la negra franja de tierra patria que quedaba atrás.

Después del desayuno todos volvieron a cubierta para contemplar la negra masa de la isla de Askold, último trozo de tierra patria hasta llegar -a Kamchatka. Pasada la isla, el Estrella Polar viró hacia oriente. El viento había amainado y el barco cortaba suavemente las olas azules del mar del Japón, que se extendía al Sur y al Este.

Únicamente al Norte, a una distancia de quince a veinte kilómetros, corría la línea oscura de la orilla de Ussurí. Al ponerse el sol también esta línea desapareció rápidamente detrás del cabo Povorotni.

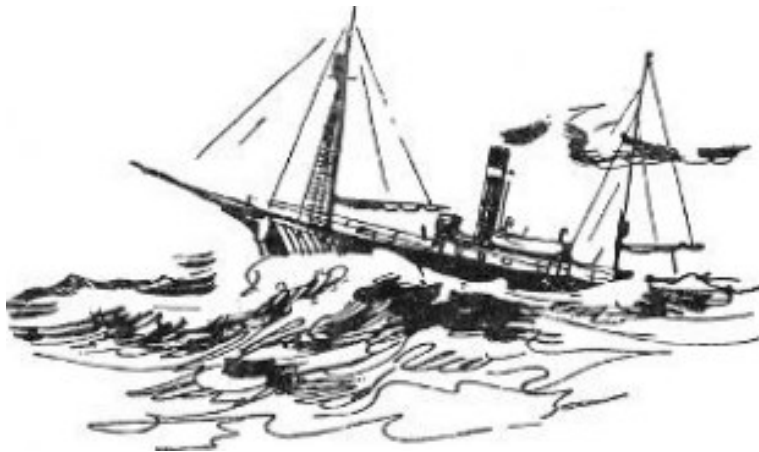
El barco viró bruscamente hacia el Nordeste.

- ¿A qué puerto nos dirigimos?

- A ninguno, si no nos obliga alguna fuerte tormenta. Pero el barómetro está alto y no se prevé ninguna tormenta hasta las Kuriles.

- ¿Y una vez allí?

- Una vez allí, el frío mar de Ojotsk nos dará probablemente algún disgusto. Este odioso rincón del Océano Pacífico siempre prepara alguna encerrona a los barcos que se dirigen hacia Kamchatka. Las tempestades repentinas, las nieblas, la lluvia y la nieve son allí constantes, sobre todo en primavera y otoño. Ahora que a nosotros, nos servirá para prepararnos a las condiciones polares.



Gracias a la quietud del mar, todos durmieron y descansaron aquella noche perfectamente de después del ajetreo y las preocupaciones de los preparativos del viaje. Pero al día siguiente se justificaron las predicciones de Trujánov. El barómetro descendió bruscamente, sopló un fuerte noroeste, el cielo se cubrió de nubarrones grises y empezó a caer una fina lluvia otoñal. A la altura del cabo de la Paciencia, el Estrella Polar viró casi hacia el Este y entró en el mar de Ojotsk, alejándose más y más de Sajalín. Comenzó un fuerte balanceo y los viajeros pasaron una noche muy inquieta.

Al día siguiente el tiempo no mejoró. Se sucedían la lluvia y la nieve. Las olas oscuras, coronadas de blancas crestas de espuma, pegaban rítmicamente contra babor, salpicando toda 1a cubierta. Tuvieron que quedarse en 1a sala de oficiales charlando para pasar el tiempo. Pápochkin y Socavói, que soportaban mal el balanceo, no aparecieron a la hora del desayuno ni a la hora del almuerzo. El capitán sólo abandonaba por poco tiempo su puesto. Felizmente la tormenta no era fuerte e incluso amainó durante 1a noche. A la mañana siguiente apareció por delante 1a masa oscura de 1a isla de Paramushir, la más grande de la parte septentrional de las Kuriles y, a la derecha, otras islas más pequeñas, las de Makanrushi y Onekotán, con el volcán de Toorusir del que ascendía una espesa columna de humo. El viento había cesado y el humo subía en línea recta, dispersándose en 1as capas altas de la atmósfera para convertirse en una nube gris



apenas visible en el cielo entoldado. A unas millas, al Sur emergía del agua, semejante a una columna gigantesca, la abrupta roca de Avossi, igual que un enorme dedo negro que amenazase al barco. La franja blanca del oleaje hacía resaltar crudamente su base en la superficie del mar que, a la luz gris del día, tomaba un tinte verde aceituna.

- ¡Qué tétricas son estas islas! -exclamó Pápochkin, que había subido a cubierta al enterarse de que se veía tierra-. Unas rocas lúgubres, negras y rojizas, y arbustos rastreros.

- Y nieblas permanentes. En el verano lluvias, en invierno tormentas de nieve -añadió Trujánov-. Pero, de todas formas, hay gente que vive aquí.

- Las islas Kuriles son todas de origen volcánico -explicó Kashtánov-. En ellas se cuentan veintitrés volcanes, de los cuales dieciséis se hallan en actividad más o menos permanente. Esta cadena, que une Kamchatka y el Japón, se extiende por el borde occidental de una gran depresión del fondo del mar, la cuenca de Tuskaror, que alcanza una profundidad de nueve mil quinientos metros. Las líneas de los grandes accidentes de la corteza terrestre suelen ir

acompañadas de volcanes, y los frecuentes terremotos demuestran que todavía continúan los desplazamientos en la corteza terrestre y el equilibrio se altera.

Capítulo 4

EL PAÍS DE LAS COLINAS HUMEANTES

Después de mediodía, el viento de popa permitió izar todas las velas y el Estrella Polar corrió con duplicada velocidad hacia Kamchatka, que se divisaba ya en el horizonte. Pronto llegaron al cabo Lopatka y luego se ofreció a los ojos de los viajeros una línea de colinas volcánicas. Unas eran cónicas, otras truncadas, unidas entre sí por los cuellos de pequeñas cordilleras. La nieve que cubría los conos esbeltos de los montes y las crestas de las cordilleras intermedias ponía una intensa mancha blanca sobre el fondo oscuro del cielo.

La noche de loma permitía trasponer sin peligro el paso estrecho de la bahía de Avacha. Recogidas las velas, el Estrella Polar pasó a poca marcha por entre las altas rocas del canal y se encontró en una ancha bahía en cuyas orillas ni una sola luz



denotaba la presencia del hombre. Era más de media noche y la pequeña ciudad de Petropávlovsk descansaba desde hacía ya mucho tiempo. Las aguas quietas de la bahía lanzaban reflejos plateados a la intensa luz de la luna y, a lo lejos, al Norte, alzábase el esbelto cono del monte de Avacha, semejante a un fantasma blanco sobre el fondo oscuro del cielo. El aire estaba frío. Hubiérase dicho que Kamchatka se hallaba todavía envuelto en el sueño invernal.

Al cabo de una hora, el barco echó el ancla a unos cien metros de la orilla, junto a la ciudad dormida. El rechinar de las cadenas despertó, a los perros y el silencio nocturno fue roto por unos ladridos, a los que, sin embargo, ninguno de los vecinos prestó atención. Se conoce que aquel concierto, de tan repetido, era un fenómeno corriente.

Por la mañana despertaron a los viajeros las carreras y el ajetrea iniciados en cubierta. Se procedía a la carga de carbón, de agua potable y de provisiones. Todos se apresuraron a abandonar sus camarotes. El sol brillante estaba ya muy alto sobre los montes y la ciudad llena de vida.

Después de tan larga navegación, todos querían sentir bajo los pies tierra firme. Por eso desayunaron a toda prisa y aprovecharon para trasladarse a la orilla la lancha que iba a buscar provisiones. Toda la población de Petropávlovsk desde los chiquillos hasta los ancianos que apenas podían tenerse de pie, se había congregado en la orilla para ver el barco y sus pasajeros, para enterarse de las últimas noticias de la Patria lejana y de si no habían traído algunas de las mercancías que necesitaban.

Detrás de la muchedumbre, sobre la pendiente suave, extendíanse en pintoresco desorden las tristes casuchas de los habitantes, entre las que destacaban algunos edificios por su tamaño y su buen porte: la escuela, el hospital, la casa nueva del gobierno de la provincia y algunos almacenes comerciales. Sorprendió a los viajeros la ausencia de todo lo que pudiera parecerse a una calle. Las casitas estaban dispersadas como se les había ocurrido a sus constructores y sus dueños: unas de cara a la bahía, otras de costado y algunas incluso en línea oblicua. Alrededor de cada casa había graneros, cobertizos para el ganado, secaderos para la yukola. En muchos lugares aun había montones y campos de nieve sucia, a medio derretir, por debajo de los cuales corrían hacia el mar arroyuelos de agua turbia que los transeúntes debían pasar saltando por no haber aceras ni puentecillos.

A todos sorprendió la ausencia casi absoluta de aves de corral y ganado doméstico menor. Explicábase esta circunstancia por el hecho de que los perros de tiro, sin los cuales es imposible vivir en Kamchatka, exterminan a todos los animales pequeños, sobre todo hacia finales del invierno cuando van agotándose las reservas de yukola y se tiene a los perros a media ración. Estos perros, hermosos animales lanudos de distinto pelaje, se veían en torno a todas las casas. Unos tomaban el sol en graciosas posturas, otros husmeaban en los residuos domésticos y otros, en fin, se peleaban o jugaban entre sí. Los viajeros observaban con interés a aquellos animales, cuyos congéneres



debían tomar parte en la expedición del Estrella Polar como medio de locomoción por las nieves y los hielos de la tierra desconocida. En Kamchatka estaba deshelando y la nieve derretida no permitía caminar en trineo, de manera que los perros gozaban ahora de un merecido descanso y de un inmerecido ayuno que denotaban sus flancos hundidos y sus miradas famélicas.

A pesar de los rodeos que tenían que hacer constantemente por entre las casas y sus anejos, los viajeros recorrieron toda la ciudad en menos de media hora y llegaron a las afueras, donde el botánico esperaba recoger algunos ejemplares de la flora primaveral. Pero sus esperanzas fallaron: todo estaba cubierto aún de una espesa capa de nieve y sólo en la pendiente más abrupta, ya despejada por el deshielo, descubrió unas hojas recientes de anémonas. Por las grandes nevadas que caen en invierno y la influencia del frío mar de Ojotsk, la primavera empieza tarde y la tierra no queda libre de nieve hasta finales de mayo. En cambio, también el otoño se prolonga hasta mediados o fines de noviembre. Desde el extremo superior de la ciudad ofrecíase una vista maravillosa de toda la bahía de Avacha, ceñida de montañas que en unos sitios caían a pico en rocas oscuras hacia el espejo del agua y en otros bajaban en suaves pendientes, surcadas por el cauce de riachuelos ya despiertos de su sueño invernal.

El anillo de las montañas no llegaba hasta la costa de la bahía sólo por la parte de occidente donde se vislumbraba el delta anegadizo del Avacha. En la desembocadura del río podían verse las casuchas del poblado de su mismo nombre, único sitio habitado, además de Petropávlovks, en la orilla de esta espléndida cuenca de cerca de veinte kilómetros de diámetro, capaz de dar cabida a las flotas de todas las potencias grandes y pequeñas, perfectamente protegida del lado del mar y que, sin embargo, sobrecogía a los viajeros por su aspecto desierto. En la superficie lisa del agua no blanqueaba ni una sola vela, pero en cambio las montañas circundantes, tapizadas de bosques, conservaban su nítido manto invernal.

Al descender a la orilla, nuestros viajeros fueron testigos de una escena curiosa. Junto al agua estaban, atados por parejas, treinta perros destinados a la expedición. Aunque los rodeaban unos cuantos marineros y un grupo de curiosos,



mostrábanse muy inquietos: aullaban, se peleaban y hacían tentativas de huir. En el agua, cerca de tierra, flotaba una gran barca tosca en la que debía ser embarcada la jauría. Un hombre recio, desnudo de cintura para arriba - debía ser el kayur, o sea el conductor de los perros-, agarró por la piel del cuello a una pareja de perros que se debatían aullando, los llevó hasta la lancha y los instaló en la popa. Pero no había hecho más que volver la espalda para ir a buscar la pareja siguiente cuando los sagaces animales, sin duda poco aficionados a los viajes por mar, saltaron de nuevo a la orilla, donde se confundieron con los demás. El juego se repitió varias veces para gran algazara de los espectadores De nada sirvieron los punta pies ni

los gritos: los perros no querían abandonar su patria. El kayur se desesperaba y profería contra los perros terribles juramentos en ruso y en kamchadal, los espectadores reían a carcajadas y daban toda clase de consejos, los perros aullaban. La barahúnda era indescriptible.

Finalmente, el kayur inventó un método de embarque ingenioso, aunque no muy agradable para los lanudos pasajeros. Empujó la lancha a unos cinco pasos de la orilla, encomendándosela a uno de los marineros, y luego se puso alanzar a los perros por parejas a la lancha a través del agua, a pesar de su resistencia. Retorciéndose en el aire, los perros iban a caer al fondo de la barca, en seguida se ponían de pie, apoyados con las patas delanteras en la borda, y aullaban desesperadamente, aunque sin decidirse a saltar al agua. Cuando la lancha estuvo llena de las inquietas parejas, que continuaban pegando saltos y aullidos, la trajeron de proa a la orilla, los marineros y el kayur se metieron de un brinco en ella y

empuñaron los remos. Como por obra de magia, la jauría se aplacó al primer golpe de remos y no volvió a oírse en toda la travesía. Pero en cuanto la lancha rozó el casco del Estrella Polar el concierto se reanudó con fuerza duplicada. Desde la orilla podía verse cómo eran subidos los perros a cubierta, de dos en dos, en una cesta que echaban con una cuerda desde el barco y cómo los llevaba el kayur hasta el lugar que les estaba reservado, donde una buena ración de yukola les obligaba a conformarse con su suerte.

El ajeteo que se observaba en cubierta, el estruendo de la cadena del ancla y el ladrido de los perros alarmados despertó muy temprano, a la mañana siguiente, a los viajeros, que no vacilaron en salir de sus camarotes para lanzar una última mirada a la pequeña ciudad y sus habitantes, reunidos en la orilla a fin de despedir al barco. Entra gritos de "hurra" y "buen viaje", acompañados por gorros y pañuelos agitados en el aire y por el ladrido de los perros, el Estrella Polar viró suavemente y, a toda marcha, atravesó la bahía hacia la salida. La orilla se alejaba rápidamente y, al mismo tiempo, -en último plano iba apareciendo, detrás de las montañas inmediatas a la ciudad, el cono níveo del Avacha. De su cumbre se calzaba una columna de humo fina y transparente.

- ¡Ya ha empezado a humear nuestro monte! -pronunció una voz a espaldas de los viajeros que, de pie junto a la borda, admiraban aquel bello cuadro.

Todos se volvieron. Había hablado el hombre enérgico que el día anterior embarcó a los perros en la lancha. Ahora llevaba puesta una kujlianka, ropón de piel de reno con el pelo hacia fuera. El corte estrecho y algo oblicuo de sus ojos pardos, los pómulos salientes, el color moreno de la piel, la nariz achatada y el ralo bigote negro denunciaban bar en seguida su origen mongol. Observaba sonriente a los viajeros.

- Aquí tienen ustedes a un nuevo miembro de nuestra expedición: Ilyá Stepánovich Igolkin, el encargado de los treinta perros y el kayur del trineo delantero, que nos enseñará a conducir a estos inquietos animales -dijo Trujánov, saludando al kayur.

- Nuestros perros son muy tranquilos, señor jefe -objetó el kayur -. Se han calmado ya. Aullaban porque a todo el mundo le cuesta trabajo abandonar su patria.

Cuando Igolkin se alejó para echar una mirada a los perros, Trujánov comunicó a sus compañeros algunos datos de este miembro de la expedición. Igolkin era de origen cosaco- buriato y había nacido en Transbaikalia, en una stanitsa fronteriza de Mongolia, pero se quedó en Vladivostok después de participar en la guerra contra el Japón. Llegado a Kamchatka con una expedición científica, le gustó el país de las colinas humeantes, sus vastas extensiones, la profusión de pesca y la caza de osos. Allí encontró su segunda patria y, habiéndose adaptado rápidamente a las originales condiciones de vida de aquella tierra, hízose famoso en Petropávlovsk como hábil kayur y guía de los aficionados a la caza. En la expedición de Trujánov le había atraído el buen sueldo, una de cuyas anualidades, pagada por adelantado, le permitía construirse una casa y comprar ganado y aparejos.



Una hora después de levar anclas, el Estrella Polar entraba ya en la garganta de la bahía de Avacha, que mide más de cinco kilómetros de longitud. A la derecha de la salida, frente al acantilado del cabo Bábushkin, emergía del mar, negra, la enorme roca de Bábushkin, de cerca de cien metros de altura, cuya cima plana se presta muy bien para que aniden en ella Las aves marinas.

Centenares de gaviotas, de cuervos marinos y otras aves, inquietadas por el ruido de la máquina, volaban alrededor de la roca, atronando el aire con sus gritos penetrantes.

Después de doblar el cabo Dalni con su faro, el Estrella Polar viró hacia el Nordeste y navegó a lo largo de la costa oriental de Kamchatka, apartándose gradualmente de ella. En dos días no había nada que observar. Además, soplaban un frío noroeste, trayendo tan pronto lluvia como granizo o nieve. El mar estaba inquieto y los camarotes abrigados resultaban mucho más atractivos que la húmeda cubierta.

El viento cesó al fin, pero en cambio aparecieron los hielos flotantes y la niebla. Durante dos días se navegó a poca velocidad para no chocar con algún campo de

hielo. Al despejarse el tiempo, a estribor apareció la orilla rocosa de la isla de San Lavrenti y a babor el cabo Chukotski. Al oeste del cabo, en la orilla de la profunda bahía Providencia, se encontraba una factoría donde la expedición debía recoger carbón traído de antemano en un barco fletado a este efecto. El Estrella Polar echó el ancla y comenzó la carga del carbón. Después- de una semana de navegación todos se apresuraron a descender a tierra. Pero las rocas de la orilla no dejaban gran espacio para las excursiones, la nieve cubría todavía las vertientes dejando libre tan sólo una pequeña superficie en torno a la factoría.

Capítulo 5

EL ESTRECHO DE BERING

A los dos días de haber cargado el carbón, el Estrella Polar dobló el cabo Chukotski y entró en el estrecho de Bering ciñéndose más al continente de Asia, donde los montes de escasa altura descendían a pico sobre la orilla del mar o bajaban suavemente hacia los anchos valles que se adentraban en este triste país. Aunque finalizaba mayo, en todas partes se veían grandes campos de nieve y sólo las faldas abruptas de las montañas orientadas hacia el Sur y el Sudoeste se hallaban completamente libres de nieve y verdeaban ya, cubiertas por la hierba nueva o por las hojas recientes de los matorrales rastreros de sauce polar y de abedul.

Sobre las aguas verdes del estrecho flotaba muchas veces una niebla que ocultaba la lejanía. El cielo era constantemente velado por unas bajas nubes plumizas que se vertían sobre cubierta, tan pronto en yagua como en nieve. Por entre las nubes asomaba de cuando -en cuando el sol, que daba mucha luz pero poco calor. Y, a los rayos del sol, las adustas orillas del extremo Nordeste de Asia perdían su hosco carácter. Cuando la niebla se disipaba o era barrida por los ramalazos del viento, que coronaba de blanco las olas verdes, podía divisarse al Este, azulena, la costa lisa de América. Los hielos flotantes iban haciéndose más frecuentes, aunque no en masas compactas, sino en pequeños campos o incluso en témpanos cuyos bellos contornos caprichosos admiraban a los que no habían estado en los mares del Norte.

La proximidad de un campo de hielo más considerable solía ir precedida por la aparición de franjas de niebla, de manera que los capitanes de los barcos podían siempre desviarse hacia uno u otro lado para no chocar con los hielos. Sin embargo, el riesgo no era aquí tan grande como en la parte norte del Océano Atlántico, donde se pueden encontrar icebergs peligrosos para los barcos, porque estas montañas de hielo, arrastradas por la corriente hacia el Sur, van derritiéndose poco a poco de manera que la parte submarina se encuentra en equilibrio inestable y puede la montaña dar media vuelta al menor choque.

Las orillas parecían carentes de vida: ni una columna de humo, ni una silueta de hombre o de animal. Por eso se sorprendieron mucho nuestros viajeros reunidos en



cubierta cuando, de una pequeña bahía que apareció de pronto detrás de un cabo escarpado, salió rápidamente una lancha tripulada por un solo hombre que manejaba con energía los remos para atravesarse en el rumbo del Estrella Polar. Pero cuando advirtió que el barco le ganaba terreno empezó a gritar agitando un pañuelo.

El capitán dio orden de aminorar la marcha e invitó por el altavoz al tripulante de la lancha a que se aproximara al barco. Cuando estuvo cerca se vio que era una piragua de las que se usan en Chukotka. El capitán, pensando que algún chukchi había hecho detenerse al barco para pedir alcohol o tabaco, iba a gritar "a toda marcha", cuando el remero, que se encontraba ya muy cerca, gritó:

- ¡Por Dios, déjenme subir a bordo!

Se detuvo la máquina y la piragua llegó hasta el barco. Se soltó una escala. El desconocido trepó rápidamente a bordo, quitóse el gorro de piel con orejeras y, dirigiéndose a los miembros de la expedición, pronunció feliz:

- Muchas gracias. ¡Ahora estoy salvado!

Era un hombre alto, recio, de rostro atezado, ojos azules y clara barba hirsuta. El viento agitaba sus cabellos cobrizos, que llevaba evidentemente mucho tiempo sin cortar. Iba vestido al estilo chukchi y en la mano izquierda sostenía un saco de cuero, pequeño pero al parecer muy pesado.

Trujánov se aproximó a él y, tendiéndole la mano, pronunció:

- Según las apariencias, ha sufrido usted un naufragio, ¿verdad?

Al oír hablar en ruso resplandeció el rostro del desconocido. Envolvió en una rápida mirada a todos los miembros de la expedición, dejó su saquito en cubierta y empezó a estrecharles la mano uno por uno, hablando precipitadamente en ruso:

- Veo con alegría que son ustedes compatriotas míos. Porque yo soy ruso: Yákov Makshéiev, de Ekaterinburgo. ¡Qué felicidad! He encontrado un barco y, además, ruso. Había descubierto un filón de oro en la orilla de Chukotka pero, como se me habían terminado las provisiones, he tenido que abandonarlo a la fuerza. Este es el segundo día que navego hacia el Sur con la esperanza de llegar a algún sitio habitado. Tengan ustedes la bondad de darme algo de comer, porque hace dos días que sólo me alimento de moluscos.

Trujánov, acompañado por los demás viajeros, condujo a Makshéiev a la sala de oficiales, donde le sirvieron unos fiambres y té para que recobrase fuerzas hasta que estuviera listo el almuerzo. Comiendo a dos carrillos, Makshéiev refirió la historia de sus aventuras:

- Soy ingeniero de minas y, durante los últimos años, he trabajado en los yacimientos auríferos de Siberia y del Extremo Oriente. Inquieto por naturaleza, me gusta viajar, conocer lugares nuevos. Por eso, cuando el año pasado oí decir que corrían rumores de que en Chukotka había oro, decidí salir para allá a descubrirlo. La verdad es que no me atraía tanto el oro como el deseo de visitar esta región, apartada y poco conocida.

- Me puse en camino con dos indígenas, que se ofrecieron a acompañarme, y desembarqué sin novedad en la orilla de Chukotka, donde pronto logré encontrar un rico yacimiento aurífero y lavar mucho oro. Como nuestra reserva de provisiones era limitada y yo tenía el propósito de quedarme allí todavía algún tiempo, envié a mis compañeros en busca de víveres al poblado chukchi más próximo, pero todavía no han regresado aunque ha transcurrido ya más de un mes desde el momento de su partida. Al germinar Makshéiev su relato, Trujánov le explicó que el Estrella Polar no era un barco mercante y que, como tenían que navegar a toda prisa hacia el Norte, no podían llevarle a ningún puerto.

- Lo único que podemos hacer es entregarle al primer barco con el que nos crucemos - concluyó.

- Bueno, pues si su barco no es mercante, ¿a qué se dedica, hacia dónde se dirige?

- Conduce una expedición polar rusa cuyos miembros ve usted aquí, y se dirige hacia el mar de Beaufort.

- Entonces, está visto que habré de navegar con ustedes algún tiempo si no se les ocurre desembarcarme de Robinson en una isla deshabitada -rió Makshéiev-. Pero ya les he dicho que no atengo nada más que lo que llevo puesto: ni ropa interior, ni traje decente... Nada más que el vil metal, que me permitirá no quedar en deuda con ustedes.

- De eso no tiene usted ni que hablar -le interrumpió Trujánov--. Hemos ayudado a un compatriota a salir de un apuro, y nos alegramos mucho de ello. Llevamos ropa suficiente y, además, tiene usted aproximadamente la misma estatura y la misma complexión que yo.

Se puso a disposición de Makshéiev un camarote vacío donde pudiese lavarse, cambiar de ropa y guardar su oro. Por la tarde se presentó en la sala de oficiales, ya transformado, y distrajo a los viajeros con el relato de sus aventuras. El nuevo pasajero produjo en todos una impresión muy favorable. Cuando se retiró a descansar, Trujánov preguntó a los miembros de la expedición:

-- ¿Y si e invitásemos a incorporarse a nuestro grupo? Se trata, al parecer, de un hombre enérgico, fuerte, experto, que tiene un carácter agradable y expansivo y que ha de sernos útil en, cualquier ocasión y en cualquier circunstancia.

- Y además muy correcto, a pesar de la dura vida que ha llevado en lugares perdidos y poco habitados -observó Kashtánov.

- Conoce la lengua esquimal, lo que podría servirnos en la tierra que buscamos, ya que, si está habitada, lo estará por esquimales -añadió Gromeko.

- Quizá le proponga, efectivamente, con la aprobación de todos ustedes, tomar parte en nuestra expedición -acabó diciendo Trujánov-. O, mejor aún, esperaré unos días. Como de aquí no se puede marchar, iremos conociéndole mejor.

A la mañana siguiente, el Estrella Polar se apartó de su curso, a petición de Makshéiev, para dirigirse hacia la gran bahía de San Lavrenti, en cuya orilla septentrional se encontraba el yacimiento de oro. Quería recoger su modesto ajuar y, además, propuso a Trujánov desmontar y llevarse la pequeña casita que tenía allí y que podía servir a la expedición para invernar en la tierra que buscaba. Dicha casita, con su despensa, estaba hecha de pedazos cuidadosamente ensamblados, de manera que podía ser desmontada en unas horas y cargada en el barco. El Estrella Polar atracó en la orilla y la tripulación y los viajeros pusieron manos a la

obra. Al mediodía, la casita estaba ya cargada en cubierta y el barco reanudó su camino hacia el Norte.

Capítulo 6

EN BUSCA DE LA TIERRA DESCONOCIDA

Muy avanzada la tarde, cuando el sol permanente hacía rodar ya su globo rojo por el horizonte septentrional, el Estrella Polar salió del estrecho de Bering al Océano Glacial. Lejos, a poniente, se divisaba el extremo Nororiental de Asia, el cabo de Dézhnev, en cuyas vertientes abruptas lanzaban reflejos purpúreos los múltiples campos de nieve iluminados por el sol. Los viajeros enviaron un último saludo a aquella orilla desahucada e inhabitada que, de todas maneras, formaba parte de la tierra patria.

Al Este podía distinguirse todavía, envuelto en una niebla ligera; el cabo del Príncipe de Gales, que había quedado ya atrás. Por delante, el mar estaba casi limpio de hielo. Durante los últimos tiempos habían dominado los vientos del Sur que, con la corriente tibia que pasa a lo largo de la orilla americana, habían empujado la mayor parte de los hielos hacia el Norte, circunstancia muy favorable para la navegación ulterior.

A la mañana siguiente, cuando los viajeros subieron a cubierta, no se veía ya tierra a Occidente. Al Este, la tierra continuaba visible: eran las costas de Alaska con sus rocosos cabos de Lisburne y de Hope, que limitan al Norte el golfo de Kotzebue.

El viento favorecía la marcha y, desplegadas las velas, el Estrella Polar bogaba por las olas como una enorme gaviota. De vez en cuando se cruzaban con campos de hielo y pequeños icebergs que, con un suave balanceo, flotaban lentamente, empujados por el viento, hacia el Nordeste.

Cuando las orillas de Alaska empezaron a desaparecer en el horizonte, Makshéiev, de pie junto a la borda con los demás pasajeros, gritó:

- ¡Adiós, antigua tierra rusa, tesoro regalado a los americanos!

- ¿Por qué? -soprendióse Borovói-. Si no recuerdo mal, nuestro gobierno vendió a los

Estados Unidos esta triste tierra.

- Sí, la vendió por siete millones de dólares. Pero, ¿sabe usted cuánto llevan sacado ya los yanquis de esta triste tierra?

- Hombre, pues otro tanto o quizá el doble.

- ¡Qué equivocado está usted! Solamente en oro llevan sacados de Alaska doscientos millones de dólares. Pero, además del oro, sin agotar todavía enteramente, hay allí plata, cobre, estaño y hulla que empiezan ya a extraer. Luego, las pieles, los grandes bosques que bordean el Yukón. Están construyendo un ferrocarril. Por el Yukón navegan vapores.

- ¿Para qué lamentarnos? -observó Trujánov-. De haberla tenido nosotros, Alaska habría continuado en el mismo estado primitivo que la tierra de Chukotka, donde también hay oro y carbón, y pieles, sin que se saque ningún provecho de ella.

- Eso es de momento -objetó Kashtánov-. El libre desarrollo de Rusia está sofocado por la autocracia. Pero, si cambia el gobierno, quizá, empecemos a trabajar en gran escala.

A la mañana siguiente no se veía ya la fierra y el Estrella Polar navegaba a velocidad reducida sobre un mar que parecía infinito a pesar de los témpanos que blanqueaban por todas partes. Una niebla espesa flotaba en el horizonte. El viento había amainado, a veces nevaba a grandes copos y entonces el horizonte se reducía rápidamente y el barco aminoraba la marcha. La temperatura del aire era sólo de 0,5 sobre cero. Hacia el mediodía asomó el sol y permitió determinar la latitud, que era de 70°3'. De esta manera, gracias al viento propicio y a encontrar el mar casi libre, el Estrella Polar había recorrido en treinta y seis horas una tercera parte de la distancia entre el estrecho de Bering y la costa de la tierra que buscaba.

Estas condiciones favorables se mantuvieron los dos días siguientes y los viajeros se encontraron ya a 73°39' de latitud. Pero al concluir el cuarto día de navegación por el mar de Beaufort, los hielos empezaron a multiplicarse rápidamente y el barco tuvo ya que maniobrar a marcha reducida por los estrechos pasadizos que dejaban los campos de hielo.

Durante todo este tiempo no se habían cruzado con ningún barco: probablemente la estación era todavía demasiado temprana para los balleneros. Comprobado este hecho, Trujánov dijo a Makshéiev:

- Como ve usted, Yákov Grigórievich, no hemos encontrado a ningún ballenero y, quiera que no, habrá de quedarse en el Estrella Polar como invitado mío. O quizá prefiera usted participar en la expedición de trineos si encontramos la tierra que buscamos.

- Por muy agradable que sea su compañía -contestó Makshéiev-, me resultaría desde luego penoso estarme seis meses o quizá un año en el barco, sin hacer nada, en medio de los hielos. En cambio participaré con mucho gusto en la expedición y, me parece, podré serle de algún provecho. Tengo experiencia de las marchas en esquís y en trineos de perros y me encargo de cuidarlos a medias con Igolkin. También puedo preparar la comida, levantar cartas y ayudar al profesor Kashtánov en sus observaciones geológicas. Como ingeniero de minas, algo entiendo de Geología.

- En tal caso, considero resuelto el asunto y me alegro mucho de que la expedición cuente con otro miembro, hombre enérgico y experto -concluyó Trujánov.

Las condiciones de la participación de Makshéiev quedaron fijadas muy rápidamente y, por la tarde, enseñó a Kashtánov una colección de minerales de Alaska y de Chukotka que habla recogido en su campamento.

El profesor la estudió con gran interés y se convenció de que Makshéiev poseía conocimientos profundos que podían hacer de él un buen auxiliar en el trabajo.

Por la noche tuvieron que permanecer varias horas en el mismo sitio. Con calma chicha, la niebla se había espesado hasta el punto de que no se veía nada a diez pasos de distancia, como si todo estuviese sumido en un baño de leche. El Estrella Polar se detuvo junto a un gran campo de hielo y todos durmieron tranquilamente menos los marineros de cuarto.

Por la mañana, la niebla empezó a disiparse ligeramente, arremolinándose bajo el sople de una brisa del Norte. Se hicieron los preparativos para continuar la navegación. El viento refrescó pronto, la niebla fue desapareciendo empujada hacia el Sur y los campos de hielo, después de algunos crujidos, también se pusieron en movimiento.

Por delante se abría un espacio bastante libre y, con la máquina a toda presión, el volvió a poner rumbo Nordeste, aunque lentamente para evitar choques con los hielos y para tener la posibilidad de detenerse en el momento preciso o de virar hacia uno u otro lado. Hasta media noche avanzaron, unas veces con lentitud y otras con bastante rapidez.

Pero luego, el sol, que había brillado desde el mediodía aunque con pausas, fue ocultado en el horizonte septentrional por un manto de niebla que pronto avanzó

sobre el Estrella Polar. Aquella noche fue menos tranquila que la anterior: soplaban un ligero viento del Norte y los témpanos se movían, se empujaban los unos a los otros, chascaban y se partían. La niebla en remolinos no dejaba distinguir el camino y la mayor parte del tiempo había que permanecer inmóviles, constantemente alerta para no ser aprisionados entre los grandes bloques de hielo.

Por la mañana arreció el viento del Norte, se disipó la niebla, pero en cambio los hielos cobraron gran movimiento y la jornada transcurrió en enorme tensión. El capitán tuvo que recurrir a toda su pericia para avanzar lentamente, regateando entre los campos, retrocediendo y girando unas veces a la derecha y otras a la izquierda. Armados de largos bicheros, los marineros montaban la guardia a una y otra borda para alejar el barco de los hielos que avanzaban sobre él. Felizmente, los extremos de los campos de hielo estaban ya bastante quebrados, no había icebergs y sólo a veces los torós³, cadenas de pequeños bloques de hielo amontonados en algunos sitios sobre los campos, ofrecían un peligro más grave.

Al llegar la noche, todos los pasajeros tuvieron que participar en la lucha contra los hielos para que los marineros pudiesen descansar por turno. No había niebla, soplaban un viento del Norte bastante frío y el barco fue avanzando. Por la mañana divisaron una bandada de aves que volaban hacia el Norte y dos osos andando por un gran campo a un kilómetro del barco. Aquéllos eran indicios de la proximidad de la tierra.

Alrededor de mediodía se tomó la latitud: 75°12'5". Por consiguiente, y a pesar de los hielos, el Estrella Polar había avanzado en tres días 1°33'5" al Norte.

Cuando el capitán trazó en el mapa el rumbo del barco, Trujánov observó, dirigiéndose a los miembros de la expedición reunidos en torno a la mesa:

- Hasta ahora tenemos una suerte extraordinaria. En 1879, el Jeantiette, que salió, igual que el Estrella Polar, del estrecho de Bering, se pasó todo el verano entre los hielos sin llegar siquiera al 73° de latitud Norte y a principios de septiembre fue definitivamente aplastado un poco más al Nordeste de la isla de Wrángel. Nosotros, en cambio, hemos logrado llegar en cuatro días y medio más allá del 75° sin gran contratiempo.

³ Torós: Bloque de hielo formado por la compresión de los bancos de hielo. (Nota de la trad.)

- Ahora se puede llegar hasta la tierra incluso a pie si los hielos obstaculizan definitivamente la navegación -dijo el capitán-. Calculo que no quedarán más de ochenta a cien kilómetros.

Capítulo 7

LA TIERRA DE FRIDTJOF NANSEN

Al día siguiente, ya muy tarde, el horizonte septentrional quedó limpio de niebla y de nubes en contra de lo habitual, y cuando el sol descendió hasta casi tocar su línea, pudo verse sobre el fondo purpúreo del cielo una lejana sierra de dientes pequeños.

- ¡Eso tiene que ser tierra! -exclamó el capitán; que observaba la sierra con un catalejo. Los campos de hielo no tienen esta configuración y, además, sobre el fondo blanco se ven numerosas manchas oscuras.

- ¡Y está más cerca de lo que pensábamos! Me parece que no nos separan más de cincuenta o sesenta kilómetros -observó Makshéiev.

- O sea, que el continente polar existe y nuestra expedición no ha sido organizada en vano -resumió satisfecho Trujánov.

Todos estaban agitados por la vista de la tierra y tardaron mucho en acostarse. La ausencia de niebla permitió presenciar un espectáculo poco corriente: el sol de la media noche, después de hacer rodar su globo de fuego sobre la cresta de la lejana sierra, comenzó de nuevo al ascender.

El Estrella Polar avanzó toda la noche y toda la mañana abriéndose paso como antes por entre los hielos más o menos compactos. Al mediodía, al ser tomada la latitud, se comprobó que en un día el barco había vuelto a avanzar hacia el Norte casi medio grado.

Al caer la tarde, el sol, que había brillado casi ininterrumpidamente desde por la mañana, cosa muy poco frecuente en esas latitudes, se ocultó entre las nubes. Al poco tiempo estaba nublado todo el cielo y se desencadenó una nevasca como las que se producen en pleno invierno. La nieve menuda cegaba y lo ocultaba todo en su manto blanquecino. En aquel mar, profusamente cubierto de hielos, el viento no podía producir una gran agitación; sin embargo, los campos de hielo se habían puesto en movimiento, entrechocaban, y los bancos, amontonados los unos sobre los otros, formaban en sus bordes torós que alcanzaban cuatro y hasta seis metros de altura. El barco se encontraba en situación peligrosa. Hubo que permanecer casi en el mismo sitio, aunque con la máquina bajo presión, rechazando los hielos y

unas veces avanzando un poco y otras retrocediendo. Todos estaban alerta y únicamente gracias a la construcción especial de su casco pudo soportar el barco la horrible presión de los hielos.

Finalmente, el Estrella Polar logró acogerse a una gran cavidad situada en la parte oriental de un enorme campo de hielo y protegida de la presión directa, donde el barco pasó tranquilo el resto de la noche.

Hacia el mediodía amainó la nevasca, asomó el sol y se pudo tornar la latitud. Todos quedaron desagradablemente sorprendidos al comprobar que el viento había vuelto a empujar el barco hacia el Sur con los hielos. Pero ese mismo viento había despedazado y separado los campos de hielo, de manera que en los días siguientes, con un tiempo nublado y quieto, el Estrella Polar se abrió camino bastante fácilmente y, desde luego, progresó de manera sensible hacia el Norte.

La tierra debía hallarse cerca, a juzgar porque la sonda que hasta entonces había marcado invariablemente en el mar de Beaufort una profundidad de quinientas a setecientas brazas marinas, encontraba ahora el fondo a ochenta brazas. Evidentemente, allí comenzaba ya la plataforma submarina del continente polar. Pero, a consecuencia del tiempo gris, de las nubes bajas y de la llovizna, aquella tierra próxima quedaba absolutamente oculta.

Por la tarde del mismo día, 2 de junio, la sonda marcó sólo veinte brazas de profundidad. Delante blanqueaban hielos compactos. El Marco avanzaba a pequeña marcha para no tropezar con algún bajío, cosa muy posible cerca de la tierra. Durante la noche tuvieron que permanecer inmóviles algunas horas porque la espesa niebla no dejaba ver absolutamente nada alrededor.

Por la mañana sopló un viento oriental y, al quedar disipada la niebla, resultó que el Estrella Polar se encontraba a poca distancia de un muro de hielo de unos veinte metros de altura que se extendía al Este y el Oeste hasta el horizonte.

- Será probablemente una barrena de hielo continental que circunda la tierra polar exactamente igual que ocurre en el Polo Sur -opinó Trujánov, dirigiéndose a los miembros de la expedición congregados en cubierta.

Como el lugar era incómodo para desembarcar la expedición de trineos, el barco puso rumbo al Este con la esperanza de encontrar una bahía o un accidente en la barrera por donde fuera posible subir a la superficie del hielo. La sonda marcaba

dieciséis brazas de profundidad y no era descabellada la idea de que el muro de hielo se asentaba en el fondo del mar.

Navegar muy cerca del muro era peligroso porque con frecuencia se desprendían de aquella masa de hielo -abrupta e incluso en cornisa, surcada de numerosas grietas- bloques de hielo más o menos grandes que caían al agua con un ruido sordo. Por algunas grietas acentuadas hasta formar cañones profundos, aunque estrechos, caían arroyos en cascada.

La navegación era lenta. Había que evitar los bajíos y los campos de hielo, de manera que en aquella jornada sólo avanzaron unos cuarenta kilómetros. Pero al finalizar el día apareció por delante un largo promontorio como si la muralla avanzara hacia el Sur, cambiando de orientación. Cuando el Estrella Polar llegó hasta cerca, pudo verse que aquel saliente no estaba formado por el hielo, sino por un cabo rocoso de la tierra propiamente dicha.

Durante la cena se discutió en la sala de oficiales cómo bautizar a la tierra recién descubierta y quedó decidido darle el nombre de Tierra de Fridtjof Nansen, en honor del gran explorador de mares y países polares. En cuanto al cabo, pese a las protestas de Trujánov, recibió su nombre como organizador de la expedición.

Justo delante del cabo la muralla de hielo se retiraba un poco hacia el Norte, gracias a lo cual quedaba formada una bahía pequeña, pero bastante profunda para que se pudiese proceder al desembarco de la expedición de trineos.

En el barco se desplegó toda la noche una gran actividad. Había que apresurarse y aprovechar el tiempo favorable. El viento del Sur podía empujar a los campos de hielo hacia la orilla y cerrar con ellos la bahía. Todos tomaron parte en el desembarco de la impedimenta. Hacia el nacimiento del cabo, la muralla de hielos descendía fragmentándose en varios pedazos, entre los cuales no era difícil hallar un camino para subir a ella. Mientras los miembros de la expedición seleccionaban la impedimenta desembarcada en la orilla y la instalaban en los trineos, los marineros subieron al punto más alto del cabo Trujánov y allí levantaron una pirámide de piedras en torno a un asta en la que fue izada la bandera rusa al triple saludo de los cañones del Estrella Polar.

La pirámide debía servir también de punto de orientación, tanto para el barco que iba a cursar a lo largo de la costa para fijar sus contornos y estudiarla, como para la

expedición de trineos que se dirigía hacia el interior del país, pero debía regresar al mismo cabo para reembarcar. Entre las piedras de la pirámide fue colocado un pequeño cajón de cinc soldado que guardaba la declaración de que aquella tierra había sido descubierta el 4/17 de junio de 1914 por la expedición de Trujánov a bordo del Estrella Polar y había recibido el nombre de Tierra de Fridtjof Nansen. La declaración fue firmada por todos los miembros de la expedición y refrendada con el sello del barco.

Al día siguiente por la noche, todos los miembros de la expedición se reunieron por última vez en la sala de oficiales del Estrella Polar para una cena de despedida, durante la cual quedaron definitivamente resueltas las cuestiones del rumbo que debía seguir el barco y de las medidas a tomar en auxilio de la expedición de trineos en caso de que no regresara para la fecha fijada.

El Estrella Polar debía dejar junto a la pirámide un depósito de víveres, combustible y ropa para varios meses a fin de que la expedición, si por alguna causa no encontraba al barco en aquel sitio, pudiera quedarse allí a invernar.

La expedición debía marchar en línea recta hacia el Norte durante seis u ocho semanas y luego regresar hacia el Sur, a ser posible por otro camino, pero procurando salir de nuevo al cabo Trujánov. Para aligerar su carga y tener seguro el regreso, debía dejar, aproximadamente cada cincuenta kilómetros, depósitos de víveres para tres días y datos acerca de la dirección que seguía para el caso en que fuese necesario salir a buscarla.

Por la mañana, el Estrella Polar, empavesado, despidió a la expedición con una salva de sus dos cañones. En el momento de despedirse, Trujánov entregó a Yashtánov un sobre lacrado diciéndole:

- Si durante el recorrido por la Tierra de Nansen se encuentra usted en una situación sin salida o tan desconcertado que no logre explicarse lo que ocurre a su alrededor ni sepa qué hacer, abra usted este sobre. Quizá le ayude su contenido a adoptar la decisión conveniente. Pero, sin necesidad apremiante, se lo ruego, no abra el sobre. En caso de que todo marche más o menos normal mis indicaciones no le harán ninguna falta y, además, podrán parecerle absolutamente infundadas.

Después de amistosos apretones de manos en la superficie de la barrera de hielo, adonde casi toda la tripulación había subido a despedirlos, echaron a andar hacia el

Norte seis hombres con tres trineos bien cargados, de cada uno de los cuales tiraban ocho perros. Seis perros de reserva corrían al lado.

Capítulo 8

A TRAVÉS DE LA CORDILLERA RUSKI

La expedición se adentró durante dos días en la tierra de Nansen a través de una llanura de nieve que ascendía suavemente hacia el Norte y no presentaba ninguna dificultad para el rápido avance. El hielo tenía pocas grietas y, en su mayoría, cegadas por la nieve. El tiempo era gris y del Sur llegaban, empujadas por el viento, unas nubes compactas que a veces se deshacían en nieve y ocultaban la lejanía. Los hombres y los perros iban amoldándose poco a poco a la marcha. Borovói iba en cabeza, probando con su palo la nieve para descubrir a tiempo las grietas y consultando la brújula para mantenerse en la orientación elegida. Makshéiev, Pápochkin e Igolkin iban cada uno al lado de su trineo, dirigiendo a los perros. Gromeko corría un poco apartado, pero cerca para ayudar al trineo que se atascara, y Kashtánov cerraba la columna, también con la brújula en la mano, levantando la carta del itinerario. En la parte trasera del último trineo iba fijado un odómetro, ligera rueda unida a un contador, que marcaba la distancia recorrida. Por eso había que evitar sobre todo cualquier avería de ese trineo. Todos los viajeros llevaban idénticos trajes polares; la kujlianka chukchi, camisa de pieles con el pelo hacia dentro y capota para la cabeza. En caso de grandes fríos iban en los trineos otras kujdiankas que se podían poner encima de las primeras, pero con el pelo hacia fuera. Ahora, por ser verano, bastaba una sola que, además, debía ser sustituida por una chaqueta de punto de lana en caso de lluvia, ya que las prendas de piel de reno no se deben mojar. El resto de la indumentaria se componía de unos pantalones también de piel con el pelo hacia dentro, y de torbás, ligeras botas altas de pieles. En caso de que subiera mucho la temperatura se podía sustituir toda la ropa de pieles por otra de lana que llevaban de repuesto.

Todos marchaban en esquís, ayudándose con los palos. La llanura estaba cubierta de hileras de accidentes, cavidades y chepas, causadas por las nevascas del invierno y sólo en parte suavizadas por el deshielo, que dificultaban la marcha más que las grietas, no muy frecuentes. Makshéiev divertía a todos hablando con los perros de su trineo, a los que había puesto nombres graciosos. El perro de cabeza grande, negro, había sido bautizado General. Para pasar la noche instalaban una

yurta de tipo ligero, con liviana aunque sólida armadura de bambú. Dentro colocaban en círculo los sacos de dormir a lo largo de las paredes; en el centro, una estufa de alcohol para hacer la comida, y arriba, de una traviesa, colgaban un farolón. Los perros eran atados a los trineos en torno a la yurta. Al finalizar la segunda jornada de viaje, y recorridos cincuenta kilómetros desde el lugar de desembarco, instalaron el primer depósito de víveres para el camino de vuelta, dejándolo marcado con una pirámide de bloques de nieve y una bandera roja en lo alto.

Al tercer día, la pendiente de la llanura nevada se hizo más sensible y aparecieron grandes grietas que frenaban el avance porque había que marchar con más cuidado, tanteando la nieve para no hundirse a través de la fina capa que disimulaba la grieta. Por la tarde se observaron indicios de un próximo cambio del relieve.

Al Norte, las nubes se dispersaban, ahuyentadas por el viento, y entre sus guedejas grises tan pronto aparecían como se ocultaban unas montañas bastante altas que corrían en larga cadena por todo el horizonte. Sobre el fondo niveo general de estas montañas negreaban unos contrafuertes rocosos. El sol permanente rodaba sobre la cresta misma de la cordillera, lanzando un brillo opaco a través del cendal de las nubes y tiñéndolas de color rojizo. En primer plano la llanura nevada reflejaba el cielo y se había cubierto de manchas y franjas azulencas, liláceas y rosadas. Era prodigioso el cuadro general del desierto nevado y de la misteriosa cordillera que se ofreció por primera vez a los ojos de los viajeros.

La ascensión a esta cordillera, bautizada con el nombre de Russki, duró tres días, retardada por las grandes grietas abiertas en el hielo. La expedición seguía uno de los valles transversales, entre contrafuertes rocosos.

El torrente de hielo, o sea, el glaciar que descendía por un valle de la vertiente meridional de la cordillera, tendría hasta un kilómetro de anchura y, -a ambos lados, un ribete de oscuros contrafuertes rocosos bastante abruptos alternaba con vertientes más suaves, cubiertas de una espesa capa de nieve. Los primeros estaban salpicados de trozos de basalto grandes y pequeños y, en algunos lugares, protegidos, presentaban minúsculas plataformas con vegetación polar. Por el camino, Kashtánov iba estudiando los riscos y Gromeko, recogiendo plantas. Para

Pápochkin no hubo apenas botín: en todo el día sólo reunió unos cuantos insectos, medio muertos en la nieve o vivos en las praderas.

Las densas nubes que ocultaban el cielo flotaban a escasa altura que casi rozaban la cabeza de los viajeros, que avanzaban como si fueran por un corredor ancho pero muy bajo, de suelo blanco agrietado, muros negros y techo gris. En todas partes donde se acentuaba la inclinación del valle, la superficie más o menos lisa del hielo se convertía en glaciar surcado por multitud de grietas y que muchas veces no era más que un caos de bloques de hielo por encima de los cuales tenían que hacer pasar los trineos; los hombres y los perros se extenuaban y, en un día, no recorrían más que diez kilómetros de ese camino. El tiempo continuaba entoldado. El viento del Sur arrastraba las nubes bajas que ocultaban la cresta de los contrafuertes; sus vertientes negras enmarcaban la superficie desigual del helero por el que avanzaban con gran dificultad los trineos de la expedición. En los sitios peores había que descargarlos y transportar a hombros la impedimenta. Finalmente, al atardecer del tercer día llegaron a un puerto que alcanzaba casi mil quinientos metros de altura sobre el nivel del error y era una meseta nevada. El tiempo seguía entoldado, la cresta de la cordillera hallábase totalmente oculta por nubes grises que galopaban hacia el Norte y la expedición se movía siempre en medio de una niebla ligera que lo envolvía todo a cien pasos de distancia.

Esta circunstancia apenaba mucho a todos porque, si hubiera hecho buen tiempo, habrían descubierto desde lo alto de la cordillera un vasto panorama y hubiesen podido trazar el mapa de una parte considerable de la Tierra de Nansen.

En el puerto montaron el segundo depósito, donde dejaron las colecciones reunidas por el geólogo en los contrafuertes de la vertiente meridional. En todo el tiempo el botín del zoólogo se había limitado a la piel y el cráneo de un toro almizclero. Poco antes del puerto, la expedición se había cruzado con un pequeño rebaño de estos animales.

Capítulo 9

UN DESCENSO INTERMINABLE

La vertiente septentrional de la cordillera tenía un carácter completamente distinto: era una llanura nevada infinita que descendía suavemente hacia el Norte, y los perros arrastraban con facilidad los trineos cuesta abajo. Pero el tiempo empeoró. Un tenaz viento del Sur empujaba las nubes espesas que se arremolinaban pegadas casi a la superficie de la nieve y ocultaban por entero el horizonte. Muchas veces se desencadenaban ventiscas y, si los viajeros pudieron continuar avanzando sin especiales dificultades, fue únicamente porque el viento les ayudaba y el frío no pasaba de diez a quince grados bajo cero. Las grietas eran bastante frecuentes, pero todas ellas estrechas, de manera que se superaban sin dificultad. Pero, a causa de la nevasca, había que avanzar con mucha precaución porque la nieve reciente ocultaba muchas veces en absoluto estas trampas. Al finalizar la jornada, la ventisca había alcanzado tal fuerza que necesitaron grandes esfuerzos para montar la yurta.

A la mañana siguiente se encontraron con que la yurta había sido recubierta de nieve hasta el techo y Borovói, al levantarse antes que los demás para sus observaciones meteorológicas, pegó con la cabeza en un montón de nieve al traspasar la puerta. Los viajeros tuvieron que abrirse paso con ayuda de las palas, y cuando salieron de la yurta, vieron que habían desaparecido los trineos y los perros: en torno a la yurta se levantaban únicamente grandes montones de nieve. Sin embargo, fácil era adivinar que los trineos y los animales habían sido simplemente, recubiertos por la nieve, ya que era insensato pensar en el hurto de los primeros y la huida de los segundos en aquel desierto nevado. Todos tuvieron que ponerse a quitar la nieve.

Al escuchar las voces de los hombres, los perros comenzaron ellos mismos a salir de debajo de los montones de nieve para recibir cuanto antes su ración de por la mañana. Era curioso ver cómo empezaba a levantarse aquí y allá la superficie de la nieve formando un montículo que rompía, al fin, una cabeza peluda, negra, blanca o con manchas lanzando ladridos de alegría.

En la llanura infinita, la nieve recién caída formaba una capa de medio metro todo lo más y se había amontonado únicamente en, torno a los obstáculos: la tienda, los trineos y los perros. Como soplaban un fuerte viento mientras caía, la nieve no estaba muy apelmazada. Los trineos y los perros se atascaban, pero los esquiadores no se hundían demasiado en ella. Había que cambiar muchas veces la formación porque el trineo de cabeza, que desbrozaba el camino para los demás, había de cumplir el trabajo más difícil y se cansaban rápidamente los perros que tiraban de él. Estos cambios, impuestos por la blandura de la nieve, no permitían avanzar rápidamente, de manera que, aunque el viento era más débil y había cesado la nevasca, aunque el camino descendía por una vertiente lisa y las grietas estaban enteramente cegadas por la nieve, sólo pudieron recorrer veintidós kilómetros durante la jornada y se detuvieron a cincuenta y cinco kilómetros del puerto. Allí montaron el tercer depósito.



Por la noche, la nevasca recobró su fuerza y por la mañana los viajeros tuvieron que volverse a desenterrar, aunque de montones de nieve menos profundos. En la llanura, la capa de nieve reciente alcanzaba ahora ya casi el metro, dificultando aún más el avance. Por eso, después de haber recorrido sólo quince kilómetros en la jornada, todos estaban tan cansados que hicieron alto para pasar la noche antes

que de costumbre. Tanto el panorama como el tiempo conservaban su abrumadora monotonía.

Por la tarde cesó la nevasca y, a través de las nubes que seguían extendiéndose casi a ras de la infinita llanura nevada, apareció por momentos el sol, que pendía muy bajo sobre el horizonte. El cuadro que se ofrecía a los ojos de los observadores era absolutamente fantástico: la llanura impoluta, los remolinos y los jirones de las nubes grises que se arrastraban raudas por su superficie y cambiaban de contornos sin cesar, las columnas de menudos copos de nieve que giraban en el aire y, aquí y allá, en este opaco cendal blanco grisáceo y movedizo, los reflejos de color intensamente rosa lanzados por el sol, que unas veces aparecía como un globo rojo y otras era borrado por la cortina gris. Después de la cena nuestros viajeros estuvieron largo rato admirando este cuadro hasta que el cansancio les hizo meterse en los sacos de dormir dentro de la tienda.

Al tercer día de bajada, los barómetros señalaron ya que el terreno se encontraba al nivel del mar, pero continuaba la pendiente de la llanura hacia el Norte.

Cuando Bocavói, después de tomar nota de las indicaciones del barómetro, se las comunicó a sus compañeros, Makshéiev exclamó:

- ¡Buen! ¡Hemos descendido de la cordillera Russki sin haber encontrado un solo glaciar ni una sola grieta!

- Lo más asombroso -observó Kashtánov- es que aquí debe estar la orilla del mar y, por consiguiente, el extremo del enorme campo de hielo que baja por la ladera septentrional de esta cordillera y, conforme hemos medido, tiene setenta kilómetros de longitud. Aquí, lo mismo que ocurre, como sabemos, en el extremo del continente antártico, debe haber un alto precipicio, un muro de hielo de uno o dos centenares de metros de altura y, a su pie, el mar libre o, por lo menos, campos de torós, superficies de agua libre y, en medio de ellas, algunos icebergs. Es lógico, puesto que el helero se mueve y oprime el hielo del mar.

Al día siguiente no se produjo ningún cambio. La llanura nevada continuaba con el mismo carácter y la misma inclinación hacia el Norte. El viento soplaba; tenazmente por la espalda de los viajeros como si les empujara hacia adelante. Las nubes bajas se arremolinaban, deshaciéndose a veces en nieve. Todos esperaban que la bajada terminase de un momento a otro, apresuraban el paso, escudriñaban la lejanía y

hablaban con esperanza del próximo final. Pero todo en vano: las horas se sucedían, los kilómetros iban quedando atrás y, al fin, el cansancio general les obligó a hacer alto para pasar la noche.

Una vez montada la yerta, todos se reunieron en torno a Borovói, que instalaba el barómetro de mercurio: querían ver lo que señalaba, porque en los aneroides de bolsillo las manillas habían llegado al tope del cuadrante y no marcaban bien la presión del Zaire.

- ¡Calculando a bulto, hemos descendido ya a cuatrocientos metros bajo el nivel del mar! -gritó el meteorólogo-. A no ser que la Tierra de Nansen se encuentre actualmente en un anticiclón de tamaño descomunal. El barómetro señala ochocientos milímetros.

- A mi entender -observó Kashtánov-, en la tierra no hay anticiclones de esa presión. Además, desde que nos encontramos en la Tierra de Nansen, el tiempo no ha cambiado ni se parece en absoluto al tiempo que hace durante un anticiclón.

- Entonces, ¿qué es esto? -exclamó Pápochkin.

- Pues probablemente será que la tierra no ha terminado y su parte septentrional constituye una depresión muy profunda, una hondonada que -desciende hasta centenares de metros bajo el nivel del mar.

- ¿Es eso posible? -preguntó Gromeko.

- ¿Por qué no? En la tierra se conocen depresiones así: por ejemplo, el valle del Jordán, la depresión del mar Muerto en Palestina y la del mar Caspio, la hondonada de Lukchum en Asia Central, descubierta por los viajeros rusos y, en fin, el fondo del lago Baikal, en Siberia, que se encuentra a más de mil metros bajo el nivel del mar.

- Lea depresión del mar Muerto tampoco es pequeña: su fondo se encuentra a cuatrocientos sesenta metros bajo el nivel del océano -añadió Makshéiev.

- De todas formas, el descubrimiento de una depresión tan profunda en el continente polar será un resultado de interés y significado extraordinarios de nuestra expedición - concluyó Borovói.

Para asombro de todos, el descenso continuó también al día siguiente, por la misma llanura y con el mismo tiempo.

- Estamos bajando a un agujero sin fondo -bromeaba Makshéiev-. Esto no es una simple depresión, sino más bien un embudo, o incluso, ¿quién sabe?, el cráter de un volcán apagado.

- Pero de proporciones nunca vistas en la tierra ---observó Kashtánov-. Llevamos cuatro días bajando a este embudo y el diámetro del cráter alcanza, aparentemente, trescientos kilómetros o más; volcanes de este tamaño se conocen sólo en la luna. Desgraciadamente, en todo el descenso no hemos descubierto ni un risco, ni la menor capa de mineral que nos expliquen el origen de esta depresión. Las vertientes de un cráter se deben componer de lavas y tufos volcánicos.

- En la vertiente septentrional de la cordillera Russki y en su sierra hemos visto basaltos y lavas de basalto -recordó Pápochnik-. Tenemos algunos indicios de la naturaleza volcánica de esta depresión.

- En Alaska se conocen cráteres de volcanes extinguidos llenos hasta arriba de nieve y de hielo -añadió Makshéiev.

Por la tarde de aquel día también el barómetro de mercurio se negó a funcionar: el canal estaba lleno de mercurio hasta arriba. Hubo que recurrir al hipsómetro y determinar la presión del aire por la temperatura de la ebullición del agua. Correspondía a una profundidad de ochocientos cuarenta metros bajo el nivel del océano.

Todos advirtieron que, al terminar la jornada, oscureció un poco. Los rayos del sol de la medianoche no penetraban al parecer directamente en aquella profunda depresión. La extrañeza de los viajeros aumentó, además, porque aquel día también la brújula se negó a funcionar. Su aguja giraba, se estremecía, sin poderse calmar y señalar el Norte. Hubo que orientarse por la dirección del viento y la inclinación general de la llanura para seguir avanzando hacia el Norte. Kashtánov también culpó de la inquietud de la brújula al origen volcánico de la depresión, ya que, como se sabe, las grandes masas de basalto influyen sobre la aguja imantada.

Al día siguiente, los viajeros tropezaron, a unos kilómetros del sitio donde habían pasado la noche, con un obstáculo inesperado: la llanura nevada concluía en una muralla de rocas de hielo que se atravesaba en el camino, alejándose hacia ambos lados en cuanto abarcaba la vista. En unos sitios, las rocas se alzaban a pico sobre una altura de diez a quince metros, en otros, formaban un caos de bloques de hielo

grandes y pequeños, hacinados los unos encima de los otros. Tregar a ellos, aun sin los trineos cargados, era cosa ardua. Hubo que hacer alto para una exploración. Makshéiev- y Borovói ascendieron al montón más alto y se convencieron que delante se alzaban hasta el infinito los mismos amontonamientos y las mismas rocas.

- No parece tratarse de un cinturón de torós de hielo marítimo -declaró Makshéiev cuando volvieron a los trineos-. Los torós no se extienden sobre varios kilómetros de anchura sin interrupción.

- Se conoce que hemos llegado al fondo de la depresión -opinó Kashtánov- y este caos se debe a la presión del enorme helero de la vertiente septentrional de la cordillera Russki por donde hemos descendido.

- O sea, que todo el fondo de la depresión es un caos de bloques de hielo -observó Borovói-. Las demás vertientes también deben estar cubiertas de heleros que descienden hacia el fondo.

- Y gracias a su tamaño colosal, la depresión no ha podido hasta ahora llenarse de hielo como se han llenado los cráteres de los volcanes de Alaska -añadió Makshéiev.

- Pero nosotros necesitamos, atravesar de alguna manera este fondo para continuar el camino hacia el Norte y enterarnos de las dimensiones de la depresión y del carácter de la vertiente opuesta -declaró Kashtánov.

- Lo más fácil sería bordear el pie de este caos para contornearlo por el fondo de la depresión hasta la vertiente opuesta -propuso Gromeko.

- ¿Y si esta depresión no es un cráter de volcán, sino un valle entre dos cordilleras?

- objetó Pápoqlikin-. En ese caso puede extenderse sobre cien a doscientos kilómetros y no nos dará tiempo a terminar la travesía de la Tierra de Nansen.

- Pero, ¿hacia dónde bordear el pie del caos para contornearlo? ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda? -preguntó Borovói.

- Vamos hacia la izquierda. Quizá encontremos un sitio que nos permita pasar antes al otro lado sin gran dificultad.

Una vez adoptada esta decisión, los viajeros tiraron hacia la izquierda, o sea, hacia el Oeste a juzgar por el viento, ya que la brújula continuaba inquieta, sin poder señalar el Norte. A la izquierda se alzaba en suave pendiente la llanura nevada y a la derecha los montones de bloques de hielo. Las nubes bajas seguían ocultando el

cielo e incluso rozando los picos de los bloques de hielo más altos. Hacia el mediodía descubrieron un sitio donde el caos de bloques de hielo parecía accesible: los amontonamientos eran más bajos y en algunos sitios se veían intersticios. Allí se detuvo la expedición para organizar el cuarto depósito. Borovói y Makshéiev, sin equipaje, se adentraron en la barrera de hielos para un reconocimiento. Al finalizar la jornada regresaron diciendo que el cinturón tenía unos diez kilómetros de anchura, que se le podía atravesar aunque con ciertas dificultades y que tras él comenzaba la pendiente suave de la ladera opuesta de la depresión..

Se precisaron dos días de duro trabajo para atravesar la barrera. Con frecuencia había que tallar un sendero en los amontonamientos de hielos para hacer, que pasaran los trineos uno iras otro con los esfuerzos sumados de, los hombres y los perros. Durmieron sin montar siquiera la yurta, acogidos al pie de un enorme bloque de hielo que se levantaba a pico y los protegía del viento. Los perros buscaron cobijo en las grietas y los agujeros de los hielos. Pero, después de tan dura jornada, todos durmieron profundamente a pesar de las quejas y los aullidos del viento, que ululaba con tonos diferentes entre aquel caos.

Por fin llegaron al otro lado de la muralla. En el último alto, Borovói encendió el infiernillo de alcohol del hipsómetro con la absoluta convicción de que señalaría lo mismo que delante del cinturón de hielos, es decir, unos novecientos metros bajo el nivel del mar. Pero cuando colocó el termómetro en el tubo, subió a 105°, luego a 110° y tampoco se detuvo allí.

- ¡Eh, eh! -gritó Borovói-. ¡Que se va a romper el cristal!

- ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? -preguntaron varias voces.

Todos habían acudido presurosos y se agrupaban en torno al aparato, colocado sobre un cajón.

- ¡Es una cosa inaudita, increíble! -exclamó Borovói con voz quebrada por la emoción-. En este maldito agujero el agua hierve a 120°.

- O sea que...

- O sea, que hemos descendido a un abismo por el cinturón de hielos. Así, sal pronto, no puedo calcular siquiera a cuántos miles de metros bajo el nivel del mar corresponde esta temperatura de ebullición. Esperen, que vamos a verlo por las tablas.

Sentóse en su saco de dormir, extrajo del bolsillo el prontuario de las alturas, rebuscó en las tablas e hizo, unas operaciones. al margen. Mientras tanto, sus compañeros iban acercándose tino a uno al aparato para con-vencerse de que, efectivamente, el termómetro marcaba 120° sobre ceno. La columna de mercurio se había detenido en ese punto, y no cabía la menor dada.

Sólo el ligero borboteo del agua que hervía en el aparato rompía el silencio reinante entre los hombres, sobré-cogidos por el asombro.

Al fin se escuchó un suspiro profundo de Borovói y estas palabras pronunciadas en tono solemne:

- Calculando por encima, la temperatura de 120° de ebullición corresponde a la altura negativa de cinco mil setecientos veinte metros.

- ¡No puede ser! ¿No se ha equivocado usted?

-- Pueden comprobarlo. Aquí están las tablas. En ellas, naturalmente, no figuran los datos de esta temperatura de ebullición, que nadie ha observado nunca fuera del laboratorio. Hay que hacer los cálculos aproximados.

Kashtánov verificó los cálculos y dijo:

- Es exacto. En estos dos días, trepando por los bloques de hielo, hemos descendido cuatro mil novecientos metros en una extensión de diez o doce kilómetros.

- ¡Y no nos hemos dado cuenta del descenso!

- ¡Hemos bajado desde una altura igual a la del Mont-Blanc sin advertirlo! ¡Es algo increíble!

- Y, además, incomprensible. Habrá que pensar que el caos de hielo es un glaciar en la pendiente abrupta que lleva del cráter a la garganta de este volcán descomunal.

- Y ahora, para salir al otro lado, tendremos que subir por un glaciar idéntico.

- Lo que yo no comprendo -es esta tupida cortina de nubes y este viento que lleva tantos días soplando del Sur sin interrupción -declaró Borovói.

Sin embargo, no se comprobó la hipótesis del segundo cinturón de hielos. Al día siguiente avanzaron por una llanura nevada que ascendía suavemente. Por ello, y por, el tiempo más tibio, la marcha ofrecía mayor dificultad. El termómetro marcaba poco más de cero, la nieve estaba reblandecida y se pegaba a los patines de los trineos. Los perros iban todo el tiempo al paso. Al terminar la jornada habían recorrido apenas veinticinco kilómetros. Era indudable que la llanura ascendía. Y, al

colocan el hipsómetro, Borovói tenía la convicción de que iba a marcar una profundidad menor que la víspera.

El agua tardó mucho tiempo en hervir. Al fin apareció el vapor y Borovói colocó el termómetro. Al poco tiempo se le oyó gritar:

- ¡Pero esto es cosa del demonio ! Esto...esto...-y empezó a soltar maldiciones.

- ¿Qué es? ¿Qué ocurre? ¿Ha reventado el termómetro -preguntaron distintas voces.

- ¡El que va a reventar o a volverse loco en este agujero soy yo! -contestó frenético el meteorólogo-. Miren ustedes: ¿estoy chiflado yo o está chiflado el termómetro?

Todos corrieron hacia el hipsómetro. El mercurio marcaba 125° sobre cero.

- ¿Qué hemos hecho hoy, subir o bajar? -preguntó Borovói con voz trémula.

- ¡Claro que subir! ¡Todo el día hemos ido subiendo! ¡Es cosa indiscutible!

- ¡Pues el agua hierve a 5° más que ayer junto ¡al cinturón de hielos! Y esto quiere decir que no hemos ascendido, pino que hemos bajado mil cuatrocientos treinta metros aproximadamente.

- Y por lo tanto nos encontramos a siete mil ciento cincuenta metros bajo el nivel del océano -calculó rápidamente Makshéiev.

- ¡Pero eso es una cosa que no concuerda con nada! -exclamó riendo Pápochkín.

- Todavía se puede creer que hayamos hecho un descenso rápido por los hielos. Pero lo que está en contradicción con el sentido común es creer que hemos bajado casi kilómetro y medio, cuando bien claro está que hemos ido subiendo cuesta arriba.

- Si no somos víctima de un ataque general de locura, estoy de acuerdo con usted -replicó Borovói sombrío.

En esto volvieron Gromeko e Igolkin, que habían salido de la tienda para dar, de comer a los perros, y el primero dijo:

- Otro hecho extraño: hoy hace bastante más claridad que ayer junto a los hielos.

- Y ayer hacía más claridad que al otro lado de la barrera -añadió Makshéiev.

- Muy cierto --confirmó el meteorólogo-. La noche más oscura, parecida a una noche blanca de Petersburgo, se observó delante de la barrera de hielos. Como calculábamos que nos encontrábamos en el fondo de la depresión, el debilitamiento

de la luz era comprensible: los rayos del sol polar no pueden penetrar a tanta profundidad.

- ¡Pero ahora hemos hecho un descenso incomparablemente mayor y la noche es mucho más clara!

Todavía estuvieron mucho tiempo debatiendo estos hechos contradictorios, pero se quedaron dormidos sin haber puesto nada en claro. Por la mañana, Borovói fue quien primero salió de la yurta para sus observaciones.

El viento continuaba soplando del Sur y trayendo las mismas nubes grises y bajas que lo ocultaban todo a ciento o doscientos metros de distancia. El termómetro marcaba 1° bajo cero y estaba nevando.

- Hoy debemos comprobar si subimos o bajamos -propuso Makshéiev-. Entre los instrumentos tenemos un nivel ligero y una mira.

Continuaba la misma llanura nevada, pero la nieve se había helado un poco y era más fácil avanzar. La inclinación, poco acentuada, iba indudablemente hacia arriba y, recurriendo varias veces en el día al nivel, se comprobó lo que veían los ojos y lo que demostraban los perros con su marcha.

Durante la jornada recorrieron veintitrés kilómetros, ya que las mediciones con el nivel ocuparon bastante tiempo.

En cuanto quedó instalada la tienda, Borovói colocó sus aparatos: el termómetro marcó 128°.

Borovói lanzó un juramento sonoro y escupió al suelo.

- La única explicación posible es que en este agujero no son aplicables las leyes físicas establecidas para la superficie terrestre y hay que elaborar otras nuevas - opinó Kashtánov.

- Eso se dice muy pronto -replicó Borovói enfadado-. ¡A ver quién las elabora, así, de pronto! Centenares de sabios han estado trabajando decenas de años y aquí toda su labor queda tirada por los suelos igual que si nos encontrásemos en otro planeta. ¡Yo no lo puedo admitir y estoy dispuesto a presentar la dimisión!

Todos rieron a esta salida del meteorólogo que, de todas formas, se puso a sus cálculos y anunció que durante el día habían ascendido -mejor dicho, habían bajado- ochocientos sesenta metros y que aquel punto se encontraba a nueve mil metros bajo el nivel del mar.

- He consultado el prontuario de física -advirtió Kashtánov- y resulta que el agua hierve a 120° bajo una presión de dos atmósferas y a 134° bajo una presión de tres atmósferas. Ahora soportamos una presión de dos atmósferas y media aproximadamente.

- Y se comprende que con esta presión se encuentre uno mal y sienta vértigos – declaró Borovói sombrío.

Los demás confirmaron que -desde la noche pasada entre los hielos se encontraban peor, sentían opresión en el pecho, pesadez de cabeza y lentitud de movimientos. El sueño era inquieto, con pesadillas.

- También los perros se encuentran mal -declaró Igolkin-. Parecen haberse debilitado y tiran peor, aunque la subida no es empinada. Yo pensaba que estaban cansados, ¡y mira tú lo que era!

- Sería interesante tomar el pulso, a todos -propuso Gromeko-. ¿Cuánto tiene usted normalmente, Iván Andnéievich?

- Setenta y dos -contestó Borovói presentando la mano al médico.

- ¿Ve usted? ¡Pues ahora tiene cuarenta y cuatro! La diferencia es sensible. Con esta presión el corazón funciona más lentamente, lo que se refleja en el estado general.

- Entonces, ¿si continúa el descenso acabará deteniéndose completamente el corazón? - preguntó Makshéiev.

- ¡No creo que vayamos a bajar hasta el centro de la tierra -contestó Gromeko riendo.

- ¿Por qué no? -rezongó Borovói-. Este embudo monstruoso quizá llegue hasta el centro de la tierra. Ahora estoy dispuesto a creérmelo todo. Y no me asombraré ni aun cavando salgamos de él en medio de los hielos del Polo Sur.

- ¡Eso ya es un disparate! -observó Rashtánov-. No puede haber orificio que atraviese de parte a parte el globo terrestre ni embudo que llegue hasta el centro. Sería una cosa en contradicción con todos los datos de la Geofísica y la Geología.

- ¡Ah, muy bien! ¿Y en cambio admite usted las contradicciones a todas las leyes de la Meteorología que venimos observando? Ya verá como también fallan las leyes de su Geología.

Kashtánov se echó a reír.

- La Meteorología, Iván Andréievich, es una ciencia trivial -dijo en broma-. Tiene que tratar con el medio inconstante de la atmósfera, con los ciclones y los anticiclones cuyas causas no han sido todavía averiguadas. En cambio la Geología tiene una base sólida: la firme corteza terrestre.

- ¡Una base sólida! -estalló Borovói-. ¡Sólida hasta que no la sacude un buen terremoto que le hace perder la cabeza, si no es algo peor, al geólogo más pintado! Todos se retorcían de risa.

- Además -prosiguió el meteorólogo mordazmente-, ¡ustedes conocen lo que hay a dos o tres kilómetros bajo la corteza terrestre y opinan ya de lo que hay en todo el subsuelo! Pero, de la naturaleza de ese sub-suelo hay tantas opiniones como personas. Según los unos, el núcleo de la tierra es sólido; según los otros, líquido; según los terceros, gaseoso. ¡Cualquiera lo entiende!

- ¡Con el tiempo llegaremos a entenderlo! Toda hipótesis, si tiene una base, constituye un paso más hacia el conocimiento de la verdad. Y en lo que se refiere al subsuelo, no tiene usted razón. En la actualidad, la Sismología, o sea el estudio de los terremotos, nos ofrece nuevos procedimientos para llegar a conocer más cosas acerca del estado del núcleo terrestre.

- Me gustaría saber lo que va a pasar mañana -concluyó-. Ahora podemos esperar cada día hechos, a primera vista incomprensibles pero que forman una cadena común de causas y consecuencias cuando se los llega a desentrañar.

Al día siguiente, la llanura nevada continuó ascendiendo aunque más débilmente: El viento seguía soplando del Sur, las nubes bajas se arremolinaban extendiéndose casi a ras de tierra y ocultando la lejanía. Hacia la mitad de la jornada la subida de la llanura se hizo casi completamente imperceptible y, al terminar la tarde, se convirtió en descenso: los perros echaron a correr más de prisa, de manera que los esquiadores casi no podían marchar a su paso. La temperatura se mantenía poco más baja del cero y el camino era fácil. Súbitamente, Borovói, que iba como siempre por delante, agitó los brazos y gritó:

- ¡Esperen! ¡Aguarden! Tengo miedo a que nos hayamos desviado del camino. Todos corrieron a él. Tenía la brújula en la mano y estaba mirándola fijamente.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Kashtánov.

No vamos camino del Norte, sino del Sur. Volvemos hacia la barrera de hielos. Miren ustedes: la aguja imantada no señala el Norte hacia adelante de nosotros, sino hacia atrás.

- ¿Y cuándo lo ha advertido usted?

- Ahora mismo. Desde que la brújula se puso Caprichosa perdí la confianza en ella y he conducido la caravana guiándome por el viento, que ha soplado todo el tiempo del Sur. Pero me ha chocado la pendiente contraria de la llanera, porque del embudo no hemos podido salir todavía. He consultado la brújula y he visto que ha dejado sus caprichos y señala que nos dirigimos hacia el Sur y no hacia el Norte.

- ¡Pero si el viento sigue soplándonos por la espalda!

- Ha podido cambiar durante la noche.

- No -declaró Makshéiev-. El viento no ha cambiado. Siempre montamos la yunta con la puerta en sentido contrario al viento, o sea, mirando al Norte, para que no entre el aire. Y esta mañana, tengo la convicción, la yunta estaba de espaldas al viento.

- O sea, que ha cambiado poco a poco durante el día de hoy, hemos descrito un semicírculo y volvemos sobre nuestros pasos.

- O bien que la brújula ha cambiado de imantación por alguna razón.

- Si por lo menos asomara el sol o se vieran las estrellas para comprobar hacia dónde nos dirigimos... -lamentóse Borovói.

- De todas formas, conviene acampar aquí para pasar la noche y verificar con la brújula en la mano unos cuantos kilómetros del camino que hemos recorrido y que se ve perfectamente por las huellas que hemos dejado en la nieve --declaró Kashtánov-. Si hemos descrito un -semicírculo, pronto se descubrirá.

Montaron la tienda y Makshéiev y Gromeko volvieron sobre las huellas de la caravana mientras Borovói colocaba el hipsómetro, que señaló casi lo mismo que la víspera. La pequeña ascensión de la primera mitad del día había sido probablemente compensada por el descenso de la segunda mitad. A las dos horas regresaron los exploradores: habían verificado diez kilómetros de camino, que iba siempre en línea recta, conforme a la dirección del viento. Por ello quedó decidido que se debían fiar más de él que de la brújula y había que continuar orientándose por el viento.

Tampoco esta vez hubo en ningún momento oscuridad por la noche. No cambió la luz difusa que flotaba bajo el manto de las nubes.

Al día siguiente se acentuó más la cuesta abajo. La temperatura subió un poco por encima del cero, la nieve se reblandeció y el camino, a pesar del descenso, hizóse más difícil. Después del mediodía aparecieron charcos y algunos arroyuelos que serpeaban entre los accidentes y, al fin, desaparecían en las grietas cegadas por la nieve. Para pasar la noche hubo que elegir un sitio elevado y cavar regueros alrededor de la yurta para el agua de la nieve que se derretía.

Al colocar el hipsómetro, Borovói estaba convencido de que había de señalar un número de grados mayor que la víspera, ya que todo el día había proseguido la bajada al fondo de aquella misteriosa depresión. Pero el termómetro marcó 126°, y la altura negativa del lugar, pese al descenso, no había aumentado, sino disminuido en quinientos setenta metros. El meteorólogo, completamente desconcertado, estalló en una risa nerviosa.

- ¡Una nueva sorpresa! ¡Un nuevo enigma! Esta mañana hemos decidido que no había que hacer caso de las brújulas, y ahora nos ocurre lo mismo con el hipsómetro.

Los viajeros volvieron a juntarse en torno al caprichoso aparato, comprobaron sus indicaciones, hirvieron el agua una y otra vez, pero el resultado era siempre el mismo. A pesar del evidente descenso, del que no cabía la menor duda porque los arroyuelos corrían en el mismo sentido, la presión del Zaire no había aumentado, sino disminuido. Y en los días anteriores, al contrario, la presión no había disminuido, sino aumentado en la subida.

Al parecer, todas las leyes de los fenómenos físicos elaboradas por generaciones de sabios sobre la base de observaciones hechas en la superficie terrestre eran inaplicables o adquirirían un sentido absolutamente distinto en aquella depresión del continente polar. Los fenómenos inexplicables se multiplicaban.

Todos sentían gran interés y agitación, pero sin que nadie pudiese comprender ni explicar nada. Sólo quedaba la esperanza de que el porvenir inmediato diese la clave del enigma.

- ¿Qué desierto nevado es éste? -preguntaba Pápochkin-. Después de habernos encontrado con los toros almizcleros en el puerto de la cordillera era de suponer que

los días siguientes nos darían a Mijaíl Ignátievich y a mí algún botín científico. Pero desde entonces llevamos doce jornadas de marcha, hemos recorrido casi doscientos cincuenta kilómetros... y nada, absolutamente nada más que la nieve y el hielo.

- Ni siquiera Piotr Ivánovich, que hasta ahora ha tenido más suerte que nadie en las colecciones, ha recogido nada -añadió Gromeko.

- El único que sale ganando es Iván Andréievich -observó riendo Makshéiev.

- ¿Yo? ¿Qué he encontrado yo en este tiempo? -sorprendióse Borovói.

- Una colección de fenómenos físicos incomprensibles -contestó Kashtánov, adivinando lo que Makshéiev había querido decir.

- Es una colección muy extraña, pero en cambio ligera, no como las piedras suyas -replicó riendo Borovói-. La mía no va a desfondar las trineos.

- Sin embargo, puede resultar de mucho peso en cuanto al balance de nuestra expedición. El sueño de cada explorador es descubrir algo extraordinario. En ese sentido, ha tenido usted hasta ahora más suerte que nosotros.

Al día siguiente continuó el descenso, incluso más acentuado. La llanura nevada empezó a dividirse en montículos achatados que separaban barrancos en cuyo fondo corrían arroyuelos. La nieve reblandecida dificultaba la marcha: los esquís se escapaban hacia los lados. Por eso hubo que cambiar de modo de transporte. Los hombres se subieron de dos en dos en los trineos que los perros arrastraban rápidamente cuesta abajo mientras ellos utilizaban los palos de los esquís paró dirigirlos o frenarlos sobre el hielo desigual. Les llamó la atención que las nubes, arremolinadas siempre a escasa altura del suelo, no tuvieran ya su color gris, sino otro rojizo, igual que si las iluminase un sol poniente invisible.

El desierto de hielo se extendía alrededor hasta el horizonte, bastante próximo, y también parecía rojizo. Este extraño alumbrado en el fondo de una depresión tan honda, donde el sol polar no podía penetrar, formaba parte igualmente de la colección de hechos inexplicables que iba reuniendo Borovói. Aquel día, la expedición hizo alto sobre un montículo, cerca le un gran arroyo impetuoso de agua clara que les evitó la necesidad de derretir nieve para la sopa y el té.

Capítulo 10

UNA INEXPLICABLE POSICIÓN DEL SOL

Después de la cena, el meteorólogo instaló el hipsómetro con la firme convicción de que, dado el largo y peligroso descenso que habían hecho a lo largo de cuarenta y cinco kilómetros, el mercurio subiría por lo menos a los 130°, indicando una profundidad de diez mil metros aproximadamente, o sea, la máxima durante aquel tiempo. Incluso calculó de antemano la altura de los puntos de ebullición comprendidos entre 130 y 135° para dejar pasmados a sus compañeros. ¡Cuál no sería su asombro al ver que el termómetro marcaba sólo 120°!...

- Aumenta mi colección -declaró en tono solemne-.

Supongo que ninguno de ustedes dudará de que hoy hemos bajado una cuesta, y a bastante rapidez.

- Naturalmente. Claro que sí. El agua no corre hacia atrás -le contestaron.

- Bueno. Pues el hipsómetro indica que hemos ido cuesta arriba, subiendo durante el día más de mil setecientos metros. ¿Qué les parece?

Cuando todos se hubieron convencido de que no era ninguna bronca, Borovói continuó:

- A lo mejor, continuando cuesta abajo, pronto saldremos de este increíble abismo al lado del Polo Norte.

- Pues yo creo que se avecina una catástrofe pronunció Gromeko con aire misterioso-. En este enigmático agujero la atmósfera se halla extraordinariamente enrarecida y la presión desciende, anunciando un huracán, un ciclón, un tifón, una tromba o algo por el estilo. En espera de esa perturbación, y para soportarla con calma, propongo a todas las personas razonables meterse en sus sacos de dormir.

Todos, incluso Borovói, se echaron a reír y siguieron el consejo del médico. Pero el meteorólogo verificó previamente si estaban bien plantadas las estacas y bien tirantes las cuerdas que sujetaban la yurta. Efectivamente temeroso de alguna catástrofe atmosférica, durmió inquieto, despertándose varias veces para escuchar si no había arreciado el viento y se desencadenaba el fenómeno esperado. Pero todo estaba en calma. El viento soplaba regularmente como todo el tiempo atrás, sus compañeros dormían, los perros gruñían y ladraban entre sueños. Borovói volvía a

posar la cabeza sobre la almohada, procurando ahuyentar sus temores y quedarse dormido.

Por la mañana salió de la tienda antes que los demás para tomar nota de las indicaciones de -los aparatos que había dejado fuera durante la noche. Sus compañeros continuaban en los sacos de dormir.

De pronto se alzó la cortina de fieltro que servía de puerta, dando paso al meteorólogo que volvía a la yurta pálido y con los ojos desorbitados y pronunció tartamudeando:

- Si estuviese solo, no dudaría ya de que me he vuelto loco.

- ¿Pero qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué catástrofe se ha desencadenado? –le preguntaban, unos asustados y otros irónicos.

- Las nubes o la niebla se han disipado casi enteramente y el sol, ¿comprenden ustedes?, el sol polar, se encuentra en el cenit -gritó Borovói.

Todos corrieron hacia la salida, empujándose y vistiéndose a toda prisa.

Sobre la llanura helada flotaba una bruma ligera y, a través de ella, un disco rojizo lanzaba una luz tan pronto brillante como opaca, justo encima de los viajeros y no cerca del horizonte como debía encontrarse el sol polar a las cinco de la mañana de principios de julio a 80° de latitud Norte.

Con la cabeza levantada, todos observaban silenciosos aquel extraño sol que ocupaba un lugar insólito.

- Qué sitio tan raro es esta Tierra de Nansen -pronunció al fin Makshéiev entre trágico e irónico.

- ¿No será la luna? --hipotetizó Pápochkin-. Quizá estemos en la época de la luna llena. Borovói hojeó su prontuario de bolsillo.

- Efectivamente, es el momento de la luna llena, pero este disco rojo no parece la luna:

luce con mayor fuerza y da más calor.

- ¿Y si en la Tierra de Nansen...? -comenzó Makshéiev. Pero Kashtánov le interrumpió.

- En los países polares, la luna nunca está en el cenit durante los meses de verano: o no se la ve o apenas se levanta sobre el horizonte.

- Entonces, si no es el sol ni la luna, ¿qué es?

Nadie podía contestar a la pregunta. Los viajeros continuaron haciendo hipótesis y rechazándolas. Después de desayunar volvieron a ponerse en camino. El termómetro marcaba 8° sobre cero. La niebla se espesaba unas veces, ocultando el astro rojizo, y otras se disipaba, dejándolo entonces ver, inmóvil en el cenit. Continuaban bajando por la llanura helada a lo largo de un gran arroyo. La cuesta parecía suavizarse.

Los perros corrían animosos y los Viajeros iban montados en los trineos, de los que se apeaban de vez en cuando para arreglar algún tiro o tender una pasarela sobre una grieta más profunda.

En cuanto el sol aparecía entre los remolinos de niebla todos levantaban la cabeza para contemplar aquel astro enigmático que ocupaba en el cielo una posición tan antinatural. A la hora del almuerzo se hizo alto como siempre.

Aunque los relojes eran los únicos que señalaban mediodía porque el sol continuaba en el cenit y no parecía tener intención de cambiar de sitio.

- Cuanto más lo miro, menos lo entiendo -rezongó Borovói-. Incluso a 80° de latitud Norte el Sol debe desplazarse en el cielo y no estar en el mismo sitio, puesto que la tierra gira.

Durante el alto determinó la altura del Sol, que era igual a 90°.

- Cualquiera diría que estamos en los trópicos durante el solsticio de verano o en el ecuador durante el equinoccio -dijo después de sus observaciones-. ¿Qué latitud apunto?

¡Que me piquen si tengo la menor idea de dónde nos encontramos y de lo que ocurre a nuestro alrededor! Las ideas se me embrollan y todo me parece un sueño estrafalario. Los demás compartían el sentimiento de Borovói y no lograban explicarse aquel nuevo fenómeno incomprensible que, por lo misterioso, superaba a todos los anteriores: las indicaciones contradictorias de los aparatos, el viento que soplaba siempre en la misma dirección, las nubes constantes, el calor anormal, la luz rojiza y la colosal depresión, más profunda que todas las conocidas sobre la tierra.

Durante el almuerzo y el descanso que le siguió se hicieron miles de conjeturas sobre las catástrofes que habían podido producirse en la tierra desde que los

viajeros, primero en el Estrella Polar y luego en la Tierra de Nansen, se hallaban aislados del resto del mundo.

Capítulo 11

LA TUNDRA POLAR

Hacia la tarde, la llanura nevada dio paso a unos montículos de hielo. Una bruma ligera flotaba en el aire, ocultando apenas el sol rojizo que se mantenía en el cenit como mofándose de los viajeros que seguían observándole con asombro.

Se acercaba el momento de detenerse para pasar la noche, cosa que hubiera resultado bastante incómoda en una cresta helada: aunque el sitio era suficiente, el agua se encontraba muy abajo y era imposible llegar a ella por la vertiente helada y lisa. De manera que los viajeros continuaban su camino con la esperanza de encontrar un lugar más adecuado, sobre todo teniendo en cuenta que, entre la niebla, vislumbraban por delante una oscura llanura.

Serían las siete de la tarde cuando los montículos de hielo perdieron altura y, en lenguas blancas y planas, fueron a morir en festón gigantesco al borde de aquella planicie oscura donde los arroyos se habían abierto cauces poco profundos y continuaban fluyendo entre orillas pantanosas. Terminado el hielo, los trineos se atascaron inmediatamente en la tierra viscosa y desnuda. Los perros, con la lengua fuera, se negaban a continuar avanzando. Los viajeros saltaron de los trineos. Habían recorrido el último kilómetro en la espera angustiosa de la nueva sorpresa que les preparaba aquella extraña Tierra de Nansen: una llanura sin nieve.

De un mismo movimiento, todos se inclinaron para examinar y palpar aquella tierra ansiada después de tantos días entre nieves y hielos. La tierra, de color pardo oscuro, empapada de agua y pegajosa, no estaba enteramente desnuda, sino cubierta por los tallos encogidos de una hierba rala y amarillenta y por las ramas retorcidas y rastreras de arbustos enanos sin hojas. Los pies se hundían en la tierra unos cuatro centímetros, levantando cantando chorros y surtidores pequeños de agua amarilla.

- ¿Qué les parece a ustedes? -rezongó Kashtánov-, A 81° de latitud Norte desaparece la nieve, hace la misma temperatura que en Finlandia, la tierra está desnuda y el Sol en el cenit.

- ¿Tendremos que instalar la tienda en este pantano?

- preguntó tristemente Pápochkin.

- No es un pantano, sino lea tundra del Norte -explicó Makshéiev.
- Con eso no salimos ganando nada --observó Borovói-. Los perros se niegan a tirar de los trineos y, verdaderamente, no tiene ninguna gracia pasar la noche en este lodazal.

¡Mejor sería volver al hielo!

Todos miraron a su alrededor, esperando encontrar algún sitio más seco.

- ¡Me parece que allí no estaríamos mal! –exclamó Gromeko señalando una colina aplastada que descollaba sobre la llanura pardusca, aproximadamente a un kilómetro de las lenguas de hielo.
- ¿Y cómo llegamos hasta allí?
- ¡Hombre, ya lo conseguiremos ayudando a los perros!
- Vamos a ponernos los esquís y quizá no nos hundamos tanto.

En efecto, la marcha era más fácil con los esquís. Los perros tiraban lentamente de los trineos aligerados que los hombres empujaban por detrás con sus palos. En media hora llegaron a duras penas a la altura que dominaba unos ocho metros: el llano y ofrecía un lugar seco y cómodo para pasar la noche. Entre la hierba amarilla del año anterior asomaban ya unas briznas verdes y los arbustos enanos empezaban a echar brotes. Montaron la yerta en lo alto del montículo y dejaron los trineos y los perros un poco más abajo, en la vertiente. Detrás, al Norte, el borde de los hielos blanqueaba como una alta muralla que cerrase el horizonte. Delante, el llano oscuro tomaba ya un matiz verdoso.

A unos cincuenta metros de la colina corría silencioso un ancho arroyo entre orillas pantanosas. La niebla se arremolinaba sobre la llanura.

El sol rojizo, que asomaba por momentos, continuaba en el cenit aunque los relojes marcaban ya las ocho y media de la tarde. En aquella jornada los viajeros habían recorrido cincuenta kilómetros.

Mientras Borovói instalaba el hipsómetro, los demás hacían hipótesis sobre la temperatura que marcaría el instrumento después de un descenso tan prolongado e indudable.

Unos opinaban que 125° y otros que 115. Makshéiev hizo incluso una apuesta con Pápochkin.

- Pues nadie ha ganado -declaró el meteorólogo cuando terminó sus observaciones-. El termómetro indica sólo 110°.

- De todas formas, yo estaba más cerca de la verdad -afirmó Makshélev-, puesto que había anunciado 115.

- ¿Y no creen ustedes que mejor sería romper todos estos instrumentos inútiles? -preguntó agriamente Borovói.

- Toma usted demasiado a pecho las jugarretas incomprensibles que nos hace la presión atmosférica -intervino Kashtánov, para tranquilizarle-. ¡Ni que se creyese usted culpable de ellas!

- No es eso. Lo que ocurre es que si un aparato es inútil, ¿para qué cargar con él?

- Ahora puede ser inútil por una razón que ignoramos; pero es probable que luego, en el curso del viaje, vuelva a servirnos.

Después de la cena, los viajeros se consultaron sobre la manera de continuar el camino. Si la tundra sin nieve, por extraño que pareciese, se extendía más hacia el Norte, la mayor parte de la impedimenta -los esquís, los trineos, los perros y la comida para ellos, la ropa de abrigo, gran parte del alcohol e incluso la yurta - se hacía no ya sólo inútil, sino incluso molesta, puesto que frenaba la velocidad. En vista de la temperatura tibia podrían contentarse con una tienda ligera que llevaban de reserva y recoger combustible en la tundra.

Por esta razón quedó decidido hacer un alto de una jornada sobre la colina y enviar en direcciones diferentes dos grupos sin impedimenta para explorar el carácter de la región y las condiciones a que habría de amoldarse la expedición en su avance. Después podrían dejar un depósito con todo lo superfluo sobre la colina para recogerlo al regresar hacia los hielos.

Capítulo 12

LAS COLINAS ERRANTES

Al día siguiente, Igolkin y Borovói se quedaron en la yurta: el primero para vigilar a los perros y el otro para efectuar sus observaciones meteorológicas. Los cuatro compañeros se dividieron en dos grupos que salieron de reconocimiento: Kashtánov y Pápochkin hacia el Sudeste consultando la brújula y Makshéiev y Gromeko hacia el Sudoeste.

Todos partieron en esquís, con el propósito de dejarlos si el terreno llegaba a ser bastante seco.

Cada uno de los exploradores iba armado de una escopeta. Era imposible pensar que no encontrasen en la tundra ninguna caza como les había ocurrido en la llanura nevada. La inquietud manifestada por los perros durante la noche hacía suponer que tropezarían con algún animal. La carne fresca era una cosa muy necesaria tanto para los hombres como para los perros.

Kashtánov y Pápochkin llegaron pronto a un ancho arroyo detrás del cual continuaba la tundra.

El suelo estuvo pronto tan seco que hubieron de abandonar los esquís. Los colocaron en forma de cono, atándolos por arriba con un bramante para que fuese más fácil descubrirlos en el camino de vuelta.

En la tundra seca verdeaba ya la hierba nueva y los arbustos enanos estaban recubiertos de hojillas y de flores. Sobre la llanura flotaba la bruma, que se convertía a veces en llovizna. En los intervalos brillaba y calentaba bastante el sol rojizo, cuyo disco, de todas formas, no se veía con nitidez.

A unos diez kilómetros del campamento descubrieron los exploradores delante de ellos unas cuantas colinas oscuras cuyos flancos abruptos difuminaba la niebla.

- Ese sería un fuga: estupendo para examinar los contornos cuando se disipe la niebla - exclamó Pápochkin-. En esta llanura lisa se debe abarcar un gran panorama desde la altura de esas colinas.

- Y más interés todavía tienen los minerales que podemos encontrar en ellas – replicó Kashtánov-. Hasta ahora, el botín geológico de nuestra expedición ha sido bien pobre.

- ¡Pues el zoológico todavía más!

- Ahora nos recompensará la tundra. Tanto la forma como el color de esas colinas hace suponer que se trata de cúpulas de basalto u otro mineral de origen volcánico. Los dos investigadores se lanzaron casi corriendo hacia la meta ansiada, que unas veces se divisaba entre la niebla y otras veces desaparecía completamente en ella. Kashtánov y Pápochkin llevaban corriendo más de un cuarto de hora y las colinas oscuras parecían casi tan lejanas como al principio.

- Esta maldita niebla molesta horriblemente para calcular bien las distancias -dijo el zoólogo deteniéndose a recobrar el aliento-. Estaba convencido de que nos encontrábamos cerca de las colinas y, con todo el tiempo que llevamos corriendo, apenas nos hemos aproximado. Casi no puedo respirar.

- Bueno, pues vamos a descansar -propuso Yashtánov-. Las colinas no se van a escapar.

Estaban de pie, apoyados sobre las escopetas. Súbitamente, Pápochkin, que miraba hacia las colinas, exclamó:

- ¡Esto es extraordinario si no se trata de una ilusión óptica! Me ha parecido que se movían nuestras colinas.

- Es un efecto de la niebla, que se desplaza -contestó tranquilamente Kashtánov encendiendo su pipa.

- Pues no. ¡Ahora veo con toda claridad que se mueven las colinas! ¡Mire usted, mire usted pronto!

Delante, a escasa distancia, se veían ahora con nitidez cuatro manchas oscuras que se desplazaban lentamente por la tundra.

- Habitualmente, los montes de basalto o de cualquier otro mineral volcánico suelen estarse quietos en su sitio -observó sarcástico Pápochkin-. Aunque, ¿quién sabe? Es posible que en este país de los fenómenos inexplicables también anden de un lado para otro las colinas de ese género. ¡Lástima que no haya venido con nosotros Borovói! Mientras tanto Kashtánov había cogido sus prismáticos y observaba con ellos las colinas movedizas.

- ¿Sube usted una cosa, Semión Semiónovich? -dijo con voz trémula de emoción-. Pues que esas colinas no son de mi competencia, sino de la de usted, porque se trata de grandes animales parecidos a elefantes: veo muy bien sus largas trompas.

Reanudaron su carrera y sólo se detuvieron cuando la niebla empezó de nuevo a disiparse. Las masas oscuras estaban ya mucho más próximas.

- Vamos a tendernos en el suelo -propuso el zoólogo-. De lo contrario, pueden advertir nuestra presencia y escapar.



Así lo hicieron. Ahora Pápochkin tenía los prismáticos, esperando el momento propicio. La niebla se disipó al fin bastante para poder distinguir a unos cuatrocientos o cuatrocientos cincuenta pasos cuatro proboscidios que arrancaban ramas de los arbustos enanos y se las llevaban a la boca doblando elegantemente la trompa. Tres eran muy voluminosos y el cuarto un poco más pequeño.

- Tienen enormes colmillos -dijo Pápochkin- muy retorcidos. El cuerpo está cubierto de un tupido pelaje pardo. Tienen unos rabos cortos que agitan alegremente. Si no supiera que los mamuts han desaparecido de nuestro planeta, diría que no son elefantes sino mamuts.

- ¿Quién sabe si en este país donde todo es extraño no sobreviven los mamuts?

Kashtánov, que había cargado su escopeta con una bala explosiva, apuntó al animal más próximo que le presentaba su flanco izquierdo.

Resonó una detonación ensordecedora. El animal levantó la trompa, cayó de rodillas, luego se irguió, dio unos pasos precipitados y se desplomó.

Los otros pegaron una espantada y luego, levantando las trompas y bramando con un mugido semejante al del buey, huyeron pesadamente al galope por la tundra y desaparecieron en la bruma.

Llenos de impaciencia, Kashtánov y Pápochkin corrieron hacia su víctima. El animal estaba tendido sobre el flanco derecho con las patas estiradas y la cabeza de enormes colmillos echada hacia atrás. La ancha herida abierta bajo el omóplato dejaba escapar un torrente de sangre. El vientre abultado se agitaba aún y la trompa se estremecía.

- ¡Cuidado! -advirtió Kashtánov-. En su agonía es capaz de pegarnos con la trompa o con una pata un golpe que nos rompa los huesos.

Los cazadores se detuvieron a unos diez pasos del elefante examinándolo con una emoción y un interés comprensibles.

- También yo pienso que se trata de un mamut -dijo Kashtánov-. Por lo menos tiene todas las señas del mamut: las enormes dimensiones (¡porque este bicho mide sus seis metros de largo!), los colmillos vueltos hacia arriba y hacia adentro, el largo pelaje rojizo. Además, los elefantes no han vivido nunca en los países árticos, mientras los mamuts han habitado en la tundra de Siberia.

- Si no lo hubiera visto por mis propios ojos, no lo habría creído -contestó Pápochkin-.

¡Qué descubrimiento, pero qué descubrimiento!

- No es ni más ni menos extraordinario que esta profunda depresión y la tundra verde a los 81° de latitud Norte. Se conoce que en este continente polar, absolutamente aislado por los hielos de los demás países de nuestro-planeta y cuyo clima es suave, los mamuts se han conservado hasta nuestros días. Son, en cierto modo, fósiles vivos.

- O quizá la fauna prehistórica de la Tierra de Nansen que se ha adaptado a nuevas condiciones de vida. Es probable que este continente no estuviera antes aislado de los demás países por los hielos y la nieve y poseyera la misma flora y la misma fauna que el Norte de América y Asia. Y es posible que luego, durante el período glaciario, los mamuts hayan encontrado aquí su último refugio.

- ¡Y ahora lo ha descubierto nuestra expedición!. Pero, ¿qué vamos a hacer con este monstruo? Para llevarlo hasta el campamento harían falta una -plataforma y una locomotora.

- Si no podemos arrastrar al mamut hasta el campamento, se puede aproximar el campamento al mamut -.observó en broma el zoólogo.

- ¡Es una idea!. Pero si la tundra está habitada por mamuts, también puede estarlo por osos, lobos, zorros y otros animales carnívoros. Y antes de que nos traslademos aquí son capaces de deteriorar nuestra presa.

- Es verdad. Hay que medirlo cuidadosamente, hacer su descripción y fotografiarlo. Al Estrella Polar nos llevaremos, todo lo más, un diente y partículas de cerebro, de piel y de carne metidas en alcohol.

- ¿Y la trompa? Yo creo que debíamos cortarla para enseñársela a nuestros compañeros.

¡Vaya sorpresa que se van a llevar! Y luego nos la comeremos: será un plato que no ha probado todavía nunca ningún naturalista. Dicen que las trompas de elefante son una cosa succulenta. Pero el extremo lo conservaremos, porque nunca se había encontrado en los cadáveres de mamuts descubiertos y no se sabe cómo está hecho⁴.

Los cazadores se aproximaron al mamut, ya inmóvil, y procedieron a medirlo y fotografiarlo con gran cuidado.

Pápochkin hacía las mediciones y Kashtánov tomaba nota y luego pasó a retratar el cadáver desde diferentes ángulos mientras el zoólogo se plantaba orgullosamente junto a él o se subía encima para las comparaciones, exclamando:

- ¡Es maravilloso! El informe de nuestra expedición tendrá ilustraciones: fotografías del zoólogo Pápochkin sobre el cadáver de un mamut, pero no fósil, sino recién matado. Terminada su labor, los viajeros cortaron el rabo, la trompa y un mechón de largas lanas del animal y, así cargados, se dispusieron a volver a la tienda. Pero entonces el zoólogo lanzó una mirada perpleja a su alrededor y exclamó:

- ¿Hacia qué lado está nuestro campamento? Nos rodea la tundra lisa, la niebla se desplaza e impide ver a lo lejos. Nos hemos extraviado, Piotrivánovich. No tengo ni idea de la dirección que debemos seguir...

Al pronto Kashtánov se turbó un poco, pero luego dijo sonriendo:

- Un hombre que lleve una brújula en el bolsillo no puede extraviarse ni aun en la niebla, siempre que sepa la dirección que ha seguido. Desde el campamento nos pusimos en marcha hacia el Sudeste, de manera que ahora debemos orientarnos hacia el Noroeste.

⁴ A fines de la década del 40 se encontró la trompa de un mamut en la península de Chukotka. Su extremidad fue enviada a la Academia de Ciencias.

- Pero creo que al ver a los mamuts echamos a correr sin pensar en la dirección.

- No. Antes de guardarme la brújula comprobé, según mi costumbre, la dirección en que corríamos. Tranquilícese, que le llevaré a la yurta.

Consultando la brújula, Kashtánov echó a andar por la tundra sin vacilaciones y el zoólogo le siguió.

Los viajeros anduvieron un par de horas por la planicie. Lo mismo que antes, la niebla se arremolinaba unas veces a ras de tierra y se disipaba otras, dejando ver un kilómetro o dos alrededor. En uno de esos momentos Kashtánov descubrió delante, y un poco apartado del camino que seguían, un extraño objeto que se alzaba sobre la llanura y se lo indicó al zoólogo.

- ¿Qué será? -preguntó Pápochkin-. Parece el armazón de una tienda de samoyedos.

¿Habrá también hombres aquí?

- Creo que deben ser nuestros esquís. ¿No se acuerda de que los hemos dejado a mitad de camino?

- Entonces, es que vamos bien orientados.

Llegados al sitio donde estaban los esquís, los viajeros podían estar ya tranquilos y guardaron la brújula porque su pista había quedado profundamente impresa en la tundra húmeda. Pronto divisaron la colina donde estaba su yurta.

Capítulo 13

UN VISITANTE INDESEABLE

Cuando los cazadores estuvieron bastante cerca de la colina para poder distinguir, no solamente la yurta, sino también la silueta de los hombres y los perros, Kashtánov dijo a su compañero, que tenía la vista y el oído menos penetrantes:

- Algo insólito ocurre en el campamento: los hombres corren de un lado para otro y los perros no cesan de ladrar.

Se detuvieron para prestar oído. En efecto, escucharon distintamente los ladridos feroces de los perros y luego un disparo, otro, un tercero...

- ¿No será un ataque de mamuts u otros animales antediluvianos? Ahora estoy dispuesto a creerme cualquier cosa -declaró el zoólogo.

- Vamos corriendo, que quizá necesiten nuestra ayuda.

Emprendieron una carrera todo lo rápida que les permitían su carga y su cansancio, Abandonaron los esquís y la trompa al pie de la colina, que escalaron en un abrir y cerrar de ojos.

Los perros, atados, hacían esfuerzos para liberarse. La yurta estaba vacía. Pero en la otra vertiente de la loma vieron a Borovói e Igolkin con las escopetas en la mano, de pie junto a una masa oscura.

En un instante Kashtánov y Pápochkin estuvieron junto a sus compañeros.

- ¿Qué es? ¿Qué ha ocurrido?

- Pues ahí tienen ustedes -contestó Borovói agitado. Este extraño animal ha atacado a nuestros perros, si no ha sido al revés. Estábamos en la yurta y no hemos visto el comienzo de la batalla. Pero, en fin, cuando hemos llegado con las escopetas había aplastado ya a dos perros. Y, para poner término a este entretenimiento, nos hemos visto en la obligación de meterle en el vientre dos balas explosivas que le han matado de indigestión.

Igolkin se llevó a los perros, que saltaban en torno al animal muerto, y los tres viajeros se pusieron a examinarlo. En cuanto se fijaron en la cabeza, K Kashtánov y Pápochkin exclamaron al mismo tiempo:

- ¡Pero si es un rinoceronte!

- ¿Un rinoceronte aquí, en el continente polar? -objetó Borovói incrédulo-. Cierto que se parece a los rinocerontes que, por otra parte, sólo he visto retratados, pero, de todas formas, ¿puede haber aquí, en esta tundra, un animal originario de los trópicos? ¡No puedo concebirlo!

- ¿Y concibe usted -le interrumpió Kashtánov- vengamos de la caza del mamut? Del mamut, ¿comprende usted? ¡Del mamut, que se consideraba hasta ahora un animal fósil que ha existido hace decenas de milenios!

- ¡Por amor de Dios! -rugió Borovói-. No se burlen de esta manera, porque me parece

que voy a perder la razón. Todo lo que venimos viendo estos últimos días es tan extraordinario, tal, sobrenatural, que me parece simplemente que estoy soñando o loco.

- ¡Pero cálmese usted, hombre! -exclamó Kashtánov agarrando a Borovói por un brazo-. Todos nosotros estamos agitados. También a nosotros nos deja estupefactos lo que vemos. Es extraño y de momento inexplicable, pero en la naturaleza no hay nada sobrenatural. No olvidemos que nos encontramos en un continente polar profundamente incrustado en la superficie de nuestro planeta y separado del resto del mundo por una ancha barrera de hielos. En un continente así pueden darse condiciones físicas particulares gracias a las cuales continué existiendo el mamut, desaparecido hace tiempo en los demás países. ¿Por qué no ha podido sobrevivir también el rinoceronte, contemporáneo suyo?

- ¿El rinoceronte africano o indio en la tundra polar?

- No digo que el africano pero si el de Siberia, el rinoceronte de pelo largo que vivió en las tundras siberianas al mismo tiempo que el mamut.

- ¡Ah, vamos! Yo no sabía que hubiesen existido rinocerontes de éstos. Pero, ¿por qué piensa usted que no se trata de uno africano?

- ¡Fíjese bien! Este tiene largas lanas de color pardo, mientras el rinoceronte de los trópicos está pelado; además, es más voluminoso que los representantes de estos mamíferos existentes ahora, el cuerno delantero, de enormes dimensiones, tiene forma de paleta.

Al ver que Yashtánov y Pápochkín tomaban con tanta tranquilidad aquel prodigioso suceso, Borovói acabó calmándose y preguntó:

- ¿Y dónde está el mamut que han cazado ustedes?

- ¡No íbamos a traerlo a costas! -contestó riendo Pápochkin-. Lo hemos matado en la tundra, bastante lejos de aquí. Había cuatro y, desde lejos, nuestro geólogo los confundió con montecillos basálticos. Pero luego vimos con espanto que estas colinas volcánicas echaban a andar por la tundra. ¡Ja, ja, ja! A propósito, ¿y la trompa? Sólo hemos traído la trompa y el rabo. Sería una lástima que los hubiesen estropeado los perros.

- Vamos a buscarlo.

La fotografía, la medición y la descripción del rinoceronte exigieron más de ti es horas y únicamente después pensaron los exploradores que debían descansar un poco. Mientras almorzaban se acordaron de que aun faltaban dos de sus compañeros y sintiéronse inquietos por su larga ausencia.

- Con este sol, siempre en el cenit, acaba uno perdiendo enteramente la noción del tiempo --rezongaba Borovói-. La mañana, el mediodía o la tarde, ¡todo es lo mismo! El día parece interminable.

- Aquí es efectivamente interminable, puesto que el sol está siempre en el mismo sitio del cielo --confirmó Kashtánov.

- La noche pasada, llamémosla así, la luz se había debilitado un poco, al fin y al cabo - observó el meteorólogo-. Aunque ustedes se inclinaban a explicarlo por un recrudescimiento de la niebla, yo salí de la yurta alrededor de la media noche y me fijé en que la niebla no era más densa que durante el día, pero ese extraño astro lucía con mucha menos fuerza y en su disco parecían verse grandes manchas oscuras.

- ¡Eso es muy interesante! -exclamó el profesor-. ¿Y por qué no nos habló usted de ese nuevo hecho tan chocante?

- Hechos chocantes hay aquí a montones. Además, quería comprobar que no me había equivocado antes de contárselo a ustedes. Hoy, alrededor de mediodía, he vuelto a observar ese astro disparatado y me he convencido de que no tiene manchas oscuras.

¿Sería una equivocación?

- Pues yo creo que le ha ocurrido alguna catástrofe al astro central de nuestro sistema planetario mientras nosotros viajábamos por entre la niebla de la Tierra de Nansen. Por eso brilla día y noche en el cenit a 81° de latitud Norte.

- ¿Y si nuestro globo hubiera girado gradualmente hasta presentar su región ártica al sol?

- Es bastante incomprendible -rezongó Borovói-. ¿Cómo podría producirse en breve plazo, sin graves conmociones, semejante desviación del eje de la Tierra?

- Hemos podido no advertir esas conmociones entre las nieblas y los hielos. No logro explicarme de otra forma la extraña posición del sol -insistía Kashtánov.

- ¿Está usted seguro de que el astro que estamos viendo en este momento sea el mismo que hemos visto la última vez sobre las sierras de la cordillera Russki? -preguntó Borovói.

¿Qué otra cosa puede ser? -replicó Pápochkin asombrado.

- Con el mismo fundamento se puede conjeturar que la luna se ha incendiado de nuevo o que otro cuerpo luminoso ha penetrado fortuitamente en nuestro sistema planetario, arrastrando a nuestra tierra como satélite -dijo el meteorólogo con sonrisa enigmática.

- ¿A qué lanzarnos en conjeturas improbables? --objetó Kashtánov-. Existen hipótesis basadas sobre hechos geológicos de que el eje de nuestra Tierra se ha desplazado. Así se explican, por ejemplo, las congelaciones que se han producido durante ciertos períodos geológicos en la India, África, Australia y China, así como la flora subtropical que en otros períodos existió en la Tierra de Francisco José, en Groenlandia, etc.

- No discuto, porque usted debe estar mejor informado. Pero he medido hoy el radio angular de este astro, y es igual a 20 minutos mientras el radio angular del sol es de casi 16 minutos como usted naturalmente sabe.

- ¡Eso sí que tiene importancia! -exclamó Kashtánov sorprendido.

- Además, ¿y esta luz rojiza en lugar de la luz amarilla?

- ¿No será un efecto de la niebla? -intervino Pápochkin.

- Es lo que yo había pensado. Pero hoy he logrado observar ese astro en un momento en que la niebla se había disipado enteramente. Y el disco era de color

rojo, como el sol cuando está al borde del horizonte y brilla a través de las capas inferiores más húmedas de la atmósfera o durante una tormenta de polvo.

- ¡También eso es chocante!

- ¿Y esas manchas oscuras que condicionan una disminución de la luz a determinadas horas del día? Esta noche procuraré verificarlo. Si el fenómeno se repite, quedaré definitivamente convencido de que lo que brilla encima de nosotros no es el sol, sino otra cosa.

- Pero, adónde se habrá metido nuestro sol? -preguntó inquieto Pápochkin.

- ¡Cualquiera sabe! Este es otro eslabón en la cadena de increíbles fenómenos que hemos presenciado los últimos días.

- En efecto, toda una cadena -murmuró pensativo Kashtánov-. Una inmensa depresión en El continente, las extrañas indicaciones de la brújula, las incomprensibles variaciones de la presión atmosférica y un clima templado a 81° de latitud -y que no es un efecto de la casualidad, a juzgar por el límite de los hielos y la tundra verdeante-, los mamuts y los rinocerontes que andan por ella y un sol que no es un sol y permanece en el cenit día y noche...

- Y habrá más, estoy convencido. Ahí vuelven, al fin, nuestros compañeros y apuesto lo que ustedes quieran a que nos traen algún otro techo curioso.

Todos se pusieron en pie de un salto, mirando a lo lejos donde se divisaban dos siluetas que llevaban un objeto oscuro colgado de una pértiga. Pápochkin colocó la



tetera sobre el infiernillo de alcohol y se puso a preparar un asado de carne de rinoceronte mientras los demás corrían al encuentro de sus compañeros.

- Estamos rendidos -declaró Makshéiev-. Hemos visto vacas y toros, pero sólo hemos conseguido matar un ternero y lo traemos auestas desde hace tres horas.

-- Además, hemos reunido interesantes ejemplares de la flora de la tundra. Son muy curiosos y hubiera dicho incluso que se trataba de flora antediluviana si no los hubiese recogido yo mismo -añadió Grameko, a cuya espalda colgaba una caja llena de plantas. Mientras comían, Makshéiev y Gromeko comunicaron sus impresiones.

- Durante unos diez kilómetros la tundra es igual que aquí, aunque menos húmeda. Luego la vegetación empieza a ser más abundante y aparecen arbustos e incluso pequeños árboles...
- Abedules y sauces polares, pero de especies desconocidas, y luego alerces enclenques -añadió Gromeko-. También hay algunas plantas florecidas, unas que no conozco en absoluto y otras descritas por distintos investigadores como representantes de la flora post-terciaria del Canadá.
- Al fin llegamos a un río estrecho pero muy profundo. Como no había ningún vado, echamos a andar siguiendo la corriente. Los árboles iban teniendo ya una altura superior a la de un hombre y, los matorrales, entre ellos, formaban una espesura casi impenetrable. Y entonces nos dimos de manos a boca con un rebaño de toros que habían bajado al río a beber.
- ¿Qué género de toros? -preguntó Pápochkin interesado.
- Eran más bien una especie de yacks salvajes --corrigió Gromeko-: negros, con lanas largas, enormes cuernos gruesos y joroba.
- Estos eran unos -continuó Makshéiev-; pero otros. animales, que debían ser hembras,. no eran tan corpulentos y tenían los cuernos más finos y más cortas. También había algunos terneros. Como no pensábamos encontrar en la tundra más que aves acuáticas y animales pequeños, llevaba sólo una escopeta ligera.
- ¡Y yo iba sin armas!
- Conque tuve que disparar contra un ternero con postas que llevaba en las cartucheras. El rebaño desapareció en la espesura y el ternero se cayó al río, de donde le sacamos para rematarle con los cuchillos.
- Como el ternero pesaba sus cincuenta kilos largos y teníamos que traerlo a cuestras unos doce kilómetros, le vaciamos para aligerar la carga, aun a sabiendas de que Sermón Semiónovich se disgustaría por ello.
- ¡Bastante satisfacción ha tenido ya! -replicó Kashtánov riendo-. ¿Saben ustedes de qué es el asado que acaban de comer?
- ¿Alguna liebre polar? Aunque no sé si existe el género.
- Nada de liebres: era carne de rinoceronte y, además, prehistórico!
- ¡Puah! ¿Conque han encontrado un cadáver de rinoceronte en la tundra de congelación perpetua y han querido probar la carne conservada desde hace decenas

de milenios? - sorprendióse Gromeko-. Si lo llego a saber, no como. Ahora me van a dar náuseas.

- Pues el asado estaba sabroso; únicamente un poco duro -declaro Makshéiev.

- Se comprende: ¡una carne de esa antigüedad!

- ¿Y saben ustedes -intervino a su vez Pápochkin- para la cena pensamos obsequiarles con una trompa de mamut asada?

- ¡Esto ya es excesivo! -indignóse Gromeko-. ¿Se han propuesto envenenarnos?

¿Quieren ver el efecto que produce sobre un estómago moderno toda esta carroña geológica?

Makshéiev, que durante sus andanzas por Alaska y Chukotka había perdido la costumbre de hacer aspavientos, opinó:

- He leído que la trompa de elefante es un plato muy delicado; conque la trompa de mamut ha de ser algo delicioso.

- Pues yo no lo pruebo -dijo Gromeko furioso-. Prefiero asar el hígado del ternero: por lo menos sé que está fresco.

Después de haber gozado durante algún tiempo de la sorpresa de sus compañeros, los otros les contaron los acontecimientos de la jornada. El botánico se calmó cuando le enseñaron el cadáver del rinoceronte, la trompa, el rabo y el puñado de lanas del mamut. Incluso intervino en la discusión sobre la manera de condimentar la famosa trompa y sacó de su bolsillo unas cuantas cabezas de ajos silvestres que había descubierto cerca del sitio donde se habían tropezado con los toros.

- Serán muy buen condimento para la trompa -dijo-. Siento haber encontrado tan pocos. Mientras cenaban decidieron quedarse un día más en aquel sitio para ir los cinco adonde estaba el cadáver del mamut y traer a la yurta provisiones de carne y las partes del animal que se quería conservar.

- Ahora debemos estudiar muy seriamente hacia dónde y cómo hemos de ponernos en camino -propuso Kashtánov después de la cena-. Nuestros reconocimientos por la tundra nos dan ciertos materiales para ello. Y, mientras hablamos, ayudaremos a nuestro zoólogo a preparar los cráneos del rinoceronte y del ternero que queremos conservar. Y, a propósito, Sermón Semiónovich, ¿a qué especie cree usted que pertenece el ternero?

- Si no hubiera visto con mis propios ojos un mamut y un rinoceronte de Siberia vivos - contestó el zoólogo-, habría dicho que los animales que hemos encontrado son parientes del yack del Tibet. Pero ahora pienso que se trata de toros primitivos, desaparecidos de la superficie del globo al mismo tiempo que el mamut y el rinoceronte.

Capítulo 14

LA CARTA DE TRUJANOV

Mientras discutían la cuestión del itinerario a seguir, los exploradores opinaron únicamente que la Tierra de Nansen les había proporcionado ya, no solamente muchos datos nuevos, sino también muchos hechos incomprensibles y que los fenómenos extraordinarios se multiplicaban a cada jornada de avance.

Las excursiones del último día habían demostrado que, al concluir la tundra, se extendían bosques imposibles de atravesar con los trineos y los perros. Había, pues, que abandonar los trineos, los esquís, parte de la impedimenta y los perros y continuar a pie, llevando únicamente la carga imprescindible.

Pero se ignoraba enteramente hasta dónde se extendían aquellos bosques y lo que se podía encontrar detrás de ellos. Lo más probable era que el calor, las plantas y los animales no existieran más que en el fondo de aquella enorme depresión de la Tierra de Nansen y que más adelante, sobre la vertiente opuesta, volvieran a encontrar la nieve y los hielos de manera que aun tendrían necesidad de los trineos, los esquís y los perros. Por lo tanto, no era menos racional la otra solución: contornear por la tundra en los trineos el borde de los hielos para explorar la circunferencia de la depresión y hacer algunos reconocimientos hacia su interior sin impedimenta. Pero en ese caso quedaría inexplorada la parte central de la depresión, la más interesante sin duda desde el punto de vista de la flora, la fauna y quizá también de la Geología. A juzgar por los numerosos riachuelos que, desde el borde de los hielos, fluían hacia el centro de la depresión, en el fondo debían formarse varios lagos, o, quizá uno solo muy vasto.

Cada una de los planes ofrecía ventajas e inconvenientes. ¿Cuál elegir? Borovói, Igolkin y Makshéiev se inclinaban por el itinerario del borde de los hielos, mientras los naturalistas, claro está, preferían adentrarse hacia el centro de la depresión, donde esperaban encontrar más ejemplares para sus colecciones.

Última solución: podían dividirse en dos grupos. Uno, con la impedimenta más pesada, seguiría el borde de los hielos mientras el otro, poco cargado, atravesaría la depresión por el centro, y ambos se juntarían en el lado opuesto. Pero, ¿cómo saber

si la depresión se prolongaba mucho hacia el Este y el Oeste y si sería posible contornearla?

¿No surgirían obstáculos invencibles y no se encontrarían ambos grupos o uno de ellos en una situación sin salida? ¿No sería esta separación fatal para todos?

Era difícil tomar una decisión, que podía estar, además, preñada de graves consecuencias.

Todo ello considerado, Kashtánov dijo a sus compañeros, que continuaban enzarzados en su discusión, defendiendo cada cual con encarnizamiento su propuesta:

- No olvidemos el pliego lacrado que me entregó el organizador de nuestra expedición para el caso en que nos hallásemos en situación embarazosa. Se nos autoriza a abrirlo cuando nos encontremos sin saber ya dónde estamos ni lo que debemos hacer. ¿No creen ustedes que ha llegado ese momento? Estos últimos tiempos hemos visto una enorme cantidad de cosas inexplicables e inauditas y ahora nos encontramos incluso sin saber hacia dónde dirigirnos.

Los compañeros de Kashtánov habían olvidado ya aquel pliego de Trujánov y por eso acogieron la proposición con entusiasmo. El pliego fue extraído de la caja donde se guardaban los instrumentos más valiosos y el dinero. Kashtánov rompió los sellos y leyó en voz falta:

Queridos amigos:

Es posible que en el momento de leer estas líneas se encuentren ustedes en situación muy penosa. Espero no defraudar sus esperanzas de recibir un consejo y una explicación.

Debo confesar ante todo que les he arrastrado a una empresa tan arriesgada y extraordinaria que, de haber, adivinada, ustedes dónde les invitaba a viajar, me habrían tenido por loco y me habrían negado toda colaboración. Una vez hice ya la experiencia, comunicando mis propósitos a un sabio y ofreciéndole organizar una expedición costeadada por mí. Se negó rotundamente y además me acusó de tener una fantasía desbordada.

Por eso, la única manera de montar una expedición que verificase mis hipótesis era callar el objetivo final. Debía ser organizada con el propósito aparente de estudiar una parte aun inexplorada de la región ártica. En efecto,

mis hipótesis podían ser erróneas y entonces la expedición, después de haber hallado únicamente unas islas o un continente atenazado por los hielos regresaría sin novedad después de su estudio. Aun en este caso mis gastos no habrían sido inútiles, ya que hubiera quedado demostrada de una vez para siempre la falta de fundamento de mi hipótesis y, al mismo tiempo, hubiese desaparecido la gran mancha blanca que aun existe en el mapa de la región ártica.

Y paso a lo esencial. Numerosas observaciones hechas desde el Mont-Blanc y Munku-Sardik, el estudio de obras científicas y los datos de muchas estaciones sismológicas y las búsquedas sobre la distribución y las anomalías de la fuerza de la gravedad me han llevado a la conclusión de que el núcleo de nuestro planeta tiene un carácter completamente distinto al que hasta ahora le prestan los geólogos y los geofísicos. Yo estoy persuadido de que la Tierra posee una cavidad interna más o menos vasta, probablemente alumbrada por un astro pequeño central, quizá ya apagado. Dicha cavidad comunica quizá con la superficie del globo por uno o dos orificios más o menos considerables que permitirían penetrar en la superficie interior de este globo hueco.

Sólo una expedición especial enviada en busca de uno de esos orificios podía confirmar o rebatir mis opiniones. Naturalmente, había que buscar esos orificios en las regiones todavía inexploradas de los dos polos. Para comenzar he elegido la región ártica, como más accesible a una expedición rusa.

Si han logrado ustedes encontrar el orificio, procuren penetrar en él. Es posible que hayan descendido ya a él inadvertidamente, creyendo descender a una profunda depresión continental. En tal caso, y si les quedan fuerzas y medios de transporte suficientes, procuren introducirse más profundamente y explorar hasta donde sea posible esta cavidad interna, aunque sin arriesgar sus vidas en vano.

En caso de que, por una razón cualquiera, el propósito sea irrealizable, regresen ustedes, ya que el solo hecho de haber descubierto un orificio que lleve a la cavidad interna de la Tierra constituye un enorme descubrimiento y su estudio podría confiarse a otra expedición organizada sobre la base de la

experiencia adquirida. No dudo de que, llegados al umbral de grandes y maravillosos descubrimientos, experimentarán como verdaderos hombres de ciencia el imperioso deseo de continuar adelante. Pero les ruego desentrañar minuciosamente la situación, pesar el pro y el contra y tomar la determinación más sensata para no correr el riesgo de echar a perder los resultados ya adquiridos.

Quizá pudiesen ustedes dividirse en dos grupos, uno de los cuales penetraría en la cavidad mientras el otro se quedaba a la entrada para acudir en auxilio del primero en caso de necesidad o llevar a la ciencia la noticia del maravilloso descubrimiento.

Siento infinitamente que el destino me haya privado de los medios de compartir los trabajos, las privaciones y los descubrimientos de ustedes y tenerme que limitar a esta carta. Si no les ha explicado nada, desentiéndanse de ella. En cualquier caso les deseo con el alma entera toda clase de éxitos.

N. Trujánov. Estrella Polar, 14 de junio de 1914

Capítulo 15

EL PAÍS DE LA LUZ ETERNA

Los miembros de la expedición habían escuchado con un interés y un asombro crecientes la lectura de la carta de Trujánov. Cuando Kashtánov terminó reinaron unos instantes de silencio.

Todos reflexionaban en lo que acababan de escuchar, procurando ver en ello la explicación de los hechos y los fenómenos extraños observados en los últimos días.

- Ahora empiezo a ver las cosas claras -dijo Borovói con un suspiro de alivio-. Comprendo este sol en el cenit, el calor, el mamut, el rinoceronte, estas brumas eternas y las jugarretas de la brújula. Lo único que no logro explicarme todavía bien son las fantasías del barómetro:

- Es cierto. Casi todo se comprende ahora -confirmó Kashtánov-. Pienso que la bajada al orificio del globo terrestre comenzó al pasar el puerto de la cordillera Russki. La barrera de hielo constituye sin duda el borde extremo, pasado el cual nos hemos encontrado ya dentro de la depresión y nos hemos dirigido entonces hacia el Sur como nos lo indicaba la brújula, aunque sin cambiar de dirección. Luego hemos trepado a una meseta de hielos, hemos descendido la vertiente opuesta, llegando a la tundra junto a la extremidad de los hielos que forman las nieves invernales empujadas por el viento hasta la cavidad. El mamut, el rinoceronte y el toro prehistórico han sobrevivido aquí gracias a la temperatura moderada propicia para ellos y a la ausencia del hombre, su exterminador...

- Es cierto -aprobó Gromeko-. No hemos hecho más que descender a esta cavidad y hemos matado ya a tres de sus habitantes.

- Ese sol que vamos en el cenit debe ser el verdadero núcleo del globo terrestre, todavía en estado de incandescencia, que proporciona luz y calor a la superficie interior de la corteza, compacta y enteramente endurecida, de la que hasta hoy sólo conocíamos la superficie exterior. Ahora, gracias a la expedición Trujánov, podemos conocer, aunque sólo sea parcialmente, esta superficie interior que nos prepara sin duda muchos descubrimientos interesantes e inesperados, puesto que desde los primeros pasos hemos encontrado ya representantes de la flora y la fauna desaparecidos hace ya tiempo de la superficie exterior.

- Tendríamos que bautizar este país recién descubierto si no queremos estar siempre repitiendo "superficie interior". Porque esto no es ya la Tierra de Nansen - declaró Makshéiev.

- Claro, es demasiado vasto y está separado de la Tierra de Nansen por la barrera de hielos. Qué nombre le daríamos? -preguntó Gromeko.

- En este país siempre es de día. El astro disimulado en el centro de nuestro planeta parece corresponder a la idea que los pueblos antiguos tenían del dios del fuego escondido bajo tierra. Yo llamaría al astro Plutón⁵ y, a la región, Plutonia -propuso Káshtánov.

También se inventaron otros nombres pero, después de una breve discusión, todos coincidieron en que Plutonia era el más adecuado.

- Ahora, una cuestión importante: ¿Nos conformamos con haber penetrado en la cavidad y haber explorado un trozo de Plutonia? ¿Volvemos al Estrella Polar para comunicar a Trujánov la brillante confirmación de sus hipótesis? ¿O bien intentamos adentrarnos más en el país de la luz eterna?

Le contestaron varias exclamaciones:

- ¡Claro que vamos a continuar avanzando! ¡Hay que continuar avanzando mientras tengamos fuerzas y medios para ello? ¡Nos queda mucho tiempo todavía!

- También yo opino lo mismo -declaró Kashtánov-. Ahora bien, ¿cómo organizamos la exploración ulterior de Plutonia?

- Yo pienso -dijo Borovói- que cuanto más nos alejemos de las nieves y los hielos, que son resultado de la penetración del frío y de las precipitaciones de la parte exterior de la tierra, más subirá la temperatura. Los trineos, los esquís y los perros nos serán una carga inútil y debemos dejarlos aquí.

- A los perros no se los puede dejar solos. O sea, debemos seguir el consejo de Trujánov y separarnos. Dos de nosotros quedarán aquí porque para uno sería demasiado duro permanecer mucho tiempo en una soledad absoluta. Los dos que se queden con los perros, los trineos, los esquís y el material superfluo esperarán llevando a cabo observaciones en la tundra y al borde de los hielos. Si los demás no regresan para una fecha determinada, se volverán en un trineo llevando al Estrella Polar el informe de nuestros descubrimientos y servirán de guías a una nueva

⁵ Los griegos antiguos llamaban Plutón al dios del mundo subterráneo

expedición enviada en busca del grupo desaparecido y encargada de proseguir la exploración de Plutonia.

- ¿Y cómo se las arreglan los "desaparecidos" para cruzar los hielos si llegan sólo un poco más tarde de la fecha fijada? -preguntó Makshéiev.

- Se les dejan dos trineos, esquís y un depósito de víveres aquí para el caso a que usted alude. Habrán de pasarse sin perros y tirar ellos mismos de los trineos, cosa no muy difícil, ya que los depósitos de víveres escalonados en el camino permiten reducir al mínimo la carga de los trineos.

Todos convinieron en que aquel plan era el más acertado, pero nadie quería quedarse en la tundra, en el umbral, como quien dice, de un país misterioso. Había que decidir quiénes eran, de los miembros de la expedición, los más necesarios para el viaje al interior. Ante todo, el zoólogo, el botánico y el geólogo, para quienes había poco que hacer en la tundra. De manera que Kashtánov, Pápochkin y Gromeko debían partir. Por otra parte, Igolkin, el único miembro de la expedición que formaba parte de ella sin fines científicos y cuyo cometido principal era cuidar de los perros, debía, naturalmente, quedarse en la tundra. Así pues, la elección quedaba sólo entre Borovói y Makshéiev. Como cada uno cedía generosamente al otro su derecho a participar en la expedición, hubo que sortear. Borovói sacó el papelito que decía "quedarse" y Makshéiev el que decía "marchar".

Se discutió largamente la organización del grupo que iba a explorar el interior de Plutonia. Había que optar por un medio de transporte y, en consecuencia, decidir el bagaje que iba a llevarse. Incluso renunciando a las conservas con la idea de que la caza proporcionaría el alimento indispensable, los exploradores habrían de llevar cada uno una carga bastante pesada y, desde luego, era inútil contar con la existencia de senderos practicables.

- ¿Y si nos llevásemos unos cuantos perros para cargarles la impedimenta a lomos? Claro que los pobres animales no están acostumbrados a ello y, además, les molesta este clima tibio -dijo Gromeko.

- El proyecto es poco práctico -declaró Makshéiev-. Corremos el riesgo de perder estos animales, absolutamente indispensables para el regreso por los hielos. Yo propongo utilizar una fuerza mucho más poderosa y dócil que, además de cargar con nuestro bagaje, nos lleve también a nosotros.

- ¿Qué fuerza es ésta? -preguntaron los demás.
- La fuerza del agua. El río profundo que hemos encontrado hoy sin poder atravesarlo corre hacia el Sur, que es hacia donde nosotros debemos encaminarnos. En la impedimenta vienen dos pequeñas lanchas desmontables que debían servirnos para atravesar los espacios de agua libre durante nuestro viaje por los hielos. Como no las hemos necesitado hasta ahora, nos habíamos olvidado de ellas. Cada una puede llevar a dos personas. Nos montaremos en ellas. Llegados a la región forestal, haremos una balsa si las lanchas van demasiado cargadas y así navegaremos mientras nos lo permita el río.
- ¡Excelente idea! -exclamó Kashtánov.
- Es fácil y cómodo. No hay más que dejarse llevar, inspeccionando los alrededores y tomando notas -se entusiasmaba Pápochkin.
- Pero la tupida vegetación que cubre sin duda las orillas nos limitará el horizonte, de manera que navegaremos por un pasillo verde sin ver nada -observó Gromeko.
- ¿Y quién nos impide detenernos, salir a la orilla y hacer excursiones donde nos parezca interesante o necesario? Y también pasaremos la noche en la orilla -explicó Makshéiev.
- Y podremos hacer esas excursiones después de haber descansado, sin llevar una carga pesada. Nos sentiremos mucho más libres -dijo Pápochkin.
- Kashtánov añadió:
- Las lanchas y la balsa nos permitirán recoger colecciones mucho más amplias. Porque no había de ser muy fácil llevar a la espalda esa carga, cada día mayor -observó Kashtánov.
- En fin, las lanchas nos pondrán al abrigo de los animales y los reptiles que vivan en los bosques y los pantanos. ¿Quién sabe las sorpresas que nos reserva todavía este misterioso país a cuyo interior nos dirigimos? -declaró Gromeko.
- En una palabra -concluyó Kashtánov-, que el consejo es excelente y se merece usted nuestra gratitud. Por eso propongo dar su nombre al río por el que vamos a navegar. Y ahora les invito a meterse en los sacos de dormir, o mejor dicho, a acostarse encima, porque la temperatura lo permite. Mañana haremos una excursión al sitio donde está el mamut y traeremos sobre los trineos la piel, los colmillos y una provisión de carne.

- ¿No habíamos dicho que trasladaríamos el campamento a aquel sitio? –recordó Pápochkin.

- No me parece muy conveniente. El río por donde vamos a navegar corre en dirección contraria y no creo razonable alejarse de él. Además, esta colina donde nos hemos instalado ofrece muchas ventajas: el suelo está seco, se ve desde lejos, se encuentra a una distancia suficiente del bosque habitado por fieras, se halla bastante cerca de los hielos y expuesta a los vientos, cosa muy importante para los perros cuando aumente el calor. Desde esta altura se puede divisar fácilmente a cualquier enemigo que se acerque.

- Sin contar que es muy cómoda para las observaciones meteorológicas y demás - añadió Borovói-. Vamos a instalar en ella una verdadera estación y espero que mis barómetros se decidan a indicar las variaciones de la presión atmosférica* Los griegos antiguos llamaban Plutón al dios del mundo subterráneo.

Capítulo 16

UNOS ENTERRADORES IMPORTUNOS

Los relojes marcaban las diez de la noche cuando las conversaciones cesaron al fin y los exploradores se acostaron sobre sus sacos de dormir.

Por la mañana, durante el desayuno, se discutió la cuestión de quién debía ir en busca del mamut y de si merecía la pena hacerlo o no sería mejor dedicarse a los preparativos de la marcha.



- Si estuviésemos seguros de encontrar más mamuts -opinó Kashtánov-, no valdría la pena volver a éste, puesto que le hemos descrito ya y fotografiado. Pero como pronto ha de empezar la zona forestal, es posible que no volvamos a ver ninguno si viven únicamente en la tundra, al borde de los hielo.

Así pues, se decidió que cuatro hombres saldrían para allá con tres trineos tirados por perros.

Junto a la yurta quedaron Gromeko, que quería recoger antes de marcharse algunos ejemplares más de la flora primaveral de la tundra en aquellos parajes, y Kashtánov, con el propósito de perforar el suelo de la colina para determinar su composición. Aquel montículo solitario en medio de la tundra le parecía extraño.

El grupo se alejó, guiado por Pápochkin, que conocía el camino. Durante la marcha mataron algunas aves acuáticas que andaban por la tundra cerca del riachuelo y

una liebre muy extraña, que más se asemejaba a un enorme gerbo y causó una gran alegría al geólogo.

El cuerpo del mamut se alzaba a lo lejos igual que una eminencia en la tundra lisa. Cuando estuvieron más cerca, Igolkin, cuya vista era muy penetrante, advirtió a sus compañeros que unos animalillos grises andaban alrededor del mamut.

Los cazadores dejaron los trineos a cierta distancia y se acercaron con precaución al mamut; pero pronto se detuvieron sorprendidos: los animalillos habían desaparecido como por ensalmo.

- ¡Hombre! -exclamó Pápochkin cuando todos estuvieron por fin cerca del mamut-. Desde ayer ha habido aquí alguien: fíjense.

Parecía como si en torno al mamut hubieran trabajado unos topos gigantes: montones de tierra y de raíces de arbustos de un metro de altura habían sido levantados en torno al animal, cuyos cuartos traseros desaparecían ya casi por entero en el hoyo sin sobresalir apenas en la superficie de la tundra.

- ¿Quién ha podido hacer esto? -se preguntaban los cazadores.

- Pues unos enterradores muy hábiles. Debían tener el propósito de sepultar el cadáver, probablemente para que no lo descubran los lobos y tener así provisiones de reserva - explicó Makshéiev.

Igolkin trajo a uno de los perros que, después de olfatear la tierra removida, lanzóse de pronto bajo el vientre del mamut, extrayendo a un extraño animalillo que agitaba desesperadamente sus patas cortas gruñendo como un cerdo. Lo remataron después de quitárselo al perro y se pusieron a examinarlo. Por la forma y por el pelaje se parecía mucho a un tejón.

Luego descubrieron otros cuantos animales semejantes escondidos bajo el cadáver que, desde luego, se disponían a enterrar para devorarlo paulatinamente más tarde. La labor de aquellos importunos enterradores no permitió ya quitar la piel entera del mamut, y hubo que limitarse al flanco izquierdo. Los viajeros inspeccionaron luego las entrañas, le cortaron una pata de delante, otra de atrás y un colmillo, enuclearon un ojo y extrajeron la mitad del cerebro, la lengua y dos dientes. Los perros comieron allí hasta saciarse. Unos cuantos grandes trozos de carne de la cadera y del lomo fueron también colocados en los trineos, después de lo cual el grupo tomó lentamente el camino de vuelta. El enterrador, la liebre y las aves

constituían el botín zoológico de aquella jornada y Pápochkin podía estar satisfecho de él.

- Que los enterradores sepulten el resto -dijo Borovói en broma-. Cuando nos falte carne para los perros, volveremos Igolkin y yo a buscarla aquí. Y es posible que lo hagamos incluso antes, mientras la carne no se haya podrido aún.

- Entonces, llévense también el cráneo -rogó Pápochkin-. Me imagino que los enterradores lo mondarán a la perfección.

Cuando llegaron cerca de la colina, los exploradores vieron que Kashtánov y Gromeko se hallaban dedicados a una extraña labor. Extraían de un hoyo abierto en la pendiente de la colina unos bloques de piedra blanca que iban amontonando a un lado.

- Esta colina es un verdadero tesoro para nuestra expedición -explicó Kashtánov a sus compañeros-. Queriendo determinar su composición empecé a cavar un hoyo y, al metro y medio aproximadamente, me he encontrado con un bloque de hielo pura. Lo mismo me ha ocurrido en otro sitio. Entonces se me ha ocurrido excavar en el hielo una cámara que nos servirá de nevera perfecta para conservar las provisiones y las pieles. ¡Porque no van a venir todos los días mamuts o rinocerontes para servirnos de cena!

- Será posible que toda la colina esté hecha de hielo y sólo la cubra una capa de tierra? - preguntó Borovói.

- Creo que sí. En el Norte de Siberia se encuentran a veces glaciares fósiles de éstos. Es un gran montón de hielo acumulado durante el invierno y que perdura casualmente o parte de la masa glaciario en retirada, que ha sido poco a poco recubierta de una capa de limo y de arena traída por los arroyos que fluyen del glaciar y se ha conservado así⁶.

El descubrimiento de Kashtánov tenía un gran valor para el grupo que se quedaba allí porque les ofrecía una despensa inmejorable en el lugar mismo que iban a habitar.

- Más tarde haremos una puerta y abriremos un nicho grande en el fondo -declaró Borovói.

⁶ La colina debía ser de hielo fósil, conservado gracias a la congelación perpetua. Hielos fósiles de este género se encuentran a veces en el Norte de Siberia, particularmente en las proximidades del litoral del Océano Glacial.

- Y, además, en otra parte de la colina excavaremos una segunda gruta en el hielo para los perros cuando haga demasiado calor -añadió Igolkin.

Una vez descargados los trineos, todos se pusieron a ayudar a Kashtánov y Gromeko a cavar una cueva suficiente para meter los restos del mamut que habían traído y los del rinoceronte. Cuando estuvo terminada y llena, se cegó la abertura con bloques de hielo y se la protegió con los trineos y los esquís para impedir que penetrasen los perros.

A la mañana siguiente se hicieron los preparativos de marcha. Toda la impedimenta fue distribuida: se metió las conservas, el alcohol y la yukola en la nevera y se cargó los trineos con las lanchas y los equipos necesarios para el viaje al interior de Plutonia. Los exploradores almorzaron por última vez juntos y se pusieron en marcha hacia el río Makshéiev después de despedirse de Borovói, que se quedaba para cuidar de la yurta y del depósito. Igolkin debía regresar con los trineos al terminar la jornada. Se había decidido que los navegantes se llevarían a uno de los perros para montar la guardia durante el viaje, y se eligió a General para este efecto. fue esquilado a fin de que sufriera menos del calor y, perdidas las lanas. el perro tenía un aire tan divertido que nadie podía mirarle sin echarse a reír. Le dejaron un pompón en la cabeza, flecos en la parte alta de las patas y una bolita en el extremo del rabo. Makshéiev, autor del esquilado, declaró que le había hecho aquellos adornos para que, con su extraño aspecto, el perro asustara a las fieras que pudiesen encontrar.

Una vez al borde del río, que tendría unos seis metros de anchura y de uno a dos de profundidad, -echaron las lanchas al agua y subieron a ellas de dos en dos: uno empuñaba el timón y el otro los remos. General saltó a la proa de la lancha de cabeza donde se habían instalado Makshéiev y Gromeko. Por encima de la borda asomaba su estrafalario hocico con las grandes orejas tiesas y el pompón entre ellas.

Igolkin permaneció en la orilla hasta que desaparecieron a lo lejos ambas lanchas, arrastradas rápidamente por la corriente. Sobre la yurta que se divisaba en el horizonte Borovói había izado una bandera blanca. La expedición, que hasta aquel día había soportado valientemente en común todas las dificultades, quedaba

dividida y cuatro de sus miembros bogaban hacia el centro del misterioso país. ¿Volverían? Y, si volvían, ¿cuántos de ellos, cuándo y en qué condiciones?

Capítulo 17

POR EL RIO MAKSHÉIEV ABAJO

Las dos barcas se deslizaban raudas sobre el agua oscura que corría hacia el Sur con un ligero, chapoteo por entre orillas bajas donde pequeños sauces polares inclinaban sus ramas cubiertas de hojitas nuevas. A uno y otro lado se extendía la misma tundra lisa con arbustos rastreros. El viento seguía siendo propicio y los viajeros sabían ahora que soplaba del Norte, de la superficie exterior del globo, entrando por los hielos del orificio que llevaba a la tibia cavidad interna. La bruma persistía, ocultando unas veces y descubriendo otras el astro rojizo inmóvil en el cenit. La temperatura había llegado a 12° sobre cero, y la niebla se convertía a veces en una llovizna que pronto cesaba. Las embarcaciones se deslizaban a una rapidez de ocho kilómetros por hora. Los que hacían de timonel fijaban al mismo tiempo los contornos, tomando nota de la dirección de todos los recodos del río. Después de haber recorrido así veinticinco kilómetros, los viajeros hicieron alto.

Una pequeña excursión por la orilla demostró que los arbustos eran allí más altos que al principio de la tundra y que en algunos lugares unos alerces⁷ bajos se mezclaban a los sauces y los abedules, formando unos sotos pequeños pero muy tupidos. Por entre los arbustos había estrechos senderos que conducían a la orilla, trazados probablemente por los animales que iban a beber al río.

Por primera vez los viajeros pasaron la noche en una ligera tienda de campaña y sin sacos de dormir.

- Esta luz permanente -declaró Makshéiev al acostarse trastorna por entero nuestras nociones y nuestras costumbres. Aunque consultando nuestros relojes digamos que tal momento es la mañana, el mediodía o la tarde, el sol permanece inmóvil en el cenit y da un calor idéntico, igual que si se burlase de nuestra terminología.

La noche, o mejor dicho, las horas de reposo, transcurrieron sin incidente.

El segundo día, después de haber recorrido cincuenta kilómetros, se hizo alto para realizar una excursión más prolongada al otro lado del río. Las orillas estaban

⁷ Alerce = árbol caducifolio pináceo, de tronco derecho y alisado, ramas abiertas y hojas blandas; su fruto es una piña menor que la del pino

cubiertas de una vegetación más alta y algunos árboles formando una muralla verde que disimulaba enteramente los contornos a los viajeros.

Después de comer, Gromeko se quedó junto a la tienda para recoger plantas. Makshéiev se dirigió hacia el Oeste acompañado de General, y Kashtánov y Pápochkin hacia el Este, siguiendo las pistas de animales que atravesaban la espesura, ya más alta que ellos. En algunos lugares, el suelo conservaba las huellas de diferentes animales, entre las cuales reconoció el zoólogo las huellas del mamut, del rinoceronte, de artiodáctilos grandes y pequeños y de un género de solípedo. A veces encontraban la marca de garras de diferente tamaño. Al examinar algunas de ellas ambos exploradores sintieron un escalofrío: medían unos veinte centímetros de largo y las uñas que las terminaban se hundían en la tierra a cuatro centímetros de profundidad. Por la forma de las huellas el zoólogo estableció que probablemente pertenecían a un oso enorme.

- Debe ser un oso de las cavernas, contemporáneo del mamut -observó Kashtánov-. Es más grande que todos los representantes conocidos de esta familia.

- ¿Y no da caza a los hombres de las cavernas? -preguntó Pápochkin. El geólogo contestó:

- A veces se han encontrado huesos, uñas y dientes de este animal trabajados por los hombres de las cavernas. Pero ignoro si alguna vez se ha encontrado huesos o cráneos de esos hombres trabajados por el oso.

- De todas formas, más vale no tropezarme con él.

- ¡No tropezarme con un animal tan curioso! Nuestros antepasados, que sólo tenían mazos y hachas de piedra como armas, se atrevían con él. ¿Vamos a temerlos nosotros, armados como estamos de escopetas modernas y balas explosivas? Sería una vergüenza...

De espaldas al río, los exploradores desembocaron en un vasto claro donde crecía una hierba tupida pero corta, esmaltada de flores.

Detenidos entre los matorrales, al borde del lindero, descubrieron diferentes mamíferos pastando por aislado o en rebaños. En seguida se distinguía entre ellos razas desaparecidas de la superficie de la tierra: toros negros chepudos con enormes cuernos; ciervos gigantescos con astas proporcionadas al tamaño; caballos salvajes de pequeña estatura, abundante pelaje, cola rala y melena corta. Una

pareja de rinocerontes había metido la cabeza entre los matorrales y unos cuantos mamuts, agrupados, agitaban en cadencia las cabezas y las, trompas, ahuyentando probablemente a los insectos que les molestaban, porque mosquitos, tábanos y moscas habían aparecido ya en bastante abundancia.

Después de haber contemplado largamente aquel apacible pastoreo de "fósiles vivos", Kashtánov y Pápochkin decidieron aproximarse más para fotografiar algunos de los animales. Bordeando el claro, se deslizaron a rastras, primero hacia el grupo de toros y luego hacia los dos rinocerontes que fotografiaron atando saltaban con torpeza el uno encima del otro jugando. Los rinocerontes habían cruzado sus cuernos corno sables gigantescos y pisoteaban y removían la tierra con sus patas pesadas.

Ahora les tocaba el turno a los mamuts, que se encontraban más cerca del centro del claro. Pero antes de que los cazadores lograsen aproximarse bastante, algo había ocurrido en el otro extremo del prado, donde pacían los ciervos, sembrando el desconcierto entre ellos: los animales levantaron de pronto la cabeza prestando oído y en seguida huyeron a toda velocidad, asustados probablemente por un enemigo misterioso, pero sin duda terrible. Los ciervos pasaron corriendo junto a los mamuts que, inquietados a su vez, también emprendieron una pesada carrera con las trompas en alto. Ciervos y mamuts corrían derechos hacia donde se hallaban los cazadores al acecho.

- Cuando los ciervos estén a unos cien pasos, dispare usted contra el primero - murmuró rápidamente Kashtánov-. Los fotografiaré en cuanto se detengan y luego también haré fuego, porque nos pueden pisotear.

Pápochkin apuntó y, cuando el enorme ciervo que galopaba delante de los demás con la cabeza en alto y la nariz dilatada estuvo a su alcance, restalló el disparo. Herido en pleno pecho, el animal cayó de rodillas y los demás se detuvieron amontonados, empujándose y alargando el hocico.

- Kashtánov, que había tenido tiempo de fotografiar aquel interesante grupo, pasó el aparato al zoólogo y disparó a su vez contra otro ciervo que le presentaba el flanco izquierdo. El animal dio un brinco hacia adelante y se desplomó. Los demás giraron en redondo a la derecha y echaron a correr bordeando el lindero.

Los mamuts, que los seguían, se detuvieron ante las víctimas de los cazadores. Pápochkin había tenido tiempo de volver a cargar las dos escopetas y Kashtánov fotografió el grupo de los mamuts.

- ¿Disparamos? -preguntó el zoólogo con voz trémula de emoción.



- ¿Para qué? Ahora tenemos una reserva suficiente de carne y ya conocemos al mamut por haberlo estudiado en la tundra. Dispararemos únicamente si nos atacan. Pero los animales permanecían en el mismo sitio, agitando las trompas como si se consultaran. Eran seis, de los cuales dos jóvenes, con los colmillos y el pelo más cortos, que pronto se aplacaron y se pusieron a jugar el uno con el otro en torno a los viejos, que emitían de vez en cuando un bramido inquieto. Por fin un viejo macho torció hacia la derecha y todos los demás le siguieron por el borde del lindero donde sólo quedaban los dos rinocerontes.

- ¿Quién habrá asustado a estos apacibles herbívoros? -dijo Kashtánov-. ¿Quizá un oso de las cavernas?

- ¡O algún otro animal antediluviano aun más terrible de esta casa de fieras paleontológica!

- ¡Cualquiera sabe! De todas formas, me parece que más nos vale no acercarnos a aquel extremo del claro, porque el animal podría caer sobre nosotros de entre la espesura tan rápidamente que no nos diese tiempo ni siquiera a disparar.

- Entonces, vamos a ocuparnos de los ciervos: hay que medirlos, desollarlos y llevarlos hasta las lanchas.

Los ciervos pertenecían a una especie gigantesca desaparecida de la superficie del globo, donde existió en la misma época que el mamut, el toro primitivo y el oso de las cavernas.

Después de haber desollado a los dos, los cazadores cortaron los cuartos traseros del más joven y se encaminaron lentamente hacia el río con su pesada carga, con tanto volver en busca de carne si sus compañeros habían, tenido menos suerte y si la fiera desconocida, que probablemente rondaba cerca del claro, les dejaba algo.

Capítulo 18

LA CAZA AL CAZADOR

Junto a la tienda encontraron a Gromeko, que les aguardaba con impaciencia. Después de haber dado una vuelta alrededor del campamento recogiendo plantas, había desplumado y puesto a hervir una oca matada por la mañana. De pronto se presentó General solo. Traía, sujeta al cuello por un bramante, una nota donde Makshéiev escribía: "He matado un carnicero muy grande, pero no tengo fuerzas para arrastrarlo hasta el campamento. Que venga Sermón Semiónovich a examinarlo aquí. Aunque General sabe el camino, les envío, por si acaso, el itinerario".

Detrás de la nota venía, hecho a lápiz, un plano del itinerario recorrido por el cazador donde se indicaba la dirección seguida y la distancia en pasos.

Después de descansar un poco, Pápachkin y Gromeko salieron en busca de Makshéiev. General los guiaba bien pero, en las bifurcaciones de los senderos se detenía con frecuencia indeciso y entonces venía a salvarles el plano, donde figuraban todas las encrucijadas. Los cazadores marcharon rápidamente durante media hora y debían encontrarse ya cerca del lugar donde estaba su compañero cuando oyeron dos disparos seguidos. General se lanzó ladrando como un loco y los cazadores corrieron tras él por miedo a que Makshéiev estuviera en peligro.

Pronto llegaron a un vasto claro en medio del cual crecía un grupo de arbustos y de árboles. Al lado yacía una masa amarillenta por encima de la cual asomaba la cabeza de Makshéiev. Delante corrían por el claro más de una decena de animales de pelo rojizo en los que se reconocía fácilmente a lobos.

General se detuvo al borde del claro, sin atreverse a atacar al enemigo tan numeroso. Al ver desembocar a los exploradores en el claro, los lobos empezaron a retroceder y Makshéiev gritó:

- Suéltenles un buen par de perdigonadas si tienen escopeta de dos cañones, porque a mí me da pena gastar las balas explosivas.

Gromeko se apresuró a cargar su escopeta con perdigones e hizo dos disparos consecutivos contra los lobos. Los animales huyeron hacia los matorrales,

perseguidos por General que, al pasar, remató a uno de los que estaban heridos. Los cazadores se aproximaron a Makshéiev, que les refirió lo siguiente:

- Me había detenido al borde del claro porque el perro empezó a gruñir y a temblar. Detrás de este soto descubrí a unos cuantos ciervos pastando y quise darles caza, ya que nunca habíamos capturado a un animal de este género. Empecé a deslizarme por entre los matorrales a lo largo del lindero cuando súbitamente vi, al llegar al soto, a un gran animal amarillo que también espiaba a los ciervos y se arrastraba hacia ellos por detrás de los arbustos... Considerando que esta presa era mucho más interesante, me puse al acecho entre los matorrales a unos cien pasos. Se conoce que, enteramente entregado a vigilar a los ciervos, el animal amarillo no me había advertido o consideraba indigno de su atención el ser bípedo que veía por primera vez. Se deslizó hasta el soto mismo y allí se irguió eligiendo capazmente una víctima por entre las ramas que le separaban de los ciervos, que pacían tranquilamente sin sospechar nada. Entonces vi unas hayas oscuras sobre los flancos claros del animal y reconocí a un tigre de grandes dimensiones.

Me presentaba el flanco izquierdo, erguido en una postura admirable, y me apresuré a dispararle una bala explosiva que le dejó en el sitio.

Asustados por la detonación, los ciervos se lanzaron al galope por delante del soto, pero al ver al tigre todavía estremecido, dieron una brusca espantada y se dirigieron en línea recta hacia mí. Apenas tuve tiempo de apartarme. Eran unos animales espléndidos: un macho viejo de enorme cornamenta, varias hembras y cervatillos.



Al principio quise desollar al tigre yo mismo, pero al examinarlo me convencí de que pertenecía también a una raza desaparecida de la superficie de la tierra. Pensé ir a buscar al zoólogo pero, por temor a que cualquier carnicero descubriera -el cadáver

y estropease la piel, se me ocurrió enviar a General, que ha cumplido perfectamente su misión. Y menos mal que no me marché de aquí porque, al poco tiempo, escuché aullidos. En el claro apareció un lobo, luego otro, y otro, hasta que se juntaron una decena. Al principio, como me vieron junto al animal muerto, no, se atrevieron a acercarse, pero luego se envalentonaron hasta el punto de hacerme perder dos balas.

El animal matado por Makshéiev tenía un pelaje blanco y amarillo, con una raya de color pardo oscuro en medio de la espalda y otras cuantas rayas del mismo color en los flancos que le hacían parecerse a un tigre. Pero el zoólogo, después de haber examinado el cráneo y el cuerpo, la cola corta y la estructura de las patas, exclamó:

- ¡Esto no es un tigre: parece más bien un oso!

Makshéiev quedó un poco decepcionado, pero, al fijarse bien, hubo de confesar que sólo las rayas pardas le hacían parecerse al más feroz representante de la raza felina, porque todos los demás indicios eran los de un oso.

- Debe ser un oso de las cavernas, contemporáneo del mamut, del que sólo se poseían hasta ahora ciertas partes del esqueleto -explicó Pápochkin-. Es mucho más interesante que un tigre sencillo.

Después de medir al animal, le quitaron la piel, que se llevaron, así como el cráneo y una pata trasera.

La cena fue succulenta: sopa de oca con cebollas silvestres, asado de ciervo y lonjas de oso. Pero este último plato, por su sabor fuerte, no les agradó a todos.

Aquel día, la niebla era menos densa y Plutón brillaba a través de un galio ligero, desapareciendo por completo sólo en algunos momentos. La temperatura se mantenía 13° sobre cero y el viento había amainado un poco.

- Yo pienso -observó Gromeko- que dentro de un día o dos se habrá disipado la niebla del todo y veremos por fin el color del cielo de Plutonia.

No interrumpió el descanso de los exploradores más que el aullido lejano de los lobos, que sin duda devoraban en el claro los cadáveres de los ciervos, del oso y de sus propios compañeros. Pero ni siquiera General hacía caso de estos ruidos, tendido a la entrada de Ira tienda donde humeaba una hoguera que le protegía de los insectos.

El grupo volvió a ponerse en camino. El río iba haciéndose más ancho y más profundo. Las lanchas, con su pesada carga, no corrían ya el riesgo de pegar en la orilla con la popa o de clavar la proa en ella cuando llegaba un brusco recodo.

Las márgenes estaban cubiertas de una tupida muralla de vegetación que alcanzaba ya los cuatro metros de altura: algunas especies de sauces, de salces, de cerezos silvestres, de espino albar y de escaramujo que se entremezclaban. En ciertos sitios surgían por encima las cumbres de abedules blancos y de alerces. El termómetro marcaba 14° sobre cero; la niebla no velaba más que de vez en cuando el cielo entero y casi siempre flotaba a bastante altura, parecida a grandes nubes desvaídas y transparentes a través de las cuales brillaba, intenso, el astro rojizo.

- Pronto acabará probablemente la niebla -dijo Makshéiev, que se había encargado de las observaciones meteorológicas-. Pero, ¿terminarán estas murallas verdes que no nos dejan ver absolutamente nada desde las lanchas?

- Si fuéramos cargados por entre la espesura del bosque tampoco veríamos gran cosa y, en cambio, nuestro avance sería mucho más lento -observó Gromeko, a quien, como botánico, interesaban sobre todo aquellas murallas verdes.

Para el almuerzo hicieron alto en un pequeño terreno descubierto. Kashtánov y Gromeko fueron a hacer una breve excursión por el bosque, Pápochkin se dedicó a la pesca y Makshéiev se subió a un árbol que dominaba un poco los otros. Al bajar dijo al zoólogo:

- Pronto cambiará el relieve del terreno. A lo lejos se distinguen unas mesetas con vastas praderas sin árboles y nuestro río se dirige hacia allá en línea recta.

- Y más cerca de nosotros, ¿qué se ve?

- Más cerca, es el bosque tupido por todas partes. Un mar de vegetación sin el menor claro.

- Entonces, nuestros compañeros no tardarán en volver.

Al cabo de una hora regresaron los exploradores con las manos vacías. Habían caminado por un sendero entre murallas verdes, sin encontrar ningún claro, habían recogido algunas plantas, visto algunas aves pequeñas, escuchado roces en la espesura. El zoólogo había tenido más suerte junto al río, pescando unos cuantos peces grandes, semejantes al moksun de Siberia, y una enorme rana verde de treinta centímetros de largo.

Después de descansar reanudaron su viaje. Al cabo de un par de horas apareció en la orilla derecha una colina bastante alta, luego otra, luego una tercera. También estaban cubiertas de bosques espesos compuestos ya de árboles de la zona templada: tilos, arces, olmos, hayas, fresnos, robles; en los valles que separaban las colinas crecían oscuros abetos y pinos albares. En algunos sitios pendían sobre el agua las ramas de los árboles envueltas en hiedra, lúpulo, vid silvestre y corregüela. Los pajarillos piaban y cantaban en la espesura; a veces se veía a ardillas saltando de rama en rama.

- Esta tarde, durante nuestra excursión, veremos cosas nuevas -anunció Gromeko-. La vegetación ha cambiado, lo que demuestra que en -esta parte el clima es más tibio.

- ¡Desde luego! --confirmó el zoólogo-. Ayer me encontraba como en el Norte de Siberia y en cambio hoy la naturaleza me recuerda -el Sur de Rusia, donde he nacido.

- ¿No tropezaremos hoy con tigres verdaderos? -hipotetizó Makshéiev.

- A mi entender, lo mejor sería hacer las excursiones juntos para defendernos mejor de los peligros que surjan -propuso Kashtánov.

Las colinas iban ganando altura, de manera que se les podía llamar ya montes. Las vertientes septentrionales estaban cubiertas de tupidos bosques de hoja mientras las meridionales ofrecían claros con árboles aislados y arbustos. En algunos sitios se divisaban rocas que despertaron gran interés en el geólogo.

- Me parece que hoy también la Geología encontrará algo -exclamó Makshéiev.

-Ya era hora. Mi martillo debe estar deseando trabajar. Porque incluso la única colina de la tundra ha frustrado sus esperanzas -observó riendo Kashtánov.

-Con todo esto, lo mejor sería hacer alto para la noche -propuso Gromeko-. Llevamos recorridos hoy cerca de cien kilómetros.

Capítulo 19

AVENTURAS SOBRE UNA COLINA

Para acampar se eligió un sitio al pie de una elevada colina que separaba de la margen derecha del río una estrecha franja de altos árboles. Después de haber tomado un bocado con el té, los cuatro -exploradores se dirigieron hacia la colina. Dejaron a General cerca de la tienda, atado a un árbol por una larga cuerda.

Descubrieron a través del bosque un sendero, fuera del cual la espesura era tan inextricable que hubiera sido imposible dar un paso sin hacha: arbustos y plantas trepadoras formaban una masa verde compacta que flanqueaba el sendero. Arriba, la bóveda de vegetación no dejaba pasar más que algunos rayos rojizos.

Los cazadores avanzaban silenciosos, en fila india, con las escopetas en la mano, mirando hacia adelante y hacia arriba, donde podía aparecer de pronto una presa interesante o un enemigo peligroso. Pero no se veía nada más que aves pequeñas y ardillas.

Habiendo llegado sin novedad a la vertiente de la colina, comenzaron su ascensión. La hierba no les llegaba más que hasta las rodillas y Gromeko se quedó rezagado recogiendo plantas.

Mientras el zoólogo examinaba y describía una gran serpiente que acababa de matar, Kashtánov había arrancado no sin dificultad una muestra de una roca extraña, muy pegajosa, de color amarillo verdoso, con pequeñas motas de metal blanco plateado. Después de examinarla con la lupa, el geólogo exclamó perplejo:

- ¿Saben ustedes de que son estas rocas? Pues poseen la misma estructura que los aerolitos sidéreos semiferrosos, que contienen una masa inicial olivina con hierro y níquel.

- ¿Lo que significa?... -preguntó Makshéiev.

- Lo que significa que son justas las hipótesis de los geólogos en cuanto a la composición de las capas más profundas de la corteza terrestre. Nos encontramos probablemente en los límites del cinturón llamado olivino⁸, formado por pesadas rocas de mineral rico en hierro y cuya composición es análoga a la de los meteoritos

⁸ El cinturón olivino, según hipótesis de los geofísicos, se encuentra a gran profundidad de la corteza terrestre, bajo una capa de rocas ligeras. Compuesto de minerales más pesados (principalmente de olivina o peridoto), separa las capas superficiales ligeras del núcleo metálico de la Tierra.

rocosos o trozos de pequeños planetas que caen sobre nuestra tierra desde el espacio interplanetario. Es de esperar que aun encontraremos rocas -enteramente metálicas.

Gromeko se unió a ellos con una brazada de diferentes, plantas, y los exploradores reanudaron la subida, pisando con precaución la hierba donde podían ocultarse reptiles venenosos. En efecto, escuchaban a veces roces que se apartaban de ellos, pero los viajeros no experimentaban el menor deseo de perseguir a los fugitivos.

En lo alto de la colina había una cresta de granito y en los riscos se calentaban al sol multitud de grandes lagartos de color amarillo verdoso con manchas negras, tan parecidos a los salientes rocosos que Kashtánov puso incluso la mano encima de uno de ellos, pagando su error con un fuerte mordisco -en un dedo. Después de este incidente probaba con el martillo todas las fragosidades de la roca por miedo a equivocarse otra vez.

La vertiente septentrional de la colina, expuesta a los vientos húmedos, estaba cubierta de un espeso bosque en el que era difícil penetrar sin el hacha. La vertiente meridional, que los viajeros habían explorado ya, era una pradera con árboles aislados. Desde arriba abarcaba la mirada una vasta extensión de terreno: al Sur, al Este y al Oeste se alzaban hasta el horizonte colinas iguales o más altas; al Norte, en cambio, descendían y se dispersaban a lo lejos, dejando sitio a una llanura bordeada de una ancha franja de bosque que sólo cortaban en algunos sitios las cintas plateadas de los ríos.

Sentados en lo alto de la colina, los cazadores consideraban la lejanía, cuando una manada de jabalíes salió, a unos metros más abajo de la cresta, del bosque que terminaba en la vertiente septentrional. El jabalí que iba en cabeza, con la espina erizada de largos pelos y enormes colmillos blancos, se detuvo y alzó la cabeza de ojos pequeños, que brillaban furiosos. Olfateaba el aire moviendo la jeta. Le seguían en grupo hembras y jabatillos de diferente edad. Estos paquidermos no se diferenciaban sino por sus dimensiones mayores de los jabalíes conocidos del zoólogo.

- ¡Ahí viene a buscarnos la cena! -exclamó Makshéiev-. A mi entender, un jabato asado a la brocha debe ser un plato suculento.

- De momento, no tenemos necesidad de carne -intervino Gromeko, el encargado de las provisiones-. Todavía nos queda carne de ciervo.

- No está mal tener una reserva, porque la caza no es siempre fructuosa.

- Además -advirtió Pápochkin-, ya saben ustedes que disparar contra estos animales tiene su peligro: un jabalí irritado es un enemigo temible.

- No tenemos más que subir a unos riscos donde no puedan alcanzarnos y matar un par de jabatillos -propuso Kashtánov.

Así lo hicieron. Makshéiev cargó su escopeta con postas y disparó contra los jabatos. La manada, a excepción de tres jabatos que quedaron debatiéndose entre la hierba, se dispersó en diferentes direcciones; pero pronto arremetieron el jabalí y las jabalinas contra los riscos y empezaron a girar a su alrededor haciendo vanas esfuerzos por trepar a las rocas lisas, con lo cual aumentó su furor. Este asedio permitió a los cazadores examinar a los jabalíes desde muy cerca. Una vez satisfecha la curiosidad del zoólogo, empezaron a preguntarse lo que más les convenía hacer.

- Les advierto que pueden hacernos estar así todo un día. Ellos tienen la comida aquí mismo, pero nosotros no. Además, se está muy incómodo -declaró Kashtánov-. Tendremos que ahuyentarlos con algunos disparos.

Pero en eso, Makshéiev, que llevaban un rato observando el lindero del bosque, exclamó:

- Hay un animal muy grande que se acerca hacia nosotros o hacia los jabalíes por la orilla del lindero; no veo más que el lomo amarillo.

- ¿Dónde, dónde?

- Miren, allí se ve el lomo, delante de ese arbusto que hay en el calvero. Fíjense ahora, más a la derecha.

Las miradas de todos siguieron la dirección indicada y, en efecto, a la derecha del arbusto descubrieron, avanzando lentamente, un bulto de color pardo amarillento, en el que se veían unas franjas transversales más oscuras.

- ¿Será otro oso? -hipotetizó Makshéiev.

- Esta vez podría ser un tigre -replicó Pápochkin-, Tiene los aires de un felino.

- Me parece que ya es el momento de disparar -declaró Kashtánov.

- ¿Contra quién? ¿Contra la fiera o contra los jabalíes?

- Mejor será contra los jabalíes. Si huyen en dirección al bosque, tropezarán con ese carnicero que los perseguirá. Si tuercen hacia otro lado, el animal cambiará de postura y podremos entonces examinarlo -en detalle y disparar contra él cuando nos sea más cómodo. En este momento no se ve más que el lomo y podemos fallar.

- Vamos a hacer primero un disparo contra los jabalíes y las tres otras escopetas apuntan a la fiera.

El zoólogo, que estaba en un saliente de la roca, apuntó al jabalí cuando, erguido sobre las patas traseras, intentaba clavar los colmillos en una bota de Makshéiev. El disparo a quemarropa abatió inmediatamente al jabalí y, los restantes, asustados, huyeron hacia el bosque.



Habían llegado casi hasta el lindero cuando, a la izquierda de ellos, surgió un cuerpo amarillo pardusco y, de un salto de varios metros, cayó en medio de la manada. Dos animales quedaron entre las garras de la fiera mientras los demás escapaban gruñendo al bosque.

- No es un oso, ¡es un tigre! exclamó Pápochkin, que no había dejado de observar a la fiera durante su salto.

- Naturalmente -confirmó Kashtánov-. Y probablemente de la raza de los macairodos, a juzgar por los enormes colmillos de la mandíbula superior. Esta raza estaba muy difundida en el período terciario, y desapareció quizá al terminar dicha época.

- Desgraciadamente, éste se nos escapa. Fíjense: se ha adentrado en el bosque con su presa, notando sin duda que nuestra vecindad es peligrosa -gritó Makshéiev.

- ¡Qué importa! Por hoy hemos recogido bastantes datos -dijo Pápochkin, que había estado midiendo al jabalí muerto-. ¿Nos llevamos a este monstruo hasta las embarcaciones o nos conformamos con los jabatos?

- Si tiene bastante grasa, no estaría mal llevárnoslo -observó Gromeko-. Así podríamos hacer carne frita. Bueno, ustedes lo despedazan mientras yo recojo algunas otras plantas.

Capítulo 20

AVIADOR A LA FUERZA

Kashtánov volvió al estudio de las rocas mientras Makshéiev y el zoólogo despedazaban el jabalí y los jabatos y Gromeko descendió lentamente la colina por la vertiente meridional absorto en la recogida de plantas, entre las cuales encontró muchas especies y géneros desconocidos. Una sombra gigantesca se proyectó de pronto sobre la colina como si una nube hubiese ocultado el sol. El zoólogo y su compañero levantaron la cabeza estremecidos. Vieron un pájaro oscuro, de enormes proporciones, parecido a un águila, que giraba sobre el calvero.

Súbitamente el ave se dejó caer a plomo, agarró por la espalda al botánico inclinado, y se remontó con él. Pero la carga era demasiado pesada incluso para un pájaro de aquella fuerza. Agitando precipitadamente las alas, volaba a cuatro metros del suelo sin poder alzarse más, aunque sin querer tampoco soltar la presa inerte que llevaba entre las garras.

Pápochkin y Makshéiev echaron mano de sus escopetas, pero el primero dejó en seguida la suya diciendo:

- La tengo cargada con postas y podría herir a Gromeko.

Makshéiev, que había cargado la escopeta con una bala destinada al tigre, apuntó y disparó cuando el ave llegó a su altura. El pájaro se desplomó, soltó al botánico y fue a caer, después de un breve aleteo, sobre unas rocas próximas.

Los cazadores corrieron a Gromeko, que yacía sin conocimiento boca abajo en la vertiente. Su gruesa chaqueta de punto estaba rota por las garras del ave. Pero, como no le estaba ajustada, sino amplia, las garras se habían clavado únicamente en ella, limitándose a arañar el cuerpo. Todos se apresuraron a reanimar al botánico y vendarle las heridas y, cuando hubo recobrado el conocimiento, Pápochkin y Makshéiev subieron a la cresta en busca del ave. Era un grifo de tamaño descomunal: más de cuatro metros de envergadura y casi metro y medio desde el pico hasta el extremo de la cola. El plumaje, de color pardo oscuro en la espalda, era por debajo más claro y con pequeñas rayas negras. El nacimiento del cuello, casi desnudo, estaba rodeado de un collar de plumas grisáceas y en -el arranque del pico enorme se alzaba una gran carúncula.

Aquella ave podía fácilmente levantar un cordero, una cabra o un cerdo de talla mediana, pero una persona de setenta kilos era carga superior a sus fuerzas. El botánico agachado le había parecido, sin duda, algún cuadrúpedo pastando.

El grifo fue medido y fotografiado con las alas abiertas sobre las rocas, adonde trepó también Gromeko para examinar de cerca a su enemigo. El médico explicó a sus compañeros que cuando el grifo había caído sobre su espalda, produciéndole un choque violento, pensó que era atacado por un tigre y había perdido el conocimiento.

- ¿Y si volviésemos al campamento? -propuso Pápochkin-. Hoy hemos sido atacados por jabalíes y un grifo y hemos visto a un tigre de cerca. No hay que jugar demasiado con el destino.

Cansados por la marcha y las emociones, todos emprendieron con placer el camino de vuelta llevando los jabatos, los cuartos traseros y el tocino del jabalí, así como muestras de minerales y plantas.

Cerca ya de la tienda, los cazadores oyeron los ladridos frenéticos de General y corrieron en su auxilio. Al desembocaren una pradera bañada por el río vieron que el perro ladraba desde detrás de la tienda contra un hipopótamo metido hasta medio cuerpo en el agua. El monstruo tenía probablemente el propósito de pacer o de estarse un rato tendido en el prado, pero le había desconcertado el escándalo del perro: clavaba unos ojillos estúpidos en Raquel inquieto animal desconocido y, de vez en cuando, abría unas fauces horribles de dientes largos y escasos y enorme lengua rosa. Aquellas fauces hacían aullar de espanto a General.

Al ver llegar a los hombres corriendo, el monstruo dio pesadamente media vuelta, se sumergió en el agua y descendió la corriente, dejando sobresalir el lomo ancho y grasiento, salpicado de pequeñas verrugas.

- Menos mal que hemos llegado a tiempo -afirmó Gromeko mientras desataba a General. Ese monstruo hubiera podido causarnos un montón de trastornos: desgarrar la tienda, pisotear las cosas, agujerear o hundir las barcas...

- Ahora que habla usted de las barcas, ¿dónde están? -exclamó Makshéiev corriendo hacia la orilla, donde se le oyó gritar-: ¡Una sigue aquí, pero la otra ha desaparecido!

¿No habrá roto la amarra el hipopótamo?

- Hay que alcanzarla antes de que se haya alejado demasiado -dijo Kashtánov, que había llegado también a la orilla.

Ambos subieron a la embarcación que quedaba, llevándose a todo azar las escopetas, y descendieron el río en persecución de la otra barca. Pronto la vieron, balanceándose en el centro del río en lugar de seguir la corriente. Se acercaron a toda prisa y Kashtánov se disponía ya a engancharla con un bichero cuando pareció animarse de pronto, dio una espantada y se deslizó mucho más de prisa que la corriente. Hubo que reanudar la persecución: Makshéiev remaba con todas sus fuerzas y Kashtánov iba de pie, empuñando el bichero.

- ¡Pero si va a remolque! -gritó cuando, en el momento en que iban a dar alcance a la embarcación, la vieron alejarse de nuevo a sacudidas.

- ¿No será el hipopótamo? Ha podido enredársele una pata en la amarra, o quizá la lleve en la boca.

- ¡Pues claro que es él! -confirmó Kashtánov, al ver delante de la barca la ancha espalda y la cabeza del animal, que había emergido para respirar.

- Si disparamos contra ese monstruo huirá más velozmente o arrastrará la embarcación al fondo.

- No nos queda más remedio que darle alcance y cortar la cuerda si queremos salvar la barca.

Makshéiev Volvió a remar con todas sus fuerzas. Pronto lograron enganchar la embarcación con el bichero y deslizarse hasta la proa, remolcados por el hipopótamo. Kashtánov cortó la cuerda tirante, cuyo extremo desapareció en seguida bajo el agua.

- Me iba quedando sin fuerzas -confesó Makshéiev jadeante-. Si no fuera porque hay necesidad de economizar las municiones, ese monstruo merecía que le metiésemos un balazo para que aprenda.

- Nos hemos alejado mucho de la tienda -observó Kashtánov-. Ahora habrá que remontar la corriente. Déjeme los remos y descanse usted un poco.

Cambiaron de sitio y volvieron río arriba, remolcando la barca.

- Nuestro río va haciéndose más profundo -dijo Makshéiev después de haber intentado empujar la barca con, -el bichero, pero sin llegar al fondo, que debía estar

a unos dos metros de profundidad-. No me extraña que anden en él animales de ese tamaño.

Ahora, para mayor seguridad, nos convendría sacar las barcas a la orilla por las noches y durante las excursiones.

Las embarcaciones remontaban lentamente el agua oscura, entre dos murallas verdes de arbustos y árboles que formaban una espesura impenetrable. Algunos arbustos, con las raíces batidas por el agua, se inclinaban mojando sus ramas en el río. Sobre las flores escarlata de una planta trepadora desconocida se mecían unas grandes y bellas mariposas y bordoneaban las abejas.

El agua susurraba bajo la proa, los remos se movían cadenciosos y de la espesura llegaban el gorjeo y el canto de las aves. Inclinado por encima de la borda, Makshéiev contemplaba el agua, donde los peces surgían en algunos sitios para desaparecer en la profundidad.

- ¡Qué hermosa es esta naturaleza vista desde la lancha! -murmuró-. Pero en cuanto se sale a la orilla, no hay manera de abrirse camino por la espesura, no se puede dar un paso sin encontrarse con algún animal venenoso o con alguna fiera. Cuesta trabajo pensar que, después de tantos días de lucha contra los hielos, la niebla y las nevascas, vamos ahora por un río de la superficie interior de nuestra tierra. A tan escasa distancia de esos hielos se encuentra una naturaleza que recuerda las selvas vírgenes de África o de América del Sur. Me gustaría saber a qué latitud de América del Norte corresponde el sitio donde nos encontramos ahora.

- La cosa es fácil: basta con marcar en el mapa el itinerario que hemos seguido desde la barrera de hielo. Debemos encontrarnos todavía bajo el mar de Beaufort, bajo latitudes muy altas o, por lo menos, bajo la tundra de la orilla septentrional de Alaska. Arriba hace un frío endemoniado, hay bloques de hielo y osos blancos mientras aquí nos encontramos con una vegetación exuberante y habitan tigres, hipopótamos y serpientes. Makshéiev advirtió en ese momento el reflejo neto del sol en el agua y levantó rápidamente la cabeza exclamando:

- ¡Hombre! El sol rojizo se deja ver al fin en un cielo sereno. ¡Mírelo!

Los exploradores, acostumbrados a contemplar a Plutón a través de un cendal más o menos denso de niebla o de nubes, no tenían aún idea del color del cielo y del verdadero aspecto de ese núcleo incandescendente de la tierra. Ahora, el velo se

había desgarrado, formando cúmulos entre los cuales se veía un cielo límpido, aunque azul oscuro y no celeste como en la superficie exterior de la tierra.

Plutón, cuyo diámetro parecía algo más grande que el diámetro visible del sol, estaba en el cenit.

Aquel astro subterráneo o, mejor dicho, "intraterrestre" se asemejaba al sol que brilla a la hora del poniente o del amanecer detrás de una gruesa capa de la atmósfera. En su disco podían verse manchas oscuras bastante numerosas de tamaño distinto.

- Este astro central, o sea, el verdadero núcleo de nuestra tierra, se encuentra en su última fase de combustión y constituye hoy una estrella roja en vías de extinción. Dentro de poco se apagará. La oscuridad y -el frío reinarán sobre la superficie interna y toda esta vida exuberante desaparecerá, gradualmente -dijo Kashtánov.

- ¡Menos vial que hemos llegado a tiempo de estudiarla! -exclamó Makshéiev-. Un poco más tarde, nos habríamos tenido que volver sin encontrar nada más que tinieblas.

- Bueno, he dicho "dentro de poco" en el sentido geológico. Estas palabras, traducidas a años terrestres, pueden significar milenios. De manera que nuestros lejanos descendientes podrán todavía estudiar esta superficie terrestre e incluso colonizarla.

- ¡Muchas gracias! ¡Sí que tiene gracia venirse a un país condenado a perecer en las tinieblas eternas!

Capítulo 21

UNA TORMENTA TROPICAL

Charlando así animadamente, llegaron al fin al campamento, donde Pápochkin y Gromeko esperaban a sus compañeros para cenar. La sopa y el asado de jabato, condimentado con las cebollas silvestres que el botánico había recogido en la colina, resultaron deliciosos. De común acuerdo, los exploradores decidieron que, en adelante, se prestaría más atención a los frutos, las raíces y las plantas comestibles para variar la comida. Habían dejado en la yurta todas las conservas de carne y de legumbres, llevando sólo para la expedición té, azúcar, café, galletas, especias, sal y extractos diversos. La caza y la pesca debían suministrar el alimento esencial, que podía ser sensiblemente mejorado con los productos de la flora local.

A la hora de dormir, encendieron una gran hoguera junto a la tienda y los cuatro se turnaron en la guardia porque el encuentro con el tigre hacía temer algún ataque de animales carnívoros. En efecto, cada cual oyó en el bosque próximo, durante las horas que estuvo de guardia, susurros, crujidos, aleteos y gritos de aves espantadas mientras General levantaba las orejas y gruñía con frecuencia.

Al día siguiente, el paisaje ofreció el mismo carácter durante las primeras horas de viaje: colinas boscosas al Norte y esteparias al Sur y un bosque tupido en las orillas. Los viajeros hicieron alto a mitad de la jornada en la margen izquierda, que Kashtánov y Gromeko fueron a explorar después del almuerzo.

La flora ofrecía muchas novedades: había ya plantas eternamente verdes como mirto, laurel y laurel-cereza. Los nogales eran de talla gigantesca, que no cedía a los robles, las hayas y los olmos. En la vertiente meridional se encontraban hayas, cipreses, tuyas y tejos. Espléndidas magnolias abrían sus grandes flores olorosas. En la espesura próxima a la orilla crecían bambús, y lianas, Gromeko no hacía más que manifestar su admiración.

Aquel día, la temperatura subió a 25° a la sombra; había cesado el viento del Norte que hasta entonces acompañara a los viajeros. El aire era pesado, saturado por las emanaciones de los tupidos bosques. Los dos hombres subían una cuesta con dificultad, empapados en sudor aunque el sol apenas brillaba a través del velo de las nubes.

Toda la naturaleza parecía adormecida y quieta bajo los efectos del calor; aves y animales se habían acogido a la sombra.

Cuando llegaron a lo alto de la colina, Kashtánov y Gromeko se sentaron a descansar un poco y, vueltos hacia el Norte, para examinar la región, comprendieron a qué se debía el calor agobiante: un enorme nublado violáceo, presagio de una tormenta inmediata, formaba en el horizonte una muralla almenada de torres fantásticas; lo precedía un cúmulo de color azul cárdeno debajo del cual brillaban unos relámpagos deslumbradores. El cúmulo avanzaba a gran velocidad.

- Vamos corriendo hacia las barcas -exclamó el botánico-, porque el aguacero será probablemente tropical.

Descendieron la cuesta, enredándose en las altas hierbas y dejándose deslizar en los lugares más abruptos. A los diez minutos llegaron al campamento, donde Makshéiev y Pápochkin les aguardaban ya con impaciencia, sin saber qué hacer. La tienda podía no resistir a los embates de la lluvia y al granizo que probablemente la acompañaría. Como el río podía desbordarse y arrastrar árboles descuajados, tampoco se estaría a salvo en las lanchas. Lo más razonable, al parecer, era sacar a la orilla la impedimenta y las barcas y buscar cobijo en la espesura.

Al discutir este plan con sus compañeros, Pápochkin recordó que, durante una pequeña excursión hecha al perseguir a una gran serpiente de agua río abajo, había visto al final de la colina una roca saliente que podía servir de refugio contra la lluvia. Pero había que darse prisa porque la tormenta se aproximaba a toda velocidad. Subieron a las barcas, se dirigieron hacia la roca y, en unos minutos, descargaron toda la impedimenta y la guardaron bajo el saliente, que resultó bastante amplio para abrigar no sólo a los hombres, el perro y los objetos, sino también las embarcaciones, con las que hicieron una protección contra el viento.

Después de haber expulsado a unas cuantas serpientes de mediano tamaño refugiadas en las grietas de la roca, los exploradores pudieron observar tranquilamente el grandioso espectáculo del cataclismo atmosférico.

El cúmulo cárdeno cubría ya la mitad del cielo, oscureciendo el sol; desde abajo parecía ahora un abismo completamente negro, surcado sin cesar por los culebros deslumbradores de los relámpagos seguidos de truenos de una violencia como no habían escuchado ninguno de los observadores. Eran unas veces explosiones

ensordecedoras y sucesivas, otras crujidos como si se desgarrase una pieza enorme de hela muy fuerte, otras la detonación de centenares de cañones pesados.

El bosque inmediato susurraba sordamente bajo los primeros embates del viento. Del Norte llegaba un estrépito horrible, que causaba pavor e incluso sofocaba gradualmente los redobles de los truenos. Hubiérase dicho que se aproximaba un tren gigantesco, arrollándolo todo a su paso.

Los viajeros, pálidos, miraban con inquietud a su alrededor.

El huracán se acercaba levantando remolinos de hojas, flores, ramas, matorrales descuajados y aves que no habían tenido tiempo de buscar abrigo en el bosque. Las tinieblas se intensificaban. Entre los ensordecedores redobles del trueno todo silbaba, crujía y ululaba. Enormes gotas de agua y algunos granizos se estrellaban contra la tierra y el río, que estaba agitado y se cubría de espuma. Luego la oscuridad se hizo absoluta, y sólo a la luz de los relámpagos se descubría por momentos un cuadro espantoso. El bosque entero parecía haberse levantado en el aire y galopar con las cataratas de lluvia y de granizo. El estrépito era tal que no se oían las voces ni aun gritándose al oído.

Pero aquel cataclismo no duró más de cinco minutos. Pronto empezó a clarear; las embestidas del viento se debilitaron, el estrépito y los truenos alejaronse hacia el Sur y no hacía ya más que lloviznar. En cambio, el río, ahora de color pardusco, había crecido, estaba sucio y cubierto de espuma y acarreaba hojas, ramas y árboles enteros. Por el cielo galopaban todavía jirones de nubes grises, pero Plutón asomaba ya, iluminando las devastaciones causadas por la tormenta.

Abandonando su refugio, los hombres miraron a su alrededor. Al lado de las barcas se amontonaban hojas y ramas entremezcladas de granizos del tamaño de nueces. Algunas ramas puntiagudas habían sido lanzadas con tanta fuerza que habían agujereado los flancos de lona de las barcas. Era preciso repararlos inmediatamente. Armados de agujas, hilo y trozos de lona alquitranada, pusieron manos a la obra.

El remiendo de las lanchas duró cerca de una hora y, -en ese tiempo, el río había vuelto á su cauce y había quedado limpio, de manera que se podía continuar el camino. El nubarrón negro había desaparecido al Sur, detrás de las colinas, y los

viajeros contemplaron por primera vez la cúpula del firmamento despejada, de color azul oscuro.

- Parece mentira -dijo Pápochkin subido ya en la barca- que justamente encima de nosotros, encima de este cielo azul se encuentre a unos diez mil kilómetros de distancia otra tierra igual que ésta, con bosques, ríos y animales diversos ¡Qué interesante sería verla sobre nuestras cabezas!

- La distancia es demasiado considerable -observó Kashtánov-. Una capa de aire tan espesa, con partículas de polvo y vapores de agua no, es bastante translúcida; además, la tierra, cubierta de vegetación, refleja poca luz y no tiene brillo suficiente.

-¿se han fijado ustedes -preguntó Makshéieve- que ayer, desde una colina bastante baja, abarcábamos con la mirada mucha más extensión que arriba, sobre la tierra? Distinguíamos la llanura boscosa a un centenar de kilómetros quizá porque la superficie en que nos hallamos no es convexa como la del globo terrestre, sino cóncava. Daba la impresión de que nos encontrábamos en el fondo de una hondonada lisa.

-Teóricamente nuestro horizonte debía ser ilimitado y debíamos poder divisar la región, no ya a cien kilómetros, sino a quinientos o mil, puesto que se levanta gradualmente hacia el cielo. Pero, a una gran distancia, las capas inferiores del aire no tienen ya la diafanidad suficiente y los contornos de los objetos se difuminan y se confunden poco a poco.

- Por lo tanto, la línea del horizonte no puede ser aquí tan neta y precisa como arriba, sobre la tierra. En realidad aquí no hay horizonte y lo que vemos es el paso gradual del suelo al firmamento.

- Lo que ocurre es que, hasta ahora, las nubes a ras de tierra o la niebla no nos dejaban observar este fenómeno.

Hacia el final de la jornada, el río se ensanchó sensiblemente; la corriente, más débil, obligó a los viajeros a remar de manera ininterrumpida si querían avanzar con bastante rapidez.

En las murallas de vegetación de ambas orillas se veían algunas cañadas por donde se marchaba parte del agua en forma de brazos estrechos o, al contrario, afluía

hacia el cauce principal. Empezaron a aparecer islas, bordeadas de tupidos juncos que crecían en el agua.

Al contornear una de aquellas islas, los exploradores descubrieron en el cinturón de juncos un corte del que partía un sendero, adentrándose en la verde espesura. Hacia allá dirigió Makshéiev su lancha para desembarcar y visitar la isla. Pero no había hecho el bote más que rozar suavemente la orilla fangosa con la proa, cuando apareció entre la espesura la cabeza de un macairodo. Dos colmillos níveos, de lo menos treinta centímetros de largo, descendían de la mandíbula superior como los de una morsa. La fiera debía estar ahíta, porque no se disponía al ataque. Abrió unas fauces enormes, como bostezando, y su cabeza desapareció luego entre las ramas. La presencia de aquel horrible carnicero hizo que los exploradores renunciaran a desembarcar en la isla. Al día siguiente, el río volvió a estrecharse y se hizo más rápido.

El carácter subtropical de la vegetación iba acentuándose: los robles, las hayas y los arces habían sido desplazados completamente por las magnolias, los laureles, los árboles del caucho y otros muchos que el botánico sólo conocía de nombre o por los enclenques ejemplares cultivados en estufa. Desde las barcas era fácil distinguir palmeras y yucas.

Las colinas, poco frecuentes, eran menos elevadas pero más anchas. Sus flancos estaban cubiertos de una hierba tupida que llegaría hasta la cintura y de árboles o sotos aislados que recordaban los bosques de África Ecuatorial.

Un macizo impenetrable se extendía a lo largo de las orillas del río, ocupando los terrenos más bajos.

A la hora de la comida, los viajeros hicieron alto cerca de una de aquellas colinas para emprender luego una excursión más prolongada a fin de estudiar la flora. Makshéiev aceptó quedarse cuidando de las embarcaciones y, después de comer, sus tres compañeros se dirigieron hacia la colina.

Capítulo 22

EL MONTÍCULO MOVEDIZO

Los primeros metros de camino hubieron de ser abiertos a hachazos entre un caos de lianas y de maleza. Luego, la espesura fue cediendo en la semioscuridad que reinaba bajo la verde bóveda de los eucaliptos gigantescos, los mirtos, los laureles y otros árboles. Entre los grupos de helechos y los troncos el suelo estaba tapizado de musgos diversos y de espléndidas orquídeas. Arriba, a gran altura, bordoneaban los insectos, pero abajo reinaba el silencio. De vez en cuando asomaba una serpiente o un lagarto deslizándose sin ruido.

Más cerca de la colina, el bosque empezó a esclarecerse y los rayos rojizos de Plutón penetraron hasta el suelo. La vida era allí más intensa y las hierbas, las flores y los matorrales, más numerosos. Los cazadores dieron con una senda que serpeaba entre los árboles y la siguieron en la esperanza de que les conduciría fuera del bosque. Delante iba Kashtánov seguido de Pápochkin., los dos con las escopetas preparadas y lanzando miradas escrutadoras alrededor. Gromeko cerraba la pacha, quedándose a veces rezagado para recoger alguna planta.

De pronto, Kashtánov se inmovilizó y levantó la mano, solicitando la atención de sus compañeros: hasta ellos llegaba ruido de ramas rotas y un ligero gruñido. Luego apareció en el sendero un extraño animal gigantesco, semejante a un oso, aunque con la cabeza estrecha y afilada y un largo rabo peludo.

- Es un oso hormiguero -murmuró el zoólogo-. Existen varias especies en América del Sur. Son muy pacíficos a pesar de su aspecto terrible y sus garras poderosas. Sin embargo, son mucho más pequeños que este ejemplar, que tiene más de dos metros de altura.

Mientras tanto, el oso hormiguero había advertido a los hombres que le cerraban el paso y se había parado, indeciso.

- Vamos a abandonar el sendero -susurró el zoólogo-. Que pase por delante de nosotros y así le examinaremos mejor.

Los cazadores se apartaron, ocultándose detrás de unos matorrales espesos. El animal permaneció unos instantes inmóvil, observando el bosque con desconfianza y luego avanzó lentamente, deteniéndose cada cinco o seis pasos para mirar a su

alrededor. En uno de aquellos altos consiguió Pápochkin fotografiarlo de perfil; pero el chasquido del disparador asustó al oso hormiguero, que huyó contoneándose sobre sus gruesas patas, con la cola extendida horizontalmente. Desde el hocico hasta el extremo de la cola tendría por lo menos cuatro metros.

Al salir del bosque, los viajeros se encontraron al pie de la colina cuya falda ascendía suavemente. Kashtánov contemplaba decepcionado aquella vertiente uniforme que no le prometía ningún botín, mientras el botánico hallábase encantado de la abundancia de flores desconocidas que esmaltaban la hierba y se dedicó a recogerlas. De pronto, el geólogo divisó al pie mismo de la colina un montículo redondo, bastante grande, cuyos flancos desnudos lanzaban destellos metálicos.

- ¡Por fin he encontrado también yo algo! exclamó empuñando su martillo y dirigiéndose casi a la carrera hacia el montículo, en tanto Pápochkin se dedicaba a cazar un lagarto de tipo nuevo que se había refugiado sobre un arbolillo.

Cavando llegó al montículo, Kashtánov se detuvo sobrecogido: estaba completamente desnudo sin una brizna de hierba y toda su superficie se componía de placas hexagonales de color pardo ribeteadas de negro.

Asombrado, el geólogo intentó desprender un trozo de roca con el martillo, pero la herramienta resbaló sobre la superficie del montículo.

Con la esperanza de encontrar alguna grieta mayor en la cima del montículo, Kashtánov se puso a trepar a él, aunque no lo consiguió al pronto porque si bien el montículo tenía únicamente tres metros de altura, sus flancos eran absolutamente lisos. Arriba se encontró con una roca igual de inatacable. Entonces, el geólogo sacó de su cinturón un gran -escoplo que introdujo en una grieta entre dos placas y se puso a clavarlo poco a poco a martillazos.

De repente una fuerte sacudida hizo caer al geólogo, que estaba arrodillado y sólo tuvo tiempo de agarrarse al escoplo para no rodar abajo del túmulo. Las sacudidas -
Pues yo creo que no era una tortuga, sino un gliptodonte, animal del orden de los armadillos, que vivieron sobre la tierra en la época pliocena del período terciario al mismo tiempo que los osos hormigueros enormes, bradipos gigantes, mastodontes y rinocerontes formidables. Los restos de estos animales abundan en América del Sur.

- Si precisamente hemos encontrado a un oso hormiguero gigante en el bosque - recordó Pápochkin.

- Ese encuentro es el que me ha sugerido la idea. Si en una zona más septentrional, cerca de la frontera de los hielos, hemos encontrado vivos a fósiles, como -el mamut, el rinoceronte de pelo larga, el toro primitivo el oso de las cavernas y el ciervo gigantesco, que habitaban la tierra al principio del período post-terciario, nada tiene de particular que más al Sur, aquí donde reina el calor, se hayan conservado formas de una época aun más antigua, del plioceno.

- Entonces, desarrollando su idea, conforme vayamos hacia el Sur debemos encontrar también una fauna más antigua, n sea, perteneciente a los períodos mioceno, eoceno, cretáceo y jurásico, ¿no es cierto? -preguntó el zoólogo con cierta desconfianza.

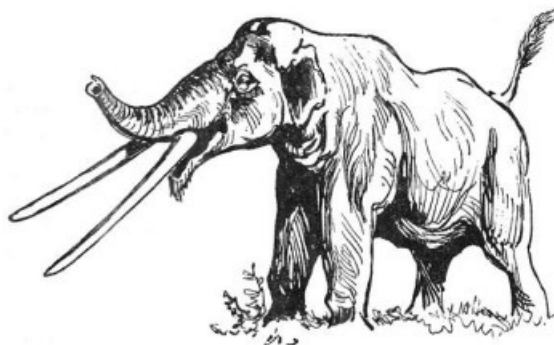
- No me chocaría nada -replicó Gromeko-. Desde que hemos descubierto este extraño mundo intraterrestre he dejado de sorprenderme de nada. Yo estoy dispuesto a saludar a iguanodontes, a plesiosaurios, a pterodáctilos, a trilobites y otras maravillas paleontológicas.

- En ese caso, es una lástima que no hayamos matado al hormiguero y al gliptodonte.

¿Cómo vamos a demostrar su existencia? Ni siquiera he podido fotografiar al gliptodonte.

- Quizá volvamos a encontrarlos.

- A propósito, es hora ya de completar la provisión de carne -intervino Gromeko-. De lo contrario, no tendremos para mañana nada más que tocino.



Mientras hablaban, los cazadores ascendían lentamente la colina. Llegaron a la cresta, bordeada de una estrecha franja de arbustos bastante tupidos que, para gran alegría de Kashtánov, ocultaban pequeños filones de rocas. El geólogo puso inmediatamente en juego el martillo, pero Pápochkin, que se había deslizado por entre los arbustos, le detuvo exclamando:

- ¡No hagan ruido! En la otra vertiente hay toda una colonia de herbívoros. Kashtánov dejó de martillar, se guardó en el bolsillo el trozo de roca arrancado y metióse por entre los matorrales, seguido de Gromeko.

En la vertiente meridional de la colina, todavía más suave, diferentes animales pacían tranquilamente. A proximidad de los exploradores había una familia de rinocerontes, muy distintos de los que viven en la India y en África, así como del rinoceronte de pelo largo. Eran unas bestias achaparradas, de patas bajas, más bien semejantes a hipopótamos pequeños. Pero la forma de la cabeza y el cuerno corto y grueso del macho traicionaba su raza. En lugar de cuernos, la hembra tenía una callosidad abultada. La cría, que jugueteaba junto a la madre, parecía una enorme salchicha. Para llegar hasta la ubre, se tendía en el suelo y se deslizaba de lado baja la panza de la madre que, al moverse, le aplastaba un poco, provocando disgustados gruñidos del pequeño.

Un poco más abajo pacía en la vertiente una manada de elefantes gigantescos. Después de observarlos con los prismáticos, Kashtánov declaró que debían ser mastodontes. Se diferenciaban de los mamuts por las defensas largas y rectas, la frente huidiza y el cuerpo más alargado.

Cerca de ellos andaban unos cuantos antílopes descomunales, con el pelaje amarillo pardo punteado de negro como el del leopardo y largos cuernos en forma de puñal. Se desplazaban a saltos porque tenían las patas traseras mucho más largas que las de delante. Al principio, Gromeka los había confundido con liebres gigantescas.

En el lindero del bosque había animales todavía más extraños, que se asemejaban en parte a las jirafas por el cuello muy largo y la cabeza coronada de pequeños cuernos y en parte a los camellos por el color pardo y la forma algo chepuda. Una pareja de estos animales, en las que Kashtánov reconoció a los antepasados de la jirafa y del camello, andaba al borde de la lindera arrancando sin dificultad ramitas y hojas a cuatro metros de altura.

La presa más interesante les parecieron a los cazadores los antílopes y las jirafas-camellos. Por eso se dividieron en tres grupos: Kashtánov dio un rodeo para acercarse a las jirafas-camellos, Pápochkin se dirigió hacia los antílopes en tanto Gromeko se disponía a fotografiar a los rinocerontes y los mastodontes.

Seducido por el aspecto del rinoceronte pequeño; que le pareció digno de la brocha, Gromeko abatió de un disparo a la cría cuando más descuidada estaba. Los padres, en lugar de huir como esperaba el cazador, olfatearon el cadáver y luego se lanzaron con gruñidos feroces sobre el botánico, que había tenido la imprudencia de asomarse al borde del soto. Volvió a ocultarse entre los matorrales y apenas se había apartado un poco cuando, en el sitio donde se encontraba poco antes, se escuchó un formidable crujido de ramas y los dos rinocerontes, pisoteando los matorrales y arrojándolos a un lado y otro con los hocicos, aparecieron en lo alto de la cresta y continuaron su camino. Pero, al advertir que su enemiga había desaparecido, dieron media vuelta y lanzáronse hacia el lugar donde las ramas estremecidas traicionaban la presencia del cazador.

En ese momento, Pápochkin hizo un disparo cerca de los antílopes y todo el rebaño remontó corriendo la vertiente. El mismo camino siguieron los mastodontes, enarbolando las trompas y emitiendo bramidos inquietos. La situación de Gromeko se hacía crítica: de un lado, tenía que vigilar a los rinocerontes y rehuirlos yendo y viniendo por entre los matorrales; de otra parte, le acechaba el peligro de ser pisoteado por los antílopes y los mastodontes. Pero el botánico tuvo una idea feliz. Al ver que los antílopes y los mastodontes subían por lados distintas, aunque convergiendo en el mismo punto de la cresta, dejó de ir y venir para evitar los rinocerontes y descendió corriendo la cuesta entre los antílopes y los mastodontes, calculando que unos u otros detendrían a sus perseguidores. El cálculo era justo: después de atravesar los matorrales, los rinocerontes furiosos chocaron, uno con los mastodontes y el otro con los antílopes. En la barahúnda que se produjo, el primero fue derribado y pisoteado mientras el segundo espantó a los antílopes y luego corrió tras ellos. Gromeko quedó vencedor en el campo de batalla.

Cuando recobró el aliento después de aquella carrera enloquecida, volvió a subir hacia los matorrales, encontró la escopeta abandonada durante su fuga y se puso a buscar su presa, el rinoceronte pequeño por culpa del cual le había ocurrido todo,

aquello. Lo descubrió fácilmente porque el cadáver, redondo como un tonel, se veía desde lejos entre la hierba pisoteada. Gromeko se unió luego a sus compañeros y, cargados de pieles, de cráneos y de carne, volvieron hacia el campamento donde Makshéiev sentíase ya inquieto de su larga ausencia. Aunque sin moverse de allí, también él había cazado: una fiera que se acercaba furtivamente a la tienda, sin duda con el propósito de devorar a General y que, en vez de ello, se había ganado una bala. Era un animal semejante al lobo, pero con la cabeza voluminosa, el cuerpo de un felino y una melena bastante larga sobre la cabeza y el cuello. Kashtánov declaró que debía ser el antepasado pliocénico de los lobos contemporáneos.

Capítulo 23

PLUTÓN SE EXTINGUE

Mientras la carne de antílope hervía en el caldero y el rinoceronte pequeño se asaba a la brocha, los viajeros se dedicaron a ordenar el abundante material recogido durante la jornada.

Estando dedicados a ello advirtieron que la luz bajaba y se tornaba más roja que de costumbre. Al levantar la cabeza buscando las causas de aquel fenómeno, constataron que el cielo estaba despejado, pero que Plutón lanzaba una luz opaca y que una multitud de grandes manchas oscuras salpicaban una mitad del disco.

Al mismo tiempo que descendía la luz, disminuyó la temperatura, que aquel día había llegado a 28° a la sombra. Esto último hubiera sido causa de alegría si lo primero no hubiese inspirado cierta alarma.

- ¿Y si Plutón se extingue ahora definitivamente? -preguntó Gromeko, ya que durante la cena constataron que la luz seguía decayendo y aumentaba el número de manchas oscuras en el disco.

- ¿Podemos encontrarnos de pronto en una oscuridad absoluta a la que siga inevitablemente el frío polar? -preguntó Pápochkin.

- ¡Pero si nos hemos dejado la ropa de abrigo, allá al Norte, en la yurta!-exclamó Makshéiev.

- Yo calculo que se trata de un fenómeno pasajero -declaró Kashtánov-. A juzgar por la luz rojiza y la abundancia de manchas oscuras, Plutón se encuentra efectivamente en la última fase de combustión. Pero este período puede prolongarse aún centenares y miles de años. Hay estrellas análogas a Plutón observadas en el espacio celeste que a veces sufren eclipses momentáneos, se extinguen casi y vuelven a encenderse. Las reservas de calor que contiene su masa son todavía muy grandes y la corteza, que se forma en su superficie consecuencia del enfriamiento y da origen a las manchas oscuras que vemos, revienta muchas veces y se disuelve bajo los efectos de ese calor. La extinción, de un astro no puede producirse de golpe.

- ¿Y si Plutón deja de arder por falta de oxígeno? Porque es probable que el oxígeno que consume proviene de la atmósfera de nuestro planeta aspirada por el orificio polar.

- Me parece muy dudoso ya que, en los millones de años de su combustión, Plutón habría debido consumir todo -el oxígeno de nuestra atmósfera y los habitantes de la tierra se habrían asfixiado en el nitrógeno. Los procesos de combustión de los cuerpos celestes luminosos permanecen todavía demasiado ignorados de nosotras y quizá se desenvuelvan de manera distinta a lo que observamos en la tierra. Es posible que el oxígeno vuelva a formarse en ellos como producto de la desintegración de otros elementos químicos. Los recientes descubrimientos sobre las transformaciones del radio nos obligan a cambiar de punto de vista acerca de la estabilidad de estos elementos, antes considerados como verdad irrefutable.

- En fin, como decía Hamlet, "amigo Horacio, en la Tierra hay todavía muchas cosas que no conocen nuestros filósofos". Nuestro viaje por Plutonio confirma cada día la fuste a de esta máxima -declaró Gromeko y luego propuso acostarse aprovechando la oscuridad y el descenso de la temperatura.

El reino animal del bosque también notaba que algo insólita ocurría en la naturaleza. Las aves se habían callado y a sus gorjeos y su canto sucedían los gritos inquietos de diferentes animales. En algunos momentos General se ponía a aullar levantando la cabeza.

Pero los viajeros, que habían encendido una hoguera delante de la tienda, durmieran profundamente, sin hacer ningún -caso de aquellas sonidos, mucho más tiempo que de costumbre.

Poco a poco fueron despertándose, aunque la oscuridad seguía siendo la misma. Todo estaba envuelto en un crepúsculo rojizo y el disco de Plutón tan cubierto de manchas oscuras que su luz perdía las nueve décimas partes de su fuerza. Con Raquel alumbrada, las hojas y la hierba parecían casi negras, lo mismo que el cielo. En torno reinaba un silencio profundo: ni las aves, ni los animales ni las insectos daban señales de vida y solamente los soplos de la brisa agitaban a veces la enramada. Aquel silencio tenía algo lúgubre.

Después de consultarse decidieron que sería peligroso navegar en las tinieblas por un río desconocido entre las murallas de un bosque lleno de diferentes fieras que

podrían atacar a los viajeros. Era fácil tropezar con un bajío o con alguna raíz, cosa de gran peligro para las lanchas de lona.

- Pero, ¿y si el crepúsculo dura semanas o meses enteros? -preguntó Gromeko-. ¿Vamos a quedarnos aquí sin movernos? Los víveres que tenemos sólo bastan para tres o cuatro días.

- ¡Qué cosas se le ocurren! -replicó Kashtánov-. Siempre llega usted a las conclusiones más tristes. Vamos a esperar un par de días y luego veremos si nos conviene seguir el viaje o volvernos.

- Y mientras tanto nos dedicaremos a reparar las barcas, a construir una balsa y a otras labores domésticas -propuso Makshéiev-. Las embarcaciones dejan ya entrar el agua.

Todos aprobaron la prepuerta y, a la luz de la hoguera, pusieron manos a la obra. Repararon las barcas y cortaron algunos grandes bambús que crecían cerca del campamento. Este trabajo exigió bastante tiempo porque los viajeros disponían sólo de una pequeña sierra de mano. Luego arrancaron las ramas de los troncos que serraron en trozos del mismo largo que las lanchas, haciendo con ellos una balsa de metro y medio de ancho que debía navegar entre las dos embarcaciones. Se destinaba la balsa a transportar los objetos más voluminosos, recubiertos con pieles. Las embarcaciones y la balsa formaban un conjunto sólido, ligero y bastante fácil de manejar.

Estos trabajos ocuparon la jornada entera. Las observaciones hechas entre tanto demostraron que el número y las dimensiones de las manchas oscuras del disco de Plutón no habían disminuido, pero tampoco habían aumentado. Los exploradores se acostaron temprano. Una pequeña hoguera quedó encendida junto a la tienda. General estaba tendido a la entrada de la tienda y los cuatro hombres tenían el propósito de dormir apaciblemente, levantándose sólo de vez en cuando para alimentar el fuego.

Sin embargo, estas esperanzas quedaron frustradas. En cuanto se estableció el silencio dentro de la tienda se empezaron a escuchar roces en la espesura que les rodeaba. Alerta, General gruñía. Los roces cesaban y el perro se tranquilizaba. Otra vez se escucharon los roces como si algún animal rondase por los matorrales alrededor del campamento, acechando una presa pero sin atreverse a salir. Para no

estar todos alerta, decidieron montar la guardia por turna, y fue Pápochkin quien primero se sentó junto a la hoguera, con una escopeta. Los roces se acercaban unas veces y se alejaban otras, y el zoólogo se habituó tanto a ellos que se quedó profundamente dormido.

El fuego iba extinguiéndose y la hoguera quedó convertida en un montón de brasas. Súbitamente, el perro se puso a ladrar frenético. Pápochkin se despertó y vio, al borde del calvero, un animal grande semejante a un león aunque con la melena más corta. De sus fauces entreabiertas asomaban colmillos percidos a los del tigre macairodo. El animal, inmóvil, parecía indeciso y, General ladrando frenéticamente, se replegaba con el rabo entre las piernas detrás de la hoguera, hacia la tienda.

El zoólogo se rehizo en seguida, levantó la escopeta y disparó contra el animal que se encontraba a unos veinte pasos. La bala le pegó en el pecho, pero la fiera tuvo todavía fuerzas para saltar. Cayó entre las brasas, se quemó el vientre y rodó hacia la tienda. Pegó con una de las patas traseras contra la loma, que desgarró de arriba abajo, y enganchó las botas de Makshéiev, colocadas a su cabecera. Una pata de delante, contraída convulsivamente, estuvo a punta de pegarle a Kashtánov en la cara, rompió el reloj de bolsillo colocado en el gorro sobre el suelo y redujo el gorro a pedazos. General, encogido a la entrada de la tienda, fue lanzado al interior de otro zarpazo que le costó unos cuantos arañazos y cayó pesadamente sobre Gromeko, que dormía con sueño apacible en el fondo de la tienda.

Fue una barahúnda indescriptible. Junto a la tienda, en la penumbra, un cuerpo enorme se estremecía y rugía y bajo sus golpes quedaba hecha jirones la tela de la tienda. Al fondo de la tienda Gromeko luchaba con General, que intentaba ocultarse detrás de él y al que el botánico había confundido con alguna fiera. Kashtánov buscaba inútilmente las cerillas, que había dejado en el gorro con el reloj, y no encontraba el gorro. Desde fuera, Pápochkin gritaba:

- Salgan pronto por la parte trasera. Es un león, y no pueda rematarlo por miedo a herirles a ustedes.

El animal se inmovilizó al fin con un último estremecimiento de las patas; Makshéiev encontró una caja de cerillas y encendió una vela; Gromeko soltó a General y los tres, medio desnudos y asustados, salieron a rastras levantando la parte trasera de la tienda y miraron a su alrededor. Empezaron las explicaciones junto al fuego

apagada. Pápochkin hube de confesar que se había quedado dormido, dejando morir la hoguera, lo que había permitido acercarse a la fiera.

El animal muerto era un león macairodo, aunque por su constitución se pareciese también a un oso. Únicamente la forma de la cabeza y de las garras traicionaban su pertenencia a los félidos. La corta melena era casi negra, el pelo, amarillo pardusco y la cola, sin borla. Las garras de las patas poderosas correspondían a los terribles colmillos de la mandíbula superior. La tienda exigía serias reparaciones, lo mismo que las botas de Makshéiev. Sólo al cabo de largas búsquedas se encontró en un rincón de la tienda el reloj de Kashtánov hecho una oblea y, con él, el gorro en jirones y la cerillera aplastada.

Gromeko hizo salir a General, todavía tembloroso, y le examinó y se lavó las heridas. Luego apartaron el cadáver del león hacia un lado y decidieron continuar el sueño interrumpida. Makshéiev se quedó de guardia, y el resto de la noche transcurrió sin novedad. A la mañana siguiente, las tinieblas parecían memos profundas y las manchas del disco de Platón habían disminuido en número y en tamaño. Los viajeros optaron por esperar todavía un poco, y se pusieron a reparar la tienda, a medir al león muerto y a desollarlo. El tiempo había esclarecido a la hora de la comida y, algo más tarde, como si hubiera recobrada fuerzas, devoró la mayoría de las manchas que cubrían su disco y lanzó una luz que pareció muy brillante después de cuarenta horas de tinieblas.

Los exploradores recogieron rápidamente sus afectas, que cargaron en las lanchas y la balsa, y reanudaron El viaje, aunque más despacio, porque la embarcación no era bastante ágil y exigía remar con energía. El relieve empezó a cambiar hacia el final de aquella jornada: las colinas de las orillas fueron perdiendo altura, hasta desaparecer enteramente El bosque y la espesura impenetrable habían dejado sitio a una vasta estepa salpicada de sotos donde dominaba el baobab gigante. Sólo las orillas estaban bordeadas de una estrecha franja de exuberante vegetación compuesta de palmeras, bambús y lianas donde se veían aves y grandes monos de diferentes especies. Rebaños de antílopes variados, de mastodontes, de rinocerontes, de jirafas-camellos, de jirafas sin cuernos y de caballos primitivos pacían en la estepa. Cerca del río, en la espesura, había tigres, hipopótamos y ciervos.

Capítulo 24

REPTILES MONSTRUOSOS Y PÁJAROS DENTADOS

Los viajeros desembarcaron para descansar en una vasta isla, casi toda ella de carácter estepario; sólo las márgenes estaban bordeadas en algunos sitios de arbustos y juncos. Montaron la tienda en el extremo septentrional de la isla, desde donde se veía el río, dividido en dos brazos de lo menos cien metros de ancho cada uno.

Después de la cena rompieron la calma unos ruidos que llegaban desde la margen opuesta del río: largos gritos que recordaban el rumor de una multitud humana y a veces eran cubiertos por ladridos entrecortados y aullidos.

De la espesura desembocó, rompiendo los juncos y apianando los arbustos, un pequeño rebaño de cuadrúpedos con pelaje rojizo salpicado de blanco, que se lanzaron al agua y nadaron hacia la isla. Tras ellos salió una jauría de animales abigarrados. Entre aullidos y ladridos, también se metieron en el agua, tratando de dar alcance a uno de los primeros que, sin duda extenuado, se quedaba atrás.

A los pocos minutos, los animales perseguidos llegaron a la isla y desfilaron al galope cerca de la tienda. Parecían caballos, aunque no tenían apenas crines.

El último también logró llegar a la orilla antes que los carnívoros, pero trepó difícilmente la cuesta y, arriba, fue rodeada por sus perseguidores, que aullaban y ladraban. Reuniendo sus últimas fuerzas, coceaba y mordía; sin embargo, aquella lucha desigual con una docena de enemigos no podía durar mucho. Los carnívoros evitaban los golpes, pero, no rompían al cerco, esperando a que estuviera completamente agotado. Intervinieron los hombres: tres disparos hechos contra la jauría abatieron a dos animales y pusieron en fuga a los demás. Pero la víctima, extenuada, no, podía ya gozar de su inesperada salvación. Agonizaba cuando los viajeros se aproximaron. Tenía en el cuello una enorme herida, abierta probablemente por los dientes de un carnívoro en el primer ataque al rebaño y causa de la debilidad de la víctima, que había ido desangrándose en la carrera.

El examen de los carnívoros muertos demostró a los cazadores que pertenecían a la clase de los mamíferos primitivos.

Tenían el tamaño de un lobo de Siberia, aunque su cuerpo, así como el rabo larga y fino, recordaban más bien el género de los félidos. El pelaje era, en el lomo y los flancos, de color pardo con rayas transversales amarillas y también amarillo en el vientre. Los dientes, casi todos iguales, tenían aspecto de colmillos.

La víctima de los carniceros sólo merecía con grandes reservas, el nombre de caballo. Del tamaño de un asno fuerte, aunque más gracioso, tenía unas patas finas terminadas en cascos de cuatro dedos y no de uno como los caballos de verdad. Además, tres se hallaban en estado embrionario y sólo el del centro tenía el desarrollo normal.



Al examinar aquel extraño Caballo, Kashtánov y Pápochkin llegaron a la conclusión de que se hallaban ante un caballo primitivo, antepasado de los caballos contemporáneos y más semejante a un guanaco de América.

Al día siguiente continuó la región esteparia, verdadera sabana o pradera de alta hierba, con sotos y grupos de arbustos y árboles en las márgenes del río apacible y de las numerosas islas. En una de las islas más grandes los viajeros vieron un rebaño de titanoterios, animales intermedios del hipopótamo y el rinoceronte.

Los viajeros quisieron atracar un poco más abajo, entre unos matorrales, para deslizarse hasta los titanoterios y apoderarse de uno de ellos, pero se encontraron con un animal más curioso todavía, representante de los más antiguos paquidermos: un rinoceronte de cuatro cuernos que bebía con las patas de delante metidas en el río. Cuando la balsa se acercó a él, levantó su cabeza monstruosa y

abrió una boca enorme como si quisiera, tragarse a visitantes importunos o, por lo menos; escupirles. De la mandíbula superior salían dos largos, colmillos amarillentos; entre los ojos se alzaban dos cuernos pequeñas divergentes y detrás de las orejas asomaban dos cuernos más, romos, parecidos a muñones.

Pero mientras los exploradores atracaron y cruzaron sin ruido la espesura para fotografiarlo, Raquel interesante animal había abandonado ya la margen y se alejaba trotando pesadamente. Kashtánov y Pápochkin le siguieron esperando que se detendría y entonces vieron en un clara vecina a un animal gigantesco que arrancaban las hojas de un árbol enorme a una altura de cinco metros. Por la silueta y el color de la piel parecía un elefante cuyo lomo se alzara a cuatro metros del suelo, pero la cabeza y el cuello larga se diferenciaban mucho de los de un elefante: la cabeza, pequeña comparada a la masa del cuerpo, recordaba la cabeza de un tapir con el labio superior alargado que servía al animal para arrancar rápidamente las hojas por ramilletes.



- ¡Qué monstruo! -murmuró Pápochkin-. Tiene cuerpo de paquidermo, cuello de caballo, cabeza de tapir y hábitos de jirafa.

- Pienso -observó Kashtánov- que hemos tenido la suerte de ver a un ejemplar raro del orden de los rinocerontes sin cuernos, cuyos restos se han descubierto recientemente en el Beluchistán, por lo cual este coloso -el mayor de los mamíferos terrestres- he recibido el nombre de beluchisterío. Vivió a finales del oligoceno o principios del mioceno.

- ¡Es efectivamente un coloso! -dijo el zoólogo admirado-. Me parece que podría pasar por debajo de su vientre sin inclinarme y doblando únicamente un poco la cabeza.

- Si se colocara junto a él a un rinoceronte indio adulto tampoco le llegaría con el lomo más arriba del vientre y podría pesar por cría suya.

-Es una lástima que no podamos colocarnos junto a él al retratarlo para la comparación - dijo Pápochkin manipulando el aparato-. Aunque parece un animal inofensivo, yo no me atrevería a acercarme: sin querer le puede a uno partir los huesos de una patada.

- Fotografíe usted el árbol sal misma tiempo que el animal, y después determinamos la altura del primero.

Los observadores aguardaron a que el beluchisterío se apartase un poco para calcular por medio de una brújula con alidada la altura del árbol. Luego midieron las huellas de las patas del animal que, comparadas a su talla, no eran muy grandes.

Al finalizar aquella jornada advirtieron en la orilla de una gran isla a una pareja de corifodones, grandes paquidermos que, por la forma del cuerpo, se asemejaban al titanoterio.

Al divisar la balsa, el macho levantó la cabeza y abrió unas fauces enormes en cada una de cuyas mandíbulas apuntaban dos colmillos bastante largos y agudos.

No fue posible desembarcar en la isla para la caza porque, poco más abajo, un carnicero grande estaba devorando alguna presa junto a la orilla. Al ver las embarcaciones se incorporó con un rugido feroz.

Tenía el cuerpo muy grande sobre unas patas cortas y bastante finas, el hocico alargada como el de un galgo y, por el tamaño, alcanzaba las dimensiones de un tigre grande.

Los viajeros no se decidieron a acercarse a él.

O sea, que aquel día no lograron cazar a ninguno de estas animales desconocidos.

Al día siguiente en las márgenes del río y en las orillas vieron caballos, titanoterios, rinocerontes de cuatro cuernos, antílopes, creodonos carnívoros y otros animales. El aspecto general de la fauna, según Kashtánov, la ha- remontar sal terciario inferior. Después del almuerzo, los exploradores desembarcan para realizar una excursión al interior de la estepa a fin de ver el carácter que tenía lejos del río.

Cerca de uno de los lagos encontraron a un animal que llamó particularmente su atención. Igual que los demás herbívoros pacía tranquilamente la hierba jugosa.

Esta circunstancia tranquilizó a los cazadores, que habían empuñado ya sus escopetas, cuando, sal a travesar los arbustos para llegar a la orilla del lago, descubrieron de pronto aquel monstruo. Incluso General, ya acostumbrada a los animales extraordinarios, y que distinguía a la perfección las carniceros de las herbívoros, manifestó un gran susto y buscó auxilio, gruñendo, junto a las piernas de Makshéiev.



- Es un rinoceronte de tamaño colosal -murmuró Makshéiev, deteniéndose entre la maleza para no asustar al monstruo o irritarle.

Sin embargo, únicamente el pequeño cuerno que le crecía sobre el arranque de la nariz podía hacerle confundir a primera vista con un rinoceronte. Un par de grandes astas, largas y dirigidas hacia adelante, le daban semejanza con ciertos toros. En la demás, se distinguía tanto de los unos como de los otros. El tamaño de la cabeza era desproporcionadamente grande comparado al cuerpo, alcanzando casi dos metros de largo. La parte trasera del cráneo se ensanchaba en una especie de abanico, que se hubiera podido confundir con unas enormes orejas separadas, pero que en realidad era sólo un adorno o una protección de la mitad superior del cuello. Este abanico, recubierto de escamas pequeñas y bordeado de puntas cortantes, debía aumentar el peso, ya de por sí enorme, de la cabeza, y no dejaba al animal que la levantara. Las patas de delante eran mucho más cortas que las de detrás, de manera que el animal se movía levantando mucho la grupa. Cuando tenía la cabeza y las patas ocultas por la hierba hacía pensar en un montículo de casi cinco metros de altura. Su cuerpo macizo, recubierto de placas redondas más grandes en el lomo

y los flancos y menudas en la grupa, las patas y el vientre, terminaba en un rabo corto pero grueso que servía de apoyo a la parte posterior del cuerpo. Desde el extremo del hocico, terminado en un pico aguda, hasta el nacimiento del rabo el animal tendría unas ocho metros.

- ¡Qué monstruo, pero qué monstruo! -murmuraba Gromeko contemplando, igual que sus compañeras, aquel animal extraordinario que avanzaba lentamente como una colina a lo largo de la orilla del lago, devorando la hierba y los arbustos.

- ¿Qué será? -preguntó Pápochkin.

- Debe ser un triceratops, de la especie de los dinosaurios -contestó Kashtánov-, a las que pertenecieron diferentes reptiles gigantes.

- Pero ¿es un reptil? ¿Acaso ha habido reptiles astados? -preguntó Makshéiev.

- El grupo de los dinosaurios ofrece formas muy variadas de reptiles grandes y pequeños, tanto carnívoros como herbívoros, que vivieron entre el triásico y el cretáceo.

- ¡De manera que nos encontramos ya en el triásico! -exclamó Pápochkin-. Y cuanto más avancemos río abajo más monstruos de éstos hemos de encontrar.

-- Sólo pido que sean tan inofensivos como éste -observó Gromeko-. Porque no debe tener ninguna gracia encontrarse con un animal carnívoro de estas dimensiones. Nos haría pedazos antes de que tuviésemos tiempo de disparar.

- Los animales grandes suelen ser torpes -objetó Kashtánov-. A mi entender el tigre macaírodo es más peligroso que estos gigantes.

- Habría que hacerle levantar la cabeza -dijo Pápochkin-. O hacerle salir a un sitio más despejado. Le he hecho ya das fotografías, pero en ninguna se ve el hocico ni las patas.

- ¿Y si le disparamos un tiro? -propuso Makshéiev; - No, porque huirá asustado a se lanzará sobre nosotros. Me parece que ni con una bala explosiva se le podría abatir fácilmente.

- ¡Vamos a azuzarle a General!

Costó mucho trabajo convencer al perro, que gruñía tembloroso, de que atacase al monstruo. Por fin corrió a él con ladridos feroces aunque deteniéndose a prudente distancia. El efecto del ataque del perro fue absolutamente inesperado. El monstruo

se tiró al lago levantando enormes surtidores de agua, y desapareció entre el cieno removido.

Todas estallaron en carcajadas al ver aquella fuga vergonzosa. Muy orgulloso de su victoria, General corrió a la orilla y se puso a ladrar frenéticamente contra las aguas turbias, en leas que se formaban grandes círculos. A los pocos minutos aparecieron en el centro del lago las astas y el cuello del saurio que asomaba para respirar. Pápochkin tenía el aparato fotográfico preparado, pero hubo de limitarse a fotografiar la cabeza porque, al ver en la orilla a sus extraños perseguidores, el animal volvió a sumergirse en cuanto respiró.



En otro lago General hizo salir de entre las malezas a toda una bandada de extrañas aves. Alcanzaban el tamaño de un cisne muy grande, pero tenían el cuerpo más largo, el cuello más corto y un pico alargado y puntiagudo provisto de pequeños dientes cortantes. Nadaban y se zambullían muy bien para alcanzar las peces. Los viajeros lograron abatir uno.

Después de haberlo examinado, Kashtánov dijo que debía ser un hesperornis, ave dentada del cretáceo que, por la estructura del cuerpo, se asimilaba a los pingüinos contemporáneos. Las alas, en estado embrionario, se disimulaban por entero en un plumaje de aspecto piloso.

Capítulo 25

UN CINTURÓN DE PANTANOS Y LAGOS

Después de tres días de descender el río por entre estepas secas, los viajeros llegaron a su extremo meridional donde la vegetación cambió súbitamente. Las orillas estaban ahora cubiertas de una tupida muralla de coníferas, de palmeras y de helechos de especies muy variadas, en su mayoría desconocidas, que alcanzaban la estatura de un hombre. En el agua, cerca de la orilla, crecían unas plantas altas semejantes a los juncos, y los bajíos estaban cubiertos de colas de caballo de metro y medio de altura y más de 25 milímetros de diámetro. De entre la maleza llegaba un zumbido permanente y unos extraños insectos giraban sobre el agua. Eran semejantes a las libélulas, pero la envergadura de las alas llegaba a cuarenta centímetros. El cuerpo, de reflejo metálico, medía unos veinte centímetros de longitud. Unos eran amarillos con matices dorados, otros, de color gris acero; los había verdes como la esmeralda, azul añil y encarnados.

Aleteaban, planeaban y se perseguían en los rayos del sol con un estridor melodioso que recordaba el sonido de las castañuelas.

Sorprendidos por aquel hermoso cuadro, los exploradores dejaron de remar. Las embarcaciones flotaban lentamente río abajo y los remeros admiraban aquel espectáculo. Pápochkin buscó un cazamariposas y, después de varios intentos, capturó a una de las libélulas. Pero cuando iba a sacarla de la red le mordió tan dolorosamente un dedo que, desconcertado, el zoólogo la dejó escapar.

La tupida cortina verde que bordeaba las orillas no les dejaba atracar y, cansados por la larga jornada, los viajeros buscaban en vano con la mirada algún lugar despejado para acampar.

El hambre empezaba a molestarles, pero los muros de colas de caballo iban haciéndose más espesos.

- ¡Nos debíamos haber detenido al final de la estepa! -dijo Gromeko.

- Otra vez lo haremos mejor -replicó Makshéiev riendo.

Los kilómetros se sucedían sin que apareciese el menor claro en la vegetación. Por fin, en un recodo del río, apareció en la margen izquierda una franja verde más baja. Se adentraba en el agua una lengua de tierra, larga y estrecha, rematada por

un banco de arena, en la que sólo crecían colas de caballo. A falta de otra cosa, decidieron detenerse allí y acondicionar una pequeña superficie para el campamento. Después de resguardar las embarcaciones en una pequeña ensenada entre la lengua de tierra y la orilla, los viajeros empuñaron sus cuchillos de caza y se pusieron a luchar con las colas de caballo. Resultó una labor difícil porque los tallos gruesos, endurecidos por el abundante sílice que contenían, resistían a los tajos, y, aun después de cortados, dejaban unos tallos punzantes en los que era imposible sentarse o acostarse.

- Vamos a probar a arrancarlos de cuajo -propuso el botánico-. No creo que estén muy arraigados en este suelo blando del río.

El consejo era bueno: las colas de caballo se arrancaban sin dificultad y, al cabo de media hora, los viajeros habían dejado limpio el terreno necesario para la tienda de campaña y la hoguera. Pero se encontraron con que no podían encender fuego porque las colas de caballo estaban verdes y no urdían. Veíanse imposibilitados no sólo para hacerse la cena, sino incluso para hervir el agua del té. Además, de entre las colas de caballo se habían alzado enjambres de mosquitos de veinte milímetros de longitud que sólo hubieran podido ser ahuyentados por el humo de la hoguera.

- Ahora que me acuerdo -dijo Gromeko-, he visto aquí muy cerca, antes de desembarcar, un tronco seco que asomaba entre la maleza. ¡Hay que traerlo! Armados de hachas y cuerdas, Gromeko y Makshéiev desengancharon una de las lanchas y remontaron el río unos cien o doscientos pasos del campamento un grueso tronco seco con algunas ramas asomaba por encima de los matorrales verdes; pero crecía a tal altura sobre la margen que era imposible alcanzarle con la mano ni con el hacha.

- Habría que enganchar la cuerda en alguna de las ramas para ver si se parte -opinó Makshéiev.

Gromeko retuvo la lancha agarrándose a las colas de caballo. Makshéiev arrojó la cuerda a una gruesa rama y empezó a tirar de ella. La rama no se rompía, pero el árbol entero empezó a crujir.

- Suelta la lancha y ayúdeme a tirar -pidió a su compañero.

Ahora los dos tiraban de la cuerda, de pie en la frágil embarcación. El árbol se desplomó, golpeando en la proa de la barca, que empezó a sumergirse bajo su

peso. Gromeko sólo tuvo tiempo de agarrarse a las colas de caballo y atraer hacia ellas la popa de la barca, cuya proa había desaparecido ya bajo el agua.

- ¡Sí que estamos bien! ¿Qué hacemos ahora? -exclamó Makshéiev.

Hallábanse los dos en la popa, con los pies metidos en el agua, agarrándose con una mano a las colas de caballo y reteniendo con la otra la cuerda para que el desdichado árbol no se fuera a la deriva.

- Como no podemos salir a la orilla ni tenemos nada para achicar el agua, no nos queda más remedio que pedir auxilio -contestó Gromeko.

Las dos se pusieron a gritar. Nadie les contestaba al principio, pero luego se escuchó la voz de Kashtánov preguntando lo que había ocurrido.

- Vengan con un cubo. Se nos hunde la barca.

- ¡Ahora voy! -contestó Kashtánov.

En esto, junto a la proa hundida, emergió del agua una enorme cabeza de color verde pardusco, hocico corto y ancho y ajillos pequeños bajo un cráneo aplastado. El animal estuvo algún tiempo contemplando a los hombres sobrecogidos por la sorpresa y luego, abriendo una boca plantada de varias hileras de dientes agudos, se puso a trepar a la embarcación, que se hundió más todavía bajo su peso. Apareció un cuello corto y grueso, luego parte del cuerpo lisa. Las garras de las anchas patas delanteras se aferraron al borde de la barca. Al marcharse en busca de leña tan cerca del campamento, los cazadores no se habían llevado las escopetas y ahora se encontraban desarmados frente a un reptil de raza desconocida pero seguramente carnicero y fuerte. Las hachas se habían quedado en la proa y ahora se hallaban en el agua, bajo las patas del enemigo.

- Ate usted pronto el cuchillo al mango de un remo mientras yo trato de contener a este monstruo con el otro -gritó Makshéiev.

Sacó el cuchillo, que agarró entre los dientes, y luego, empuñando el remo, hundió con todas sus fuerzas la pala en la boca entreabierta del animal que, sobrecogido por aquel fuerte golpe contra el paladar y la lengua, apretó las mandíbulas. Luego se oyó un chasquido. Los dientes agudos desmenuzaban la madera y atacaban ya el borde de hojalata. Makshéiev continuó hundiendo el remo en las fauces, pero el pala disminuía porque el animal no dejaba de triturarlo para escupir luego las astillas teñidas de sangre.

Entretanto, Gromeko, que había tenido tiempo de atar su cuchilla de caza con las correas de las botas al mango del segundo remo, acercóse por detrás de Makshéiev y hundió aquella lanza improvisada en un ojo del monstruo.

Enloquecido de dolor, el animal dio un salto de lado, arrancó el remo de manos de Makshéiev y desapareció en el agua, mostrando por un instante su lomo ancho, de color pardo verdoso, con una doble hilera de escamas a lo largo y una cola corta y gruesa que golpeó en el agua con tanta fuerza que ambos cazadores quedaron empapados de pies a cabeza.

Apartada de la orilla por el movimiento del monstruo, la lancha se hundió definitivamente en el agua.

Kashtánov, que acudía en auxilio de sus compañeros, se encontraba ya cerca del lugar del suceso. Al desembocar del recodo vio la tromba de agua levantada por el monstruo, pero sin comprender lo que ocurría. El árbol seco pasó por su lado, apareciendo y sumergiéndose al capricho de las olas. Creyendo que se trataba de un cocodrilo, el remero iba a golpearlo con su bichero cuando Gromeko, que no quería perder aquel botín lograda la costa de tantos esfuerzos, gritó:

- ¡El tronco! ¡Agarre el tronco, que es nuestro combustible!

Kashtánov enganchó el árbol con el bichero y, remolcándolo, llegó por fin hasta donde estaban sus camaradas metidos en el agua hasta la cintura.

Después de algunos esfuerzos, lograron sacar la barca, achicaron el agua y volvieron con su botín hacia la tienda donde Pápochkin luchaba desesperadamente contra los mosquitos. En cuanto a General, se había refugiado metiéndose en el agua hasta las orejas.

Una vez el tronco en tierra, hicieron pastillas y pronto crepitaba una alegre hoguera. Las colas de caballo que echaron encima despidieron un humo tan intenso que los mosquitos desaparecieron al instante y Makshéiev y Gromeko, que estaban secándose junto al fuego, empezaron a llorar a lágrima viva.

Después de haber escuchado el relato acerca del ataque del monstruo acuático, Kashtánov opinó:

- Debía ser un reptil de algún grupo desaparecido de nuestro planeta al principio del terciario.

- ¿Un ictiosauro? -preguntó Makshéiev, que toda vía recordaba algo del curso de paleontología -estudiado en la Facultad de Minas.

- No, por lo que ustedes cuentan no es esa. El ictiosauro era mucha más grande. Tenía la cabeza de otra forma y vivía en una época anterior, en la jurásica. El amigo ese se parece más bien a un cocodrilo pequeño del cretáceo.

Pápochkin hizo observar:

- Además, no se habrían desembarcado tan fácilmente de un ictiosauro. En cuanto al plesiosauro, tenía el cuello más largo que un remo y no le habría costado ningún trabajo agarrarles a ustedes desde el agua sin, subir a la lancha.

- Es de suponer que con el tiempo, también encontraremos a esos reptiles enormes - dijo Kashtánov-, ya que, a medida que descendemos el río, aparecen representantes de una fauna más antigua. Ahora nos encontramos en el cretáceo medio o incluso inferior.

- En efecto, tanta la flora como la fauna son cada día más distintas a lo que estamos acostumbrados a ver en la superficie de la tierra -añadió Gromeko-. Como el cambio es gradual, no nos damos siempre cuenta. Pero fijándose bien, puede verse que todo lo que nos rodeó es nuevo: ha desaparecido una multitud de árboles de hoja, de flores, de cereales; ahora dominan las palmeras, las ciperáceas y las fanerógamas y también hay numerosas criptógamas.

- Este reino subterráneo nos reserva todavía muchas sorpresas, y debemos ser más precavidos. ¡Ni un paso sin escopetas y balas explosivas!

- Ya opino -declaró Gromeko- que sólo debemos descansar un poco mientras se hace la cena y continuar luego el camino hasta encontrar un sitio mejor. Para alimentar una hoguera que nos proteja de las fieras no tenemos leña bastante.

A todos les pareció bien la propuesta. Sacaron a la orilla la barca de la aventura para ponerla a secar y repararla, cenaron, durmieron un par de horas en torno al fuego y reanudaron la navegación llevándose el resto de la leña. Durante dos horas continuaron las mismas malezas impenetrables, bordeadas de juncos y colas de caballo. En los remansos, los peces se agitaban o saltaban fuera del agua como perseguidos y a veces se veía surgir por un instante tras ellos el repulsivo hocico de un reptil con la boca abierta, después de lo cual los remolinos y los círculos que se formaban en la superficie decían que un cuerpo voluminosa se había sumergida

rápidamente. Las libélulas interrumpían por momentos sus despreocupados aleteos y se dispersaban en todas direcciones, ocultándose entre las hojas y los juncos, para huir de un gran pájaro azul de pico enorme que irrumpía de pronto ruidosamente y cazaba al vuelo los insectos menos ágiles.

Las murallas verdes empezaron por fin a apartarse, el curso del río se hizo más lento y la capa de agua se extendió en anchura: el río se convertía en lago salpicado de islas, una de las cuales llamó la atención de los viajeros. La mitad estaba ocupada por un alto y tupido bosque y el resto era un claro bastante amplio con árboles aislados, algunos de los cuales estaban secos. Los exploradores desembarcaron en seguida allí.

Tapizaba el prado una hierba baja y áspera que, una vez observada, resultó ser una especie de licopodio. Encontrábase el prado en la parte alta de la isla y el viento soplaba río abajo. Por ello, y porque el combustible abundaba, los cuatro hombres decidieron encender unas cuantas grandes hogueras en el lindero a fin de ahuyentar a todas las fieras y poder dormir tranquilos.

Cuando los fuegos empezaron a crepitar, los remolinos de humo penetraron en la espesura, expulsando de ella a avecillas e insectos, algunos de los cuales caían sofocados y proporcionaron al zoólogo una interesante colección de especies desconocidas. Luego desembocó en la pradera un extraño y horrible animal muy parecida a un puerco espín, pero tenía el tamaño de un buey grande y púas de alrededor de un metro de largo.

Erizado y convertido en una especie de enorme bola punzante, el animal pasó cerca de las hombres pasmadas y desapareció entre los juncos.

Tras él surgió a saltas de la espesura un animal con aspecto de carnicero. Tenía el pelaje cobrizo, cabeza de gato, una cola bastante larga y gruesa, patas cortas y el hocico romo que dejaba ver unos dientes agudas. Su aspecto le hacía parecerse a una nutria grande - de casi dos metros de largo-, diferenciándose de ella tan sólo por las orejas más prominentes y una melena corta. Aunque no parecía tener la intención de atacar a los exploradores y se deslizaba hacia el agua a lo largo del lindero, su aspecto interesó tanto a Kashtánov que abatió al animal de un tiro certero.

El animal era efectivamente curioso. No tenía incisivos aplastados ni muelas erizadas de tubérculos como las fieras de épocas más recientes. Todos los dientes eran más o menos cónicos, como los de las reptiles. Sólo que las de delante, que hacían las veces de incisivos, eran algo más pequeños y aplastados que los demás, los de atrás eran mayores y los colmillos, mucho más fuertes, destacaban en ambas mandíbulas, sobre toda en la de arriba.

- Aquí tienen ustedes una muestra interesante de mamífero primitivo que posee todavía una dentadura de reptil, pero que ofrece ya un esbozo de la diferenciación que se desarrollará en otros períodos -dijo el geólogo.

Ningún otro animal salía del bosque y los viajeros pudieron entregarse, al fin, a un descanso bien merecido aunque, naturalmente, turnándose en la guardia para alimentar los fuegos que les protegían de los insectos. Gracias a ello, su sueño fue tranquilo. Durante la jornada siguiente la región conservó el mismo carácter que la víspera a última hora. El río se había convertido definitivamente en lago con multitud de islas. La corriente no se notaba apenas, y había que remar casi constantemente. Sobre el agua y el bosque volaban libélulas de colores y enormes escarabajos astados que llegaban a medir treinta centímetros de largo, así como mariposas cada una de cuyas alas hubiera podido cubrir la mano de un hombre. De cuando en cuando surgían extrañas aves, grandes y pequeñas, de color gris azulado que recordaban un poco a la garza, aunque con las patas más cortas, la cola larga y un breve pico donde se podían ver dientes menudos.

Lograron matar a una conforme iba volando, y Kashtánov explicó a sus compañeros la estructura de aquel extraño pájaro, forma transitoria entre el reptil y el ave. Su cuerpo, del tamaño del de una cigüeña, estaba cubierto de plumas de color gris azulado; su larga cola no se componía sólo, de plumas como ocurre en los pájaros, sino también de numerosas vértebras, o sea, tenía la estructura del rabo de los reptiles, con plumas a ambos lados. Las alas, provistas de tres largos dedos terminados por uñas iguales a las de las patas, le permitían trepar a los árboles y a las rocas agarrándose también con las extremidades anteriores. El examen del animal llevó a Kashtánov a la conclusión de que pertenecía al orden de los arqueopterix, pero se distinguía por su gran tamaño de los ejemplares descubiertos en Europa en los sedimentos del jurásico superior.

Hacia el final de la jornada, las orillas, ya completamente lisas, constituían vastas extensiones pantanosas cubiertas de colas de caballo y de helechos sobre los cuales descollaban aquí y allá grupos de extraños árboles adaptados a una existencia acuática. La maleza daba albergue a diferentes insectos que atacaban furiosamente a los viajeros siempre que intentaban atacar cerca del muro de vegetación para enriquecer sus colecciones y luego les perseguían, algún tiempo sobre el agua. Mosquitos de veinticinco milímetros, moscas del tamaño de abejorros, tábanos y moscardones de más de cuatro centímetros competían en estos ataques alados contra los hombres, que se veían obligados a huir vergonzosamente y empezaban a sentirse inquietos ante la idea de tener que pasar la noche entre aquellas nubes de verdugos.

Aun bogaron unas cuantas horas por los pantanos, remando con energía para alejarse de ellos lo antes posible. La fauna parecía limitarse allí a los insectos y los pájaros primitivos que surcaban el aire y a los peces y los reptiles disimulados en el fondo del agua oscura y que sólo traicionaban su presencia por el chapoteo y los remolinos. La existencia de cuadrúpedos terrestres debía ser impasible en aquella espesura pantanosa.

- ¡Además, no hay animal terrestre capaz de soportar las picaduras de estos horribles bichos! -afirmó Gromeko.

Por fin sopló del Sur una brisa fresca, que a veces traía un rumor lejano y monótono. Makshéiev fue quien primera percibió el ruido y anunció:

- Delante de nosotros debe haber un gran lago descubierto de orillas desnudas o quizá un mar.

- ¿Un mar? -sorprendióse Pápochkin-. ¿Será posible que también haya un mar en Plutonia?

- Habiendo ríos, cosa de la que no podemos dudar, alguna vez tienen que desembocar en una cuenca de agua quieta, porque no van a estar corriendo hasta lo infinito.

- ¿Y no pueden perderse en lagos pantanosos como el que atravesamos o consumirse en los arenales?

- Desde luego. Pero, dada la abundancia de agua, es más probable que exista un depósito descubierto del que sólo sería la antesala el lago medio cubierta de vegetación que estamos atravesando.

Capítulo 26

EL MAR DE LOS REPTILES

Los exploradores sentían grandes deseos de conocer las dimensiones de aquel depósito y se preguntaban si no pondría fin a su viaje al interior de Plutonia, ya que hubiera sido desde luego imposible aventurarse sobre un mar inmenso en frágiles lanchas de lona.

Al cabo de una hora se divisó delante una franja azul al extremo del ancho río-lago de corriente imperceptible. La desembocadura estaba cerca remando con redoblada energía, los navegantes llegaron media hora más tarde al nacimiento del lago o del mar. La vegetación de las orillas del río no llegaba hasta el borde del mar, enmarcado por una ancha franja de arena desnuda. La resaca impedía probablemente que las plantas arraigasen al lado del agua.

Los viajeros acamparon para dormir en aquella playa de arena refrescada por la brisa marina y libre de agobiadores insectos.

Después de descargar la impedimenta en la orilla y de encender una hoguera todos corrieron hacia el mar para comprobar si se encontraban frente a un depósito cerrado de agua salada o frente a un gran lago de agua corriente. Además tenían muchos deseos de bañarse porque en los últimos días habían tenido que renunciar a hacerlo en el río al ver que en sus aguas habitaban grandes reptiles.

Se desnudaron rápidamente en la fina arena de la playa y metieronse en el agua cuya profundidad iba aumentando de manera casi imperceptible: sólo a unos cincuenta pasos de la orilla les llegó el agua a la cintura: estaba salada, aunque no tanto como en los océanos de la superficie terrestre; se la hubiera podido comparar al agua del mar Báltico.

Refrescados por el baño, los viajeros debatieron el itinerario ulterior. El mar no era ilimitado: en la parte meridional del horizonte se podía distinguir la orilla opuesta incluso a simple vista y con unas buenas prismáticos se divisaba netamente una vegetación tupida, grupos de árboles más altos y, en algunos lugares, unos macizos oscuros, violáceos, que debían ser rocas o acantiladas. Más allá del muro de vegetación, y gracias a la superficie cóncava del suelo, se discernía también, aunque menos distintamente, un terreno unido del mismo matiz violeta y, en

algunos sitios, grupos: de montañas más altas. Aquel relieve excitó en todos los exploradores el deseo de llegar a la orilla meridional. La empresa no parecía imposible: la distancia sería de cuarenta a cincuenta kilómetros y, en un día de calma, con una ligera brisa propicia que permitiese el empleo de la vela, no era muy azaroso ponerse en camino.

Como la caza había sido últimamente mala en la zona de los pantanos y los lagos y la reserva de carne estaba agotada, sólo tenían pastas alimenticias para cenar. Pero Makshéiev y Pápochkin recurrieron a la pesca. Mientras se bañaban habían visto grandes peces, de manera que, provistos de cañas, remontaron la orilla hasta el sitio donde el río salía de las malezas y el agua era más profunda. Los flotadores permanecieron bastante tiempo quietos y los pescadores se disponían ya a cambiar de sitio cuando los peces empezaron a picar con fuerza en ambos anzuelos.

Makshéiev atrajo y sacó a la orilla un pez grande, pero el de Pápochkin era tan pesado que podía romper el bramante. Por eso fue tirando de él hacia la orilla para sacarlo allí con la red. Súbitamente, el agua se cubrió de burbujas, la caña sufrió una sacudida y una masa negra se llevó el pez y el anzuelo. El pescador sólo tuvo tiempo de ver un lomo cubierto de grandes escamas y una cola carta.

Makshéiev, ocupado en desenganchar su pez del anzuelo, oyó un fuerte chapoteo y exclamó:

- ¡Ha debido usted agarrar un pez de lo menos ocho kilos!

- A mí me parece que de ochocientos -contestó el zoólogo sobrecogido de espanto-. Ha roto la caña y se ha escapado.

Makshéiev se acercó corriendo para enseñarle su presa. Era un animal muy extraño, ancho y aplastada como una barbada, cubierta de ásperas escamas de un centímetro cuadrada, con la cola de una sola hoja, los dos ojos en el mismo lado del cuerpo y largas espinas erizándole la espalda.

- ¿Será comestible este monstruo? -preguntó dudoso.

- Claro, que sí. Se parece a una barbada, aunque en algo se diferencia de ella. Debe ser una raya. Además, todo pescado fresco es comestible, porque únicamente las huevas, la lecha y la película negra de la cavidad abdominal son venenosas en algunas especies. Una vez destripados, se puede comer los peces incluso de clases desconocidas, siempre que no tengan la carne maloliente o demasiado espinosa.

- Entonces, vamos a probarlo y trataremos de pescar otros. ¿Y qué aspecto tenía el que se le ha escapado a usted?

- Me parece que ha sido algún reptil grande que se ha llevado, el pez con el anzuelo y un troza de bramante.

- ¡Hombre, se conoce que también hay aquí carnívoros de esos! ¡Y nosotros bañándonos tan tranquilos en el mar!...

- Sí, habrá que tener más cuidado porque las mares del jurásico, y éste debe ser uno de ellos, estaban habitados por enormes ictiosauros, plesiosaurios y otros reptiles carnívoros a los que no le hubiera costado ningún trabajo partir a un hombre por la mitad.

- ¿Y los tiburones? ¿No existían en esa época aún?

- También existían. Remontan casi al período devoniano y eran de dimensiones enormes. Se han encontrado dientes suyos de setenta centímetros. ¡Puede usted figurarse lo que sería una boca correspondiente a esa dentadura!



Los pescadores volvieron a lanzar sus cañas y pronto capturaron unos peces grandes, parecidos a esturiones. Una vez limpios los echaron al caldero y, mientras se hacía la sopa, pescaron unos diez más.

Después de cenar se sentaron junto a la tienda a fumar sus pipas y a debatir su próxima travesía de aquel mar que expiraba, suavemente en la arena salpicada de conchas de diferentes moluscos que despertaron gran interés en el zoólogo.

Mientras sus compañeros estaban pesando había recogido toda una colección y determinado que eran amonitas.⁹

Gromeko interrumpió la conversación exclamando:

⁹ Género de moluscos cefalópodos fósiles cuya concha, enrollada en espiral, está dividida por tabiques. Sus especies fueron particularmente numerosas en los períodos triásico, jurásico y cretáceo.

- ¡Miren ustedes qué serpientes de mar tan enormes!

A unos cien metros de la orilla emergieron sobre el mar, primero una y luego otra, dos cabezas aplastadas como las de las serpientes rematando unos cuellos que ondulaban graciosamente. Hubiérase dicho dos enormes cisnes negros cuyas cuerpos apenas sobresalían del agua.

- No son serpientes -declaró Kashtánov después de haberlas examinado con las prismáticos-. Estoy seguro de que se trata de plesiosaurios, cuya presencia es muy posible en un mar del jurásico superior.

- ¡Qué monstruos! -observó Pápochkin, que también seguía con unos prismáticos las evoluciones de los animales-, Me parece que el cuello tiene lo menos dos metros de largo.

- ¿No se les ocurrirá venir a hacernos una visita? -preguntó Gromeko, que no había olvidado todavía la aventura de la barca y el reptil.

- ¡Cualquiera sabe! Pienso que en tierra firme han de ser muy torpes y podremos escaparles fácilmente. De todas formas, vamos a cargar las escopetas con balas explosivas.

Pero los monstruos marinos no parecían tener el propósito de salir a tierra. Se zambullían en busca de peces. Nadaban lentamente a lo largo de la orilla para espiar a sus víctimas y luego las agarraban doblando el cuello con movimiento rápido y las arrojaban al aire a fin de engullirlas de cabeza cuando caían, en la dirección de las escamas y las aletas. Pero a veces se les escapaba la presa y entonces los monstruos las perseguían saliendo casi del agua que cortaban ruidosamente y adelantando el cuello.

La pesca de los plesiosaurios, que los exploradores observaban con gran interés, terminó en una pelea: los dos animales se habían apoderado del mismo pez, sin duda bastante voluminoso, y procuraban arrancárselo el uno tal otro.

Uno de ellos lo logró al fin y se escapó. El otro salió tras él, le dio alcance y enrolló su cuello al cuello de su adversario para hacerle soltar el pez. Los cuellos enlazados ondulaban de un lado a otro, los cuerpos oscuros se empujaban, los rabos cortos y las paletas natatorias golpeaban frenéticamente el agua levantando verdaderos surtidores. Por fin, uno de los plesiosauros, enfurecido, soltó el pez y hundió los

dientes en el cuello de su adversario, arrastrándole al fondo. El agua continuó mucho tiempo agitada en el sitio donde se habían sumergido los monstruos.

Una hora más tarde Gromeko y Kashtánov, que recogían en la orilla restos de árboles traídos por las olas para alimentar la hoguera del campamento, vieron una masa oscura mecida por las olas. Flotaba a lo largo de la orilla, aproximándose gradualmente, hasta que se inmovilizó, varada sin duda en un banco de arena.

Cuando volvieron a la tienda con la leña, sus compañeros dormían ya. Entonces los dos hombres desengancharon una lancha y remaron en dirección a la masa oscura. Era uno de los plesiosaurios, cuyo cadáver estaban despedazando unas aves grandes, montadas en él. Otras más pequeñas giraban en el aire, aguardando probablemente su turno de regalarse, con unos gritos semejantes al croar de ranas enormes. En su vuelo se asemejaban a los murciélagos.

Hubo que dispersar con algunos disparos a aquella bandada para acercarse al cadáver, que tenía la cabeza y la parte superior del cuello colgando de unos jirones de piel desgarrada por los dientes de su adversario. El animal muerto flotaba con el vientre al aire; sus enormes paletas natatorias emergían fuera del agua. La piel del vientre era lisa, de un color pardo verdoso.

Era imposible sacar al plesiosauro a la orilla: el cuerpo medía dos metros largos, la cola un poco menos y el cuello más. Las paletas posteriores alcanzaban casi metro y medio. Las aves matadas por los cazadores eran reptiles voladores de dos especies: los mayores (pterodáctilos) eran de tamaño superior al de un águila y los otros alcanzaban las dimensiones de un pato grande.

Unos y otros tenían cabeza voluminosa, que remataba un pico dentado, el cuerpo desnudo y alas membranosas uniendo las patas anteriores y las posteriores como ocurre a los murciélagos. La especie más pequeña tenía una larga cola.

Capítulo 27

LA TRAVESÍA DEL MAR

Al día siguiente hizo un tiempo muy bueno para navegar por el mar: el cielo estaba casi sin nubes y soplaba del Norte una brisa ligera que permitía utilizar la vela aunque no levantaba gran oleaje. Al hacer los preparativos de viaje, los exploradores inspeccionaron minuciosamente las barcas y la balsa y pusieron de vela la tienda de campaña entre dos bicheros que servían de mástiles. Sobre una pirámide, que Makshéiev levantó en la orilla con troncos arrojados por el agua a la playa, se plantó una pértiga con una bandera blanca que debía servir de punto de referencia a la vuelta. Algo más atrás, al borde de las malezas donde la marea no llegaba más que en casos excepcionales, abrieron un hoyo en la arena a fin de enterrar las colecciones de minerales, los herbarios, los cráneos, los huesos y las pieles de animales para no llevarse aquella carga superflua que, además, corría el riesgo de mojarse durante la navegación. Una vez cegado el hoyo, levantaron otra pirámide idéntica para que no pudieran abrirlo las fieras si eran atraídas por el olor de las pieles. En lo alto fue plantada una botella pequeña con la descripción del itinerario seguido por la expedición desde la yurta hasta el mar.

Terminados estos trabajos, los exploradores subieron a las barcas y se pusieron en camino rumbo al Sur, hacia la orilla opuesta, que se vislumbraba apenas a lo lejos. Cavando la embarcación se apartó un poco de la playa, el viento hinchó la vela y se avanzó con mayor rapidez.

Desde lejos, los viajeros podían juzgar mejor del carácter general de la orilla septentrional del mar: a Este y Oeste de la desembocadura del río Makshéiev estaba bordeada de la misma alta muralla verde que desgarraban en algunos otros sitios estuarios semejantes. La pirámide y la bandera se dibujaban netamente sobre el fondo verde. Detrás de la franja de vegetación no se veían montes ni colinas. Era, pues, probable que el terreno próximo a aquella parte del litoral fuera una vasta llanura pantanosa y boscosa.

Después de dos horas de navegación, los viajeros dejaron que la barca fuera empujada sólo por la vela para descansar ellos un poco.

El mar estaba casi quieto. Una brisca ligera ondulaba apenas la superficie, absolutamente desierta lejos de las orillas. La profundidad debía ser muy grande porque un cordel de cien metros, con un peso en el extremo, no llegaba al fondo. Los exploradores no tenían otra sonda. Después de descansar remaron una hora más.

Ahora debían encontrarse aproximadamente en el centro del mar porque ambas orillas parecían igual de lejanas. Pronto refrescó el viento. Se aceleró la marcha de la embarcación. Distinguíanse ya perfectamente alto acantilados negros, violáceos y rojizos que se adentraban en terrazas hacia el interior del país. Bordeaban la costa y, a la derecha, cedían el sitio a los macizos verdes del bosque, sustituido luego por unas altas colinas rojizas que unas veces llegaban hasta el borde del agua y otras se replegaban detrás de una estrecha franja de vegetación.

El mar se animaba a medida que se acercaba la costa: aparecieron enormes medusas de un metro de diámetro, balanceando su cuerpo gelatinoso y translúcido al capricho de las olas. Cuando dejaban de remar, los viajeros veían en el agua bancos de peces grandes y pequeños. A veces asomaban argonautas con las velas y los tentáculos rojos desplegados sobre la concha nívea.

A dos kilómetros de la costa aumentó el número de habitantes del mar. En algunos sitios, las algas formaban islas flotantes y los remos se hundían difícilmente en su blanda masa verde. Al mismo tiempo que las algas se podía sacar del agua pequeños moluscos, pececillos e insectos.

Los viajeros lanzaron su sonda improvisada: marcó veinticinco metros de profundidad. Desde aquel sitio se distinguía la orla blanca de la resaca al pie de las rocas.

El viaje había transcurrido hasta entonces sin incidentes y se asemejaba a una travesía de recreo. Pero los exploradores estaban condenados a pasar también momentos de apuro. Se encontrarían a un kilómetro de la orilla cuando un plesiosauro asomó de pronto la cabeza a unos treinta metros de la embarcación y avanzó a su encuentro ondulando graciosamente el largo cuello. El reptil nadaba sin prisa, examinando a los hombres y la embarcación que debían parecerle un gran animal desconocido. Las escopetas estaban cargadas con balas explosivas y cuando el plesiosauro se acercó restallaron dos disparos. Ambas balas dieron en el blanco.

El cuello esbelto se estremeció, de la boca entreabierta salió un chorro de sangre y la cabeza pendió, desmayada, sobre el cuello herido. El animal se retorció convulsivamente en el agua, levantando tal oleaje que los viajeros, por miedo a que les hundiera la embarcación, se alejaron lo antes posible manejando los remos con energía.

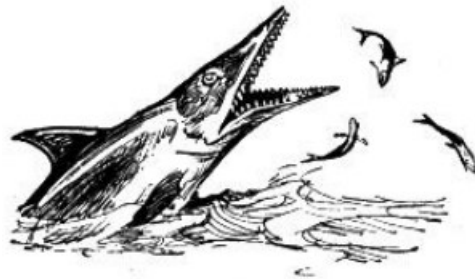
Se dirigían afanosamente hacia la costa cuando una masa oscura pasó junto a ellos como un submarino, dejando una doble estela en el agua, de la que sobresalía un lomo de color verde pardusco y una cabeza enorme y alargada semejante a la de un cocodrilo. Entreabriendo la boca plantada de dientes agudos, el monstruo iba lanzado hacia el plesiosauro agonizante que le ofrecía una presa fácil.

- ¡Debe ser un ictiosauro! -exclamó Kashtánov, que seguía con la mirada al temible animal.

- Pues este bicho es todavía peor que el otro -observó Makshéiev-. Puede agarrar a una persona y cortarla en dos sin ningún esfuerzo.

- Además, es difícil descubrirlo y matarlo en el agua -dijo Gromeko.

La costa estaba ya próxima. Antes de llegar a ella los exploradores tuvieron ocasión de ver a un joven ictiosauro persiguiendo peces que, para esquivarle, saltaban fuera del agua lo mismo que saltan los gobios cuando les da caza un lucio voraz. La boca del ictiosauro, por otra parte, tenía mucho parecido con la de un lucio.



Evitando la marejada al pie de las rocas desnudas, los viajeros remaron hacia la orilla baja, bordeada de vegetación, donde se veía una pequeña playa de arena lisa, muy apropiada para acampar. Junto a la orilla el mar tenía tan poca profundidad que fue necesario saltar al agua y empujar las barcas y la balsa. La travesía había durado seis horas; no era más que mediodía y, después del almuerzo y de descansar un rato, aun les quedaría tiempo para visitar los contornos. Las barcas y

la balsa fueron sacadas a la orilla, y luego se montó la tienda. Al ir a preparar el almuerzo se vio que tocaba a su fin la reserva de agua dulce.

- ¡Qué falta de precaución la nuestra! -dijo Pápochkin-. ¿Quién sabe si habrá agua dulce en esta orilla? Debíamos habernos traído una provisión para varios días.

- Si no encontramos agua, tendremos que volvernos sin haber visto casi nada en esta orilla -observó Gromeko.

- Sus aprensiones me parecen vanas les tranquilizó Kashtánov-. Si esta orilla estuviera completamente privada de vegetación, sería otra cosa. Entonces habríamos traído, naturalmente, agua dulce porque nos hubiera sugerido esa idea su aspecto desértico.

- Estoy convencido de que aquí cerca encontraremos algún arroyo o alguna fuente -dijo Makshéiev-, porque esta vegetación exuberante no podría alimentarse de agua salada. Después de haber almorzado y descansado un poco, el zoólogo y el botánico se dirigieron al bosque a buscar agua mientras Kashtánov y Makshéiev exploraban los acantilados de la orilla al Este del campamento.

Todos se llevaron las escopetas cargadas con balas explosivas por si encontraban reptiles terrestres o fieras. Ataron a General cerca de la tienda y encendieron a un lado una gran hoguera que debía alejar a los visitantes indeseables.

Capítulo 28

LOS MILLONES DE MAKSHÉIEV

Los acantilados más próximos, de color casi negro, con manchas rojas y amarillas y rayas en la superficie, eran de mineral de hierro, de imán puro. Cada martillazo desnudaba el mineral y sólo en algunos sitios aparecían manchas y vetas de otra roca oscura.

- ¡Cuántas riquezas perdidas aquí inútilmente! -exclamó Makshéiev después que hubieron examinado una hilera del acantilado, encontrando en todas partes mineral únicamente con la superficie un poco horadada y oxidada.

- En efecto, se podría construir aquí una explotación que proporcionara mineral a todos los habitantes de la superficie terrestre -observó Kashtánov-. Naturalmente, habría que empezar por tender un ferrocarril a través de Plutonia y de la Tierra de Nansen y emplear rompehielos gigantescos en el mar de Beaufort.

- Esa es cuestión de un porvenir no muy lejano. Cuando arriba se reduzcan las reservas de mineral de hierro, las empresas de este género serán útiles e incluso necesarias para la humanidad.

A un kilómetro sobre poco más o menos del sitio donde comenzaban los acantilados, la exploración de la orilla fue cortada por el mar, cuyas olas se rompían al pie mismo de las rocas abruptas sin dejar el menor sendero para el paso.

- Tendremos que continuar nuestras investigaciones en abarca cuando el mar esté en calma -dijo Makshéiev. - ¿Y si probásemos, de momento, a subir por una de las gargantas que acabamos de dejar atrás? -preguntó Kashtánov.

Después de volver un poco sobre sus pasos, los dos investigadores se adentraron en la primera garganta que cortaba las rocas siderolíticas. La entrada estaba cegada por enormes bloques de mineral que tuvieron que escalar con gran esfuerzo.

Durante este ejercicio gimnástico, Makshéiev se detuvo de pronto sorprendido.

- ¡Fíjese usted en esto! -exclamó, señalando una veta intensamente amarilla de cinco a diez centímetros de espesor que cortaba un enorme bloque de imán natural-. ¡Apuesto la cabeza a que es oro nativo!

- Tiene usted razón -contestó Kashtánov-. Es oro nativo y de bastantes quilates.

- ¡Qué cantidad de riquezas perdidas! -exclamó el antiguo buscador de oro-. He visto muchos yacimientos auríferos en California y en Alaska, pero nunca había encontrado una veta compacta de oro ni oído hablar de nada semejante.

- Tampoco había tenido yo ocasión de leer nunca descripciones de vetas parecidas - confirmó Kashtánov-. Pero, al fin y al cabo, la veta atraviesa únicamente este bloque y no la roca, de manera que su riqueza se reduce a unas cuantas decenas de kilos.

- Si hay una veta en el bloque, ¿por qué no puede continuar en la roca de la cual se ha desprendido?

- Efectivamente. Desde luego, vamos a hacer búsquedas; pero es posible que atravesase un pico inaccesible y entonces tendremos que contemplarla como contemplaba las uvas la zorra del cuento.

- No hay picos inaccesibles a la dinamita y a las obras de minería -exclamó arrebatado Makshéiev-. Lo que hace falta es encontrar la veta.

- Mi impresión es que el interés de este descubrimiento será para nosotros puramente teórico; ya que no podremos llevarnos en nuestras lanchas, no ya una tonelada, sino ni siquiera un centenar de kilos de oro.

- ¡Qué se le va a hacer! Nos llevaremos todo lo que podamos y luego enviaremos al centro de la tierra una expedición especial en busca de oro.

Después de examinar los acantilados que se alzaban a la entrada de la garganta sobre los montones de bloques y de convencerse de que no se veía en ellos oro, los geólogos remontaron la garganta que, más adelante, se ensanchaba un poco. Las paredes se alzaban perpendicularmente y el suelo estaba cubierto de pedriza y escombros menudos. Las rocas laterales contenían sólo imán natural, pero Kashtánov descubrió otros minerales entre la pedriza.

- Mire usted: más oro -anunció Makshéiev después de haber recorrido unos cincuenta pasos por la garganta. Levantó del suelo un trozo de roca donde el oro brillaba en pequeños puntos.

El fondo de la garganta empezaba a ascender a doscientos pasos de la entrada, para convertirse luego en una serie de salientes. Los geólogos treparon a los primeros hasta detenerse delante de una roca absolutamente perpendicular, de unos cuatro metros de altura, que les cerraba el camino ya que no había posibilidad

de trepar por el muro liso. Descorazonado, Makshéiev golpeó con el martillo contra el muro escarpado y exclamó:

- No se puede seguir adelante, conque ¡adiós nuestras esperanzas de dar con la veta de oro!

- Sí, habrá que buscar otra garganta.

- Pero, ¿qué es esto? -lanzó Makshéiev furioso-. En lugar de darnos oro esta roca se quiere quedar con mi único martillo.

En efecto, el martillo aparecía pegado a la pared de donde el buscador de oro trataba en vano de arrancarlo.

En ese momento, Kashtánov, que estaba examinando un saliente de la roca, volvió la espalda a la pared, presentándole la escopeta que llevaba colgado al hombro; y notó que una fuerza poderosa le atraía. La escopeta golpeó contra la roca y el geólogo se vio imposibilitado para apartarse de ella.

- ¡Qué poder magnético tiene esta roca! -exclamó al comprender lo que sucedía-. Ha sido el imán natural el que ha atraído su martillo y mi escopeta.

- ¿Y cómo vamos a recuperarlos? Porque no es cosa de dejar aquí estos objetos necesarios como recuerdo perpetuo de nuestra excursión fallida.

Kashtánov deslizó el hombro fuera de la correa y la escopeta quedó pegada a la pared. Al mismo tiempo Makshéiev logró arrancar el martillo tirando de él con todas sus fuerzas. Luego empuñaron juntos la escopeta y entre los dos lograron apartarla de la roca.

- No tenemos más remedio que volvernos -constató Kashtánov-. Llevando objetos metálicos en la mano iba a ser un martirio andar por aquí.

- Espere usted, que se me ha ocurrido una manera de trepar a la roca. Dejaremos aquí las escopetas porque en esta garganta árida no puede haber un animal.

- ¿Y después?

- Ahora verá usted.

Makshéiev eligió entre la pedriza que andaba tirada por la garganta unos trozos angulosos de mineral bastante grandes y los aplicó uno tras otro por una de sus facetas a la pared abrupta del saliente: los trozos adherían al instante y quedaban bien agarrados, formando una escalera que permitía ascender, cierto que con algún riesgo, a la cumbre.

- Estoy pasmado de su ingenio -dijo Kashtánov-. Es usted un verdadero buscador de oro, que siempre encuentra la manera de salir airoso de toda situación difícil.

- Muchas gracias por el elogio. Ha sido el martillo el que me ha sugerido la idea. Cuando estaba adherido a la pared con el mango hacia mí y no podía apartarlo presionando con la mano, se me ocurrió pensar que era como un peldaño. Y lo demás ya lo comprenderá usted.

Los geólogos dejaron las escopetas, las cartucheras y la mochila donde iban las muestras del mineral que habían recogido, y luego treparon por los peldaños improvisados. Makshéiev subía delante prolongando la escalera con los trozos de mineral que su compañero iba dándole desde abajo. A los cinco minutos ambos estaban arriba.

La garganta conservaba el mismo carácter: paredes abruptas a derecha e izquierda, una serie de salientes en el fondo y, por todas partes, imán natural más o menos fuerte. Después de trepar unos doscientos pasos más, los geólogos vieron en el fondo de la garganta un bloque de color amarillo brillante y del tamaño de la cabeza de un buey. Era un trozo de oro nativo.

- ¡A ver, buscador de oro! Llévese este trocito hasta nuestro campamento -dijo Kashtánov riendo.

- Efectivamente, es un pedrusco imponente -contestó Makshéiev, empujando con el pie el trozo de mineral, que ni siquiera se movió-. Debe pesar sus ochenta Kilos y valer alrededor de cien mil rublos. La veta de oro tiene que estar cerca.

Con la cabeza levantada, los dos hombres se pusieron a examinar atentamente las paredes escarpadas de la garganta y pronto descubrieron a la derecha, a unos cuatro metros, una veta de oro que atravesaba en línea oblicua la masa oscura del imán natural. En algunos sitios llegaba a medir medio metro de anchura y en otros se estrechaba ramificándose hacia arriba y abajo.

- ¡Esto que estamos viendo son millones y millones! -suspiró Makshéiev, calculando con la mirada la longitud de la veta-. Aquí están a la vista decenas de toneladas de oro.

- Usted se apasiona demasiado por el oro -observó Kashtánov-. Aunque este filón valga decenas de millones, no es, al fin y al cabo, nada más que un filón. En

cambio, le rodea una montaña de miles de millones de toneladas de precioso mineral que tiene un valor también de miles de millones.

- Pero es muy probable que la veta no sea la única. Posiblemente haya partes enteras de la montaña compuestas de oro y, en ese caso, sus reservas valdrían también miles de millones de rublos.

- Si se lograra extraer semejantes cantidades de oro pronto decaería su precio en el mercado. El valor del oro se debe a que no abunda en la naturaleza. Pero en la historia de la humanidad el oro desempeña un papel mucho más pequeño que el hierro, sin el cual no podría vivir la técnica moderna. Anule usted la moneda oro y las alhajas, absolutamente inútiles, y la demanda de oro resultará bien pequeña.

- Exagera usted el papel del hierro -objetó Makshéiev-. Si existieran grandes cantidades de oro, sustituiría muchos metales, sobre todo en las aleaciones de cobre, de cinc y de estaño. La industria tiene gran necesidad de metales y aleaciones sólidas inoxidable. Con el oro barato se fabricaría bronce, cables y otras muchas cosas para las cuales se ha de emplear a la fuerza el cobre y sus aleaciones.

- De todas formas, es indudable que las reservas de hierro son aquí enormes y en cambio son problemáticas y relativamente pequeñas las reservas de oro.

- Bueno, pues usted quédese con las reservas de hierro y déjeme a mí el oro cuando volvamos aquí para explotar estos yacimientos -concluyó Makshéiev riendo.

- Puedo cederle también el mineral de hierro y sean para usted estos millones o estos miles de millones -replicó Kashtánov siguiendo la broma.

Cuando volvieron al borde del mar, los exploradores visitaron otras cuantas gargantas semejantes. Los muros eran en todas partes de mineral de hierro con algunas pequeñas vetas y manchas de oro. Pero no encontraron ya ningún filón del grosor del que habían hallado en la primera garganta. Makshéiev vióse obligado a reconocer que las riquezas representadas por el mineral de hierro eran incomparablemente mayores que las del oro. Abrumados bajo la carga de las muestras de mineral inapreciable, los geólogos volvieron por fin al campamento, donde sorprendieron con su relato a los compañeros que habían regresado poco antes.

Capítulo 29

EL BOSQUE DE COLAS DE CABALLO

La playa de arena y pedriza estaba limitada por una tupida vegetación. Enormes colas de caballo de ocho o diez metros de altura crecían muy cerca las unas de las otras. Sus ramas verdes comenzaban tan cerca del suelo que únicamente a rastras o muy inclinado se podía pasar por debajo de ellas. Entre los troncos crecían helechos arborescentes de diferentes especies. El conjunto formaba una espesura casi impenetrable para el hombre.

Pápochkin y Gromeko, que habían salido en busca de un sendero o un paso natural en la espesura, acabaron encontrando una pequeña vaguada que separaba los acantilados y el bosque. No lejos del mar se bifurcaba la vaguada: el brazo izquierdo continuaba entre las rocas y al bosque, mientras el derecho se adentraba en la espesura. La vegetación se había modificado aquí un poco: además de las colas de caballo y de los helechos aparecían a veces palmeras de azúcar que descollaban varios metros por encima de las colas de caballo. El suelo del bosque estaba cubierto de una hierba menuda, áspera como un cepillo. También crecían otras plantas a lo largo de la vaguada bordeando la espesura. Más interesado a cada momento, Gromeko pronunciaba diferentes nombres.



- ¿Sabe usted en qué período geológico nos encontramos ahora? -acabó exclamando.

- ¿No será el carbonífero por casualidad? -rezongó el zoólogo, que hasta entonces no había encontrado ningún botín en el bosque y en cambio tenía todas las manos arañadas por la hierba áspera.

- ¡Eso ya es demasiado! ¿Acaso existían los ictiosauros y los plesiosaurios en el período carbonífero? Gracias a nuestro trato con geólogos, ya sabemos a qué atenernos a este respecto. No señor, ahora estamos en el jurásico. Mire usted: aquí está el helecho típico de aquel período, aquí está este arbolillo esbelto, el ginkgo y también esta hierba áspera, descubierta por primera vez en los sedimentos jurásicos de la provincia de Irkutsk, al borde del Angará, por el geólogo Chekanovski, al que debe su nombre.

- ¡Pues valiente honor le hicieron al geólogo con eso! Es peor que nuestras ortigas y únicamente podría alimentarse con ella algún reptil de gznate de hierro.

- Hablando del rey de Roma... -pronunció Gromeko interrumpiendo a su irritado compañero-. Mire usted qué huella tan linda. Me parece que esto es ya de su incumbencia.

Se detuvo en medio de la vaguada señalando con el dedo hacia el suelo. En la arena menuda se veían las huellas profundas de unas enormes patas tridáctiles terminadas por uñas romas. Cada una de las huellas media más de treinta centímetros de largo.

- ¡Menudo monstruo ha debido pasar por aquí! -exclamó el zoólogo con un ligero temblor en la voz-. Desde luego, es un reptil. Ahora bien, convendría saber si herbívoro o carnívoro. En el segundo caso no resultaría muy agradable encontrarse con él. Pápochkin observó atentamente las huellas impresas en la arena, que se perdían allí donde empezaba la pedriza.

- Lo extraño es que todas las huellas tengan la misma dimensión -dijo Gromeko-. En lo que yo entiendo, las patas delanteras suelen ser siempre más pequeñas que las traseras. Además, ¿qué surco es ése entre las huellas de las patas traseras derecha e izquierda? Cualquiera diría que el animal ha ido arrastrando un tronco enorme. Pápochkin se echó a reír.

- Esa es la huella que ha dejado el rabo del reptil. Y, teniendo en cuenta su dimensión y el tamaño idéntico de las huellas de las patas, supongo que el animal marcha solamente sobre las patas traseras, apoyándose en la cola.

- ¿Acaso han existido semejantes reptiles bípedos?

- Pues claro que sí, y precisamente en el período jurásico. Por ejemplo, el iguanodonte, que se asemejaba a un gigantesco canguro y tenía las patas traseras enormes y las de delante pequeñas.

- ¿Y de qué se alimentaba?

- De plantas, a juzgar por la forma de sus dientes.

Si estas huellas pertenecen en efecto a un iguanodonte, no tenemos nada que temer aunque este monstruo medía, en el jurásico, de cinco a diez metros de longitud.

- ¡Menos mal! -suspiró el botánico más tranquilo-. No he podido olvidar todavía aquel horrible reptil que se disponía a agarrarnos a Makshéiev o a mí en el río para la cera.

Al llegar a la bifurcación de la vaguada, los viajeros decidieron seguir el brazo derecho, que iba hacia el pie del acantilado, donde era más probable encontrar una fuente de agua, objetivo principal de la excursión. En efecto, subiendo por aquel ramal, la humedad del suelo iba en aumento y la baja vegetación que lo bordeaba se hacía más exuberante y variada.

Pronto se vio brillar el agua en el fondo de la vaguada entre los tallos de las plantas.

- ¡Estamos salvados! -exclamó Pápochkin-. La fuente está cerca de nuestro campamento.

- ¿Y si fuera salada? -sugirió Gromeko para hacerle rabiar.

- Pruebe usted. Al parecer es dulce.

- ¿Cómo distingue usted el agua dulce del agua salada por el aspecto? Es un arte que yo ignoro.

- Usted, que es botánico, ¿ignora qué clases de plantas crecen cerca de las aguas saladas?

- Por lo pronto, estamos en el período jurásico y no sabemos las plantas que crecían en torno a las aguas saladas jurásicas. En segundo lugar, usted ha dicho que distingue el agua por su aspecto y no por el aspecto de las plantas que la rodean.

- Me he expresado mal. Debía haber dicho: por el aspecto del cauce. Si el agua de la fuente fuera salada, el lecho estaría lleno de sedimentos de sales diversas.

Hablando de esta suerte, Pápochkin y Gromeko remontaban rápidamente la vaguada que pronto se encajonaba en una estrecha garganta entre altas rocas, canalizando un arroyuelo de agua dulce que poco a poco desaparecía en la arena donde abundaban las huellas grandes y pequeñas de reptiles que venían a abrevarse.

- ¡Pero si aquí viene una infinidad! -exclamó Gromeko-. Todo será que nos demos de manos a boca con uno de esos monstruos bípedos.

Después de saciar la sed, los cazadores remontaron el arroyuelo por la garganta llevando las escopetas preparadas por si acaso. La garganta se ensanchaba rápidamente, convirtiéndose en una depresión enmarcada de rocas casi abruptas cuyo color granate hacía un bello contraste con los arbustos y los árboles que crecían a su base. En el fondo de la depresión, en medio de una verde pradera, brillaba un pequeño lago alimentado evidentemente por fuentes subterráneas. Atravesando el prado, conducía al lago un sendero ancho bien desbrozado. A través del agua transparente se divisaba el fondo del lago.

Los cazadores llenaron de agua las vasijas de hojalata que habían traído y se disimularon entre los arbustos, en la esperanza de que viniese a beber algún animal. Pero los minutos se sucedían sin que apareciera ninguno. Sólo algunas libélulas, mayores todavía que las del río Makshéiev, surcaban el aire. Pápochkin, que seguía su vuelo con la mirada, echó de pronto mano a la escopeta.

- ¿Qué le ocurre? ¿Quiere usted disparar con bala explosiva contra las libélulas? - preguntó Gromeko riendo.

- Calle. Mire usted allí, hacia aquella roca -murmuró el zoólogo indicando el acantilado que dominaba la entrada a la depresión.

En un pequeño rellano, de pie sobre las patas traseras y apoyándose en el rabo largo y grueso, había un reptil de tamaño mediano muy semejante a un canguro, aunque de color verde oscuro con manchas parduscas. Su cabeza recordaba la cabeza de un tapir con el labio superior colgante en forma de trompa.

- ¡Debe ser un iguanodonte! -murmuró Pápochkin.



- Lástima que no sea un canguro -lamentó el botánico-. Al canguro lo hubiéramos guisado para la cena y en cambio no creo que nos decidamos a probar la carne de reptil.

- Amigo mío, no olvide usted que nos encontramos en el período jurásico y no vamos a tener mamíferos ni aves para alimentarnos. De manera que, si no queremos morirnos de hambre, habremos de pasar a la carne de reptil. Con todo su entusiasmo botánico, por ahora no ha encontrado usted raíces, frutos o hierbas comestibles. Y no querrá usted que comamos colas de caballo o esta hierba de Chekanovski tan odiosa.

- ¿Y el pescado? Porque en los mares hay peces.

- ¿Por qué razón no le importa comer pescado y en cambio tiene miedo a alimentarse con la carne de un reptil herbívoro? Todos éstos son prejuicios que se deben olvidar en este reino subterráneo.

Restalló un disparo. El animal dio un salto y desplomóse pesadamente en el prado. Cuando se inmovilizó, los cazadores abandonaron su refugio y se acercaron a él.

La talla del joven reptil era mayor que la de un hombre. Su cuerpo sin armonía se apoyaba sobre las patas traseras, gruesas y largas, y sobre el rabo abultado que en seguida se afilaba en la punta. Las patas delanteras, cortas y finas, terminaban en cinco dedos de uñas cortas y aceradas, mientras las patas traseras tenían tres dedos con uñas grandes pero romas. Toda la estructura del cuerpo demostraba que el animal prefería la posición vertical a la horizontal, ya que en esta última la grupa se encontraba mucho más alta que la parte delantera. La cabeza era grande, de aspecto bastante repulsivo, con labios abultados y ojillos pequeños. La piel, absolutamente lisa como la de las ranas, tenía el mismo tacto viscoso y frío.

- ¡No es muy apetitoso, que digamos! -exclamó Gromeko empujando con la punta del pie uno de los gruesos muslos del reptil-. Parece algo así como una rana enorme.

- Si los franceses comen de buen grado ancas de rana, ¿por qué no han de probar unos viajeros rusos los filetes de iguanodonte? Pero vamos a hacer su descripción primero, y luego lo desollaremos.

Una vez medido, descrito y fotografiado el reptil, los cazadores le cortaron las carnosas patas traseras, que pesaban cada una casi dieciséis kilos, y volvieron hacia el campamento, cargados con la carne y el agua.

La carne de iguanodonte, frita en lonchas delgadas, resultó tan sabrosa y tierna, que incluso Gromeko, gran enemigo de todos los reptiles y los anfibios, la comió con placer.

Mientras cenaban, los viajeros hablaron de cómo continuar el viaje. La navegación, que hasta entonces había sido tan ventajosa, resultaba ahora imposible si es que no desembocaba en el mar algún río que llegase del Sur y que pudiera ser remontado. Lo que se debía hacer, ante todo, era buscar una desembocadura.

Durante estas búsquedas se podría igualmente explorar aquella costa y, en caso de no dar con ningún río, trazar, según su carácter, el futuro itinerario. Pero entonces habría que proseguir el viaje a pie, cosa que lo limitaría sensiblemente.

Capítulo 30

REPTILES CARNICEROS Y HERBÍVOROS

Al otro día un viento bastante fuerte agitó el mar, arrojando incluso hasta la tienda salpicaduras de la resaca. Navegar con aquel tiempo en las frágiles embarcaciones resultaba imposible, y los viajeros optaron por hacer juntos una excursión al interior de la región desconocida, remontando la vaguada que atravesaba el bosque.

Como era poco probable que los monstruos marinos atacasen la tienda de campaña vacía, sólo quedó junto a ella General, aunque sin atar para que, en caso de peligro, pudiese refugiarse en la espesura.

Los cazadores tiraron por el brazo izquierdo de la vaguada, que flanqueaba a un lado y otro la misma pared de colas de caballo y helechos. Sólo aquí y allá serpeaban entre la espesura estrechas sendas abiertas por animales pequeños. En el aire, sobre las cumbres de los árboles, volaban enormes libélulas y otros insectos de gran tamaño. A veces pasaban pterodáctilos de talla regular que perseguían a los insectos. Pero la selva parecía muerta, deshabitada: no se escuchaban en ella ni el canto de aves ni los susurros tan frecuentes en los bosques de las orillas del río Makshéiev. Sólo una vez distinguió Gromeko, que abría marcha, un animal oscuro, del tamaño de un perro, atravesando una trocha; pero desapareció a tal velocidad que el cazador no tuvo siquiera tiempo de apuntarle. Hubo que conformarse con cazar insectos. Pápochkin capturó a una mariposa de treinta y cinco centímetros de envergadura, que se había posado sobre una flor de palmera, y unos cuantos escarabajos, gruesos como un puño grande, que mordían y arañaban muy dolorosamente.

Al fin terminó el bosque, y los cazadores salieron a un espacioso calvero tapizado de la misma hierba áspera y, en algunos sitios, donde el suelo era húmedo, de licopodios, musgos y pequeñas matas de helechos rastreros. Al Sur terminaba el calvero en el muro desnudo y abrupto de una cadena de montañas de color granate que tendría unos doscientos metros de altura y estaba partida por una garganta bastante profunda. De ella fluía, probablemente, el agua que empantanaba el calvero y, durante las lluvias, desembocaba en el mar siguiendo la vaguada. El calvero medía más de un kilómetro de largo por unos cien o doscientos de ancho.

Los exploradores se sentían atraídos por la garganta que penetraba en las montañas. Pero, al apartarse un poco, vieron que en el extremo septentrional del calvero, detrás de unos salientes del bosque, pacía un pequeño grupo de reptiles.

Unos, erguidos sobre las patas traseras, arrancaban con sus gruesos labios las hojas de palmera, y otros, más jóvenes, los brotes tiernos de las colas de caballo y los helechos. Y, en fin, los menores se alimentaban de hierba, con la abultada grupa risiblemente levantada más alta que la cabeza y agitando el rabo. A veces se ponían a jugar y a perseguirse tan pronto sobre las cuatro patas como sobre dos, dando unos pesados brincos.

¡Quién dejaba escapar aquella ocasión tan interesante de fotografiar a unos iguanodontes paciendo y jugando! Los viajeros regresaron precipitadamente al lindero del bosque y luego lo siguieron con mucha precaución para acercarse a los animales. Lo consiguieron, y habían hecho ya una primera fotografía, cuando los iguanodontes manifestaron de pronto inquietud. Los mayores, alerta, dejaron de comer y lanzaron un silbido estridente. Al oírlo, los pequeños se irguieron sobre las patas de atrás y, torpes, balanceándose, corrieron hacia sus padres, que formaron un círculo alrededor de ellos con las grupas para afuera.

Las dos fotos siguientes perpetuaron esta alarma de los iguanodontes, que no era vana como pronto pudo verse. Del extremo opuesto del calvero llegaba a grandes saltos de varios metros de largo, bordeando el lindero del bosque, un monstruo que al principio les pareció a los cazadores un iguanodonte.

Era tan grande como los reptiles herbívoros y utilizaba también únicamente las patas de atrás para moverse; sin embargo, cuando estuvo cerca pudo verse que se distinguía de los otros animales por tener el cuerpo más esbelto y los movimientos incomparablemente más rápidos. Una vez al lado del círculo de los iguanodontes, el monstruo lanzó un resoplido amenazador al que sus adversarios respondieron con un largo silbido quejumbroso. Luego empezó a saltar en torno a los iguanodontes, pero no encontró por todas partes más que grupas levantadas y pesadas colas batiendo el aire.

Y los coletazos o las coces con las macizas patas de atrás debían ser terribles.



Convencido de que era imposible penetraren el círculo y apoderarse de uno de los animales jóvenes, la fiera pegó de pronto un salto prodigioso por encima de la cabeza de los defensores y cayó en medio de los jóvenes iguanodontes que se apretujaban en el centro. Los medrosos herbívoros se dispersaron, huyendo del enemigo, que tuvo tiempo de apoderarse de uno de los iguanodontes pequeños y degollarlo al instante.

Las diferentes fases del ataque fueron igualmente fotografiadas, después de lo cual restallaron dos disparos y el carnicero quedó tendido junto a su víctima. Cuando dejó de debatirse, los cazadores se acercaron y pudieron examinar aquel nuevo representante de los reptiles gigantes. Se parecía, en efecto, a los iguanodontes por las largas patas traseras y la gruesa cola que servía de soporte al cuerpo, Las patas delanteras, muy cortas, terminaban en cuatro dedos de uñas aceradas. El cuello, breve, sostenía una cabeza pequeña de enormes fauces provistas de dientes agudos. Un cuerno corta y aplastado se alzaba en el nacimiento de la nariz y más servía de adorno que de arma ofensiva.

Dos cuernos menores asomaban detrás de los ojos y, desde la nuca, la espina y la cola estaban erizadas de una hilera de púas cortas pero agudas. La piel, desnuda y arrugada, tenía un calor gris verdoso. El animal, que alcanzaba cinco metros de largo, debía poseer una fuerza enorme, y fácil era juzgar de su agilidad y su audacia por el ataque a los iguanodontes.

Después de haber examinado el cadáver, Kashtánov dijo que debía tratarse de un ceratosaurio, del mismo orden de los dinosaurios al que pertenecían también los iguanodontes y otros reptiles terrestres del período mesozoico.

- ¡Supongo que no vamos a probar la carne de esta horrible fiera! -dijo Gromeko cuando terminaron de medir y describir el monstruo.

- ¿Por qué no? Si no tuviéramos otra cosa, habríamos de conformarnos con ella - contestó Makshéiev-. Pero podemos aprovecharnos del iguanodonte, al que el carnicero sólo ha tenido tiempo de matar.

- Habrá que esconderlo bien. De lo contrario, los pterodáctilos no van a dejarnos ni pizca. Fíjense: ya lo han olfateado.

En efecto, sobre el calvero giraban ya reptiles voladores con un ronco croar. Por eso, los cazadores cortaron las patas traseras del joven iguanodonte y las disimularon en la espesura, suspendiéndolas de las ramas, y entonces se dirigieron hacia la garganta, atravesando el calvero, que había quedado desierto después de la lucha y los disparos.

Capítulo 31

EL DESFILADERO DE LOS PTERODÁCTILOS

La boca del desfiladero era ancha, y un arroyuelo enmarcado de grupos de helecho serpeaba por el fondo. En las vertientes abruptas no había vegetación. Eran desnuda, rocosas, de color rojizo, negro o amarillo. Kashtánov y Makshéiev se dirigieron presurosos hacia las rocas. Gromeko se dedicó a buscar nuevas plantas a lo largo del arroyo y Pápochkin a cazar mariposas gigantescas.



El primer risco al que llegaron los geólogos era de color rojo oscuro. Kashtánov esperaba encontrar también en él mineral de hierro, pero, después de haber arrancado un pedazo y de haberlo examinado con la lupa, sacudió la cabeza murmurando:

- Esta es una cosa nueva.

Unos cuantos pedazos, arrancados en otro sitio, tenían el mismo carácter; pero las rocas, duras y lisas, no permitían arrancar una muestra más grande. Uniendo sus esfuerzos, los dos geólogos intentaron partir un bloque del mismo mineral que había en el suelo. Al fin se hizo una grieta y el bloque quedó partido en dos. En el interior brillaron pequeñas vetas y manchas de un metal blanco.

Kashtánov se inclinó y exclamó asombrado:

- Es plata nativa, encerrada al parecer en mineral argentífero rojo.

- ¡Más millones! -ironizó Makshéiev.

Después del descubrimiento del filón de oro, cuya importancia había denigrado tanto su erudito compañero, Makshéiev consideraba con cierto desdén los dones del reino mineral de aquel país encantado.

Continuando su camino al pie del risco, los geólogos llegaron pronto a un lugar donde el color rojo oscuro era sustituido por el color negro con manchas y vetas amarillas y rojas. Se trataba otra vez de imán natural. Luego, unas rocas erosionadas y salpicadas de hoyos eran de un color amarillo intenso o verdoso. Kashtánov reconoció en ellas molibdeno de plomo y cerusa en cuya interior podían ocultarse también galenas.

Más adelante, en una vertiente del desfiladero se alzaba una roca grande que llamó la atención de los viajeros por su color verde oscuro. Desde lejos parecía recubierta de musgo o de líquenes. El martillo rebotaba con ruido sonoro al pegar en ella y sólo a posta de grandes esfuerzos lograron los geólogos arrancar algunas partículas que aumentaron el asombro de Kashtánov.

- Es una masa compacta de cobre natural oxidada en la superficie -declaró.

- ¡Qué riquísimo es este país! -exclamó Makshéiev-. Contiene todos los minerales que se quiera. Habría para instalar aquí una fábrica metalúrgica universal.

- Sí. Cuando el mineral no baste ya en la superficie exterior de nuestro planeta para la demanda creciente de la humanidad no habrá más remedio que venir a buscar minerales aquí. Y, entonces, ni los hielos ni la niebla ni las nevascas le importarán al hombre.

- Incluso es posible que se abra un túnel en la corteza terrestre para llegar por la vía más corta a estos enormes yacimientos -aventuró Makshéiev en broma.

En este momento una sombra grande pasó rápidamente sobre los geólogos, absortos en la observación de los minerales, y se oyó gritar a Gromeko:

- ¡Cuidado! ¡Un reptil volador!

Ambos empuñaron las escopetas y levantaron la cabeza. A unos veinte metros planeaba sobre ellas un animal enorme, de color oscuro. Por su manera de volar se notaba en seguida que el reptil pertenecía al grupo de los pterodáctilos. Era mucho mayor que los que habían visto a la orilla del mar y medía alrededor de seis metros de envergadura. Inclínada la cabeza provista de un pico enorme, el reptil buscaba una presa y contemplaba con sorpresa aquellos animales bípedos desconocidos.

Pero los cazadores no podían aguardar a que resolviera sus dudas ya que, al caer desde bastante altura sobre su víctima, el reptil podía matarla o hierla gravemente con las garras o los dientes. Makshéiev apuntó en seguida y disparó. El pterodáctilo dio una espantada, agitó precipitadamente las alas y fue a posarse sobre un saliente de la roca, donde empezó a mover la cabeza; abriendo y cerrando el pico dentado.

- Le he debido tocar -observó Makshéiev, sin decidirse a tirar una segunda vez porque el animal estaba demasiado lejos.

En esto un grito seguido de una detonación se escucharon en el pequeño prado donde habían quedado el zoólogo y el botánico.

Detrás de las colas de caballo y de los helechos que separaban el arroyo de las rocas remontaba el vuelo otro pterodáctilo llevándose entre las uñas un gran objeto oscuro. Pensando en el primer momento que el reptil volador se había apoderado de uno de sus compañeros, Kashtánov disparó a su vez. El rapaz agitó las alas, dejó caer su presa y se desplomó como una piedra detrás del muro de los árboles.

Los geólogos corrieron a toda velocidad hacia aquel sitio con la idea de prestar auxilio a su compañero, precipitado desde una altura de varios metros. Pero, después de haber atravesado la espesura, tropezaron con Gromeko y Pápochkín que acudían en sentido contrario.

- ¿Pero no les ha pasado nada a ninguno? ¿Cuál de ustedes acaba de caer de entre las garras del reptil?

Sus compañeros se echaron a reír.

- El reptil se llevaba únicamente mi impermeable, que yo había dejado en el calvero envolviendo las plantas recogidas. Y se conoce que le había parecido alguna carroña -explicó el botánico.

- Yo había disparado contra él, pero he debido fallar -añadió el zoólogo.

Tranquilos en cuanto a la suerte de sus compañeros, los geólogos fueron con ellos hacia el sitio donde aun palpitaba el reptil abatido. Al ver acercarse a los hombres, se puso en pie y corrió a ellos agitando un ala y arrastrando la otra,

probablemente rota.



Corría, contoneándose como un pato, croando furioso, con la cabeza enorme adelantada y el pico abierto. La carúncula que le crecía en el nacimiento de la nariz, inyectada en sangre, era ahora de color rojo intenso. El reptil alcanzaba la talla de un hombre y, aunque herido, podía ser un enemigo peligroso. Por eso hubo que rematarlo de otro disparo.

Mientras Kashtánov y Pápochkín examinaban el pterodáctilo, Makshéiev y Gromeko fueron en busca del impermeable robado. Registraron el calvero hasta el pie de las rocas y penetraron en la espesura, pero sin ningún resultado.

- ¡qué cosa tan extraña! ¿Dónde ha podido ir a parar? -rezongaba el botánico, enjugándose el sudor que le bañaba el rostro-. Porque, vamos, no creo que se haya tragado el impermeable.

- Yo he visto perfectamente que el reptil lo ha soltado después del disparo -confirmó Makshéiev.

Entretanto, el segundo pterodáctilo, que hasta entonces había estado posado en un saliente de la roca, se remontó, planeó sobre las copas de las colas de caballo, recogió en ellas un objeto oscuro y prosiguió su vuelo.

- ¡Demonios! -profirió el botánico-. ¡Pero si es mi impermeable! Nosotros estábamos buscando en el suelo y se había quedado en los árboles.

Makshéiev apuntaba ya al reptil, que pasaba volando, cuando el impermeable se desenvolvió de pronto. Las plantas cayeron dispersadas y el animal soltó sobrecogido su presa. El cazador dejó a un lado la escopeta.

- Estos pterodáctilos no deben ser muy inteligentes, puesto que roban cosas no comestibles -dijo Gromeko yendo a recuperar su impermeable, - O quizá sean más listos de lo que usted piensa. ¿Quién sabe si no han querido apoderarse de su impermeable y su forraje para construirles a sus pequeños un nido más confortable? -opinó Makshéiev en broma.



- ¿Ha dicho forraje? ¡Qué falta de respeto para mis colecciones de plantas! ¿No irá usted a explicarnos, para demostrar la inteligencia de los reptiles, que se llevaba mi impermeable a fin de revestir con él a sus pequeños desplumados?

Makshéiev se echó a reír.

- No, no llegaré hasta ese extremo. Pero no olvide que los reptiles voladores fueron los reyes del jurásico y se distinguían por un alto nivel de desarrollo, Además, ¿por qué había recogido usted tantas plantas iguales? -añadió al ver que el botánico volvía a juntar unos tallos parecidos a juncos que, al caer se habían dispersado por el calvero.

¿A qué no sabe usted lo que es esto? -replicó Gromeko, presentando a su compañero uno de los tallos.

- A mi entender, un junco grueso y bastante punzante. Me imagino que sólo los iguanodontes pueden alimentarse de ellos.

- Está usted en lo cierto. Los iguanodontes lo comen muy satisfechos y tampoco estará mal para nosotros.

- ¿De verdad? ¿Puede servir para la sopa?

- Para la sopa no, pero sí para el té. Parta usted este tallo. Makshéiev obedeció y un líquido transparente fluyó del tallo.

- Ahora, pruebe usted la savia de este junco desdeñado. El jugo era espeso y dulce.

- ¿Será caña de azúcar?

- Si no es la caña de azúcar que crece actualmente en la superficie de nuestro planeta, es por lo menos una planta azucarera.

- ¿Cómo ha adivinado usted que era dulce?

- He visto un tallo como éste en la boca del joven iguanodonte matado por el ceratosaurio en el calvero. Me ha parecido pegajoso. Me he puesto a buscar donde crecen, los he encontrado en abundancia a lo largo del arroyo y, naturalmente, he probado el jugo. Como nuestras reservas de azúcar se están terminando, podríamos sustituirla por el jugo de este junco e incluso fabricar con él azúcar verdadera. ¡Ya ve usted cómo mi forraje es a veces muy útil!

Al volver cerca del pterodáctilo muerto, Gromeko mostró a los otros viajeros el hallazgo al que se debía la aventura del impermeable. Todos aprobaron su plan y decidieron arrancar a la vuelta la mayor cantidad posible de juncos para intentar la extracción de azúcar.

Los cazadores siguieron por el desfiladero en cuyo fondo corría un arroyuelo entre una franja estrecha de rala colas de caballo y hierba áspera.

La garganta se convirtió al poco tiempo en una auténtica grieta oscura y húmeda con el fondo enteramente cubierto de agua. Los cazadores avanzaban en fila india: delante Makshéiev con la escopeta en la mano y detrás Kashtánov, probando las rocas con el martillo.

Al fin aumentó la luz y reapareció la vegetación. La grieta se ensanchaba rápidamente, convirtiéndose en una depresión bastante grande rodeada de rocas que, abajo abruptas, se escalonaban luego en todas direcciones formando anfiteatro. El fondo de la depresión estaba recubierto de una hierba jugosa y verde y en el centro se encontraba el lago del que fluía el arroyuelo.

- ¡Qué peste hay aquí! -exclamó Gromeko en cuanto se aproximaron al lago.

- Efectivamente, huele muy mal, como si hubiera carroña -confirmó Makshéiev.

- ¿No será éste un lago mineral con fuentes sulfurosas, por ejemplo? -aventuró Pápochkin inclinándose sobre el agua.

Los cazadores miraron a su alrededor porque les había llamado la atención un extraño silbido que alternaba con un chirriar semejante al que produce un trozo de corcho frotado contra un cristal. Estos sonidos llegaban desde arriba, desde los muros de la depresión, pero no se veía a nadie.

En aquel momento una gran masa oscura voló sobre el calvero y fue a posarse en uno de los salientes, donde la acogieron silbidos y chirridos más acentuados.

- ¡Un pterodáctilo! -exclamó Makshéiev.

- Se conoce que están por aquí los nidos de los reptiles voladores -calculó el zoólogo.

- Esa es la razón de que huelan tan mal. Los animales estos no deben ser muy limpios.

El reptil que se había posado en el saliente volvió a salir volando al poco tiempo, pero, al observar a los hombres en la depresión, se puso a girar encima de ella emitiendo gritos entrecortados. Los silbidos y los chirridos cesaron inmediatamente en las rocas.

- ¡Hombre, se han callado los pequeños!

- Sería curioso coger huevos y crías de los nidos -dijo el zoólogo.

- Pruebe usted a trepar a esos riscos y arrebatárselas a los padres. Me parece que iba a pasarle mal.

- ¡Pero si hay muchos aquí! -exclamó Kashtánov, señalando a otro pterodáctilo asomado por detrás de las salientes mientras dos más planeaban ya en el aire.
- ¿Disparamos? -propuso Makshéiev, deseoso de hacer olvidar su fallo.
- ¿Para qué? Hemos, examinado ya a uno y debemos economizar las municiones - advirtió Kashtánov.
- Más vale que nos retiremos antes de que la alarma cunda a todos los nidos - declaró el botánico, a quien no le gustaba nada la estancia en aquel lugar apestoso. Sobre el calvero volaban ya unos cuantos reptiles, y los cazadores consideraron más razonable seguir el consejo de Gromeko. Cuando se dirigían hacia la salida de la grieta advirtieron al pie del muro montones de huesos de diferentes tamaños, entremezclados con guano de los pterodáctilos.
- Hemos venido a parar al basurero de una colonia de reptiles -observó Makshéiev en broma.
- Han elegido un lugar seguro, una verdadera fortaleza.
- Se conoce que otros reptiles les roban los huevos y los pequeños -explicó el zoólogo-. Fíjense en que, aunque son reptiles, tienen ya costumbres de aves.
- Es verdad. Las alas les han permitido hacer otro modo de vida que sus antepasados.
- De todas formas, es una lástima que no hayamos podido ver cómo están hechos los nidos y el aspecto que tienen los huevos y los pequeños; sobre todo los huevos con el embrión.
- Yo pienso -dijo Kashtánov- que no empollan los huevos como hacen las aves, sino que los dejan calentarse al sol igual que los demás reptiles.
- No se apure, que todavía encontraremos en algún sitio huevos de iguanodonte o de plesiosauro -afirmó Gromeko para consolar al zoólogo.
- Si están frescos, nos haremos una tortilla colosal. Me imagino el tamaño que tendrán los huevos de esas bestias. Con uno bastaría para todos -observó Makshéiev en broma. Después de haber vuelto por la grieta al calvero que se extendía al pie de las montañas y de haber recogido por el camino juncos dulces, los viajeros se encaminaron hacia el lugar donde estaba muerto el reptil carnicero. Una gran animación reinaba en aquel sitio. Reptiles voladores de diferente tamaño iban de un lado para el otro por el aire. Los cadáveres del ceratosaurio y del

iguanodonte estaban cubiertos de aquellos animales. Después de arrancar trozos de carne a los cadáveres, unos los devoraban allí mismo y otros se los llevaban hacia el Sur, a las gargantas de las montañas, donde estaban sin duda sus nidos. Lanzaban silbidos, croaban y resoplaban con un ruido que desgarraba los oídos.

Al acercarse, los hombres turbaron el festín de la bandada. Unos animales remontaron el vuelo y empezaron a girar sobre el calvero; otros se apartaban un poco, contoneándose sobre las patas cortas y arrastrando las alas medio abiertas. Probablemente se habían hartado hasta el punto de no poder volar. Pápochkin tuvo tiempo de fotografiar dos momentos de aquella agitación.

Ahíto, los reptiles no atacaban a los hombres que habían interrumpido su festín, limitándose a atronar el aire con gritos diversos que, sin duda, expresaban su descontento.

Después de haber recogido en la espesura las patas traseras del iguanodonte, los cazadores se adentraron en el bosque por la misma vaguada. Acercábanse ya a la depresión cuando Gromeko, que abría marcha, se detuvo súbitamente para enseñar a sus compañeros las huellas de unas patas enormes marcadas a gran profundidad en la arena húmeda.

- No es un iguanodonte -observó Pápochkin-. Este animal anda sobre las cuatro patas. Miren ustedes: aquí están las huellas de las patas traseras con tres dedos y aquí están las de las patas delanteras con cinco.

- Además, las plantas tienen otra forma y son mayores que las del iguanodonte -añadió Kashtánov.

- ¿Y es posible determinar por las plantas si se trata de un animal carnívoro o herbívoro?

-preguntó Makshéiev.

- Debe ser un herbívoro. Los dedos no están rematados por garras, sino por una especie de cascos que no sirven para agarrar la presa.

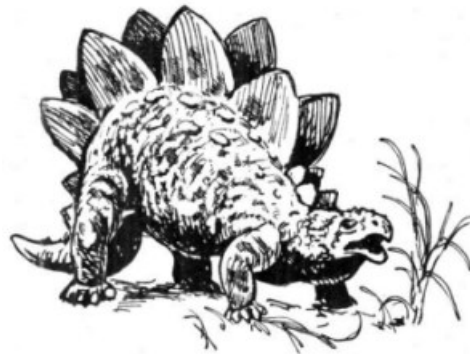
- Y aquí está la huella del rabo, más corto y más fino que el del iguanodonte -observó el zoólogo, señalando un surco que corría entre las huellas de las patas.

- En todo caso, el animal es muy grande y debe encontrarse cerca de nuestro lago, porque no se ve la huella de que haya vuelto -dijo Gromeko.

- Entonces, hay que ir prevenidos y con las escopetas preparadas -advirtió Makshéiev. Lentamente, paso a paso, los cazadores remontaron la vaguada inspeccionando con atención el camino que seguían. Pero nada aparecía. Únicamente las libélulas y los escarabajos revoloteaban sobre las colas de caballo y los helechos. Cuando hubieron llegado hasta las rocas por el estrecho pasillo verde, los exploradores se detuvieron indecisos.

Makshéiev dijo en voz baja a sus amigos que le esperaran, se adelantó por la vaguada y luego hizo una señal para que los demás se uniesen a él. Cuando llegaron al borde de la depresión todos se ocultaron detrás de los árboles y pudieron observar un curioso espectáculo.

En el calvero pacía un monstruo superior, por las dimensiones y por su extraño aspecto, a cuantos habían visto hasta entonces los viajeros en Plutonia, país de los fósiles gigantes.



El animal mediría ocho metros de largo por cuatro de altura. Las patas de delante eran mucho más cortas que las traseras y el cuerpo macizo, inclinado hacia adelante, terminaba en una cabeza pequeña de lagarto. Dos hileras de escudillos o placas se levantaban, un poco abiertas en forma de aletas, a lo largo de la espalda. Las ocho más grandes, en parejas, erizaban el cuerpo, seis pequeñas el cuello grueso y cuatro la cola que, menos maciza y más corta que la del iguanodonte y del ceratosaurio, tenía además, a continuación de las placas, tres pares de largos pinchos. La piel, desnuda y fofa, del monstruo estaba salpicada de excrecencias verrugosas, más profusas y menudas en el cuello y la cabeza y más gruesas y

espaciadas en el cuerpo y la cola. Manchas y chafarrinones parduscos resaltaban sobre el fondo verde sucio de la piel, acentuando el aspecto repulsivo del animal.

Pacía tranquilo al borde del lago, arrancando con sus poderosas mandíbulas, completamente desproporcionadas a la pequeña cabeza, ramos de juncos dulces y de menudas colas de caballo. Los movimientos del cuerpo hacían aletear las placas dorsales.

- ¡Parecen las alas de un cupido! -murmuró Makshéiev.

- ¡Sí que es hermoso este cupido del jurásico! -replicó Gromeko riendo-. Nunca hubiera imaginado que pudiesen existir semejantes monstruos.

Su aspecto terrible, las placas, los pinchos, las verrugas y las manchas tienen por objeto asustar a los enemigos de este apacible animal que debe ser absolutamente inofensivo - explicó el zoólogo, que había hecho ya varias fotografías-. ¿Cómo se llama este cupido? - preguntó al geólogo.

- Naturalmente, se trata del estegosauro, el más original del grupo de los dinosaurios, que comprende también el iguanodonte, el ceratosaurio y el triceratops, que hemos visto ya. En el jurásico superior existieron varios géneros de monstruos de éstos, cuyos restos han sido hallados en América del Norte.

Cuando hubieron contemplado suficientemente el animal, los cazadores hicieron desde su escondite un disparo que el eco repitió entre las rocas y luego lanzaron al unísono gritos salvajes.

Asustado, el animal huyó, haciendo recordar en su carrera el paso de andadura. Las placas dorsales se entrechocaban, castañeteando.

Cuando hubo desaparecido, los cazadores abandonaron su refugio, cogieron agua del lago y descendieron la vaguada en dirección a su campamento, saboreando de antemano el asado de iguanodonte y el reposo al borde del mar tranquilo.

Capítulo 32

VICTIMAS DE UN ROBO

Pero, cuál no sería su asombro cuando, al salir del bosque a la orilla del mar, vieron que la tienda había desaparecido.

- Hemos debido equivocarnos de camino y salir a otro punto -dijo Kashtánov.

- ¡No es posible! Acabamos de pasar la barrera que habíamos levantado ayer al arranque de la vaguada, cerca del campamento -contestó Makshéiev.

- Es verdad. Entonces, ¿dónde está la tienda?

- ¿Y toda la impedimenta?

- ¿Y General?

Pasmados, los viajeros corrieron hacia el sitio donde debía encontrarse la tienda. Pero no quedaba nada: ni tienda, ni impedimenta, ni el menor trozo de papel. Quedaban únicamente los restos apagados y fríos de la hoguera y los agujeros de las estacas arrancadas de la tienda.

- ¿Pero qué es esto? -pronunció Gromeko cuando estuvieron los cuatro agrupados en torno a los restos de la hoguera donde contaban asar el iguanodonte.

- No lo entiendo -murmuró Pápochkin desanimado.

- Pues está bien claro -lanzó Makshéiev-. Nos han robado todo cuanto teníamos.

- Pero, ¿quién, quién? -gritaba Kashtánov-. Hubieran podido hacerlo únicamente seres racionales, y no hemos encontrado ni uno solo desde que hemos abandonado el Estrella Polar.

- ¡No van a ser los iguanodontes los que nos han robado!

- ¡Ni los estegosauros!

- ¡Ni los plesiosauros!

- ¿Y si esos malditos pterodáctilos se lo han llevado todo a sus nidos? -hipotetizó Gromeko acordándose de la historia de su impermeable.

- ¡No es verosímil! ¿Cómo han podido llevarse la tienda de campaña, los cacharros, la ropa de dormir y todos los demás objetos? Me parece imposible en ellos esta manifestación de inteligencia y astucia -contestó Kashtánov.

- ¿Y las barcas? -exclamó Makshéiev.

Los cuatro se precipitaron hacia el extremo del bosque donde, antes de emprender su excursión, habían ocultado entre la maleza las lanchas y los remos. Todo lo encontraron intacto.

- Pero ha desaparecido nuestra balsa, que habíamos dejado en la orilla del mar, frente a la tienda -declaró Gromeko.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? -pronunció el geólogo, interpretando la confusión general-. Sin tienda de campaña, sin víveres, sin ropa y sin utensilios, ¡acabaremos muriéndonos al borde de este maldito mar!

- Estudiemos con calma nuestra situación -propuso Kashtánov-. Ante todo, vamos a descansar y a reponer fuerzas: el cansancio y el estómago vacío son malos consejeros. Hemos traído carne, conque vamos a encender una hoguera y asarla.

- Además, podemos beber agua con azúcar -añadió Gromeko señalando el bidón de agua y la brazada de juncos azucareros.

Así lo hicieron. Cortaron la carne en trozos pequeños que, ensartados en unas varitas, fueron puestos junto al fuego para que se asaran. Luego se sentaron los cuatro junto a la hoguera y, mientras tomaban unos sorbos de agua chupando el jugo de los juncos para endulzarla, continuaron discutiendo la misteriosa desaparición de la tienda.

- ¡Ahora estamos como Robinsón en la isla desierta! -dijo en broma Makshéiev.

- Con la diferencia de que nosotros somos cuatro y tenemos escopetas y cierta reserva de municiones -observó Kashtánov.

- Hay que contar los cartuchos y no emplearlos más que en los casos extremos.

- Yo tengo todavía en la cantimplora unos dos vasos de coñac -declaró Gromeko que, como médico, llevaba siempre algo de alcohol por si ocurría cualquier accidente.

- Pues en mi mochila hay una tetera pequeña, un vaso plegable y un poco de té -añadió el zoólogo, que nunca salía de excursión sin aquellas cosas.

- ¡Muy bien! Al menos podemos de vez en cuando tomar un poco de té -replicó Makshéiev-. Desgraciadamente yo no tengo en los bolsillos nada más que la pipa, el tabaco, una brújula y un cuadernillo de notas.

- Pues tampoco tengo yo nada aparte de los martillos.

- El asado está listo -anunció el botánico, que había cuidado de las varitas donde estaba la carne.

Cada cual tomó una y se pusieron a comer. Pero la carne no tenía sal ni se distinguía por su gusto agradable.

- Habría que buscar sal en la playa -observó Makshéiev-. Por lo menos debíamos haber mojado la carne en el agua del mar.

Mientras comían la carne hirvió el agua en la tetera del zoólogo y, por turno, se bebieron un vaso de té endulzado con jugo de junco.

Después de comer y de fumar una pipa, reanudaron la conversación acerca del plan que debían seguir. Todos coincidieron en que había que comenzar la persecución de los ladrones inmediatamente después de haber determinado la dirección que habían seguido con su botín.

- Empecemos por examinar detenidamente los alrededores del campamento - propuso Makshéiev-. Los ladrones han podido venir y marcharse por el aire como ha pensado Gromeko, aunque me parece inverosímil, o bien por el agua utilizando nuestra balsa o, en fin, por tierra. Sin embargo, para llegar hasta el agua han tenido que andar también por tierra. De manera que, si no han venido por el aire, han tenido que dejar huellas en una u otra dirección a partir de nuestra tienda.

- Lástima que no se nos haya ocurrido eso al principio porque, con nuestras idas y venidas, hemos podido borrar ya las huellas de los ladrones.

- A lo largo del acantilado no se puede andar mucho hacia el Este, como vimos ayer - prosiguió Makshéiev-. Por la vaguada tampoco es posible que se hayan marchado: está atajada y, además, no nos hemos cruzado con nadie ni hemos visto ninguna huella sospechosa. Por consiguiente, debemos buscar las huellas de los ladrones al borde del mar o hacia el Oeste, a lo largo de esta orilla.

- Tiene usted mucha razón -observó Kashtánov-. Esas son las dos direcciones más probables.

- Empecemos pues las búsquedas. Como yo tengo mucha más experiencia que ustedes para seguir pistas -concluyó Makshéiev-, les ruego que permanezcan aquí mientras yo examino los alrededores del campamento.

Makshéiev se arrodilló para examinar cuidadosamente el suelo alrededor del sitio donde había estado la tienda; luego fue hacia la orilla del mar e inspeccionó el sitio

donde había estado la balsa, volvió sobre sus pasos y se dirigió al Oeste a lo largo de la orilla. A unos doscientos -pasos clavó una rama seca en el suelo y volvió hacia sus compañeros.

- Los ladrones no son hombres ni siquiera reptiles. A juzgar por las huellas de patas que se ven en casi todas partes, se trata de grandes insectos. Son muy numerosos: varias decenas. Al principio me había parecido que habían arrastrado las cosas hacia la balsa para llevárselas por mar, pero las huellas no llegan hasta el agua y ningún indicio hace suponer que la balsa haya sido echada al agua. Ha desaparecido de unja manera absolutamente incomprensible. En cuanto a la tienda y los demás objetos han sido transportados unos y arrastrados otros por la arena hacia el Oeste a lo largo de la orilla. Los ladrones tienen seis patas y el cuerpo debe medir alrededor de un metro de largo, a juzgar por las huellas que han dejado en la arena.

- ¡Vaya unos animalitos! -exclamó Pápochkin.

- Bueno, pero, ¿qué ha sido de General? -preguntó Kashtánov-. ¿Lo han matado, se lo han llevado vivo para devorarlo o ha huido asustado por los ladrones?

- En torno a la tienda hay muchas huellas del perro, pero en su mayoría recubiertas por las de los insectos, más recientes por lo tanto. En ninguna parte se ve sangre ni restos de insectos muertos por el perro. Yo me inclino a pensar que General ha huido ante unos adversarios desconocidos tan numerosos y está oculto en la espesura. Además, todavía debemos examinar el suelo a lo largo del lindero del bosque.

Con estas palabras Makshéiev reanudó sus pesquisas desde el lugar de la tienda hacia el lindero del bosque. Una vez allí, fue de un lado a otro observando cuidadosamente el suelo y, por fin, se detuvo y llamó a sus compañeros.

- General ha pasado por aquí para esconderse en la espesura. Pero antes le había ocurrido algo porque arrastraba las patas traseras.

Makshéiev se abrió un camino en la espesura cortando las ramas inferiores de las colas de caballo con su cuchillo de caza y se adentró por aquel paso silbando al perro y deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Al fin se oyó un ladrido débil y, poco después, por entre las ramas salió General, arrastrándose y en un estado lamentable. Tenía todo el cuerpo hinchado y la parte trasera como paralizada.

- ¿Qué te ocurre, General, pobre chucho? -decía Makshéiev acariciando la cabeza del animal, que le lamía las manos quejándose. El ingeniero se deslizó fuera de la espesura seguido del perro; cuyo aspecto suscitó la compasión de todo.

- ¿Le habrán partido el espinazo? -preguntó Pápochkin.

- No lo creo -contestó Gromeko examinando al perro-. No, no es eso -continuó-. Lo más probable es que hayan herido a General con flechas envenenadas. Tiene en el lomo unas cuantas pequeñas heridas donde la sangre se ha coagulado ya. Pero el espinazo está intacto.

- Pero, ¿cómo van a ser flechas -sorprendióse Makshéiev-, si los ladrones son insectos?

- Se me había olvidado. En este caso es que le han picado o le han mordido con las mandíbulas o los aguijones venenosos.

- ¿Qué hacemos con el perro? ¿Se le podrá curar?

- Supongo que sí. En caso de que el veneno fuera mortal, el perro no existiría ya. Desgraciadamente, nuestra farmacia de campaña ha sido robada con el resto de las cosas. No queda más remedio que probar las compresas frías.

Makshéiev tomó en brazos al perro, que se quejaba lastimeramente, y lo llevó hacia la orilla del mar. Gromeko fue rociándole el cuerpo con agua. Al principio, el perro trataba de escapar chillando, pero pronto se aplacó bajo el efecto calmante del agua. Entonces lo metieron en el agua de cintura para abajo.

Mientras el botánico se ocupaba de General, los demás sacaron de la espesura las barcas y los remos, echaron al agua las embarcaciones y metieron en ellas los pocos objetos que les quedaban por habérselos llevado durante la desgraciada excursión. Dos de ellos volvieron luego hacia el lago de las rocas para completar la reserva de agua potable, mientras los demás asaban el resto de la carne de iguanodonte a fin de que la preparación de la comida no les hiciera detenerse en la persecución de los ladrones.

En la hora que precisaron para los preparativos disminuyó sensiblemente la hinchazón del perro y ya pudo tenerse de pie. Quedó decidido meterlo en una de las barcas, ya que dos de los exploradores irían bordeando la costa en las embarcaciones cargadas mientras los demás seguirían las huellas de los ladrones en tanto no se alejasen de la orilla. De esta manera, los remeros podían acudir en

auxilio de los que iban a pie en caso de necesidad o bien embarcarlos. Los que iban a pie podían a su vez detener a los otros en cuanto las huellas se apartasen hacia el interior de la región.

Capítulo 33

SOBRE LA PISTA DE LOS LADRONES

Makshéiev y Gromeko echaron a andar a pie y Kashtánov y Pápochkin subieron a las lanchas sin quedar a la zaga de sus compañeros pero sin adelantárseles tampoco. Felizmente, el tiempo era apacible y el mar apenas mojaba la playa. Makshéiev iba delante por las huellas de los ladrones, deteniéndose de vez en cuando para intercambiar sus observaciones con el botánico. En un sitio, por ejemplo, se veían las huellas de muchos de los objetos robados, que los ladrones habían depositado en el suelo durante algún alto. En otro aparecieron las huellas claras de la balsa que hicieron exclamar a Makshéiev:

- El enigma de la balsa ha quedado también esclarecido: los ladrones se la han llevado a cuestas.

- ¿Para qué demonios la necesitarían? -preguntó Gromeko.

- Pues para lo mismo que necesitaban nuestra tienda de campaña, la ropa de cama y los demás objetos. ¡Si se han llevado incluso las muestras de oro y de mineral de hierro que recogimos ayer Kashtánov y yo!

- Es inconcebible. ¿Qué animales serán éstos? Cualquiera diría que se trata de seres racionales. No me chocaría nada que montasen la tienda, se acostaran en nuestras sábanas y comieran en nuestra vajilla.

- Todo es posible en este maravilloso país de remotos períodos geológicos. ¿Acaso no han podido alcanzar ciertos insectos del jurásico un grado de desarrollo intelectual tan alto que les haya hecho desempeñar el papel de reyes de la naturaleza?

- La verdad es que incluso en el período actual existen insectos muy inteligentes, organizados en sociedades que se rigen por leyes determinadas, como ocurre, por ejemplo, con las abejas y las hormigas.

- ¡Calle! Me ha dado usted una idea. ¿No habrán sido hormigas las autoras del robo?

- ¿Y por qué no han podido ser abejas o avispas?

- A juzgar por las costumbres de las hormigas de la superficie exterior de nuestro planeta, les cuadra mejor el papel de ladrones. En efecto, las hormigas se llevan al

hormiguero todo lo que encuentran, incluso las cosas absolutamente inútiles, y poseen una fuerza enorme en comparación con su tamaño.

- Es verdad. Las abejas son mucho más débiles y no almacenan en su colmena nada más que miel y cera; en cuanto a las avispas, no almacenan nada más que alimentos. Además, tanto las unas como las otras tienen alas, mientras nuestros ladrones no parecen tenerlas.

- Lo mismo opino yo, aunque también insectos alados hubieran podido arrastrar por el suelo objetos demasiado pesados para llevarlos por el aire.

- En una palabra, que debemos estar en buen camino: las sospechas van primero a las hormigas, luego a las avispas y en fin a las abejas.

- Y como todas ellas pertenecen a los insectos que pican o muerden introduciendo veneno en la herida, me inclino a creer que ellas son las que han picado a General cuando defendía el acceso a la tienda.

- Justo, Las mordeduras de esos insectos causan inflamación, dolores agudos y, teniendo en cuenta su tamaño, se puede admitir que el veneno produzca quizá una parálisis momentánea.

Charlando de esta manera acerca de la naturaleza de los ladrones, nuestros viajeros anduvieron dos horas, al cabo de las cuales se sintieron extenuados, ya que la arena de la playa era bastante blanda y hacía difícil la marcha.

- Yo no puedo más -pronunció al fin Gromeko, deteniéndose para enjugar el sudor que le inundaba el rostro-. Hoy hace un calor asfixiante y no sopla la menor brisa.

- A cambio de ello el mar está tranquilo y nuestros compañeros no quedan a la zaga.

- ¿Y si cambiásemos con ellos? Nosotros estamos cansados de mover los miembros inferiores y ellos de mover los miembros superiores.

- ¿Podrán ellos seguir la pista? Aunque, por probar no se pierde nada. Makshéiev llamó a los que iban en las barcas. Cuando desembarcaron señaló a Kashtánov y a Pápochkin las huellas de los insectos y anduvo algún tiempo con ellos para ver si podían seguir la pista. Luego el botánico y él subieron a las lanchas y empuñaron los remos.

El relieve de la región continuaba siendo el mismo. A lo largo de la orilla se extendía una playa de arena y de pedriza de cien a doscientos pasos de anchura, que sin

duda recubrían las olas durante las fuertes tempestades. Enmarcaba la playa una muralla compacta de colas de caballo y helechos, donde a veces surgía una estrecha abertura: una vaguada seca, semejante a la que habían explorado la víspera. Los iguanodontes que tomaban el sol en la arena de la playa huían al bosque cuando se acercaban los hombres y las lanchas. En el mar asomaban de vez en cuando plesiosaurios que nadaban, parecidos a enormes cisnes negros, con el cuello graciosamente inclinado. Sobre el bosque volaban con frecuencia algunos pterodáctilos, buscando una presa a la orilla del mar.

Makshéiev y Gromeko llevarían un par de horas en las lanchas, cuando surgieron por delante unas colinas rojizas que llegaban hasta la orilla del mar y cortaban el muro de vegetación. Allí había una vaguada más profunda y más ancha que se adentraba en la región y separaba el bosque de las colinas, formadas por una acumulación de arena rojiza. Las huellas de los ladrones torcían por la vaguada y Kashtánov y Pápochkín gritaron a sus compañeros que debían desembarcar.

Una vez convencidos de que los ladrones habían abandonado la orilla para adentrarse en la región, los viajeros empezaron a consultarse sobre lo que debían hacer.

Ahora tenían que abandonar las lanchas y proseguir las pesquisas a pie.

Pero les había fatigado mucho aquel día con la excursión, la marcha, el ajetreo y las emociones. Además, General estaba todavía demasiado débil. Por eso decidieron descansar algunas horas en la orilla del mar, donde corría un poco de fresco que, desde luego, les faltaría en cuanto se alejasen del agua en aquella jornada horriblemente asfixiante y tórrida.

Después de sacar las lanchas a la orilla encendieron rápidamente una hoguera, calentaron la carne y prepararon el té. También volvieron a ponerle compresas frías a General.

Repuestas las fuerzas, los tres se acostaron sobre la arena mientras el cuarto quedaba de guardia, ya que era preciso tomar precauciones contra un posible ataque de reptiles o de los misteriosos insectos.

Transcurrieron tres horas sin novedad. La última guardia incumbió a Kashtánov. Tendido en la arena, casi al borde del agua, reflexionaba en el destino ulterior de la expedición, que podía ser lamentable si no lograban arrebatarse sus bienes a los

ladrones. Poco a poco empezó a quedarse traspuesto bajo la acción de aquella atmósfera asfixiante, cuando de pronto se despertó en medio de una espantosa pesadilla: soñaba que un reptil gigantesco había caído sobre él y estaba lamiéndole la cara con su enorme lengua pegajosa.

Abrió los ojos con un gemido de horror y vio, pegado a su cara, el hocico de General, que le había puesto una pata sobre el pecho y lanzaba una especie de vagidos lastimeros.

El inteligente animal no había despertado en vano a Kashtánov. Al levantar la cabeza, el geólogo vio que al Norte se había oscurecido el horizonte por completo: se preparaba una tormenta tropical como los viajeros habían experimentado ya una en el río Makshéiev. Se escuchaba un estruendo ininterrumpido y el oscuro techo de nubes era desgarrado sin cesar por relámpagos deslumbradores.

No había tiempo que perder. Era preciso alejarse de la orilla del mar que, sin duda, se desencadenaría furioso.

Kashtánov despertó a sus compañeros. Decidieron huir hacia las colinas porque el bosque podía resultar tan peligroso como la orilla del mar. Y se llevaron las lanchas por miedo a que el mar las arrastrara.

Una vez en lo alto de la primera fila de colinas, que Kashtánov identificó inmediatamente como dunas, los viajeros vieron que tras ella se abría un valle profundo, paralelo a la orilla del mar y completamente estéril, lo mismo que ambas vertientes de las colinas. No se veía por ningún sitio más que arena rojiza, refulgente bajo los rayos de Plutón, que aun no había ocultado el cúmulo de nubes tormentosas.

En este valle decidieron los viajeros aguardar el final de la tormenta. Volvieron las lanchas y se metieron debajo. Aquélla era su única protección contra el aguacero, ya que los impermeables habían sido sustraídos con el resto del vestuario.

La tormenta no se hizo esperar. Un cúmulo de color cárdeno azulado cubría ya la mitad del cielo. Plutón estaba oculto, oscurecía rápidamente y los primeros embates del viento pasaron sobre el valle, arrancando chorros de arena a la cresta de las dunas, que ahora parecían humear. Lleno de arena caliente, el aire era todavía más agobiador. Por fin llegó el huracán. Kashtánov, que se había asomado por debajo de la lancha, tuvo la impresión de que toda la primera fila de dunas se había levantado

en el aire y se desplomaba sobre el valle. La arena caía a torrentes encima de las embarcaciones. El bosque de colas de caballo que se distinguía en la ancha desembocadura del valle se estremecía bajo los azotes de la tormenta como si fuera un puñado de juncos. Los tallos esbeltos de las colas de caballo se inclinaban casi hasta el suelo, las ramas se retorcían en el aire igual que mechones de cabellos verdes. Por el aire volaban copas de árboles, ramas y tallos. Las tinieblas eran desgarradas a cada instante por los fogonazos deslumbradores de los relámpagos, después de lo cual parecían aún más intensas. Los truenos se sucedían sin interrupción.

Al fin repiquetearon unas gruesas gotas de lluvia sobre las embarcaciones y luego se desencadenó el aguacero, que inmediatamente limpió el aire de arena y de polvo. Aunque el viento soplaba todavía con furia, la arena, empapada, no se alzaba ya. A pesar de los torrentes de agua que caían, de las laderas de las dunas sólo bajaban pequeños arroyuelos que desaparecían en seguida, ávidamente absorbidos por la arena. La tormenta pasó pronto Plutón fue asomando a través de las nubes dispersas. Cesó la lluvia, y los viajeros quisieron salir de debajo de las lanchas, donde tenían que estar medio acostados y casi sin aire. Pero ¡quia! Era imposible levantar las barcas, abrumadas por los montones de arena que había traído la tormenta y que, empapada de agua, inclinaba el fondo bajo su peso.

- ¡Estamos prisioneros debajo de la barca! -exclamó Pápochkin-. Ayúdennos a salir.

- ¡Lo mismo nos ocurre a nosotros! -contestó Makshéiev, que estaba debajo de la otra lancha con Kashtánov y General.

- ¿Qué piensan hacer?

- Abrirnos un paso en la arena más blanda bajo el costado de la lancha.

- ¡Es una idea! Nosotros haremos lo mismo.

Durante algún tiempo todo estuvo quieto. Sólo se escuchaba resoplar a los hombres, que se abrían un paso en la arena lo mismo que topes.

Luego, por debajo de la proa de una de las barcas, salió Makshéiev, sucio y desmelenado, arrastrándose sobre el vientre. Le siguieron Kashtánov y, al fin, General. Por debajo de la segunda lancha aparecieron el zoólogo y el botánico.

Después hubieron de desenterrar las lanchas, sepultadas por la arena, y arrastrarlas valle abajo, camino de la vaguada. Pero, al llegar a ella, los viajeros se detuvieron

sobrecogidos: por allí arrastraba sus aguas impetuosas, de color amarillo rojizo, un río por el que era imposible navegar y que tampoco podía ser vadeado.

- ¡Imposible continuar la persecución! -exclamó apenado Gromeko-. Habrá que aguardar a que baje el agua.

- Eso no es tan grave -observó Makshéiev-. Lo peor de todo es que las huellas de los ladrones han sido borradas -por el agua en la vaguada y por la lluvia en todas partes- y no vamos a saber hacia dónde se han dirigido.

- ¿Por qué habremos hecho alto? -dijo Pápochkin contrariado-. Antes de comenzar el aguacero habríamos podido probablemente recorrer una decena de kilómetros y llegar quizá hasta el refugio de los ladrones.

- Lo hecho, hecho está. Me imagino que no habrá que buscarlos mucho tiempo, porque no van a ir cargados con nuestras cosas kilómetros y kilómetros -le consolaba Kashtánov.

El agua de la vaguada descendía a ojos vistas y, a la media hora, sólo quedaban algunos charcos en los hoyos.

- ¡En marcha! El agua ha descendido ya -dijo Makshéiev.

- Pero, ¿qué vamos a hacer con las lanchas? No es cosa de llevárnoslas a cuestras hacia el interior de la región sabe Dios cuántos kilómetros -observó Kashtánov.

- Tendremos que dejarlas cerca del mar y únicamente ocultarlas de alguna forma para que no las roben esos mismos ladrones misteriosos.

- Podemos enterrarlas en la arena -propuso Gromeko.

- Buena idea. La arena está blanda y, aunque no tenemos más herramienta que las manos, sólo queda esa salida.

Capítulo 34

LOS REYES DE LA NATURALEZA JURÁSICA

Una vez enterradas las lanchas, los viajeros remontaron la vaguada, donde el agua había desaparecido ya. Pero, en algunos lugares, había que trepar a una u otra orilla porque cortaban el camino grandes charcos o porque la arcilla pegajosa dificultaba la marcha. Avanzaban con cuidado, mirando atentamente hacia los lados y con las escopetas preparadas por si se encontraban de pronto con los ladrones. A la izquierda de la vaguada continuaba el mismo bosque de colas de caballo, de helechos y palmeral mientras a la derecha se sucedían las hileras de dunas desnudas y rojizas. La guarida de los ladrones podía encontrarse tanto en el bosque como entre las dunas.

Al cabo de algún tiempo tropezaron con un objeto oscuro que yacía en la vaguada, medio sepultado por la arena y el limo; lo desenterraron y vieron una enorme hormiga negra: su cuerpo medía alrededor de un metro de largo y su cabeza era poco menos gruesa que la de un hombre. Las patas, retorcidas en la agonía, terminaban en uñas aceradas.

- ¡Aquí está el rey del período jurásico! -exclamó Kashtánov.

- Si sus colonias están tan pobladas como los hormigueros de la superficie de la tierra, tendremos que vérnoslas con millares de enemigos -dijo Pápochkin.

- Y, además, enemigos rapaces, inteligentes e implacables -añadió Gromeko.

General, que seguía a cierta distancia y a veces se acostaba para descansar, llegó hasta donde estaba el grupo. Al ver la hormiga muerta se lanzó frenético sobre ella con un gruñido furioso.

- Amigo, me parece que has reconocido a uno de los que te mordieron -exclamó Makshéiev reteniendo al perro.

Poco más adelante encontraron el cadáver de una segunda hormiga y luego otro. El aguacero había debido sorprender todavía en camino a algunos de los ladrones que, arrastrados por el torrente, se habían ahogado.

- ¡Estos demonios negros habrán mojado y echado a perder todos nuestros efectos!

- lanzó desesperado Gromeko.

- Sí, es poco probable que tengan inteligencia suficiente para montar la tienda y cobijarse en ella con las cosas -confirmó Pápochkin.

- Yo creo que habrán llegado a su guarida antes de la tormenta -declaró Makshéiev. No olvidemos que se habían puesto en camino mucho antes que nosotros y que, además, nosotros nos hemos detenido a descansar varias horas en dos sitios.

Recorrieron un par de kilómetros más en silencio. Detrás de la vaguada empezaba a clarear el bosque, apareciendo en él numerosos senderos. En las filas de dunas y, sobre todo, en los valles que las separaban se veía cierta vegetación: matorrales, matas de hierba, pequeñas colas de caballo.

Makshéiev se detuvo de pronto y señaló a sus compañeros el valle inmediato, entre dos filas de dunas, por donde dos seres oscuros empujaban unas veces una bola blanca por la arena y otras tiraban de ella.

- ¿Hormigas?

- ¡Desde luego! Pero, ¿qué llevan? Nosotros no teníamos ningún objeto redondo y blanco.

- Habrán encontrado alguna otra presa.

- ¿Se la quitamos?

- No. Mejor será que nos escondamos. Luego, con seguirlas, ellas mismas nos llevarán hasta el hormiguero.

- Pero agarren bien a General para que no se lance sobre ellas.

Los exploradores retrocedieron un poco y se ocultaron en el lindero del bosque. En la desembocadura del valle aparecieron pronto detrás de unas matas las hormigas, que empujaban sobre la arena, delante de ellas, un gran objeto blanco de forma ovalada.

- ¿Es posible que los huevos de estas hormigas sean tan voluminosos? -preguntó Makshéiev.

- No. Debe ser más bien el huevo de algún reptil volador que han robado y ahora se llevan a su guarida -dijo Pápochkin.

- ¿Cree usted que serán comestibles esos huevos?

- ¿Por qué no? Si se comen los huevos de tortuga, no hay ninguna razón para no comer los huevos de reptil.

- Es una cosa que debemos tener en cuenta -observó Gromeko-. Con la penuria de víveres que sufrimos y la necesidad de economizar las municiones, una tortilla vendría ahora muy bien.

- Para un huevo de este tamaño haría falta una sartén adecuada, y no la tenemos.

- Nos arreglaremos con una pequeña. Hacemos un agujero en el huevo por un lado, removemos con un palito la yema y la clara, le echamos sal y vamos vertiendo en la sartén poco a poco lo que nos haga falta.

- ¡Pero si no tenemos ya ninguna sartén! Las hormigas se han llevado todos los cacharros.

- Se me había olvidado. ¿Y no serviría de sartén la parte alta de la cáscara del huevo? Recortándola con cuidado, se podría freír en ella.

- ¿Y con qué freímos?

- Con la grasa de iguanodonte.

Mientras los exploradores intercambiaban estas reflexiones culinarias, las hormigas llevaron el huevo hasta el borde de la vaguada y se detuvieron indecisas. Las orillas eran muy empinadas. Echar a rodar el huevo desde arriba era cosa fácil, y no se rompería en la arena blanda. Pero lo que sí parecía tarea demasiado ardua para las hormigas era hacerlo subir hasta la orilla opuesta.

Los insectos daban vueltas en torno al huevo e iban y venían a lo largo de la orilla, agitando las antenas y rozándose con ellas el uno al otro como si se consultaran. Luego una de las hormigas descendió a la vaguada, examinó la orilla opuesta, estuvo algún tiempo delante como reflexionando y después corrió a lo largo de ella, deteniéndose con frecuencia para inspeccionarla.

A unos cincuenta pasos encontró una pendiente menos empinada, que le pareció mejor adecuada para hacer una rampa. Y se puso a hacerlo, valiéndose de las mandíbulas y las patas de delante para arrancar pellas de tierra y ponerlas a un lado.

La segunda hormiga, que había estado de guardia junto al huevo, se cansó al poco rato de esperar descendió también a la vaguada y corrió por las huellas de su compañera, que le ocultaba un recodo.

- ¿Y si nos apoderásemos ahora del huevo que han dejado las hormigas? -propuso Gromeko.

La idea les gustó al principio, pero luego surgieron ciertas objeciones.

- Por lo pronto, pueden vernos y descubrimos así prematuramente nuestra presencia; además, al no encontrar el huevo que han dejado, se pondrán a buscarlo por los alrededores y entonces, en lugar de seguirlas hasta el hormiguero, tendremos que ocultarnos entre la maleza y perder el tiempo -declaró Kashtánov, rechazando la propuesta del botánico.

Pero en ese instante, Pápochkin descubrió en la desembocadura del valle otra pareja de hormigas empujando un segundo huevo.

- Me parece -dijo Pápochkin- que no hay motivos ya para no apoderarse del huevo.

- Entonces, ¡manos a la obra!

Makshéiev y Gromeko cruzaron rápidamente la vaguada, levantaron el huevo, que medía lo menos medio metro de diámetro, y volvieron para esconderlo entre las malezas donde ellos mismos se ocultaban.

Luego Makshéiev borró cuidadosamente en la vaguada las huellas de sus pasos, que hubieran podido servir a las hormigas, si eran suficientemente inteligentes para ello, de indicación para buscar el huevo.

Pronto volvieron las dos primeras hormigas al sitio donde habían dejado el huevo.



Cuando estuvieron en lo alto de la orilla, como no lo encontraron, se pusieron a correr de un lado para otro, yendo la una hacia la otra con las antenas en movimiento y, al parecer, completamente desorientadas.

En este momento surgieron en la desembocadura del valle las otras hormigas con el segundo huevo. Las primeras, al verlas, se precipitaron hacia ellas y, creyendo probablemente que éstas les habían arrebatado su presa, intentaron recuperarla. Empezaron a luchar: erguidas sobre las cuatro patas traseras, las hormigas levantaban las dos de delante y procuraban plantar sus mandíbulas en el cuello del adversario. En el ardor del combate una de las parejas se acercó demasiado a la orilla y se desplomó en la vaguada. Durante la caída uno de los insectos se encontró encima del otro y

aprovechó esta circunstancia para cortarle casi la cabeza a su adversario de un bocado.

Libre, corrió en auxilio de su compañero, ya muy cansado por la lucha. Entre los dos acabaron pronto con su enemigo y empujaron el huevo hacia la vaguada. Los exploradores habían seguido la lucha con gran interés, pero no podían decir cuál de las parejas había vencido, ya que era absolutamente imposible distinguir aquellos insectos los unos de los otros.

Las hormigas vencedoras se detuvieron al borde de la vaguada, luego dejaron rodar el huevo al fondo y se pusieron a empujarlo vaguada arriba.

En varios sitios, allí donde la pendiente opuesta les parecía menos abrupta, se detenían e intentaban izar el huevo. Pero no tenían las garras suficientemente duras para clavarlas en la cáscara, de manera que el huevo se les escapaba y volvía hacia atrás. Llegadas al sitio donde estaba hecho el camino en la orilla de la vaguada, las hormigas lo advirtieron y, después de examinarlo, intentaron izar el huevo apuntalándolo con sus cuerpos.

Lo consiguieron, y entonces rodaron su presa por una trocha que se adentraba en el bosque. A juzgar por la conducta de esta pareja era de suponer que habían vencido las segundas hormigas.

Ahora sólo quedaba seguir la trocha detrás de las hormigas. Pero, ignorando la distancia que quedaba por recorrer, había que comerse primero el huevo sustraído a las hormigas. Pesaba demasiado para llevarlo en brazos y era muy incómodo rodarlo por el bosque. De manera que los exploradores hicieron lumbre en un agujero abierto en la arena y cocieron el huevo entero. Una vez, a punto, lo partieron en trozos y, con la cáscara, fabricaron unos cuantos platos y una sartén.

Después de comer, los viajeros se adentraron en el bosque por la trocha, bien alisada, pero estrecha e incómoda. Las ramas de las colas de caballo se entrelazaban a un metro del suelo, obligando a los hombres a avanzar casi a rastras o muy inclinados. Era probable que sólo las hormigas siguieran aquel camino.

Al cabo de media hora empezó a esclarecerse el bosque. La trocha de las hormigas bifurcaba con frecuencia, se cruzaba con otras, y Makshéiev seguía con gran dificultad la huella del huevo en tanto Kashtánov levantaba un mapa de la región habitada por sus enemigos.

- Me choca que no hayamos encontrado hasta ahora ninguna hormiga en el bosque
-dijo Kashtánov.

- Probablemente tienen horas determinadas para el descanso y el sueño y los demás animales no se atreven a aproximarse al hormiguero.

Por fin apareció un vasto calvero. El bosque terminaba sin duda allí y el hormiguero podía encontrarse en el claro que le seguía. Por eso había que redoblar la prudencia. El zoólogo y el botánico se quedaron con General mientras Kashtánov y Makshéiev salían de reconocimiento.

En el lindero del bosque se detuvieron al amparo de los últimos árboles y se pusieron a examinar los contornos. El bosque daba paso a un vasto calvero, o mejor dicho, a un erial¹⁰ casi completamente desprovisto de vegetación: sólo aquí y allá apuntaban algunos tallos roídos. En medio de este erial, no lejos del lindero del bosque, se alzaba un enorme túmulo en forma de cono truncado que tendría unos doce metros de alto por más de cien de diámetro, hecho de troncos amontonados.

Los prismáticos permitían ver que los troncos no habían sido amontonados de cualquier manera, sino conforme a cierto sistema, formando un edificio complejo aunque basto. En muchos sitios se abrían orificios de entrada a diversas alturas; pero ni una hormiga por ninguna parte: debían estar durmiendo.

El erial hallábase rodeado por el bosque, las dunas y unos montes, y las hormigas eran dueñas absolutas de él. En la parte occidental, al pie de las dunas, debía correr un arroyuelo, a juzgar por la franja de matorrales y hierba verde que destacaban sobre el fondo amarillo de la arena.

¹⁰ erial: adj.-m. Tierra o campo sin cultivar ni labrar. 2 m. Sal. Ternero. 3 p. ext. Cosa estéril. SIN. Baldío, dehesa, ería, eriazo, erío, lleco, posío, sarda, tomillar, valuto.

Capítulo 35

¿COMO PENETRAR EN EL HORMIGUERO?

Después de haber examinado aquel lugar, Kashtánov y Makshéiev volvieron donde estaban sus compañeros para concertar la conducta a seguir.

- Atacar el hormiguero dormido es cosa fácil -dijo Kashtánov-. Pero, ¿sería razonable?

No sabiendo en qué parte de esta enorme construcción están guardadas nuestras cosas, podemos extraviarnos fácilmente en el laberinto de galerías.

- El interior debe estar oscuro, y no tenemos velas ni linternas -observó Pápochkin.

- Se pueden hacer antorchas -declaró Gromeko-. He visto en el bosque unos árboles resinosos que servirían muy bien.

- Yendo con antorchas encendidas despertaríamos a las hormigas y seríamos víctima de un ataque que terminaría mal para nosotros -dijo Makshéiev.

- En efecto, deben ser centenares o quizá miles y, por muchas que matemos a tiros o con los cuchillos, acabarían matándonos a mordiscos o a picotazos.

- Entonces, ¿qué hacemos? -murmuró Kashtánov-. Renunciar a nuestros efectos no podemos, porque nos harán falta para el camino de vuelta.

- ¿Y si incendiáramos el hormiguero por un solo costado? Las hormigas se darán prisa en salvar sus bienes y, con el resto, sacarán lo que nos han robado.

- Lo que salvarán ante todo son las larvas y las ninfas. Entretanto pueden arder nuestras cosas. Además, aun en el caso de que les diese tiempo a sacarlas, tendríamos que arrebatárselas por la fuerza.

- Podíamos ahumarlas y, cuando hayan abandonado el hormiguero, entrar a buscar nuestro equipaje.

- Ese plan es mejor; pero no podremos entrar en las galerías mientras estén llenas de humo y, cuando se disipe, también querrán volver las hormigas.

- La situación sigue siendo sin salida.

- Se me ocurre una cosa -intervino Makshéiev-: me tiendo cerca del hormiguero haciéndome el muerto, las hormigas me meten en él y, una vez allí, quizá consiga descubrir nuestro equipaje y sacarlo a la noche siguiente.

- Es demasiado peligroso -objetó Kashtánov-. Las hormigas pueden intentar llevárselo en pedazos. Y aun admitiendo que le metan en el hormiguero sin matarle, ¿cómo iba usted a orientarse a oscuras y haciendo de cadáver en el laberinto de galerías para volver a salir?

- Me llevaré un ovillo de hilo en el bolsillo y lo desenrollaré poco a poco como hizo Teseo con el hilo de Ariadna.

- Eso si las hormigas no se dan cuenta y recogen el hilo. Además, ¿tiene usted hilo? Nadie tenía hilo. Se renunció a este arriesgado plan. Sentados, con la cabeza gacha, los exploradores elaboraban nuevos planes, a los que tenían que renunciar siempre por imposibles.

- Creo que he dado con la solución -declaró Kashtánov-: hay que asfixiar a las hormigas o fumigarlas con gases tóxicos para que estén aletargadas durante el tiempo que tardemos en buscar nuestras cosas en el hormiguero. Esos gases son: el cloro, el bromo y el gas sulfuroso. De manera que, ante todo, hay que buscar el material que nos permita obtener la cantidad suficiente de gas. El cloro se puede sacar de la sal marina.

El bromo está contenido probablemente en las cenizas de las algas de este mar, pero su extracción sería más difícil aún que la del cloro. Lo más fácil es fabricar gas sulfuroso, si es que encontramos azufre, piritas o cualquier otro mineral sulfuroso. Galenas hemos encontrado ya en el desfiladero de los pterodáctilos; de forma que quizá lo haya también aquí, en las rocas de esos montes.

- ¡Pero es que la búsqueda del material y la fabricación del gas nos van a consumir un tiempo infinito! -dijo Makshéiev.

- ¡Qué se le va a hacer! Las municiones que tenemos nos bastan para procurarnos durante algunos días alimento cazando. Más vale preparar un procedimiento más seguro, que los arriesgados siempre nos quedan para un caso de extrema necesidad.

- O sea, que tenemos que marcharnos de aquí sin castigar a los ladrones.

- Más vale que nos marchemos antes de que nos vean las hormigas, y no despertar su suspicacia con tentativas precipitadas. Si los inquietamos, los insectos se harán más precavidos, aumentarán su prudencia, colocarán centinelas a la entrada,

inspeccionarán los alrededores y dificultarán todos nuestros pasos, ya que ignoramos el grado de desarrollo de estos reyes de la naturaleza jurásica.

Todos opinaron como Kashtánov, aunque contrariados por tener que renunciar al castigo inmediato de los ladrones. Quedó, pues, decidido volver a las dunas y, por la vaguada, llegar hasta los montes para buscar azufre o minerales sulfurosos.

Los viajeros se dirigieron hacia la vaguada bordeando el lindero. No se veía ningún animal, incluso ningún insecto. Se conoce que las hormigas daban caza a todos los que se aventuraban por allí cerca. Sólo de tarde en tarde algún reptil volador pasaba rápido sobre el erial. La vaguada bordeaba aquel erial y, poco más arriba, se hundía entre las dunas por un valle bastante profundo.

A ambos lados crecían arbustos, pequeñas colas de caballo, juncos azucareros y helechos. Remontando este valle, los exploradores anduvieron todavía unos cuantos kilómetros y luego decidieron tomarse un buen descanso, después de todo un día de inquietudes y de marcha. El arroyo arrastraba ya bastante agua y la sombra de las palmeras y las colas de caballo invitaba al reposo. Hicieron té, cenaron los restos del huevo cocido y durmieron apaciblemente. Pero luego, como aparecieron hormigas por los alrededores, tuvieron que apresurar el desayuno a fin de alejarse cuanto antes del hormiguero y no traicionar su presencia a los insectos.

A pocos kilómetros de allí las vertientes arenosas del valle dejaron paso a otras, de roca, ya que el cauce se adentraba ahora en la meseta formada por los montes. Makshéiev y Kashtánov buscaban el azufre, examinando paso a paso las rocas, uno en la vertiente derecha y otro en la izquierda, lo cual, naturalmente, frenaba mucho el avance. Pápochkin y Gromeko se quedaban al borde del arroyo preparadas las escopetas, con la esperanza de cazar algún animal o rechazar el ataque de los reptiles o las hormigas.

Pero no aparecía ninguna. La región iba haciéndose más desértica; al borde del arroyo escaseaban ya los árboles y los arbustos y sólo una estrecha franja de hierba y de juncos azucareros lo enmarcaba. La existencia de estos últimos alegraba mucho a los viajeros, ya que a ello se reducía su alimentación en aquel desierto.

De animales no encontraban más que enormes libélulas que revoloteaban sobre el agua y, de vez en cuando, pterodáctilos que daban caza a estos insectos. El aire estaba absolutamente inmóvil, los rayos de Plutón quemaban sin misericordia en

aquel estrecho valle, cuyas vertientes desnudas estaban recalentadas como un horno y sólo la presencia del agua y la posibilidad de saciar siempre la sed y de refrescarse animaba a los exploradores y les permitía continuar adelante.

Hasta entonces la búsqueda de minerales sulfurosos había sido estéril.

A la hora de la comida, los exploradores hicieron alto al borde del arroyo, prepararon el té, chuparon algunos juncos azucareros y se repartieron la última galleta.

- Esta tarde tendremos que probar la carne de libélula o matar algún pterodáctilo - dijo tristemente Pápochkin recogiendo las últimas migajas de la galleta.

Capítulo 36

HACIA EL INTERIOR DEL DESIERTO NEGRO

Después de descansar, continuaron el camino valle arriba. En ambas vertientes se alineaban las mismas rocas negras y siniestras, que las grietas dividían en enormes y bastos cubos o en esbeltas y finas columnas. La vegetación que enmarcaba el arroyo iba empobreciéndose más y más, las colas de caballo escaseaban, las palmeras y los helechos habían desaparecido enteramente. Sólo la hierba y los juncos azucareros seguían bordeando las orillas del arroyo.

Hicieron alto para dormir al pie del último árbol seco a fin de utilizarlo como combustible. Como no habían cazado nada, prepararon el té, que bebieron en grandes cantidades con junco azucarero para engañar el hambre.

Luego, Makshéiev y Kashtánov subieron una vertiente del valle a fin de examinar los contornos: una llanura que se extendía hasta donde abarcaba la vista. Únicamente al Sur, a unos veinte kilómetros, se alzaba un macizo de montañas en forma de conos aplastados.

Cuando los exploradores se apartaron unas decenas de pasos del borde del valle, lo bastante para perderlo de vista, advirtieron toda la sombría majestad del desierto que les rodeaba.

Su superficie era de roca negra y desnuda, salpicada de cascotes de diferente tamaño que se habían desprendido de ella bajo la acción de la elevada temperatura de los rayos eternos. La ninguna parte se veía un matorral ni una brizna de hierba. Una superficie de piedra negra hasta el horizonte y, sobre la cabeza, el cielo con el astro rojizo: un desierto absoluto, impenetrable, donde la muerte de hambre y de sed acechaba al audaz que hubiera osado adentrarse por mucho tiempo en sus espacios ilimitados.

La piedra negra, recalentada por Plutón, creaba una atmósfera de horno y, desde arriba, abrasaban los rayos perpendiculares del astro, sin que hubiera el menor refugio donde protegerse de ellos. Sólo unas montañas que se alzaban al Sur ponían un rasgo distinto en la horrible y abrumadora uniformidad del desierto porque no eran negras, sino que estaban profusamente salpicadas de manchas y

vetas blancas, rojas y amarillas. Después de haber observado aquellos lugares, Kashtárnov dijo a su compañero:

- Me parece que nuestro avance al interior de este misterioso país encontrará no lejos de aquí su tope. El valle que seguimos termina probablemente junto a aquel grupo de montañas y temo que, más adelante, se extienda un desierto tan lúgubre como éste, imposible de atravesar sin equipos especiales, grandes reservas de agua, de víveres y de combustible.

- ¿Es posible que todo el resto de la superficie interior de la tierra no sea más que un desierto recalentado como éste?

- Así debe ser probablemente, por lo menos, hasta los alrededores del orificio que desemboque en el Polo Sur, si es que existe. En efecto, la humedad necesaria para la vida vegetal y animal llega a la cavidad interna por esos orificios. El mar que hemos atravesado constituye evidentemente el último depósito de agua.

- Pero, como hemos visto, los vientos del Norte que dominan aquí pueden empujar esa humedad más lejos todavía.

- Estos últimos tiempos no hemos notado esos vientos, aparte algunos huracanes acompañados de tormentas. Es probable que las últimas nubes que vienen del Norte descargan sobre el mar y en la franja próxima a él y que sólo los restos de humedad llegan a este desierto ardoroso. El aire no logra impregnarse de ella y las lluvias son imposibles.

- ¿O sea que no iremos más allá de aquellas montañas del Sur?

- Así es. Llegaremos hasta ellas y veremos si mis hipótesis son justas.

- ¿Y qué hacemos si en ese trayecto no encontramos los minerales sulfurosos que nos hacen falta?

- A juzgar por su forma y su color esas montañas deben ser volcanes apagados, y en las vertientes de los volcanes casi siempre se puede encontrar azufre. Estoy por asegurar que encontraremos allí lo que necesitamos.

- ¿Y nos volveremos luego?

- Creo que debemos aprovechar el habernos alejado tanto del mar para hacer una última excursión hacia el Sur a fin de convencernos de que ese desierto no se puede atravesar. Entonces tendremos la conciencia tranquila porque habremos hecho cuanto permiten las fuerzas humanas.

- Sin embargo, es posible que en otro sitio el mar se interne hacia el Sur y nos permita avanzar también más.

- Si recuperamos la impedimenta que nos han robado las hormigas, podríamos bordear el mar hacia el Este y el Oeste para convencernos de ello.

Después de haber contemplado largamente el desierto y de haberse despedido de la superficie azulada del mar y de sus verdes orillas que se divisaban al Norte, en el extremo del desierto, los geólogos volvieron hacia el campamento. Descendían por una grieta, resbalando sobre la pedriza y saltando de bloque en bloque, cuando oyeron dos disparos seguidos.

- ¿Qué es eso? ¿Es posible que las hormigas hayan llegado tan lejos y ataquen a nuestros compañeros? -preguntó Kashtánov.

- Hay que correr en su auxilio -dijo Makshéiev.

Aceleraron el descenso y, a los pocos minutos, llegaron al pie de la vertiente, de donde se dirigieron corriendo hacia el campamento.

Sin embargo, su inquietud era vana: las hormigas no habían atacado a sus compañeros y, en cambio, el destino favorable enviaba a los exploradores el alimento de que carecían.

Sentados al borde del arroyo, Pápochkin y Gromeko habían advertido una sombra que pasaba sobre ellos. Al levantar la cabeza vieron que un gran pterodáctilo giraba sobre el valle, atraído quizá por un bote de hojalata que brillaba al sol. Sin pensarlo mucho, empuñaron las escopetas y dispararon cuando el reptil bajaba describiendo un nuevo círculo. Una bala dio en el blanco y el animal se desplomó. Era un ejemplar muy grande que medía más de metro y medio desde la cabeza hasta el extremo del rabo, de manera que el cuerpo tenía bastantes partes carnosas.

Después de una buena cena, compuesta de carne de pterodáctilo, se acostaron turnándose en la guardia porque había que defender de los reptiles voladores que pudiesen llegar por allí la carne puesta a secar sobre las piedras.

Al día siguiente continuaron remontando el valle. Los viajeros iban cargados con provisiones de carne seca, de juncos azucareros y de combustible por miedo a no encontrar nada de ello en su camino. Efectivamente, el paraje iba haciéndose más desértico y más escasa la vegetación de los bordes del arroyo. No habían encontrado todavía roca sulfurosa y Kashtánov fundaba ahora todas sus esperanzas

en las montañas volcánicas de la parte alta del valle que, al cabo de una larga jornada, parecían ya muy próximas. Poco antes de llegar a ellas, el valle se estrechaba formando una garganta por donde los viajeros desembocaron en una hondonada situada al pie mismo de las montañas.

Para asombro de todos, en el fondo de la hondonada había un lago, bastante grande, de orillas rocosas cubiertas en algunos sitios de vegetación: pequeñas colas de caballo, helechos y juncos crecían por grupos en las partes menos abruptas de la orilla, alternando con rocas de poca altura. El lago ofrecía un buen emplazamiento para acampar y dejar la carga superflua a fin de subir a los montes en busca de azufre o rocas sulfurosas.

Una vez instalados a la sombra de los helechos, los viajeros quisieron bañarse en el agua oscura y quieta del lago, que parecía un gran espejo con marco de ébano incrustado de esmeraldas. Pápochkin, que se había desnudado antes que los demás, se lanzó valientemente de cabeza al agua, pero en seguida salió a la superficie y volvió precipitadamente a la orilla gritando:

- ¡El agua está que pela de caliente!

Los demás probaron el agua con la mano o con el pie y se convencieron de que el zoólogo tenía razón.

Gromeko sacó un termómetro de bolsillo, único instrumento que quedaba a la expedición, porque siempre lo llevaba consigo. Metido en el lago, marcó 40° C.

- ¡La cosa no es tan terrible! -dijo el botánico-. Cuarenta grados Celsius equivalen a treinta y dos grados Réaumur, o sea, la temperatura de un baño caliente que se puede soportar muy bien.

Sin embargo, como un baño caliente no hubiera sido muy agradable en aquella jornada tórrida, los viajeros se limitaron a lavarse afondo empleando como jabón un fino limo blanco que formaba una gruesa capa en el fondo del lago. El limo estaba todavía más caliente que el agua y parecía abrasar los pies hundidos en él. En cambio, hacía espuma como el jabón, sustituyéndolo perfectamente.

- Otra riqueza inesperada que está sin explotar en este país de maravilla -dijo Makshéiev, restregándose enérgicamente con el limo.

- En efecto, hay personas emprendedoras que montarían un enorme negocio. Llenarían los periódicos y las revistas con anuncios de este tenor aproximadamente:

El jabón medicinal de las entrañas de la tierra cura todas las enfermedades, desde el resfriado hasta el cáncer -dijo riendo Gromeko, siempre irónico respecto a las riquezas que despertaban el espíritu de iniciativa del antiguo buscador de oro.

- Hablando de las riquezas de Plutonia no se puede olvidar el reino animal -exclamó Pápochkin, que se secaba al sol después de lavarse-. Yo organizaría una sociedad anónima para la exportación de estos "fósiles vivos" con destino a los parques zoológicos y los museos de todos los países de la superficie de nuestro planeta. Semejante sociedad tendría mucho más éxito que todas las empresas mineras que se les ocurren a ustedes, ya que arriba hay oro, cobre y hierro en cantidades suficientes y en cambio no hay mamuts, plesiosaurios, ni pterodáctilos vivos.

- A mí me interesa este lago caliente -dijo Gromeko-. Ya me había dado cuenta antes de que el agua del arroyo estaba tibia, pero lo achacaba al calor que despiden ese valle desnudo de flancos negros. Ahora está claro que el arroyo recibe el calor de este lago.

- Nos encontramos sin duda al pie de antiguos volcanes -explicó Kashtánov-, y este lago tiene como afluentes manantiales termales que salen del interior aun caliente de los volcanes.

- Hay que dar la vuelta al lago y descubrir esos afluentes -declaró el zoólogo.

- Bueno, pues mientras se prepara la cena se ocupa usted de ello con Pápochkin en tanto nosotros hacemos una exploración hacia el volcán -propuso Kashtánov.

Una vez vestidos después del "baño", Makshéiev y él contornearon la extremidad occidental del lago donde nacía el arroyo, que se filtraba entre montones de rocas negras, y emprendieron la ascensión de unas colinas completamente desnudas, recubiertas de pedriza negra, que se alzaban al pie del volcán. Después de escalarlas, los exploradores se encontraron en el arranque de la primera montaña grande, en cuya vertiente abrupta podían distinguirse torrentes de lava que habían desbordado del cráter en épocas distintas y se había quedado condensada sobre la superficie formando ondas o bloques caóticamente amontonados.

Examinando los raudales más antiguos, cuya superficie era a veces amarilla, roja o blanca, Kashtánov explicó a su compañero que había allí ocre, amoníaco y azufre.

- ¡Aquí está el azufre que necesitamos! Sólo que en cantidad pequeña y difícil de recoger. Espero que dentro del cráter encontraremos más.

Trepando por los bloques de lava, los exploradores llegaron en una hora a la cima de la montaña. Era aplastada y, en el centro, se abría un boquete negro de paredes casi verticales.

- Este es el cráter, y de dimensiones bastante grandes.
- Desgraciadamente, no hay manera de descender a él.
- Vamos a dar la vuelta a su alrededor y quizá encontremos una bajada.

La cumbre de la montaña se componía también de bloques de lava endurecida. Desde ella se descubría un vasto panorama a un lado y otro. Al Norte, al pie de las montañas, extendíase el lago con su marco verde y negro. Tenía forma casi circular y quizá fuese también el cráter de un volcán más antiguo. Al Este y al Oeste descendían enormes raudales de lava que, poco a poco, se perdían en la superficie del desierto formando salientes y cadenas de rocas negras. Al Sur se alzaba otra montaña, algo más alta, que cerraba el horizonte. Debía ser el cono principal del volcán y estaba unida a la primera por un cuello estrecho y rocoso.

Los exploradores contornearon el cráter por el Oeste y se convencieron de que también allí era imposible descender a él. Entonces fueron por el cuello hasta la segunda montaña. Su cumbre tenía también un cráter profundo, pero desgarrado al Sudeste por una ancha brecha de la que descendía un gigantesco torrente de lava, sin duda producto de la última erupción del volcán.

Esta brecha del borde del cráter permitía descender a él sin mucho riesgo.

Ahora se descubría el panorama del Sur. En las inmediaciones del volcán principal se alzaban otros cuantos más bajos, de cráteres desmoronados, y tras ellos, hasta el horizonte, un idéntico desierto negro que parecía infinito.

- Efectivamente, desde aquí no se puede avanzar más hacia el Sur de Plutonia - constató Makshéiev clavando su mirada penetrante en la lejanía-. En cien kilómetros a la redonda no se ve más que piedra negra.

- Inútil hacer una excursión hacia esa parte -añadió Kashtánov-. En cuanto visitemos los volcanes y recojamos azufre, volvemos al hormiguero a recuperar nuestros bienes.

El panorama que descubrieron desde lo alto del volcán les produjo una impresión deprimente.

A los pies de los exploradores se extendía un macizo de montañas negras surcadas de grietas profundas, semejantes a arrugas y salpicadas de manchas amarillas, blancas y rojas como por el pincel gigantesco de un pintor inhábil. Y luego, alrededor, en todas direcciones, el desierto negro y liso, sin el menor indicio de vida, triste extensión que, bajo los rayos rojizos de Plutón, tenía un aspecto particularmente lúgubre.

- ¡Este reino de la muerte es más espantoso todavía que los desiertos helados del Polo! - exclamó Kashtánov.

- Es cierto, y si el espíritu del mal existiera no se le podría encontrar una residencia más adecuada -confirmó Makshéiev.

- Me ha dado usted una idea excelente. Vamos a llamar a este sitio el Desierto del Diablo.

-Y a estos volcanes, el Trono de Satán. Estoy viendo un cuadro siniestro: cuando Plutón sufre un eclipse y reinan las tinieblas rojizas, el espíritu del mal, semejante a un pterodáctilo gigante se escapa del cráter y vuela sobre estas montañas y este desierto, llenando el aire con sus Maullidos, se baña en las aguas del lago abrasador y, sobre estas albas rocas negras, descansa contemplando su reino...

Después de haber examinado aquella parte y señalado el sitio más cómodo para descender al cráter, los exploradores volvieron hacia el lago eligiendo el camino más recto desde el cono principal a fin de Seguirlo al otro día, cuando fueran los cuatro en busca de azufre.

Capítulo 37

DESCENSO AL CRÁTER DE SATÁN

Al día siguiente, los cuatro se dirigieron hacia el volcán principal, llevándose por si acaso una escopeta, algo de carne asada y juncos azucareros. El resto quedó cerca del lago, bajo la guardia de General, ya que la ausencia absoluta de animales en aquel desierto suponía una seguridad.

El camino atravesaba primero unos montículos negros y unas cadenas de lava endurecida, luego trepaba por la vertiente del volcán principal a lo largo del enorme torrente de lava que comenzaba en la brecha del cráter. Llegaron a ella al cabo de media hora y comenzaron el descenso por unos bloques de lava condensada que formaban una especie de escalera de gigantes.

El descenso duró media hora y les condujo al fondo del cráter, la una plataforma de barro seco, negro y resquebrajado, que antes debía estar recubierto por el agua de un lago desaparecido. Al otro lado de la plataforma se alzaba un muro perpendicular, profusamente veteado de blanco, amarillo y rojo. Fácil era reconocer en los depósitos amarillos azufre natural, cuyos cristales grandes y pequeños estaban incrustados en los intersticios de la lava o se extendían en fina capa sobre su superficie.

Con sus cuchillos de caza, los viajeros empezaron a raspar los depósitos y a desprender los cristales más grandes, guardando su botín en las mochilas. Cuando estuvieron llenas, habría en cada una alrededor de dieciséis kilos de azufre.

- Dieciséis kilos de azufre dan más de once mil litros de gas sulfuroso -declaró Kashtánov-. Por lo tanto, sesenta y cuatro kilos dan casi cuarenta y cinco mil litros. Creo que será bastante para el hormiguero.

- No podríamos llevar más -dijo Pápochnik-. Aun tenemos las escopetas y los víveres, y habremos de acarrearlo todo durante dos días.

- Algo se podría cargar sobre General -propuso Makshéiev-. Ahora está curado, lleva descansando hoy todo el día y es muy capaz de cargar con unos treinta kilos. De aquí al lago, cuesta abajo, ya nos arreglaremos para llevar esos treinta kilos. Conque, vamos a recoger más para tener bastante.

Después de tomar un bocado y de descansar un poco, los viajeros recogieron todavía treinta kilos de azufre, que Makshéiev metió en su camisa, anudada en forma de saco. En una de las grietas rasparon un puñado de sal común.

Mientras descansaban, Kashtánov se había recostado contra la pared del cráter y notó de pronto unos golpes recios que llegaban de la profundidad de la montaña.

"¿Será posible que no esté apagado el volcán?", pensó.

Pero, como no había hecho estudios acerca de los volcanes en actividad, no dio gran importancia al fenómeno y ni siquiera habló de él a sus compañeros.

Terminada de recoger la segunda porción de azufre, los cuatro hombres volvieron a sentarse para reposar un poco antes de trepar fuera del cráter y descender luego la pendiente del volcán con su fardo a cuestas. Kashtánov se acordó de los ruidos que había escuchado y pegó el oído a la roca. Los golpes eran ahora más netos y se notaba incluso un ligero temblor de las rocas.

- Quizá me equivoque -exclamó levantándose de un salto-, pero me parece que cuanto menos tiempo estemos aquí, mejor. Algún trabajo está efectuándose en el seno del volcán. ¿No preparará una erupción? Escuchen ustedes.

Los exploradores pegaron el oído a la pared del cráter y pudieron convencerse de la justeza de sus palabras.

- Es posible que la erupción no tenga lugar, o que se produzca dentro de un mes o de una semana, pero no respondo de que no ocurra hoy -declaró el profesor.

- Es cierto -aprobo Gromeko-. Conque no tenemos por qué estarnos en el fondo del cráter, sobre todo considerando que nos espera una subida bastante difícil. Habiéndose echado los pesados macutos a la espalda, los viajeros emprendieron la subida de la escalera gigante. Con el fardo, no fue tan rápida como la bajada y sólo al cabo de una hora se encontraron arriba. Al volver la cabeza se convencieron de que su apresuramiento había sido muy oportuno: del fondo del cráter ascendía una fina columna de humo al mismo tiempo que un olor a azufre y a cloro se extendía en el aire.

El estremecimiento de los muros del cráter se había acentuado tanto que se notaba bajo los pies. Había que apresurarse porque de un momento a otro podía comenzar la erupción haciendo volar el tapón de lava que obstruía la boca del cráter. Sin pérdida de tiempo, los exploradores emprendieron el descenso por el mismo camino

que habían seguido en la ascensión y, a las dos horas, se encontraban ya al borde del lago, donde General, después de haber pasado tanto tiempo solo, les acogió con ladridos y gritos de alegría.

Lo cierto es que el volcán no parecía tener prisa por iniciar su actividad. Sobre su cumbre se veía sólo una fina columna de humo pardusco que se alzaba verticalmente a enorme altura para dispersarse allí. Junto al lago no se escuchaban las sacudidas subterráneas y todo estaba en calma.

Cuando amontonaron los macutos de azufre con el resto de la impedimenta, Pápochkin descubrió que se había olvidado la escopeta en el cráter o en la cumbre del volcán, donde se habían detenido dos veces a descansar. Se lo comunicó a sus compañeros diciendo que iba a volver en seguida a buscarla.

- Aun tenemos tres escopetas y otra de repuesto en el hormiguero, de manera que podemos pasarnos sin la que se ha quedado allí y no hay por qué exponerse de nuevo a un peligro que hemos evitado -observó Kashtánov.

- Si el volcán no hace más que humear -insistió el zoólogo, que estaba encariñado con su escopeta, arma de dos cañones y tiro muy preciso, y al mismo tiempo se sentía molesto por su falta de memoria-. Mientras ustedes descansan, voy en una carrera.

- Ahora es imposible bajar al cráter del volcán humeante porque le asfixiarían los gases. Y como lo más probable es que se haya dejado usted la escopeta precisamente en el fondo del cráter, la empresa es de todas formas irrealizable -aseguraba Kashtánov.

- No. Según recuerdo, pienso que la dejé al borde del cráter antes de emprender la bajada a fin de no andar para arriba y para abajo con un peso inútil. Y, total, no es tan largo ni tan peligroso llegar de una carrera hasta el borde del cráter -repetía el zoólogo.

- La erupción puede comenzar de un momento a otro. Incluso no sé si es razonable que nos quedemos al borde de este lago hasta mañana, Quizá fuese mejor alejarse lo más posible del volcán.

Pero todos estaban rendidos de la subida y la bajada con aquel pesado fardo a la espalda. El aspecto del volcán no inspiraba grandes temores y el lago se encontraba a unos dos kilómetros del cráter en línea recta, o sea, a una distancia relativamente

grande, de manera que se podía considerar sus orillas fuera de un peligro directo. Por lo tanto, quedó decidido dormir al borde del lago con la esperanza de asistir por lo menos al comienzo de un fenómeno tan grandioso como la erupción de un volcán. Sin embargo, la calma no duró más que cuatro horas. Los exploradores fueron despertados por un horrible estrépito y sacudidas del suelo. Tenían la impresión de que habían sido arrojados al aire y volvían a caer en el lago.

Se pusieron en pie de un salto, lanzando a su alrededor miradas de espanto: el suelo temblaba bajo los pies y, al borde del lago, los árboles se doblegaban en todas direcciones.

La cumbre del volcán estaba envuelta en una tupida cortina de humo negro surcada, como si fueran relámpagos, por las piedras incandescentes que vomitaba el cráter. Había comenzado la erupción.

- ¿Dónde está Pápochkin? -exclamó Makshéiev al advertir que no eran más que tres.

- ¿No le habrá arrojado al lago la sacudida? Es el que más cerca estaba de la orilla - dijo Gromeko.

Pero la superficie del agua estaba cubierta sólo de pequeñas arrugas, debidas sin duda al temblor del suelo. No se veían olas concéntricas que denunciaran la reciente caída de un cuerpo pesado al agua, - ¿No habrá echado a correr, del susto, valle abajo?

- ¿Y no se habrá marchado, a pesar de todo, a buscar su escopeta al cráter? - sugirió Kashtánov.

Esta hipótesis pareció la más verosímil, porque el zoólogo se distinguía por ser bastante tozudo. Se conoce que había esperado la que sus compañeros estuvieran dormidos para subir al volcán.

Como las pesquisas y las llamadas en torno al lago no dieron ningún resultado, hubo que admitir que el zoólogo se había marchado a buscar su escopeta.

- Menos mal si no había llegado a la cima del volcán cuando ha comenzado la erupción - observó Kashtánov-. De lo contrario, habrá perecido.

- ¿Qué hacemos ahora? -exclamó Makshéiev-. A mi entender, debemos correr en su auxilio.

- Esperemos un poco más -propuso Gromeko-. Para ir y volver al fondo del cráter hay que contar de tres a cuatro horas de marcha. Si se puso en camino a las nueve, en cuanto nos quedamos dormidos, debe estar de vuelta dentro de media hora o una hora todo lo más.

- Y, entretanto, la marcha de la erupción del volcán nos dirá si es posible subir al cráter sin riesgo excesivo.

- ¡Pero es horrible esto de estarse aquí de brazos cruzados en lugar de correr a ayudar a nuestro compañero!

- En efecto, es horrible. Pero no podemos salvarle más que en el caso de que no haya llegado hasta el cráter del volcán y sólo esté herido por alguna piedra al caer. Ahora bien, si se encontraba en la cumbre o en el cráter en el momento de la explosión habrá perecido indudablemente, si no es a causa de las piedras, por efecto de los gases. Si intentamos llegar ahora hasta la cumbre no salvamos a nuestro compañero y, en cambio, ponemos en peligro el destino de toda la expedición. ¡Fíjense qué cuadro! Kashtánov había pronunciado las últimas palabras al ver una inmensa nube de vapor que se escapaba del cráter.

Capítulo 38

EL DESPERTAR DEL VOLCÁN

A los pocos segundos se escuchó un estruendo ensordecedor, como si la montaña se hubiera partido en pedazos o saltado en el aire. La nube se precipitó cuesta abajo, hinchándose desmesuradamente hacia arriba y hacia los lados y convirtiéndose pronto en un cúmulo cárdeno (cárdeno = adj. Color amarotado) en el que varias nubes se arremolinaban, se mezclaban y se retorcían en volutas, iluminadas por relámpagos deslumbradores. Este cúmulo descendía la vertiente a la velocidad de un tren y, a los pocos minutos, su extremo tocaba ya el pie del volcán mientras el borde superior giraba mucho más arriba de la cima.

- ¡Esto me recuerda enteramente la horrible erupción de la Montaña Pelada de la Martinica que, en mayo de 1902, destruyó en unos minutos la ciudad de San Pedro con sus veintisiete mil habitantes! -exclamó Kashtánov-. Esta nube, llamada nube ardiente o abrasadora, se compone de gases y vapores de agua muy comprimidos y recalentados, llenos de cenizas calientes y arrastra no solamente piedras, sino también enormes pedruscos.

- Felizmente para nosotros, no se ha dirigido hacia aquí, sino hacia el lado contrario; de otra forma, habríamos sufrido la misma suerte que los habitantes de San Pedro -observó Gromeko.

- En efecto, ha debido salir por la misma brecha del borde del cráter que hemos utilizado nosotros y por eso se ha dirigido hacia el Sudeste, siguiendo el último raudal de lava.

- ¿Qué ocurrirá ahora? -preguntó Makshéiev.

- Estas nubes ardientes pueden repetirse a ciertos intervalos, horas o días, y luego surge la lava.

- ¿Y no pueden las nubes siguientes tomar otra dirección que la primera y venir hacia nosotros, por ejemplo?

- Si la terrible explosión causada por la salida de la primera nube no ha cambiado la configuración del cráter, es posible que las demás sigan el mismo camino. En caso contrario, elegirán otro.

- Entonces, ¿también pueden venir hacia aquí?

- Naturalmente. Pero esperemos que no ocurrirá y que, de momento, nos encontramos aquí en una seguridad relativa.

Mientras hablaban, la nube, dispersándose en todas direcciones, había ocultado parte considerable de la vertiente Este, pero progresaba ya más despacio y crecía sobre todo en altura. Los tres viajeros contemplaban en silencio aquel espectáculo terrible y majestuoso.

De repente surgió Pápochkin detrás de la cresta de la colina más próxima situada al pie del volcán. Corría a toda velocidad, destocado, con los cabellos al aire, saltando por encima de los bloques que le cortaban el paso. Los demás se precipitaron a su encuentro, abrumándole a preguntas. Pero la carrera y la emoción no le dejaban hablar. Sólo después de haberse estado un rato tendido a la sombra de los árboles junto al lago y de haber absorbido unas tazas de té frío se recobró y pudo comenzar el relato:

- A pesar de sus consejos, había decidido ir a recuperar la escopeta al volcán, que me parecía poco peligroso. Esperaba dar con ella en alguno de los dos sitios donde habíamos hecho alto durante la ascensión o, por lo menos, en la cumbre. Aguardé a que estuvieran ustedes profundamente dormidos y a eso de las diez me puse en camino sin más equipaje que unos cuantos juncos. No encontré la escopeta en el emplazamiento de la primera parada y, como el volcán no acentuaba su actividad, seguí subiendo. Pero tampoco estaba la escopeta en el sitio del segundo alto. Había subido ya mucho y sólo me quedaba medio kilómetro hasta la cumbre. El maldito volcán apenas humeaba y no quería volver con las manos vacías.

Iba a llegar a la brecha del borde del cráter y me parecía ver ya la escopeta apoyada contra un bloque de lava, a unos cien metros delante de mí, cuando resonó de pronto un estruendo formidable y el volcán vomitó una masa de humo. Me detuve indeciso. Era peligroso continuar la ascensión, pero también me daba lástima volverme cuando una distancia tan escasa me separaba de la escopeta. Sin embargo, me sacaron de mi indecisión las piedras y las pellas de barro que se estrellaban contra el suelo. Llovían a mi alrededor, y una pella me dio en el hombro con tanta fuerza que lancé un grito. Ha debido hacerme un buen cardenal, porque apenas puedo mover el brazo. A cada instante era de esperar una nueva explosión y un bombardeo de piedras aún más grandes y más recalentadas. Me lancé cuesta

abajo a toda la velocidad que permitía el suelo irregular. Al medio kilómetro se produjo una nueva explosión, después de la cual el cono del volcán quedó envuelto en humo. Un embate del viento se me llevó el sombrero. A mi alrededor volvieron a caer piedras, y yo continué la carrera sin pararme. La última y terrible explosión se produjo cuando estaba ya casi al pie del volcán y me precipitó contra el suelo con tal fuerza que casi me disloqué los brazos. Al levantarme vi ese espantoso cúmulo y, en un último esfuerzo, reanudé mi carrera por miedo a que se me adelantara y me asfixiase.

- Ha evitado usted felizmente un horrible peligro -dijo Kashtánov cuando el zoólogo terminó su relato.

- Y, en castigo a su tozudez, ha perdido el sombrero y está rendido como un caballo de carga -añadió Gromeko.

- Alegrémonos de que haya vuelto nuestro compañero y veamos lo que nos conviene hacer ahora -observó Makshéiev.

- ¡Hay que alejarse lo más posible de este horrendo volcán! -exclamó Pápochkín.

- Pero, ¿es usted capaz de andar ahora? Sin haber reposado del cansancio de ayer le ha añadido uno nuevo. Acuéstese y duerma, que un par de horas siempre podemos esperar.

- ¿Y no sería, efectivamente, mejor alejarnos del volcán dos o tres kilómetros por lo menos? -propuso Makshéiev-. Su proximidad empieza a ser peligrosa, y nos encontramos justamente al pie del volcán.

Gromeko opinaba lo mismo. Quedó decidido retirarse por el desierto negro hacia la garganta donde la hondonada del lago daba nacimiento al valle del arroyo. Desde allí podrían asistir al desenvolvimiento de la erupción. Llenaron de agua un bidón y se echaron a la espalda el azufre y los víveres. Dos sacos fueron cargados sobre General, que primero protestó e intentó desprenderse de aquel fardo, pero luego se conformó y echó a andar lentamente junto a los hombres en vez de corretear de un lado para otro buscando alguna presa.

Desde la hondonada del lago, los viajeros subieron por los salientes de roca a la superficie del desierto negro y, al cabo de dos kilómetros de marcha, se detuvieron junto al sitio donde la garganta se ensanchaba para desembocar en el valle. La erupción parecía haberse calmado: la primera nube ardiente se disipaba, la cumbre

de la montaña había quedado limpia de la humareda, y del cráter ascendía solamente una fina columna de humo negro. Al examinar el volcán con los prismáticos, Kashtánov advirtió que la cumbre había experimentado ciertos cambios durante las primeras explosiones: el borde del cráter había descendido por la parte oriental y la cumbre parecía cortada al bias. (bias = m. Oblicuidad, sesgo.)

Acostados en torno a los sacos de azufre sobre la superficie desnuda del desierto, los viajeros se quedaron dormidos. A las tres horas les despertó una detonación formidable que les hizo fijar los ojos en el volcán. Otra nube siniestra brotó del volcán y se lanzó cuesta abajo, pero esta vez en dirección al Sudeste, hacia la hondonada del lago. Reloj en mano, Kashtánov medía la progresión de la nube, que se había convertido, igual que la primera, en un cúmulo cárdeno. Cuatro minutos después de la explosión, el cúmulo había llegado ya al lago, que disimuló a los ojos de los observadores.

- Avanza a la velocidad de un tren rápido: unos sesenta kilómetros a la hora - exclamó Kashtánov.

- ¡Menos mal que nos habíamos marchado de allí!

- Sí. La dirección del cúmulo ha variado casi ochenta grados, sin duda porque los bordes del cráter se han desmoronado.

- ¿Qué hubiera ocurrido si nos hubiésemos quedado junto al lago? -preguntó Pápochkin.

- Según las observaciones de la expedición enviada por la Academia de Ciencias Francesa para estudiar la Montaña Peleada en la Martinica, puedo asegurar que habríamos sido abrasados y asfixiados por el vapor saturado de cenizas que constituye la masa fundamental del cúmulo o aplastados por las piedras que transporta en gran cantidad. Incluso acarrea bloques de cuatro y hasta seis metros cúbicos a varios kilómetros de distancia. El cúmulo destruye todo a su paso - animales y plantas- y no deja más que un desierto, una extensión de cenizas ardientes, de piedras grandes y pequeñas, de troncos de árboles y cadáveres carbonizados.

- ¿Qué habrá sido del lago?

- Debe estar lleno de cenizas y de piedras; se habrá desbordado, convirtiendo por algún tiempo, probablemente breve, el arroyo que fluye de él en un torrente sucio y abrasador.

Justamente entonces, la nube ardiente que había pasado ya por encima de la hondonada del lago trepaba hacia el desierto negro a unos dos kilómetros del sitio donde se encontraban los viajeros. A pesar de la distancia, percibieron su hálito abrasador, poderoso torbellino de aire caliente, que les obligó a tenderse en el suelo tapándose la cara con las manos y la ropa. Así permanecieron alrededor de media hora empapados en sudor, hasta que se restableció el equilibrio en la atmósfera.

Cuando levantaron la cabeza, vieron sobre el desierto una larga y alta muralla de vapor blanco y gris que se extendía hacia un lado unos diez kilómetros desde el sitio donde estaban y alcanzaba una altura de mil quinientos metros. El aire continuaba siendo asfixiante y abrasador.

- Alejémonos sin más historias de este espantoso volcán -exclamó Gromeko-. ¿Quién sabe si no va a lanzar la descarga siguiente contra nosotros?

- Efectivamente, acabamos de ver lo difícil que es respirar incluso a dos kilómetros del cúmulo. ¡Me imagino lo que debe ser cuando le envuelve a uno por completo! Habiendo recogido todo el equipaje, los viajeros se dirigieron hacia el Norte, aproximándose poco a poco al valle del río, con la idea de descender a él en cuanto encontrasen un lugar adecuado. Pero cuando se acercaron al borde y miraron hacia abajo vieron que el apacible y límpido arroyuelo se había convertido en un torrente impetuoso de un color blanco sucio que, desbordado de su cauce, galopaba como loco por el fondo del valle destruyendo la vegetación de sus orillas.

- ¿Merece la pena bajar? -preguntó Kashtánov a sus compañeros-. Es más fácil andar por el desierto liso que por el fondo arenoso del valle. Y ahora, de todas formas, no se puede ya beber el agua sucia del arroyo.

Todos coincidieron en que más valía continuar andando por el desierto y no bajar hasta cerca de la desembocadura del valle, donde las vertientes estaban surcadas de barrancos. Marchaban junto al borde del precipicio y de vez en cuando se acercaban a él para mirar hacia abajo. Una o dos horas después de la segunda erupción, el impetuoso torrente comenzó a consumirse y, poco después, se agotó

por completo. Sólo se veía el cauce desnudo, árboles y arbustos descuajados, hierba pegada al suelo y recubierta de limo blanquecino.

- ¡El volcán se ha vengado de nosotros por haberle robando el azufre! -dijo en broma Makshéiev-. Ha destruido el arroyo para que nos muramos de sed.

- Es verdad -observó Gromeko-. Ahora vamos a pasarlo mal con el agua y tendremos que economizar nuestra reserva hasta encontrar otra fuente en los alrededores del hormiguero.

- Este puede ser un obstáculo para proceder inmediatamente al asalto del hormiguero. A pesar de lo cargados que iban y del calor tórrido del desierto negro, los viajeros hicieron una marcha forzada y sólo se detuvieron para dormir cuando bajaron al valle, cerca de su desembocadura y del hormiguero. Kashtánov y Makshéiev salieron de reconocimiento para estudiar minuciosamente la fortaleza de sus enemigos. Volvieron a subir a la superficie del desierto y tiraron hacia el Este por el borde del barranco desde donde se podía observar muy bien el hormiguero.

Era una especie de enorme túmulo de ramas y troncos secos compuesto de varios pisos. A ras del suelo se encontraban las entradas principales, orientadas hacia los puntos cardinales. No eran muy altas, pero sí bastante anchas para que pudieran pasar cuatro o cinco hormigas de frente. En aquellas entradas la animación era constante: unas hormigas salían en columnas para dirigirse hacia diferentes lados en busca de alimento; otras volvían, por parejas o solas, trayendo troncos y ramas, insectos muertos o vivos, larvas, ninfas, tallos de junco, y se metían con su botín en la fortaleza.

Los pisos superiores tenían también orificios en lugares distintos y a diferente altura. Pero sólo debían servir para la ventilación y quizá también para la salida de los defensores en caso de ataque enemigo. Estos eran ya más estrechos y más bajos que las entradas principales, de manera que las hormigas sólo podían pasar por ellos de una en una. En aquellos orificios aparecían igualmente de vez en cuando hormigas que salían a recorrer las cornisas del hormiguero, sin duda para inspeccionar si todo marchaba normalmente.

- ¿No será un obstáculo a nuestro plan esta abundancia de orificios? -preguntó Makshéiev-. Si el aire circula demasiado libremente por el hormiguero, el gas sulfuroso no tardará en salir sin producir su efecto.

- El gas sulfuroso es más pesado que el aire y sólo irá desplazándolo paulatinamente - contestó Kashtánov-. Además, los lugares más importantes del hormiguero, o sea, los depósitos de larvas, de huevos, de ninfas y de víveres se encuentran sin duda abajo y es posible que incluso en cámaras subterráneas. El gas sulfuroso penetrará allí primero, y únicamente después empezará a extenderse a los pisos superiores. Por otra parte, si vemos que el tiro es demasiado fuerte, siempre estamos a tiempo de obstruir parte de los orificios.

- ¿Y si pusiéramos azufre encendido en las aberturas superiores?

- Corremos el riesgo de incendiar el hormiguero. Porque, no teniendo ningún recipiente incombustible como braseros o sartenes, habríamos de colocar el azufre sobre la madera seca.

- Podríamos utilizar la cáscara del huevo de iguanodonte con la que hemos confeccionado nuestros platos y nuestra fuente provisionales.

- No tenemos más que cinco y los orificios son mucho más numerosos.

- Hay que procurar descubrir hoy otro huevo o un par de ellos y así podríamos fabricar una docena de tazones para quemar el azufre.

- ¡Es una idea! Como tenemos mucho tiempo por delante, haremos una excursión a los arenales donde las hormigas roban estos huevos.

Terminado el examen del hormiguero, Makshéiev y Kashtánov volvieron al campamento, donde expusieron el plan a sus compañeros.

Todos aceptaron trasladarse al día siguiente a las dunas de arena en busca de huevos, mientras Makshéiev y Kashtánov se dedicaban a triturar el azufre.

Capítulo 39

LA DESTRUCCIÓN DEL HORMIGUERO

Cuando volvieron los últimos grupos de insectos y la calma se estableció en el hormiguero, los exploradores se prepararon a cumplir su plan. En la jornada habían triturado todo el azufre entre dos piedras planas. Llenaron con él sus macutos y, llevando los platos de cáscara de huevo; se dirigieron todos hacia el hormiguero, donde cada uno de ellos debía colocar una porción de azufre delante de una de las entradas principales de manera que el gas penetrase en el interior. Después de prender fuego al azufre, había que cegar las salidas con troncos quitados de los muros y luego, por las cornisas exteriores, llegar hasta los orificios más próximos y colocar en ellos platos de azufre para intoxicar toda la parte inferior del hormiguero e impedir que los insectos se salvaran por arriba. A fin de que el azufre no se consumiera con excesiva rapidez en los tazones ni incendiara los troncos secos del edificio, había sido ligeramente humedecido. El plan fue realizado punto por punto y sólo en las entradas principales orientadas hacia el Sur y hacia el Oeste tropezaron inopinadamente Makshéiev y Gromeko con centinelas. Por suerte, las hormigas estaban adormiladas y las degollaron antes de que pudieran dar la alarma.

Los viajeros prendieron fuego al azufre y se apartaron con las escopetas preparadas para disparar contra las hormigas que quisieran escaparse. Al cabo de un cuarto de hora, en algunos orificios de los pisos más altos, donde no habían colocado azufre, aparecieron hormigas tirando de unos grandes paquetes blancos que debían ser las larvas.

Corrían con ellos por la superficie del hormiguero descendiendo; pero, antes de llegar al suelo, caían asfixiadas por las emanaciones del azufre que ardía junto a las entradas de abajo.

Sólo algunas lograron llegar hasta el suelo y se pusieron a apartar los troncos que cegaban tina de las entradas principales, calculando sin duda que así salvarían a sus compañeras que se ahogaban en el fondo. Pero estos salvadores inoportunos fueron abatidos de unos cuantos disparos. No apareció ningún otro insecto. Había perecido toda la población del hormiguero, sorprendida durante el sueño.

Cuando se hubo consumido el azufre y de todos los orificios salió un humo ligero y azulenco, prueba de que el hormiguero estaba lleno de gas, Pápochkin hizo una pregunta, muy natural. pero que hasta entonces no se le había ocurrido a nadie.

- ¿Y cómo entrarnos nosotros ahora ahí dentro? Porque los gases han hecho inaccesible el hormiguero también para nosotros por mucho tiempo.

- Vamos a desatascar los orificios inferiores para intensificar la entrada del aire y luego tendremos que esperar quizá unos días a que los gases vayan evaporándose - contestó Kashtánov.

- Es un aburrimiento aguardar tanto tiempo sin hacer nada -observó Makshéiev-. ¿No sería posible acelerar la ventilación de alguna manera?

- ¿Con qué? Encender hogueras no es posible por miedo a un incendio y no tenemos a nuestro alcance ningún dispositivo.

- Si lográsemos matar a un iguanodonte o un pterodáctilo grande -declaró el ingeniero-, yo fabricaría un fuelle con la piel.

- ¡Es una idea! Pero, ¿con qué vamos a hacer los tubos para llevar el aire al interior del hormiguero?

- ¿No servirían las colas de caballo? -sugirió Gromeko-. Los troncos son huecos y no habría más que perforar las paredes que separan las diferentes partes para hacer con ellos unos buenos tubos largos. Luego se los podría unir los unos a los otros.

- La necesidad agudiza el ingenio -aprobó Pápochkin-. Cada día me convengo más de que, igual que Robinsón, sabremos salir de todas las dificultades que nos depare el destino.

Incluso mejor que Robinsón -observó Kashtánov-, porque él estaba solo, mientras nosotros somos cuatro y, además, cada cual especializado en una rama distinta. Sería una vergüenza que, juntos, no lográsemos salir de cualquier situación difícil.

- ¡Bueno, pues manos a la obra! -exclamó Makshéiev-. Dos de nosotros irán de caza con General mientras los otros dos preparan los tubos. La materia prima está bien cerca, puesto que casi todo el hormiguero se compone de troncos secos de colas de caballo. Pápochkin y Gromeko volvieron hacia el campamento, desataron a General y después de haber trasladado más cerca del hormiguero la impedimenta que quedaba, se encaminaron hacia el Este siguiendo el lindero del bosque.

En cuanto a Makshéiev y Kashtánov, se dirigieron hacia el hormiguero, pero a unos veinte pasos de él, el acre olor del gas sulfuroso les produjo un acceso de tos y comprendieron que era imposible acercarse más.

- Habrá que aguardar todavía.

- Mientras tanto, vamos a buscar masilla para los tubos -propuso el ingeniero-. Después que ha pasado el impetuoso torrente provocado por la erupción del volcán, en el lecho del arroyo ha quedado mucho lodo blanquecino y pegajoso. Hay que traer cierta cantidad antes de que se seque.

Agarraron los macutos vacíos, descendieron al valle y, en unos cuantos viajes, trajeron un montón de barro que iba a servir perfectamente para lo que querían. Recubrieron el montón con los macutos y la ropa superflua a fin de protegerlo de los ardientes rayos de Plutón.

Luego se pusieron a rajar los troncos de colas de caballo utilizando sus cuchillos, unas cuñas y una piedra grande que les servía de martillo, para destruir las paredes que separaban las distintas secciones, después de lo cual volvían a pegar con barro las dos mitades del tronco y ataban en varios sitios por medio de juncos flexibles el tubo así obtenido.

De esta suerte fabricaron en unas horas una docena de tubos de unos seis metros de largo cada uno. Como los troncos eran bastante más delgados por arriba, no costaba trabajo unirlos introduciendo el extremo fino de un tubo, profusamente untado de barro, en el extremo ancho del siguiente.

Concluían este trabajo cuando volvieron los cazadores con una piel de iguanodonte. Makshéiev fabricó con los troncos más finos el armazón del fuelle que, una vez terminado, se colocó delante de una de las entradas principales del hormiguero. Por esa entrada fueron introduciendo los tubos preparados, uno tras otro, por el extremo fino y empalmándolos por el lado más ancho. Poco a poco, los doce tubos desaparecieron en el interior de la galería, de donde el gas escapaba aún en abundancia, obligando a los viajeros a interrumpir el trabajo para ir a respirar aire puro. El extremo ancho del último tubo fue adaptado y fijado sólidamente al fuelle: el ventilador improvisado estaba listo. Después de la cena empezaron inmediatamente a airear el hormiguero, trabajando por turno para que tres durmiesen mientras el cuarto hacía funcionar el fuelle.

Pronto comenzó a surtir efecto la ventilación: se aceleró la salida del gas por todos los orificios. Una tormenta que estalló de improviso, casi sin lluvia pero con mucho viento, les prestó una ayuda inesperada. Las ráfagas penetraban por los orificios del hormiguero, expulsando el gas de los pisos superiores.

A la mañana siguiente, los viajeros fueron a visitar el hormiguero provistos de antorchas que Gromeko fabricó con el tronco seco de una conífera muy resinosa. La galería por donde habían penetrado los tubos del ventilador descendía suavemente. Tenía más de dos metros de anchura, pero sólo metro y medio de alto, de manera que los hombres debían andar inclinados. Cerca de la entrada tropezaron ya con cadáveres de hormigas, asfixiadas por el gas en su huida. Cuanto más se avanzaba mayor era su número; pasada la extremidad de los tubos, tuvieron ya que abrirse paso apartando los cadáveres.

La galería terminaba en una vasta cámara central, donde convergían, igual que radios, las galerías de las tres entradas principales restantes. Esta cámara, excavada en el suelo a una profundidad de cuatro metros, tenía una cúpula cónica de troncos de colas de caballo, dispuestos muy ingeniosamente en radios como las vigas del techo de un circo. Entre las desembocaduras de las cuatro galerías principales se abrían en los muros de la cámara otras cuatro galerías, también radiales, pero inclinadas del centro hacia la periferia y cavadas enteramente en el suelo, que era de arena marina muy compacta alternada con capas de piedrecillas. En la cámara había verdaderos montones de cadáveres de hormigas, así como de larvas y ninfas que habían intentado salvar. Los exploradores tuvieron que trepar por encima de ellos.

Entraron al azar en una de las galerías subterráneas, tan baja como las de arriba, cuyo suelo estaba cubierto de cadáveres. Para no avanzar casi a rastras, los viajeros tuvieron que apilar los cadáveres a lo largo de las paredes, dejando un camino en el centro. A setenta pasos de la sala central esta galería terminaba en un pasillo circular de dos metros de alto, donde se podía andar de pie. El pasillo daba la vuelta al hormiguero y era su parte principal, ya que, a derecha e izquierda, había celdas de tamaño y destino diferentes: unas contenían las larvas blancas, acostadas en filas, semejantes a cadáveres de niños envueltos en sudarios; otras estaban llenas de ninfas muertas, aisladas o en montones: unos gruesos gusanos blancos

que parecían trozos de rollizos; en otras se encontraban los huevos de las hormigas, que hacían pensar en panes amarillentos. Las celdas destinadas a las futuras generaciones de hormigas estaban abiertas en la pared interior del pasillo circular, mientras en la pared exterior se encontraban los depósitos de víveres: montones de juncos azucareros, hierbas y tallos tiernos, insectos diversos como libélulas, escarabajos, gusanos y orugas, enteros o despedazados, cuyo olor pestilente no podía ser dominado siquiera por el del gas sulfuroso, mucho más sensible en aquella parte del hormiguero.

Después de haber visitado una serie de celdas a ambos lados del corredor, los exploradores descubrieron al fin, para gran alegría suya, los efectos que les habían sido robados. Todo estaba colocado en bastante buen orden en una de las celdas exteriores: la tienda de campaña, los cajones de instrumentos y de víveres, los sacos con la ropa de abrigo y la ropa interior, el hacha, la escopeta, la vajilla e incluso las muestras de mineral de hierro y de oro recogidas durante la primera excursión a las grietas de la orilla, que no habían sido guardadas aún en los sacos de las colecciones.

Sacaron la impedimenta en dos etapas: primero hasta la cámara central y luego fuera del hormiguero, al aire libre, que les pareció particularmente agradable después de haber pasado una hora bajo tierra, en una atmósfera que hacían apestosa los insectos en descomposición y los restos de gas sulfuroso.

Después de descansar un poco y de pasar revista a los efectos, entre los cuales la provisión de tabaco causó particular alegría a los fumadores, privados de él durante toda una semana, los viajeros quisieron visitar también los pisos superiores del hormiguero para tener una idea exacta de su construcción.

La parte que se alzaba sobre la tierra tenía como objetivo principal defender las partes subterráneas de la intemperie y los enemigos. Las galerías de esta parte, igualmente radiales, eran estrechas y bajas y, en cada piso, convergían hacia una pequeña cámara central. Los pisos comunicaban por pasillos cortos y muy inclinados.

Capítulo 40

NAVEGANDO HACIA EL OESTE

Después de la peregrinación por el desierto negro y los áridos contornos del hormiguero, donde aquellos últimos tiempos obtenían a duras penas un agua sucia de un agujero abierto en el lecho del arroyo desecado después de la erupción, los viajeros saludaron con alegría la costa. Se bañaron en las aguas límpidas del mar de los Reptiles, luego desenterraron las lanchas y reanudaron el viaje.

Kashtánov, que había reconocido aquella parte durante la excursión al volcán, no alimentaba casi ninguna esperanza en cuanto a la posibilidad de seguir el viaje hacia el Sur. Le parecía lo más probable que al Sur del mar de los Reptiles se extendía, sobre miles y miles de kilómetros, un desierto árido y sin agua en el que no podían aventurarse ni remotamente con los medios de que disponía la expedición.

Sin embargo, era interesante y útil investigar todo lo posible el extremo o la prolongación occidentales del mar.

Navegaron a lo largo de la orilla, bordeada de enormes dunas estériles, que los viajeros conocían suficientemente después de la excursión al volcán. Por eso no hicieron ningún alto mientras duraron los arenales, que ocupaban en la orilla una extensión de veinticinco kilómetros. En aquella parte el mar era poco profundo y en algunos sitios se distinguían, a través del agua, unos grandes bajíos rojizos que tenían que contornear alejándose de la orilla. Cerca de la orilla no había ni plesiosaurios ni ictiosauros, que preferían las aguas más profundas. En cambio, entre los bajíos abundaban los peces pequeños, al amparo allí de los carnívoros, que en otros sitios del mar los exterminaban sin piedad. En algunos lugares, el fondo del mar estaba cubierto de frondosas y variadas algas que proporcionaban al botánico y al zoólogo un abundante botín. El zoólogo se interesaba sobre todo por los erizos y las estrellas de mar y los moluscos, braquiópodos, gastrópodos y lamelibranquios que pululaban en las matas submarinas.

Por fin terminaron los arenales de la orilla, dando paso a una estrecha franja de colas de caballo, helechos y palmeras. Nuestros investigadores hicieron allí alto para la comida y luego reanudaron la travesía. Los bajíos se multiplicaban y surgieron

incluso islas anegadizas, cubiertas de pequeñas colas de caballo y de juncos. Las dunas continuaban retrocediendo y sus crestas rojizas desaparecían ya casi detrás del bosque de la orilla. Las islas eran cada vez más numerosas y el mar recordaba ahora un ancho y apacible río dividido en varios brazos. Incluso el agua no era ya apenas salada.

- Se conoce que desde el Oeste desemboca en el mar un gran río y hemos entrado ya en su estuario -observó Kashtánov.

- En efecto, no hay resaca ya por aquí; de modo que tampoco hay playa, tan cómoda para montar la tienda -dijo Makshéiev.

- Tendremos que dormir en la espesura, entre nubes de insectos -lamentóse Pápochkin.

Efectivamente, los insectos habían aparecido en abundancia. Sobre el agua y la vegetación de las islas revoloteaban las libélulas multicolores, perseguidas a veces por pequeños pterodáctilos. Entre las colas de caballo y los juncos zumbaban unos mosquitos gigantescos, emitiendo un ruido que se escuchaba a varios metros. Por los tallos trepaban enormes escarabajos, negros, rojos y bronceados, que a veces caían sal agua, donde se debatían tratando de aferrarse a las hojas pendientes.

Los viajeros navegaron todavía unas horas entre la costa baja meridional, erizada de un bosque inextricable y un laberinto de pequeñas islas que tampoco ofrecían un sitio adecuado para acampar.

No quedaba más remedio que descansar un poco en las propias lanchas amarradas a la orilla y tomar un bocado en frío, ya que carecían enteramente de combustible.

A todos abatía la perspectiva de la lucha interminable a sostener con los mosquitos.

Un pequeño incidente reanimó a los viajeros. Navegaban muy cerca de la vegetación de un islote, que inspeccionaban atentamente con la esperanza de encontrar algún tronco seco entre el verdor interminable de las colas de caballo y los pequeños helechos.

- ¡Qué bien! -exclamó de pronto Gromeko cuando, después de doblar un cabo, descubrieron un nuevo trozo de la orilla-. Miren qué hermoso tronco, asoma sobre el río, como si lo hubieran preparado para nosotros.

Era cierto. Un grueso tronco de color verde pardusco sobresalía más de los metros por encima de la espesura: sin duda, el tronco de una gran cola de caballo

derribada durante la tormenta. Los hombres remaron con energía y dirigieron las embarcaciones hacia el borde de la vegetación.

Makshéiev estaba de pie en la proa con un bichero y Gromeko con una cuerda para lanzarla al tronco y tirar de él hacia la barca. En efecto, arrojó hábilmente la cuerda, a la que había fijado un peso, y que fue a enrollarse varias veces en torno al tronco. Pero el tronco describió entonces una elegante curva y desapareció en la espesura con la cuerda que, de la sorpresa, había soltado el botánico. Las colas de caballo y los helechos crujían y se agitaban lo mismo que si un cuerpo voluminoso pasara por entre ellos.

- ¡Valiente tronco! -exclamó riendo Makshéiev, que había tenido tiempo de distinguir la pequeña cabeza que remataba un largo cuello. Gromeko quería agarrar un reptil con lazo. ¿Por qué ha soltada la cuerda? Había que tirar de la presa hasta la barca.

- ¿Era un cuello de reptil lo que le ha parecido a usted un tronco? ¡Ja, ja, ja! - gritaron riendo Pápochkin y Kashtánov.

- Como estaba completamente quieto y el cuerpo oculto en la espesura... -trataba de justificarse el botánico confuso.

Los demás seguían riendo a carcajadas.

- No debían ustedes reírse de mí -acabó enfadándose Gromeko-. Puedo recordarles que también ustedes han sufrido confusiones semejantes. Ha habido quien ha confundido a los mamuts con colinas basálticas y quien ha cabalgado a un gliptodonte, al que había tomado por una roca y al que se disponía incluso a taladrar con un escoplo.

Estos recuerdos aumentaron la alegría general y, finalmente, también Gromeko se echó a reír.

Habían olvidado el cansancio, los mosquitos y la falta de combustible y evocaban todos a la vez las curiosas aventuras vividas durante su viaje.

Cuando se aplacaron las risas, Makshéiev prestó oído y dijo:

- Delante de nosotros debe haber un mar libre, por que escucho la resaca.

Los remeros se inmovilizaron para escuchar también: en efecto, del Oeste llegaba un rumor confuso.

- Pues vamos a darnos prisa. Donde hay resaca encontraremos también un sitio adecuado para acampar y combustible para el fuego.

- Pero antes debemos llenar de agua los bidones, puesto que aquí es potable. De lo contrario, tendremos que buscar otra vez algún arroyo -observó Gromeko.

Siguiendo este sabio consejo, los viajeros llenaron de agua todos los recipientes vacíos, luego empuñaron animosamente los remos y, a la media hora, desembocaban del laberinto de islas a una vasta superficie de agua. Las orillas se separaban y, al Oeste, el mar iba a perderse en el horizonte. En la orilla meridional volvió a aparecer la ancha playa desnuda en la que montaron la tienda.

Este segundo mar, unido al primero por un angosto y largo estrecho con islas y bajíos, era idéntico al anterior.

En la orilla septentrional no se veía más que la franja verde del bosque, mientras en la meridional, detrás de la vegetación, se extendían los oscuros precipicios de la meseta. Las libélulas revoloteaban sobre las aguas y los pterodáctilos giraban con silbidos y gritos estridentes; de vez en cuando asomaban el cuello y la cabeza de algún plesiosauro.

- ¿No nos habremos extraviado en el laberinto de islas y estaremos otra vez en el mar de los Reptiles? -preguntó Pápochkin cuando empezaron a hablar de la asombrosa semejanza de ambos mares.

- El parecido, desde luego, es muy grande. Pero no olvide usted las dunas de la orilla meridional. Si por equivocación hubiésemos vuelto hacia el Este, porque orientarse por este Plutón, siempre en el cenit, es imposible, habríamos tenido que navegar bastante tiempo a lo largo de las dunas -dijo Kashtánov.

- Pero al Sur no se ve ningún río que pudiésemos remontar para adentrarnos más en esa dirección -se lamentó Gromeko.

- ¡Paciencia! No sea usted pusilánime. No hemos hecho más que entrar en este mar, y ya se está usted quejando.

Efectivamente, la paciencia de los exploradores fue puesta a prueba. A la mañana, siguiente, navegaron varias horas sin que cambiase el carácter de la costa meridional: el mismo bosque ininterrumpido y, detrás, los mismos precipicios de la meseta. El viaje se hacía aburrido. Los plesiosaurios, los pterodáctilos y las libélulas eran ya fenómenos tan corrientes que no les hacían más caso que a los cisnes, los

cuervos o los escarabajos encontrados sobre un río de la superficie terrestre. Únicamente los ictiosauros rompían a veces la uniformidad y obligaban a los remeros a empuñar las escopetas cuando el ancho lomo verdoso o la horrible cabeza de este espantoso carnicero surgían de pronto demasiado cerca de las embarcaciones.

Capítulo 41

SUPERMONSTRUOS

Así transcurrió la mitad del día, y los viajeros empezaban ya a buscar con la mirada sobre la orilla un lugar provisto de combustible para hacer el alto de la comida. Por la mañana habían pescado muchos peces y querían freírlos los ahora.

- Miren: allí delante hay unos montones de troncos en la orilla -exclamó por fin Makshéiev.

Orientaron las embarcaciones para acercarse gradualmente a la orilla y remaron con energía en previsión de un sabroso almuerzo.

Pero cuando los troncos no estuvieron más que a un centenar de metros, Kashtánov exclamó al fijarse mejor:

- ¡No son troncos, sino unos animales enormes, muertos o dormidos!

- ¡Cuidado! Vamos a alejarnos de la orilla -gritó Makshéiev al ver que rebullía aquel montón.

Las lanchas se detuvieron a unos doscientos pasos y los remeros contemplaron con asombro y horror la orilla, donde cuatro monstruos estaban acostados el uno junto al otro sobre la arena. Los cuerpos sobresalían en la playa a cuatro metros de altura, semejantes a largos túmulos. Por el lomo corría una cresta estrecha y aplastada, pero sin placas ni pinchos como en el estegosauro, sino absolutamente lisa y probablemente desnuda. Sus flancos, de color de arena y con largas y estrechas franjas paralelas, les hacían parecerse de lejos a un montón de troncos apilados.

Incluso desde tan cerca era difícil creer que no se tratase de cuatro montones de troncos, sino de unos animales gigantescos de lo menos quince a diecisiete metros de largo. Pero aquellos montones se hinchaban al respirar, a veces se estremecían y agitaban las colas en el agua, levantando un ligero oleaje en su superficie unida.

- ¿Qué haríamos para obligarles a levantarse? -dijo Pápochkín-. Habría que examinarlos detalladamente y hacer alguna fotografía.

- Mandarles unas cuantas balas explosivas no costaría nada -replicó Makshéiev-, pero la cosa podía terminar mal para nosotros. Si estos monstruos se enfurecen y nos atacan, pueden engullirnos en un instante.

- Pero, ¿son carnívoros o herbívoros? -preguntó Gromeko-. De lo que se trata, indudablemente, es de reptiles colosales.

- No creo que sean carnívoros -dijo Kashtánov-. Los carnívoros no han alcanzado nunca semejantes dimensiones. Necesitarían una cantidad demasiado grande de alimento animal, y la naturaleza, en este aspecto, observa cierta economía. Recuerden ustedes que los animales más voluminosos de los tiempos modernos -los elefantes, los rinocerontes, los hipopótamos y las ballenas no son carnívoros.

- ¡Entonces, se les puede dar caza! Fíjense ustedes cuánta carne: se podría alimentar a un batallón entero -declaró el botánico empuñando la escopeta.

- Aguarde un poco -intervino Kashtánov-. Aun suponiendo que no se trate de carnívoros, no sería razonable enfurecerlos: pueden lanzarse sobre nosotros y hundir las embarcaciones como si fueran cascarones de nueces.

- ¿Y si disparamos al aire o les lanzamos una perdigonada para que se muevan? - insistía Gromeko-. A estos gigantes los perdigones no iban a hacerles más efecto que las cosquillas.

- Bueno, pero vamos a colocar primero las barcas frente a ellos, a cien metros por lo menos de la orilla. Si se trata de animales terrestres, no se adentrarán tanto en el agua. Cuando las embarcaciones estuvieron frente a los monstruos, que continuaban tranquilamente acostados, Gromeko les soltó una doble perdigonada. El ruido del disparo, multiplicado por el eco del bosque o los perdigones, hicieron levantarse a los animales.

Los monstruos agitaron de una manera extraña sus largos cuellos, terminados por unas cabezas de dimensiones ridículamente pequeñas en comparación con el cuerpo inmenso, aunque alcanzaban los setenta y cinco centímetros de largo, y luego echaron a correr pesadamente siguiendo la orilla con torpe oscilación. Comparadas al cuerpo macizo, tenían las patas cortas y débiles.

- Creo que son brontosaurios, los reptiles herbívoros más grandes del período jurásico superior, desaparecidos muy pronto de la superficie de la tierra a causa de su estructura mal equilibrada y la ausencia de órganos defensivos -dijo Kashtánov.

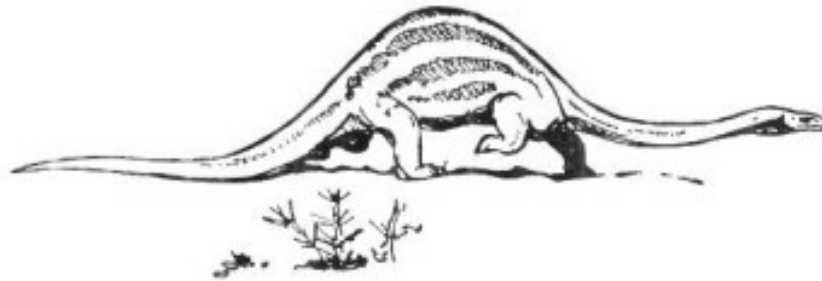
- ¿Quién podría atacar a estos colosos que miden lo menos quince o dieciocho metros de largo por cuatro de alto? -preguntó Makshéiev.

- Pues se conoce que, a pesar de esas dimensiones, los carnívoros, los ceratosaurios, por ejemplo; pueden degollar fácilmente a uno de estos monstruos, sin hablar ya de la destrucción de los huevos y de los pequeños.

- Al parecer, tampoco en Plutonia son numerosos -observó Pápochkin.

- Hemos visto ya muchos iguanodontes, pterodáctilos, ictiosauros y plesiosaurios, pero es la primera vez que encontramos animales de éstos. Y como son asustadizas, Propongo acercarnos más a la orilla para que la fotografía sea mayor.

Los reptiles huían hacia el Oeste, o sea en la misma dirección seguida por nuestros viajeros y, al cabo de medio kilómetro se detuvieron. Por eso, las embarcaciones volvieron a encontrarse pronto frente a ellos al acercarse a la orilla. Pápochkin sacó dos fotografías y, cuando preparaba la tercera, rogó al botánico que hiciera un disparo para retratarlos en su carrera torpota.



Pero esta vez la perdigonada disparada desde muy cerca produjo otro efecto. En lugar de reanudar su carrera a lo largo de la orilla, los monstruos se precipitaron al mar atropellándose y levantando enormes olas y verdaderos surtidores de salpicaduras que llegaron hasta los imprudentes navegantes. Gromeko, que estaba de pie en la lancha, fue inundado de pies a cabeza, perdió el equilibrio y cayó al agua con escopeta y todo. Pápochkin apenas tuvo tiempo de esconder el aparato fotográfico bajo la chaqueta, presentando valerosamente la cabeza a la ducha fría. Kashtánov y Makshéiev, que iban sentados en la Arca de las embarcaciones y felizmente no habían soltado los remos, tuvieron que hacer enormes esfuerzos para mantenerlas de proa a las olas que acudían a ellas, amenazando con llenarlas de agua y hundirlas.

Si los monstruos se hubieran dirigido en línea recta hacia las barcas, la muerte de los viajeros habría sido inevitable, quedando arrollados y ahogados con toda su impedimenta bajo el empuje de los cuerpos gigantes, ya que en aquel sitio la profundidad era de dos metros; pero los reptiles corrieron en línea oblicua, como si no advirtiesen a los hombres, y sólo se detuvieron cuando el agua recubrió sus cuerpos y parte considerable del cuello. Sobre la superficie del mar agitado no asomaban más que cuatro horribles cabezas, que giraban hacia todas partes como si tratasen de descubrir a sus extraños adversarios o la causa de todo aquel ajeteo. Mientras tanto, Gromeko había emergido ya y se dirigía a nado hacia las lanchas, que las olas habían hecho derivar un poco del lugar de la catástrofe. Al caer no había soltado la escopeta, que ahora mantenía sobre su cabeza, aferrándose al borde de una de las barcas hasta que sus compañeros le ayudaron a salir del agua. Naturalmente, estaba empapado, igual que el contenido de sus numerosos bolsillos: el cuaderno de notas, el reloj, el instrumental médico, la tabaquera; había perdido la pipa y juraba contra los culpables de la aventura.

- Tenemos que atracar -declaró al fin, cuando hubo exhalado toda su indignación-. Por mucho calor que dé Plutón, los instrumentos se pondrán roñosos si no los enjugo inmediatamente y todas las notas se perderán si no seco el cuadernillo cerca del fuego.

- ¿Y los brontosaurios? -dijo Pápochkin asustado-. Cuando nos instalemos en la orilla pueden salir del agua para entablar con nosotros relaciones más estrechas.

- Pues sería una ocasión para fotografiarlos de cerca.

- ¡Muchas gracias! Como se les ocurra ponerse a jugar cerca del campamento, tendríamos que escapar al bosque y buscar refugio en los árboles...

- Yo pienso -observó Kashtánov- que estos monstruos son muy miedosos y bastante estúpidos. No constituyen ningún peligro para nosotros, siempre que tengamos más precaución. Vamos a atracar y preparamos el almuerzo mientras los observamos. Desembarcaron en la orilla, recogieron combustible en el lindero del bosque y se pusieron a preparar el almuerzo con miradas desconfiadas hacia los brontosaurios, que continuaban en el mismo sitio, metidos en el agua, sin atreverse a salir a tierra.

- Se conoce que estos animales no saben nadar -observó Pápochkin-. Se refugian en el agua para escapar a sus enemigos terrestres, y probablemente no saldrán mientras estemos aquí.

En tanto se freía el pescado, Gromeko extendió su ropa sobre la arena para que se secase a los rayos de Plutón y, con el traje de Adán, se dedicó a secar los instrumentos y el cuadernillo de notas. Después del almuerzo se acostaron sobre la arena, observando a los monstruos, que no se movían de donde estaban. Luego, reanudaron la travesía en la misma dirección. A los pocos kilómetros, la orilla meridional empezó a desviar sensiblemente hacia el Sur, pero un cabo bastante largo, cubierto de bosque, que se encontraba delante de ellos, interceptaba la vista. Después de doblar el cabo quedó defraudada su esperanza de que el mar se prolongase hacia el Sur y les permitiera continuar en las barcas el viaje al interior de Plutonia. El mar formaba sólo un gran golfo, cuya orilla se divisaba a pocos kilómetros.

Como era posible que algún río considerable desembocara en el Sur, decidieron remar en aquella dirección. Una hora más tarde llegaban a la costa meridional y vieron que, en efecto, había allí un río aunque pequeño. Sin embargo, podía intentarse por él una excursión al interior de la región que una tupida muralla de árboles separaba aquel lugar de la costa. Por eso eligieron un sitio para el campamento en la desembocadura del río. Quedó decidido que solamente dos de ellos harían la excursión mientras los otros dos se quedaban al cuidado de la tienda, ya que la triste aventura ocurrida al borde del mar de los Reptiles había demostrado que era peligroso dejar la impedimenta bajo la sola guardia de General. En aquellos parajes de la orilla meridional podía también haber hormigas, aunque estuviese bastante alejado del hormiguero destruido.

Capítulo 42

EL BRULOTE DE KASHTÁNOV

Provistos de víveres, de ropa de repuesto y de municiones por si la excursión se prolongaba unos cuantos días, Kashtánov y Pápochkin remontaron el río en una de las lanchas. Como la profundidad era escasa y la corriente bastante rápida, sustituyeron los remos por unos bicheros con los que empujaban la embarcación clavándolos en el fondo. Una alta muralla de árboles enmarcaba ambas orillas del cauce estrecho. En algunos lugares, las colas de caballo, los helechos y las palmeras inclinados sobre el agua juntaban casi sus cumbres y el río fluía bajo una alta bóveda verde, a través de la cual apenas penetraba la luz.

En esos sitios reinaba una semioscuridad y hacía fresco. La embarcación se deslizaba suavemente y sólo se escuchaba el susurro del agua bajo la proa y el crujido de los bicheros al clavarse en el fondo de piedra.

Cuando el corredor verde se ensanchaba, revoloteaban libélulas, zumbaban sordamente unos gruesos escarabajos y el viento suave hacía murmurar las grandes hojas de las palmeras y las ramas de los helechos y agitaban las colas de caballo.

A los pocos kilómetros, los muros verdes retrocedieron bruscamente descubriendo un vasto calvero que el río atravesaba por el centro. El suelo estaba cubierto de una vegetación. escasa y menuda: matas de una hierba áspera de varias clases.

- ¿No comenzará este río cerca del grupo de volcanes que hemos explorado ya? - dijo Pápochkin.

Es posible -manifestó Kashtánov, de acuerdo con el zoólogo-. En ese caso, no nos queda nada que hacer. Aunque la abundancia de agua del río hace esperar que su curso superior se adentre mucho más en el desierto negro.

Los exploradores recorrieron tres kilómetros: más; atravesando el calvero. En un sitio donde el río se estrechaba vieron un tronco bastante grueso tendido de una orilla a otra, pero a tan escasa altura que la barca no podía pasar por debajo:

- ¡Cualquiera diría que alguien ha hecho este puente a propósito! -dijo riendo el zoólogo-. De todas formas, hay que atracar a la orilla y quitar este obstáculo.

- Efectivamente, parece un puente -exclamó Kashtánov cuando, al acercarse más, vieron que no se trataba de un tronco solo, sino de tres, cuidadosamente tendidos el uno al lado del otro.

- Tiene usted razón. No es posible que esto sea obra del agua -confirmó Pápochkin-. Pero, si es un puente; ¿quién lo ha construido? ¿Existirán seres humanos en este país jurásico? ¡Sería muy interesante!

- En el período jurásico no había mamíferos superiores, como usted sabe. Incluso las aves estaban representadas sólo por formas intermediarias de los reptiles.

- ¡No van a ser reptiles los que han construido el puente!

- Se olvida usted de las hormigas. Esos seres, con la inteligencia suficiente para construir complejas viviendas conforme a un plan determinado, son muy capaces de hacer un puente, ya que no saben nadar y le temen al agua.

- ¡Tiene usted razón! Y ahí está el hormiguero de esos malditos insectos -exclamó Pápochkin señalando hacia el Oeste.

En aquella dirección se levantaba un enorme hormiguero exactamente igual al que habían destruido los viajeros.

Arrojar al agua los troncos secos y ligeros de las colas de caballo fue cosa de unos instantes, después de lo cual los viajeros regresaron a la lancha con el fin de proseguir el viaje. Para gran sorpresa suya encontraron ya un intruso en la barca: una hormiga estaba husmeando en su equipaje mientras otra permanecía en la orilla.

- ¡Pero si ya están aquí estos demonios! ¡Y hemos dejado las escopetas en las lanchas!

- Coja usted el cuchillo, y vamos a atacar primero a la que está en la orilla, yo por delante y usted por detrás.

Corrieron hacia la hormiga que, al ver a sus adversarios, se puso en guardia respaldándose en un arbusto. Mientras Kashtánov la distraía amenazándola con el cuchillo, Pápochkin se inclinó por encima del arbusto y partió al insecto en dos.

Pero el zoólogo no había visto a la hormiga de la barca saltar rápidamente a la orilla. Acercándose por detrás le mordió en una pantorrilla, arrancándole un grito de dolor y de sorpresa.

Kashtánov corrió en su auxilio y mató también al otro insecto, pero le costó trabajo liberar a su compañero: tuvo que cortar la cabeza de la hormiga en varios pedazos. La mordedura, hecha por el insecto a través del grueso calcetín de lana, no era profunda, pero el veneno hacía rápidamente efecto y el entumecimiento y la hinchazón empezaban a manifestarse en la pierna.

- Siéntese usted en el suelo mientras traigo el amoníaco y las vendas del botiquín - dijo Kashtánov.

- No, Ayúdeme a bajar a la barca. Mire lo que viene por detrás.

Atravesando el calvero, acudían rápidamente a ellos unas veinte hormigas; si continuaban allí unos instantes, tendrían que entablar un combate desigual. Kashtánov agarró por debajo de los brazos al zoólogo, que arrastraba la pierna, le ayudó a bajar la pendiente y meterse en la lancha, a la que luego saltó él, y se alejaron de la orilla justo en el momento en que llegaban las hormigas.

No había ni que pensar en proseguir la excursión: una de los remeros yacía en el fondo de la barca gimiendo de dolor y las hormigas inquietadas podían perseguir a la barca, que avanzaba con excesiva lentitud en contra de la corriente, impidiéndole atracar a la orilla. Por eso, sin más reflexiones, Kashtánov volvió la barca en el sentido de la corriente y empuñó los remos. Procuraba mantenerse en el centro del río para evitar el ataque de los insectos. Pápochkin se descalzó a duras penas la pierna herida y sacó el amoníaco y las vendas. La pierna estaba ya hinchada, roja, y cada movimiento le producía un fuerte dolor.

Media hora más tarde, la lancha había llegado al borde del bosque que enmarcaba el calvero por el Norte y lo separaba del mar. No se veía a los enemigos, y Kashtánov hizo alto para instalar mejor al herido. Extendió los impermeables en el fondo de la barca y acostó a Pápochkin sobre ellos; luego buscó una camisa de repuesto y, habiéndola mojado en el yagua fresca, la aplicó como compresa en el sitio de la mordedura. Así se calmó un poco el dolor y el zoólogo se quedó traspuesto. Después de descansar un poco, Kashtánov reanudó su camino.

Antes del comienzo de la bóveda de verdura, el río hacía un pequeño recodo. Cuando la lancha lo dobló, Kashtánov vio delante de él un espectáculo que le hizo estremecerse. Remando rápidamente empujó la barca hacia la orilla, donde se aferró a los arbustos para inmovilizarla y ocultarla a los ojos de los enemigos.

Las hormigas estaban cerca: varias decenas se afanaban en la margen izquierda, donde empezaba el corredor. Cortaban con las mandíbulas los troncos de las colas de caballo que crecían cerca del agua y los lanzaban luego al río para hacer una barrera que no pudiese trasponer la lancha. Estaba bien claro que querían cortar la retirada hacia el mar a sus enemigos bípedos. La situación se hacía desesperada: Kashtánov y el zoólogo herido no se hallaban en condiciones de superar el obstáculo defendido por numerosos insectos. "Una sola mordedura que me hicieran en esa lucha desigual -pensó Kashtánov bastaría para dejarme fuera de combate lo mismo que a Pápochkin".

"¿Dar media vuelta y remontar el río? Pero también allí pueden atacarnos las hormigas tarde, o temprano. De todas formas, el río sigue siendo el único camino para huir de sus dominios. Hay que pasar a toda costa. Quizá las espanten unos cuantos disparos; pero, ¿y si no se asustan? Matarlas a todas es imposible. Se ocultarán en el bosque y, cuando empiece a destruir la barrera, nos atacarán por bandadas", pensaba Kashtánov.

La situación llegaba a ser desesperada, cuando se le ocurrió de pronto a Kashtánov una idea que parecía prometer la victoria, siempre que se la ejecutase inmediatamente. Dedicadas por entero a su trabajo, las hormigas no habían advertido la lancha, acogida a los arbustos de la orilla: Por eso, evitando los movimientos bruscos, Kashtánov retrocedió poco a poco río arriba, aferrándose a los matorrales, para volver detrás del recodo del río, donde la margen le ocultaba enteramente a los insectos. Allí comenzaba el bosque en el que había abundancia de troncos secos de colas de caballo y de ramitas en general. Kashtánov atracó, ató la lancha donde dormía el zoólogo, echó al río unos cuantos gruesos troncos, los sujetó rápidamente con tallos flexibles de los matorrales y luego levantó sobre esta balsa un enorme montón de ramas, tallos y troncos secos, entremezclándolos con ramas verdes de colas de caballo y tallos de juncos.

Una vez hecho el montón, Kashtánov volvió a la lancha y dejó que siguiera la corriente mientras empujaba por delante la balsa, sujeta a una larga pértiga, que los ocultaba enteramente a la vista de los enemigos. Pasado el recodo, el río fluía en línea recta hacia el lugar donde las hormigas estaban levantando la barrera, que se encontraba unos, cien metros de allí. Kashtánov atrajo la balsa, prendió fuego al

montón de leña y siguió descendiendo el río con la balsa por delante. El fuego se incrementaba, apoderándose de la madera seca, mientras las ramas verdes, colocadas en capas entremedias, daban un intenso humo negro.

Cuando la embarcación y la balsa estuvieron a un centenar de pasos del obstáculo, Kashtánov dejó que la balsa siguiera la corriente mientras él empuñó la pértiga para inmovilizar la lancha en el centro del río. La hoguera gigantesca se dirigió hacia el obstáculo, donde se detuvo, envolviendo en torbellinos de humo lacre y alcanzando con sus llamas a los insectos que allí se afanaban. Parte de las hormigas cayó al agua, unas quemadas y otras asfixiadas, en tanto las demás huyeron a la orilla y se agruparon allí, sorprendidas por el insólito espectáculo. Entonces, Kashtánov cargó la escopeta con perdigones y se puso a disparar contra las hormigas conforme iba acercándose. Los estallidos de aquel fuego terrible, nunca visto, las llamas, los remolinos de humo, los disparos constantes que diezmaban a los insectos produjeron en ellos tan profunda impresión, que los que estaban indemnes o ligeramente heridos huyeron a toda velocidad. El fuego de la balsa se comunicó a la barrera; hecha en parte de troncos secos y, mientras restallaban los disparos, se apoderó de toda la parte central.

Una vez convencido de que el enemigo había huido, Kashtánov atracó al lado mismo del incendio, remató a cuchilladas a las hormigas heridas y se puso a destruir la barrera, arrojando al agua los troncos secos que ardían y los troncos verdes humeantes. Al cabo de un cuarto de hora había desaparecido el obstáculo y la balsa continuaba río abajo con los restos de la hoguera. La seguía, sin intentar adelantársele, la lancha del hombre que, con su ingenio, había vencido a sus numerosos e inteligentes enemigos.

En aquel pasillo de vegetación, río abajo, la barca avanzaba más rápidamente, y un claro dejó entrever ya al poco tiempo la superficie azul del mar.

Cerca de la desembocadura del río, Kashtánov escuchó unos disparos, ladridos de General y gritos de sus compañeros. Remó con mayor energía y, a los pocos minutos, atracaba para lanzarse con la escopeta en la mano hacia el campamento.

Capítulo 43

LA BATALLA CONTRA LAS HORMIGAS

Cuando sus compañeros se marcharon, Makshéiev y Gromeko se pusieron a pescar en la desembocadura del río, con tan buen éxito que, al cabo de una hora, uno de ellos tuvo que dedicarse a limpiar los peces y ponerlos a secar en unas cuerdas tendidas a este efecto.

Mientras Makshéiev continuaba la pesca, el botánico recorrió el lindero del bosque recogiendo plantas y descubrió una palmera de azúcar que quiso aprovechar. La derribaron entre los dos, la tajaron a todo lo largo y extrajeron la médula comestible, extendiéndola luego sobre unas mantas para que se secase.

Terminada esta labor, pusieron a la lumbre un caldero con sopa de pescado y se sentaron a tratar de lo que podrían hacer después del almuerzo.

- Irnos muy lejos no podemos -observó Gromeko-, sobre todo porque no hay manera de dejar el pescado bajo la guardia de General.

- Naturalmente -aprobó Makshéiev-. Por muy fiel que sea, no creo que resistiese a la tentación de hartarse de pescado seco que le recordase su patria.

- Entonces, vamos a seguir pescando y haremos una buena provisión para nosotros y para el perro.

¿Quién sabe si encontraremos pronto un sitio donde abunden tanto los peces? Porque le confieso que esta carne de reptil no me gusta. La como con aprensión, procurando pensar que es esturión y no un pariente de las ranas y los lagartos.

En este momento empezaba a hervir la sopa y Gromeko se dirigió hacia las mantas en busca de un poco de pulpa de palmera que añadirle.

- ¡Mire usted hacia el Oeste! -gritó a Makshéiev, que se había quedado junto a la hoguera detrás de la tienda.

Makshéiev finé corriendo a la playa.

Del Oeste llegaban, siguiendo la orilla del mar, unos monstruos cuyos flancos rayados los hacían reconocer fácilmente por brontosaurios.

Avanzaban lentamente, arrancando las hojas tiernas de las cimas de las palmeras y los helechos y deteniéndose a veces junto a algún árbol que les parecía más sabroso.

- ¿Qué haríamos a su entender? -preguntó Gromeko-. Sabemos que estos monstruos son miedosos y no nos atacarán los primeros. Pero si les dejamos acercarse, nos van a aplastar y a pisotear el pescado y la tienda.

- Habrá que disparar -dijo Makshéiev-. Primero con perdigones y, si no da resultado, con bala explosiva.

Echáronse las escopetas a la cara, apuntaron a los monstruos y cuatro disparos repercutieron sordamente sobre la orilla.

Este ruido inesperado y los perdigones que les cayeron encima espantaron a los animales. Pero, en vez de dar media vuelta, los pesados colosos se lanzaron al agua y echaron a correr a lo largo de la orilla a escasa distancia del campamento, levantando olas y surtidores de salpicaduras.

En unos instantes, los desdichados cazadores quedaron empapados de pies a cabeza. mientras trataban de retener la barca para que no se la llevaran los remolinos. Una ola derribó la pértiga que sujetaba la cuerda con el pescado puesto a secar y otra empapó la manta donde estaba la pulpa de palmera. La cuerda de los peces cayó a la arena y la pulpa de palmera se mojó.

- ¡Malditos sean! -juró Makshéiev sacudiéndose después de la ducha-. ¡Por fin han conseguido hacernos una jugarreta!

- Ya tenemos en qué entretenernos le consoló Gromeko-. No sabíamos qué hacer después del almuerzo y nos han dado trabajo. Tendremos que volver, a limpiar todo el pescado y lavar la pulpa en el río antes de ponerla de nuevo a secar.

- Pero antes tendremos que empezar por secarnos nosotros. Y, entretanto, la sopa ha debido consumirse toda.

Después de describir un semicírculo por el agua, los brontosaurios volvieron a salir a la orilla más al Este de la desembocadura del río y siguieron corriendo por la playa.

- Se conoce que también ellos han recibido lo suyo. No hay más qué ver el paso que llevan. Los perdigones les han pegado en todo el hocico -exultaba Makshéiev, desnudándose delante de la tienda mientras Gromeko quitaba del fuego el caldero de la sopa.

Después de colgar su ropa para que se secase y de volver a colocar la pértiga con la cuerda como estaba, los viajeros se pusieron a comer en el traje de Adán. General,

que desde por la mañana se estaba hartando de cabezas y despojos de pescado, tendióse en la arena y se quedó traspuesto. Ni él ni los hombres; ocupados de su almuerzo, vieron que desembocaban del bosque, cerca de la tienda, seis hormigas una tras otra: se detuvieron, examinaron los contornos y volvieron a ocultarse silenciosamente entre la maleza.

Terminada la comida, Makshéiev y Gromeko se tendieron en la tienda para fumar una pipa antes de ponerse a limpiar de arena el pescado.

General se puso súbitamente a gruñir y, erguido de un salto; lanzó furiosos ladridos. Makshéiev y Gromeko salieron corriendo de la tienda y vieron que su campamento estaba rodeado por las hormigas. Una columna les había cortado la retirada hacia la desembocadura del río y la otra avanzaba desde el lado contrario hacia la cuerda de los peces y las mantas de pulpa de palmera.

- ¡Y tenemos las escopetas descargadas! -rugió Gromeko lanzándose hacia la cartuchera.

- ¡Con postas! -gritó Makshéiev, cargando precipitadamente su escopeta-. Usted dispare contra las de la derecha y yo contra las de la izquierda.

La columna de la derecha había caído ya sobre el pescado que arrancaba de la cuerda y la columna de la izquierda se hallaba a unos veinte pasos de la tienda, cuando resonaron los primeros disparos. Las detonaciones, el humo, la caída de las hormigas heridas sembraron el desconcierto entre las demás, y las primeras se detuvieron indecisas. Pero, como las de detrás empujaban, atraídas por el olor del pescado, la columna volvió a ponerse en marcha. De pie a la entrada de la tienda, donde General, erizado, se había refugiado ladrando, los cazadores volvían a cargar las escopetas para disparar otra salva y luego, con los cuchillos y las culatas, entablar un cuerpo a cuerpo con los adversarios, que avanzaban desde todas partes. Pero, en vista de la desigualdad de, fuerzas, la lucha parecía desesperada.

Repentinamente, dos disparos consecutivos fueron hechos contra las últimas filas de hormigas desde los arbustos de la desembocadura del río y Kashtánov surgió, de ellos con un puñado de leña seca encendida en la mano. Agitando de derecha a izquierda su antorcha, lanzóse sobre la banda de insectos, que huyeron en todas direcciones. Makshéiev y Gromeko, por su parte, corrieron a la hoguera y se pusieron a lanzar tizones contra las hormigas. El procedimiento surtió efecto: la

primera columna fue diseminada y huyó vergonzosamente hacia los matorrales abandonando muertos, heridos y quemados sobre el campo de batalla.

Habiendo terminado con esta columna, los tres exploradores, seguidos de General, - que setiase más valiente ya, atacaron con los cuchillos y antorchas a los insectos que devoraban el pescado. Algunos expiaron su voracidad, otros pudieron huir con peces o trozos de pulpa de palmera mojada entre las mandíbulas. Dos se llevaban a rastras una manta, pero fueron alcanzados y muertos. General remataba a los heridos mordiéndoles el cuello.

Cuando los últimos fugitivos se ocultaron en el bosque, los exploradores pudieron descansar un poco y contar sus trofeos y sus pérdidas. Cuarenta y cinco hormigas habían quedado muertas o heridas.

De los cincuenta peces no quedaban en la cuerda más que quince; unos cuantos más, que las hormigas habían perdido sin duda durante su fuga, fueron recogidos junto al lindero del bosque. Más de la mitad de la pulpa de palmera había sido devorada o rebozada en la arena. Gromeko tenía una ligera mordedura en un brazo y Kashtánov en un pie, pero el grueso cuero de la bota no había cedido, preservándole así del ácido fórmico.

- ¡Qué oportuna ha sido su llegada! -dijo Makshéiev cuando, después de haber examinado el campo de batalla, los tres se sentaron delante de la tienda-. Sin su auxilio y su ocurrencia de la antorcha, no habríamos podido vencer a esa bandada y nos hubiera matado a mordiscos.

- ¿Y dónde ha dejado usted a Pápochkin? -preguntó Gromeko.

- ¡Es verdad! El ardor de la batalla me ha hecho olvidar que le traiga tendido en la barca.

- ¿Tendido? ¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo? ¿Vive? -Los compañeros de Kashtánov le asediaban ahora a preguntas, comprendiendo la razón de su regreso tan rápido.

- ¡Vive, vive! Es que nosotros también hemos tenido un encuentro con las hormigas y a Pápochkin le han dado tal mordisco en una pierna que se ha quedado inválido. Ayúdenme a traerle a la tienda.

- ¡Un -momento! Déjenos vestirnos -dijo Gromeko advirtiéndolo sólo entonces que tanto él como Makshéiev continuaban desnudos.

- Es cierto. ¿Por qué andan ustedes de esta guisa? ¿Estaban bañándose cuando las hormigas han atacado el campamento? -preguntó riendo Kashtánov.

- No. Han sido otra vez los brontosaurios los que nos han duchado -contestó Makshéiev y, mientras se vestía, le contó cómo había ocurrido la cosa.

Makshéiev y Gromeko endosaron rápidamente su ropa y acompañaron a Kashtánov hasta el río, donde había dejado a Pápochkin en la barca para lanzarse contra las hormigas. Pápochkin dormía tan profundamente que no había oído las detonaciones ni los gritos y sólo se despertó cuando sus compañeros le levantaron por las piernas y los brazos para llevarle a la tienda.

Cuando Pápochkin estuvo acostado, los viajeros pusieron a secar el resto del pescado y arrojaron al mar los cadáveres de las hormigas. Sólo después de tan desagradable ocupación refirió Kashtánov, mientras se comía el resto de la sopa, las aventuras de la excursión fallida.

Como se podía temer que las hormigas, habiendo sido dos veces víctimas de los visitantes indeseables, volviesen en gran número para vengar su derrota, surgió la cuestión de lo que debían hacer en adelante. Pápochkin y Gromeko aconsejaban reanudar inmediatamente la navegación para alejarse todo lo posible del hormiguero. Pero Kashtánov quería proseguir la excursión río arriba interrumpida a causa de las hormigas, ya que así era posible penetrar en el interior del misterioso desierto negro; Makshéiev apoyaba este plan. Para llevarlo a cabo había que terminar de una manera o de otra con aquellos pérfidos insectos, cuya existencia constituía un peligro constante para la excursión. Por eso decidieron aguardar el final de la jornada y acercarse entonces al hormiguero e incendiarlo aprovechando el sueño de los insectos. Si la empresa tenía buen éxito, quedaba libre el camino para remontar el río y era posible hacer la excursión los cuatro en las dos lanchas, dejando la balsa y la impedimenta superflua en la espesura de la orilla del mar.

Capítulo 44

EL INCENDIO DEL SEGUNDO HORMIGUERO

Después de haber descansado bien, Kashtánov y Makshéiev embarcaron en una de las lanchas, llevándose las escopetas, un hacha y unas brazadas de ramiza. Pápochkin no podía moverse aún y a Gromeko le dolía el brazo de la mordedura. Por eso, se quedaron los dos a cuidar de la tienda. Los viajeros atravesaron rápidamente los lugares ya conocidos. Dejaron atrás los restos de la barrera levantada por las hormigas: algunos troncos humeaban todavía y se veía negrear los cadáveres de los insectos. Luego llegaron al calvero y, disimulados entre los matorrales, inspeccionaron los alrededores del hormiguero para evitar algún encuentro inesperado con los enemigos. Pero no se veía nada. Los insectos debían descansar en el interior de su fortaleza. Remontaron todavía un poco el río hasta el antiguo puente, donde un sendero trazado por las hormigas conducía hasta su habitación.

Y vieron que las hormigas habían construido ya un puente nuevo.

Los exploradores ataron la lancha a unos arbustos poco más abajo del puente, echáronse las brazadas de ramiza al hombro, tomaron las escopetas, cargadas por si acaso con postas, y se encaminaron hacia el hormiguero. Antes de llegar a él se acurrucaron entre unos arbustos cerca del sendero para observar algún tiempo todavía y convencerse de que nadie iba a obstaculizar el cumplimiento de su plan.

Todo estaba en calma y podían poner manos a la obra. Depositaron en cada una de las entradas principales una brazada de ramiza y echaron encima troncos finos, todavía más secos, tomados del propio hormiguero.

Luego prendieron fuego a la hoguera de la entrada Oeste, la más lejana, y se precipitaron el uno hacia la entrada Norte y el otro hacia la entrada Sur para incendiarlas y luego reunirse en la entrada Este, donde, terminada su labor, podían correr hacia la lancha en caso de necesidad.

Mientras encendía la hoguera de la entrada Norte, Kashtánov advirtió en las profundidades de la galería a una hormiga que corría hacia el fuego. Kashtánov se ocultó detrás esperando que el insecto saldría y podría matar a aquel centinela antes de que hubiese dado la alarma. Pero la hormiga examinó la hoguera, intentó

dispersarla y volvió corriendo al interior, sin duda en busca de refuerzos. Estaba dada la alarma, y había que correr hacia la última entrada.

Makshéiev se encontraba allí ya, encendiendo a toda prisa la hoguera. Acogió a su compañero con estas palabras:

- ¡Pronto, pronto! Hay que escapar en la lancha.

Echaron a correr a toda velocidad; sin embargo, se detuvieron en el sendero para lanzar una mirada hacia atrás. Una enorme llama escapaba ya de la entrada Este. Por la parte Norte, el hormiguelo ardía también ya en diversos lugares y un humo espeso salía de muchos orificios superiores. Pero en la parte Sur, donde Makshéiev se había dado prisa al ver a los insectos alarmados, el fuego había prendido mal y de todos los orificios superiores de aquella parte huían las hormigas. Unas transportaban los huevos o las larvas, descendiendo con ellos y llevándolos aparte; otras iban y venían azoradas, corrían hacia el fuego o los orificios humeantes, caían abrasadas o asfixiadas.

- ¡Mal ha salido la empresa! -observó Kashtánov-. Parte de las hormigas podrá salvarse, andará errando por la región sin cobijo y nos atacará. Tendremos que marcharnos de aquí, y mañana mismo.

- ¡Y ahora también tenemos que largarnos! -gritó Makshéiev, señalando una columna de insectos que corría por el sendero camino del puente.

- ¿Se les habrá ocurrido ir a buscar agua para apagar el incendio? -dijo en broma Kashtánov, que se había lanzado a correr junto a su compañero.

Indudablemente, las hormigas habían descubierto a los incendiarios y los perseguían. Corrían más de prisa que los hombres, y la distancia que les separaba iba disminuyendo.

- No puedo más: me va a estallar el corazón -pronunció Kashtánov sin aliento, ya que ni los años ni el género de vida le permitían rivalizar mucho tiempo con Makshéiev.

- Pues vamos a detenernos y disparamos contra ellas -propuso el otro. Recobraron el aliento, dejando acercarse a las hormigas hasta una distancia de cincuenta pasos, y entonces dispararon. Las que iban en cabeza cayeron y las demás se detuvieron. Era lo menos una decena pero, además, un segundo grupo las seguía a escasa distancia.

En un último esfuerzo, los perseguidos llegaron hasta el puente cuando el segundo grupo alcanzaba el campo de batalla.

- ¡Demonios! ¿Dónde ha ido a parar nuestra barca? -exclamó Makshéiev, que había alcanzado el primero la orilla.

- ¿Pero no está?

- No. Ha desaparecido sin dejar rastro.

- ¿Es aquí donde la habíamos atado?

- Aquí; me acuerdo muy bien del sitio... Además, mire usted la cuerda, colgando todavía de este arbusto.

- ¿Quién ha podido desatar la lancha y llevársela?

- Quizá se haya desatado sola y bogue ahora río abajo.

- ¿No se la habrán llevado las hormigas?

- ¿Qué hacemos?

- De momento, vamos a atravesar el puente y a destruirlo -propuso Kashtánov-. Por lo menos, el río nos separará de las hormigas.

Sin pérdida de tiempo cruzaron a la otra orilla por el puente, que cedía bajo su peso. Los perseguidores estaban ya a un centenar de pasas del río.

- Vamos a tirar de los troncos hacia aquí, porque las hormigas son capaces de devolverlos a pescar -dijo Makshéiev.

Un minuto después, cuando los primeros insectos acudieron corriendo a la orilla, los dos troncos yacían ya a los pies de los exploradores. El río, profundo, les separaba de las hormigas, que se habían detenido indecisas. Eran unas veinte, pero por el sendero se veían nuevos, refuerzos que venían presurosos en su auxilio. Detrás, en medio del calvero, el hormiguero ardía igual que una inmensa hoguera. Las llamas subían muy altas, y remolinos de humo negro ascendían en el aire quieto formando una columna negra que alcanzaba enorme altura.

- ¡Cualquiera diría la erupción de un volcán! -observó Malcshéiev riendo-. De todas formas, bien les hemos hecho pagar sus fechorías.

- Pero sin lograr el resultado apetecido: no hemos limpiado la región y ahora tenemos que huir delante de los insectos.

- ¿Cómo vamos a llegar hasta el mar?

- Seguir el borde del río a través del bosque es cosa en la que no se debe ni pensar.

- Además, no es fácil abrirse paso, y las hormigas podrían adelantársenos y atacar a nuestros compañeros.

- ¡Ya está! Como no se puede ir a pie, iremos por el agua. Con estos dos troncos es fácil hacer una balsa ligera, y el agua nos llevará más de prisa que nuestras piernas.

- ¡Buena idea! Pero hace falta ahuyentar primero a las hormigas para que no obstaculicen en nada nuestra partida. Los viajeros cargaron sus escopetas e hicieron cuatro disparos contra los insectos agrupados en la orilla opuesta. Más de diez se desplomaron, algunos cayeron al agua y los demás huyeron. En unos minutos, los dos troncos que constituían el puente fueron echados al agua, sujetos por fallos flexibles de los arbustos. Los dos hombres saltaron a esta balsa improvisada y se alejaron de la orilla con una última mirada para la fortaleza en llamas de sus enemigos. La corriente les arrastró con rapidez y las escopetas les sirvieron de pértigas para alejarse de la orilla, siempre que la balsa se acercaba demasiado a ella. Unas cuantas hormigas fueron algún tiempo corriendo a lo largo del río, pero la corriente iba más de prisa que ellas y pronto quedaron atrás.

Pasado el recodo que el río formaba delante del bosque, allí donde Kashtánov había construido su hoguera flotante, los remeros descubrieron con alegría la lancha, que la corriente había empujada hacia la margen, quedando atascada entre la maleza. Dejaron que la balsa fuese también llevada hacia el mismo sitio, recuperaron su barca, pasaron a ella y empuñaron los remos.

Media hora después atracaban sin novedad junto al campamento.

Capítulo 45

NUEVA EXCURSIÓN AL INTERIOR DEL PAÍS

El fracasado incendio del hormiguero obligó a los exploradores a abandonar inmediatamente el borde del golfo: a cada excursión hacia el interior del país corrían ahora el riesgo de encontrarse con los insectos furiosos que, privados de su vivienda, andaban por todas partes y habrían tenido que consumir en la lucha contra ellos toda su energía y sus municiones, no muy abundantes ya. Además, en el propio campamento estaban expuestos a cada instante a un ataque de las hormigas, que habría podido terminar lamentablemente para ellos.

Durante el desayuno se discutió con mucho ardor, la cuestión de si se debía continuar navegando a lo largo de la orilla meridional del mar de los Reptiles, hacia el Oeste, o bien volver para atrás y dirigirse al Este. Al fin optaron por continuar en dirección al Oeste.

Reanudaron la navegación sin alejarse de la costa y pronto salieron del golfo. La orilla meridional continuaba siendo de una uniformidad abrumadora. Después de dos semanas, pasadas entre el reino vegetal y animal del jurásico, nuestros viajeros se habían acostumbrado tanto a él que les parecía bastante monótono. Hubieran querido ahora adentrarse más al Sur, con la esperanza de encontrar una flora y una fauna todavía más antiguas, vivir nuevas aventuras y recoger nuevas impresiones.

Pero el camino del Sur estaba cortado por el desierto y la navegación hacia el Oeste o el Este no les prometía más que el mismo cuadro del período jurásico. Y todos empezaron a pensar en la vuelta hacia el Norte.

En la orilla advirtieron varias veces hormigas, llegando a la conclusión de que aquellos insectos hallábanse extendidos por toda la costa meridional del mar de los Reptiles y eran, efectivamente, los reyes de la naturaleza jurásica.

- Menos mal que duermen una parte del tiempo -observó Pápochkin-. De lo contrario, no nos dejarían ni respirar.

- Sí; estos bichos son peores que los tigres macairodos y los reptiles carniceros - confirmó Makshéiev-. Ni los unos ni los otros nos han causado la centésima parte de los contratiempos que debemos a las hormigas.

Durmieron sobre la playa. Luego decidieron que aun navegarían una jornada hacia el Oeste y se volverían para atrás si no lograban adentrarse más al Sur.

Aquella última jornada les trajo el cambio tan ansiado. Pronto empezó a torcer considerablemente la costa hacia el Sur, conservando el mismo carácter. Al cabo de unas horas de navegación se vio que el muro verde del bosque iba a terminar pronto, dando paso a los acantilados.

- ¡Otra vez la meseta del desierto negro! -exclamó, con una nota de desencanto en la voz, Kashtánov, que examinaba la región a través de los prismáticos.

Sin embargo, cuando llegaron al lindero del bosque, los viajeros se dieron cuenta de que les separaba de los acantilados una vasta bahía, al fondo de la cual se abría un verde valle. En último plano alzabase un grupo de altas montañas cónicas oscuras.

- ¡Otra vez los volcanes! ¡Y ahora muy cerca de la orilla del mar! -exclamó Gromeko. Las embarcaciones se dirigieron hacia la orilla meridional del golfo, hacia la desembocadura del valle, donde se extendía una playa lisa de arena.

Por el valle fluía un arroyo bastante grande, enmarcado de árboles, arbustos y pequeños prados. La tienda fue montada en la playa. En los prados que había cerca del arroyo se encontraban escarabajos, libélulas y moscas; veíanse igualmente huellas de iguanodontes y de reptiles volantes, pero no había hormigas.

Después del almuerzo, los exploradores se dirigieron hacia los volcanes pero, por precaución, escondieron las lanchas, la tienda y los objetos superfluos en la espesura, colgando incluso algunos de ellos de los árboles. General participaba también en la excursión.

Remontaron el valle por la margen del río. Los sotos de las orillas no eran muy tupidos y los iguanodontes habían trazado en ellos senderos. En los acantilados de las dos vertientes descubrió Kashtánov minerales que habían encontrado mucho más al Norte, en el río Makshéiev: olivina con vetas de hierro y de níquel. Pero las vetas se convertían aquí frecuentemente en nidos compactos de metal de medio metro a un metro de diámetro.

- ¡Qué espléndido material para la producción de acero! -lanzó el ingeniero, deteniéndose sorprendido y admirado delante de un alto muro vertical, donde abundaban los nidos grandes y pequeños de metal que lanzaban un brillo mate bajo

los rayos de Plutón. Contemplaba aquella pared con la misma mirada ávida que un niño contempla un bollo de pasas.

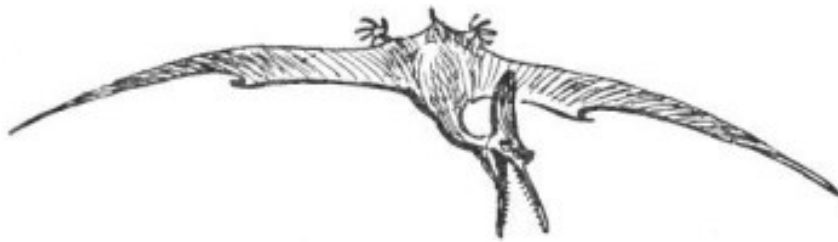
- ¡Vaya una fábrica gigantesca que se podría instalar aquí! -decía con sentimiento.

- ¿A pesar de las hormigas? -preguntó Kashtánov con una sonrisa.

- ¡A pesar de todo! ¿Acaso no serían capaces los hombres de exterminar a estos odiosos insectos si se tratase de explotar semejantes riquezas? Un cañón y unas decenas de granadas bastarían para acabar con todos los hormigueros de esta orilla y sus habitantes.

Sobre el valle verde pasaban de vez en cuando gruesos pterodáctilos buscando una presa. Sus nidos debían estar cerca de allí, en las rocas inaccesibles. No se atrevían a atacar a los hombres, pero cuando General se adelantaba demasiado a los viajeros o quedaba rezagado de ellos, algún reptil se ponía a girar en el aire, esperando un momento oportuno para atacarle. Gromeko disparó dos veces contra uno de los reptiles y le derribó a la segunda. El animal herido quedó aleteando en la copa de un gran helecho.

Se encontraron con un grupo de iguanodontes, que descansaban en un pequeño prado, al pie de las rocas, pero aplazaron la caza hasta la vuelta para no ir cargados con la carne.



Después de tres horas de marcha sin incidente, llegaron a un sitio donde el valle torcía bruscamente hacia el Oeste. A la derecha se alzaba la vertiente de los contrafuertes del grupo de volcanes. El camino se hacía más difícil: había que andar a cada momento por la lava y trepar a los negros bloques que formaba.

Los exploradores eligieron para descansar una pequeña pradera con unas cuantas colas de caballo secas: para la hoguera, y dejaron allí los víveres y los objetos superfluos a fin de visitar la región sin carga inútil.

Entre los extremos de dos anchos torrentes de lava que descendían del volcán había un pequeño lago de medio centenar de metros de diámetro, bordeado de grupos de pequeñas palmeras y colas de caballo y de una estrecha franja de juncos. Del lago nacía un arroyo que atravesaba el torrente de lava inferior. La superficie del lago era lisa como un espejo y reflejaba hasta en sus mínimos detalles el marco verde, los torrentes negros de lava y las rocas siniestras de la meseta.

- ¡Maravilloso lugar para un ermitaño que quisiera abandonar para siempre las vanidades de este mundo! -exclamó Pápochkin-. Se construiría una cabaña al amparo de la muralla negra y viviría entregado a la contemplación del cielo puro, del sol eterno y del majestuoso volcán a la orilla de este apacible lago sombreado de palmeras.

- Y un buen día moriría bajo una avalancha de piedras o un torrente de lava arrojada por este pérfido volcán -dijo Kashtánov.

- Si no se había muerto antes de hambre porque, a mi entender, estas palmeras no dan frutos comestibles y los juncos no son dulces -añadió Gromeko.

- Y no se ve nada de caza -dijo Makshéiev.

- ¡Qué desdichados realistas son ustedes! Ni siquiera le dejan a uno soñar. El ermitaño podría cultivar un campo, tener un huerto, plantar hortalizas; aquí hay agua, y la viña crece muy bien sobre la lava antigua.

No había terminado el zoólogo su frase, cuando un estrépito parecido a un trueno llegó del volcán, cuyo cono principal ocultaban unos amontonamientos de lava; a los pocos instantes cayó en torno a los viajeros una lluvia de piedrecillas negras.

- ¡Ahí tienen ustedes! Su Excelencia avisa que no permitirá al ermitaño cultivar viñas en la lava antigua... -dijo Makshéiev riendo.

- Vamos a dar la vuelta al lago y volveremos adonde hemos dejado el equipaje. El sitio es menos peligroso -propuso Kashtánov.

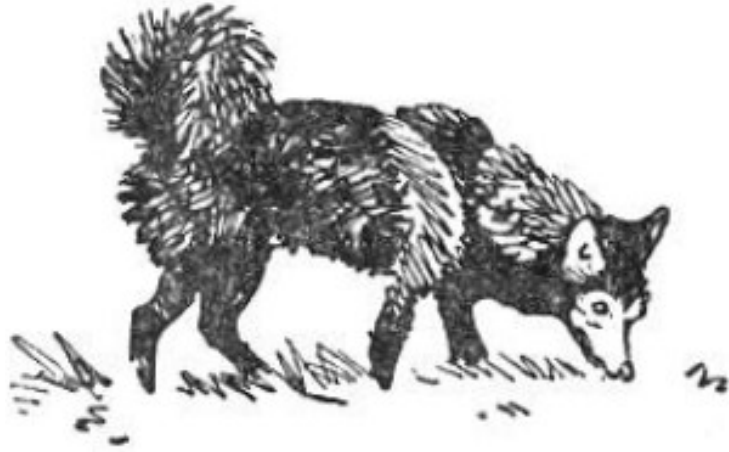
Mientras los viajeros descendían por el torrente de lava hacia el lago, se repitió el estruendo y otra vez cayó una lluvia de piedrecillas.

- El volcán se enfada con los visitantes importunos. Tiene miedo a que robemos los tesoros de su cráter como robamos el azufre en el cráter de Satán, antes de que pudiera despertarse.

- Vamos a llamar a este volcán el Gruñón -propuso Gromeko.

Aprobado el nombre por todos, se inscribió en el mapa que trazaba Kashtánov. Se dio al lago el nombre de lago del Ermitaño y el de Pápochkin al arroyo que fluía de él.

- Así hemos perpetuado ya nuestros castillos de naipes -.observó riendo Makshéiev, mientras apuntaba los nombres.



El agua del lago era fría y dulce, recordando incluso por su gusto el agua de Seltz. En cuanto se calentaba un poco despedía burbujas de gas.

Mientras daban la vuelta al lago encontraron un sitio agradable y se bañaron con placer en aquel agua vivificante. Zambulléndose

comprobaron que su profundidad no pasaba de los tres metros. En el lago no había peces ni plantas acuáticas ni insectos.

Como era demasiado pronto para volver al campamento, los exploradores decidieron subir a la meseta. La empresa no ofrecía dificultades, ya que el torrente superior de lava se apoyaba en la vertiente de la meseta y sus bloques formaban una especie de escalera gigantesca, de manera que, trepando de bloque en bloque, pronto llegaron los viajeros a la superficie.

A sus pies, al Este, se extendía el lago en una depresión muy profunda; detrás se alzaban los flancos sombríos y recortados del Gruñón, dominados por su cono abrupto. Una columna de humo negro escapaba de él, elevándose a enorme altura en el aire quieto. Al Sur, al Oeste y al Norte se extendía el desierto negro, idéntico al que rodeaba el macizo volcánico de Satán. Al Norte terminaba en el manto azul del mar y, por los otros lados, llegaba hasta el horizonte.

- El Gruñón es mucho más alto que Satán y sus vertientes son más abruptas - observó Kashtánov.

- Desgraciadamente, la erupción que comienza no nos dejará subir hasta la cumbre -dijo Makshéiev.

- Ya veremos mañana. Como ahora no necesitamos ya azufre, podremos marcharnos en cualquier momento.

Descendieron de nuevo hacia el lago por el mismo camino, a través de los torrentes de lava. Una hora después, se encontraban de nuevo en el campamento.

Capítulo 46

LAS TRAVESURAS DEL GRUÑÓN

Sin embargo, el Gruñón no les dejó dormir a gusto. A las pocas horas, los exploradores fueron despertados por un estruendo horrible y se levantaron asustados.

- ¿Es posible que también este volcán arroje nubes ardientes? ¡Fíjense! -gritó Gromeko. El Gruñón estaba envuelto en tupidas nubes negras que descendían la vertiente, extendiéndose hacia todas partes. En el aire se notaba un olor a azufre y cloro. Las nubes se arremolinaban, surcadas de relámpagos brillantes, y el estrépito que se escapaba de las entrañas del volcán se confundía con el redoblar de los truenos.

- No -declaró Kashtánov-. No es de temer ninguna nube ardiente. Esta erupción tiene otro carácter; es del tipo de las erupciones del Vesubio. El volcán arroja ahora cenizas y bombas y luego aparecerá la lava.

- Podemos despedirnos de la ascensión.

- Naturalmente. Sería una locura subir al volcán en este momento.

- ¿Qué hacemos?

- Vamos a estarnos aquí todavía un rato o a reanudar el sueño interrumpido y luego volveremos hacia el mar.

- ¿Y por qué no ahora?

- Porque es interesante ver una erupción desde tan cerca.

- ¿Y si empiezan a llovernos bombas encima?

- Es poco probable. Estamos al pie mismo del volcán y no llegan hasta tan lejos.

- Pero, ¿y si nos alcanza la lava?

- La lava fluye lentamente y siempre se puede escapar de ella incluso a pie.

- Bueno, entonces, quedémonos aquí contemplando al Gruñón. Entretanto, siempre podríamos ir desayunando.

Encendieron una hoguera, pusieron a hervir la tetera y, mientras comían, observaron el volcán.

Las nubes le ocultaban enteramente y hasta el cielo estaba velado por una bruma gris, a través de la cual Plutón parecía un disco rojo sin rayos que lanzaba una luz fúnebre y opaca sobre los tristes alrededores del volcán.

Pronto empezó a caer una ceniza negra, menuda como polvo, primero en partículas aisladas y luego más densamente, hasta el punto de que los exploradores tuvieron que beber el té cubriendo los jarros con la mano para no tragar al mismo tiempo polvo volcánico. Poco a poco se ennegrecieron la hierba, los juncos y las hojas de las palmeras; el agua del arroyo parecía tinta.

- Menos mal que se nos había ocurrido llenar de agua el bidón -observó Makshéiev-. De lo contrario, nos habríamos quedado todo el día sin agua dulce. Pero, ¿qué ruido es éste? Como el rugido del volcán se había atenuado, se escuchaba, en los intervalos que dejaban los truenos, un ruido sordo semejante al rugido de la resaca, que iba en aumento. Los viajeros se miraron sorprendidos.

- ¿No será la nube ardiente? -preguntó inquieto Pápochkin.

- ¡Hay que subir en seguida a la meseta! -gritó Kashtánov-. Un torrente de agua o de barro baja por el arroyo. Se me había olvidado por completo esta posibilidad. A recogerlo todo y a subir cuanto antes.

Después de vaciar rápidamente los jarros y de reunir sus efectos y las escopetas, los viajeros subieron a toda prisa por el torrente de lava, trepando a los bloques, tropezando, presurosos de alcanzar una altura suficiente sobre el cauce del arroyo. Cuando se detuvieron al fin para recobrar el aliento, unos cincuenta metros más arriba del sitio donde habían acampado, y echaron una mirada hacia atrás, descubrieron un cuadro que les demostró lo oportuna que había sido su fuga precipitada. Por el cauce que descendía la vertiente del volcán se precipitaba un torrente furioso de agua negra que arrancaba de sus orillas grandes bloques de lava condensada. A los pocos minutos, la impetuosa tromba, que tendría unos tres metros de altura, llegó hasta el sitio donde los exploradores habían estado desayunando tranquilamente y, en un instante, sus aguas sucias sumergieron los arbustos verdes; las palmeras oscilaron y cayeron, rotas o descuajadas, y desapareció toda aquella superficie.

- ¡Qué manera de arrasarlo todo! -exclamó Pápochkin-. Nos hemos marchado a tiempo. En su fuga, los exploradores habían subido más arriba del torrente de lava

y, desde donde estaban, se veían bien las dos cumbres. El torrente de fango había pasado por la cumbre derecha; ahora todos se volvieron hacia la izquierda para ver lo que allí ocurría. A los pocos minutos, por el estrecho valle de la cumbre izquierda, echó a rodar un segundo torrente de barro. Avanzaba más lentamente porque el agua estaba saturada de ceniza y piedrecillas, formando una papilla negra en la que giraban arbustos descuajados y troncos de palmeras.

- Los arrastra del borde del lago donde estuvimos ayer -dijo Pápochkin.

- ¡Ahí tiene usted el apacible e idílico refugio para un ermitaño! -observó Kashtánov-. El lago no existe ya porque lo ha recubierto el barro.

- Es cierto: los volcanes de aquí son unos vecinos muy inquietos -afirmó Gromeko-. Satán nos ofreció una nube ardiente y el Gruñón un torrente de barro.

- De todas formas, hemos logrado salvarnos allí y aquí y hemos asistido a estos terribles e interesantes fenómenos de la naturaleza -dijo Kashtánov.

- Pero ahora estamos aislados del mar y de nuestras lanchas -exclamó Pápochkin abatido-. Fíjense: a derecha e izquierda corren unos torrentes impetuosos, y detrás tenemos al Gruñón, que puede prepararnos alguna otra sorpresa.

Efectivamente, como los viajeros habían buscado refugio de los torrentes de barro sobre una roca del volcán, ahora se encontraban cercados y no podían bajar por el valle hacia el mar. Detrás, el volcán continuaba gruñendo.

- Si ahora, además, empieza a descender la lava, nos encontraremos entre el fuego y el agua. ¡Bonita perspectiva! -declaró Gromeko.

- Es verdad; el Gruñón no ha dicho todavía su última palabra -observó Makshéiev.

- Yo pienso que nuestras inquietudes son prematuras -dijo Kashtánov tratando de tranquilizarles-. Los torrentes de barro se agotarán pronto y volveremos al mar antes de que la lava, si es que se dirige hacia este lado, llegue hasta nosotros.

- Y entretanto, nos vamos a calar hasta los huesos, porque aquí no hay donde cobijarse - refunfuñaba Pápochkin.

El zoólogo tenía razón. De las nubes que despedía el volcán había empezado a caer desde algún tiempo atrás una lluvia fina, a la que no habían hecho caso los viajeros, preocupados por los torrentes de barro. Ahora arreciaba la lluvia y todos empezaban a mirar a su alrededor buscando algún refugio. Confiando en el buen

tiempo, que duraba ya muchos días, los viajeros habían emprendido la excursión sin los impermeables y la tienda, y ahora no tenían nada para protegerse.

- Me parece que algo más arriba, donde hay tantos grandes bloques de lava, encontraremos más fácilmente un sitio donde cobijarnos -dijo Makshéiev, indicando la pendiente.

- ¡Y estaremos más cerca del volcán! -suspiró Pápochnik.

- Allá usted si le apetece quedarse bajo la lluvia; nosotros subimos -declaró Gromeko.

El zoólogo no quiso quedarse rezagado del grupo y todos escalaron la vertiente abrupta. Como las piedras estaban humedecidas y el calzado también, avanzaban difícilmente, resbalando. Sin embargo, pronto llegaron a una gran barrera de bloques de lava amontonados: eran el extremo de un torrente menos antiguo, que había corrido por encima del anterior. Entre algunos bloques quedaban espacios suficientes, para cobijar a un hombre. Cada cual buscó refugio en uno de aquellos agujeros y el perro, empapado, se hizo un ovillo junto a Makshéiev, nada satisfecho de tal vecindad. Los hombres, bastante mojados, encogidos en posturas incómodas sobre las piedras angulosas, estaban pasando unos momentos desagradables y, para conservar su buen ánimo, se interpelaban de refugio a refugio cuando el estrépito del Gruñón cesaba un poco.

La lluvia no amainaba. Al poco tiempo, también por el torrente de lava empezaron a fluir chorros de agua sucia mezclada de cenizas, causando nuevos contratiempos a los viajeros.

Uno recibió una ducha fría en un costado; otro en la espalda. Pápochnik, que se había tendido boca abajo en una cavidad larga y estrecha, notó que corría el agua debajo de él. Abandonó su refugio y se lanzó en busca de otro, saltando de bloque en bloque. Makshéiev soltó la carcajada al ver aquella escena: había logrado instalarse con General en una pequeña cueva que formaba la lava.

- ¡Pues vaya un Gruñón! -gritaba el zoólogo, trepando por las rocas, bajo la lluvia-. Esto es todo lo que se quiera: un Llorón, un Regador, un Llovedero.

- ¡Vamos a llamarle Aguador! -propuso Makshéiev.

Pero Pápochkin no le escuchaba ya. Había descubierto una pequeña grieta, en la que se había metido de cabeza. Como la grieta era demasiado corta, las piernas le quedaban fuera, bajo la lluvia.

De pronto, un estruendo formidable estremeció el aire. Los viajeros tuvieron la impresión de que las rocas iban a aplastarlos como ratones en una ratonera. Todos se precipitaron fuera de sus refugios.

- ¡Un terremoto! -gritó Gromeko.

- ¡El volcán ha estallado, y cae sobre nosotros! -rugió Pápochkin.

- ¿Será de verdad una nube ardiente? -murmuró Kashtánov, palideciendo.

El cendal de la lluvia y las nubes no dejaban ver nada; por eso, pasados los primeros instantes de pavor, todos se calmaron un poco. Pero en esto, una bomba del tamaño de una sandía, cubierta de surcos en espiral, se estrelló muy cerca de ellos y empezó a chisporrotear, crujir y humear bajo la lluvia. Ahora se escuchaban también a los lados, a derecha e izquierda, arriba y abajo, unos más próximos y otros más lejanos, los golpes y los crujidos de las bombas que caían.

- ¡A esconderse pronto! -gritó Makshéiev-. El Gruñón ha empezado a disparar con proyectiles de grueso calibre.

Todos volvieron presurosos a sus agujeros, desde donde observaron, sobrecogidos e interesados, la caída de las bombas. Silbaban y eran de tamaño distinto. Algunas, al estrellarse contra una roca, volaban en pedazos como granadas. En cambio, la lluvia cesó pronto. Un soplo de viento ardiente descendió rápido por la falda del volcán con un olor a azufre y a chamuscado. Las nubes empezaron a disiparse y a subir más. Dejaron de caer las piedras. Makshéiev se aventuró a salir de su cueva.

- ¡El Gruñón se ha quitado el gorro y nos enseña la lengua colorada! -gritó. Los demás salieron también de sus refugios y levantaron la cabeza.

Arriba, entre las nubes negras, aparecía de vez en cuando la cima del volcán, que dejaba colgar por un lado una lengua corta de lava purpúrea como si se burlase de los hombres que habían osado alterar la soledad secular de la montaña.

- Sí; eso ya es lava -declaró Kashtánov.

- ¡Pues se van arreglando las cosas! -intentó bromear Gromeko-. Primero quería ahogarnos en barro, luego sumergirnos en agua, luego machacarnos con las piedras

y, como de nada le ha servido, ha puesto en juego el último recurso y quiere recubrirnos de lava.

- ¡Valor, porque esta vez ha llegado su fin! -dijo Makshéiev riendo - ¡Váyase a paseo! -replicó el zoólogo-. Si el peligro fuera tan grande, ya se habrían largado a la misma velocidad que delante del torrente de lodo.

- De la lava podemos marcharnos sin prisa -contestó Kashtánov.

Pero no tenían adonde marcharse. Los impetuosos torrentes de barro, imposibles de atravesar, corrían por ambos cauces. Arriba, la lengua roja se alargaba rápidamente, desapareciendo a veces en los remolinos blancos de vapor que despedía su superficie.

- El Gruñón nos ha mojado y ahora nos quiere secar. Cuando la lava esté más cerca secaremos primero la ropa y luego... -empezó Gromeko.

- Y luego volveremos a mojarla al atravesar el torrente, si es que no nos hundimos en él -terminó Pápochnik.

Pero cuando el aire quedó limpio de cenizas y de nubes reapareció Plutón y empezó a secar rápidamente las faldas del volcán. Los negros bloques de lava humeaban como calentados por un fuego subterráneo.

Los viajeros se quitaron la ropa y, después de haberla retorcido, la extendieron sobre las piedras. Gromeko se había quedado incluso completamente desnudo y, calentándose a los rayos de Plutón, aconsejaba a los demás que imitaran su ejemplo.

- ¿Y si el Gruñón nos envía una nueva porción de bombas? No iba a ser muy agradable meterse desnudos en los agujeros - observó Makshéiev.

- Cuando aparece la lava, las explosiones y la erupción de materiales blandos suele cesar -explicó Kashtánov.

- Pero si hay que escapar de la lava no tendremos tiempo de volvernos a vestir.

En ese momento, una nube blanca de vapor escapó de la cumbre del volcán y un muro de fuego apareció en el borde del cráter, descendiendo con rapidez la vertiente.

- El primer torrente de lava ha ido al valle del lago - observó Kashtánov-. Pero ésta quizá pueda llegar hasta nosotros.

- ¿Dentro de cuánto tiempo? -preguntaron los otros con interés.

- Es posible que dentro de una hora y es posible que más tarde. Depende de la estructura de la lava. Si es pesada y fusible, resulta líquida y fluye con rapidez; pero si la lava es ligera, viscosa, abundante en sílice, resulta refractaria y se mueve con lentitud.

- ¿Y qué género de lava nos manda el Gruñón?

- Hasta ahora, a juzgar por los antiguos torrentes, ha vomitado lava pescada. Probablemente esta vez será la misma. En general, por el carácter de todas las rocas que encontramos en Plutonia, muy pesadas, abundantes en olivina y metales, no se puede esperar que estos volcanes lancen lavas ligeras y silícicas.

- O sea, que debemos largarnos de aquí lo antes posible.

- Sí, pero tengo la esperanza de que, antes de que la lava llegue hasta nosotros, los torrentes de barro se habrán agotado y podremos fácilmente atravesar el cauce de uno u otro.

Plutón, que las nubes no ocultaban ya, y el hálito abrasador que despedía el volcán, secaron muy pronto la ropa de los viajeros. Se vistieron y, esperando el momento de poderse marchar, continuaron observando el volcán. El extremo de la larga lengua de lava había desaparecido detrás de una arista de la vertiente, descendiendo sin duda hacia el valle del antiguo lago en la base occidental del Gruñón. Otras porciones de lava surgían del cráter y se vertían en parte en la misma dirección y en parte más al Norte, formando sin duda otro torrente que bajaba por la falda septentrional o noroccidental. Un el último caso debía fluir hacia los exploradores. Pero los bloques de lava amontonados delante de ellos les impedían ver la dirección que seguía.

La cantidad de barro líquido de los dos cauces había disminuido sensiblemente, sobre todo en el de la izquierda. No era ya un torrente impetuoso, sino un riachuelo sucio y se podía correr el riesgo de vadearlo.

Capítulo 47

SITUACIÓN DESESPERADA

Así transcurrió media hora. La erupción continuaba, lenta, y las explosiones que se escuchaban en el cráter eran menos frecuentes y más débiles. Pero en esto, más arriba del sitio donde se encontraban los exploradores, se escuchó un ruido sordo y un crujido, semejantes a los que se oyen sobre un río grande cuando los hielos se ponen en marcha. En aquella parte se alzaba una cresta de enormes bloques de lava, sin duda el borde del antiguo torrente, detenido en aquel sitio.

- Me parece que ha llegado el momento de marcharnos -declaró Kashtánov levantándose-. La lava está ya cerca.

Todos descendieron la vertiente, hacia el sitio donde habían dormido al borde del arroyo, volviéndose a veces para lanzar una mirada al lugar donde el ruido se amplificaba sin cesar. Sobre la cresta del antiguo torrente asomaba ya el borde del nuevo. Sin embargo, no tenía el aspecto del muro de lava purpúrea que imaginaban los observadores, menos Kashtánov, que conocía las fases de este fenómeno. Aquel borde tenía el aspecto de un alud negro de bloques de diverso tamaño que avanzaba bajo el empuje de una fuerza misteriosa e irresistible.

Los bloques se arrastraban lentamente, se montaban los unos encima de los otros crujendo y rechinando. Unos caían de la cresta, sustituidos inmediatamente por otros; algunos rodaban bastante lejos cuesta abajo, estrellándose y partiéndose ruidosamente contra los salientes y las rocas del antiguo torrente. Entre los bloques del alud escapaban sin cesar chorros y remolinos de vapor blanco; en algunos sitios surgían chispas azules o manchas de fuego, semejantes a las brasas de una hoguera moribunda, cubierta ya de cenizas. Pero aquella hoguera avanzaba, parecida a un monstruo gigantesco que se arrastrase bajo un caparazón movedizo de escamas negras, lanzando un hálito abrasador y vapores ponzoñosos.

Para huir de los bloques que rodaban por la vertiente, los viajeros corrieron hacia el cauce del arroyo, un poco más arriba del sitio donde habían acampado; el cauce ofrecía una superficie desigual, por la que corrían unos chorros de agua sucia. Los viajeros avanzaron resueltamente pero, a los dos pasos, se hundieron hasta las rodillas en el lodo. Todos lanzaron exclamaciones de contrariedad.

- ¡Demonios! ¡Sí que estamos bien! ¡No hay manera de sacar los pies de este cenagal!

¡Parece engrudo!

Gromeko, que cerraba la marcha, se hundió menos que los demás y logró sacar los pies de las botas, que dejó en el barro. Luego, una vez en la orilla, se subió a un bloque sólido y extrajo las botas no sin dificultad. Los otros seguían desvalidos, sin poder moverse para adelante ni para atrás, como moscas pegadas con liga.

Entretanto, el borde del torrente de lava avanzaba inexorablemente por la falda y se encontraba ya sólo a unos doscientos metros. La situación de los tres hombres se hacía trágica. No había por allí cerca ningún tronco, que Gromeko hubiera podido arrojar al lodo para ayudar a sus compañeros a levantar los pies.

Sin embargo, Gromeko no perdió la cabeza. Desde la orilla, lanzó rápidamente unos cuantos trozos planos de lava hacia Pápochkin, que era el menos pesado. Luego se despojó de la mochila, la escopeta y parte de la ropa y, subiéndose los pantalones hasta por encima de las rodillas, llegó al zoólogo y le ayudó a desprenderse de su carga. Después le agarró por debajo de los brazos y le sacó del barro poco a poco. Pápochkin no llevaba botas de caña entera, sino botas con cordones y, como no podían salirse de los pies, no quedaron en el barro. Entre los dos hicieron una pasarela de bloques de lava hasta Makshéiev y le sacaron, pero sin botas. Kashtánov, el más corpulento y pesado de todos, hubo de ser sacado entre los tres, también descalzo.

Mientras tanto, el torrente de lava seguía acercándose, y los viajeros notaban ya su aliento abrasador. No quedaba, pues, tiempo para extraer las botas, hundidas a gran profundidad, y había que escapar cuanto antes de la lava.

Los desdichados exploradores recogieron su equipaje y descendieron corriendo el cauce del río, buscando un sitio más firme.

Pero en todas partes encontraban el mismo fango gris y pérfido, en el que no se atrevían a meterse.

En aquellas búsquedas infructuosas llegaron hasta el sitio donde habían acampado.

En el cauce se había formado un verdadero pequeño lago. Tenía poca agua, pero su fondo estaba recubierto de una capa del mismo fango, cuyo espesor ignoraban.

Y, tras ellos, el raudal de lava seguía avanzando, lenta, pero inexorablemente.

El roce y el crujido de los bloques que se desplazaban rodando y los silbidos del vapor no cesaban ni por un instante. Olía a azufre y a cloro. El calor iba en aumento...

Cerca del lago, donde se juntaban los dos cauces del arroyo, los viajeros cruzaron el borde del antiguo torrente para dirigirse hacia el cauce de la izquierda. Pero también se había convertido en una franja de barro viscoso. Aun quedaba otro camino: remontar, como el día anterior, aquel cauce hasta el lago del Ermitaño para evitar el segundo torrente de lava, exponiéndose a tropezar con el primero. Este cauce iba encajonado entre los muros verticales de la meseta y el flanco del volcán y quizá se pudiese encontrar en él un lugar bastante estrecho para hacer un paso con trozos de lava o incluso para cruzarle de un salto. Pronto dieron con lo que buscaban, pero en la otra margen del cauce se alzaban unas rocas a pico de varios metros de altura. Era imposible escalarlas y también era imposible contorneárselas hacia arriba o hacia abajo por la base, porque la bordeaba el mismo fango.

Agotados por la carrera y la angustia, los exploradores se sentaron, con la cabeza gacha, sobre unos bloques de lava al borde del barro. No les quedaba más que esperar una muerte inevitable: ahogarse en el fango en el intento de atravesar el cauce o ser achicharrados en la orilla cuando el torrente de lava les alcanzase. Las dos perspectivas eran igualmente horribles y, en esta situación desesperada, la idea del suicidio acudía a la mente de cada uno de los hombres si no había otra salida.

Después de descansar un poco, Kashtánov se dio cuenta de que la lava avanzaba más lentamente y gritó, poniéndose en pie de un salto:

- ¡Vamos a remontar pronto por esta orilla del arroyo! Nos dará tiempo a pasar evitando el extremo del torrente de lava, porque se ha inmovilizado casi.

- Pero, cuando hayamos evitado éste, tropezaremos con el otro, que ha sumergido el lago del Ermitaño y ha vuelto, naturalmente, por el cauce abajo -declaró abatido Pápochkin.

- ¡Sin embargo, es la única posibilidad que tenemos de salvarnos! -insistía Kashtánov-. En primer lugar, más arriba quizá encontremos un vado para atravesar el fango en un sitio donde las rocas de la orilla opuesta sean accesibles. En segundo lugar, es muy posible que los dos torrentes de lava no se fundan, y entonces...

- ¡Entonces -exclamó Makshéiev concluyendo su pensamiento-, entre ellos debe quedar un espacio más o menos ancho libre de lava!

- Y en ese espacio podremos esperar a que la superficie del fango se consolide bastante para soportar nuestro peso.

- ¡Hurra! -gritaron Gromeko y Pápochnik.

Se levantaron y reanudaron con nueva energía su marcha hacia el Sur a lo largo del cauce, siguiendo el camino del día anterior, trepando por los restos de los viejos torrentes. A la izquierda, a cien o doscientos metros más arriba de ellos, se extendía la orla (orla = borde, orilla) de lava que exhalaba un hálito (hálito = 2 Vapor que una cosa arroja.) de fuego. Pero avanzaba lentamente y la distancia entre los exploradores y aquella mortal barrera negra aumentaba sin cesar. Pronto pudieron ver que la barrera contorneaba la falda del volcán: habían dejado atrás el torrente de lava.

- De un peligro hemos escapado ya -dijo Makshéiev con un suspiro de alivio.

El cauce se estrechaba en varios sitios suficientemente para poder saltar por encima del fango. Pero, en la orilla opuesta, el muro perpendicular cortaba el paso en todas partes. Había que proseguir la marcha. Pronto iniciaron los exploradores la ascensión del más alto torrente de antigua lava condensada en la falda occidental del volcán. Luego estaba la depresión del lago. Una vez arriba, vieron que sus probabilidades de salvación habían aumentado considerablemente.

Este viejo raudal había dividido la lava nueva en dos partes y se alzaba entre ellas como un lomo aplastado. Desde su cresta, donde los viajeros se sentaron tranquilamente, podían ver delante, a sus pies, la depresión del lago apacible como un espejo enmarcado de verde que había suscitado el entusiasmo de Pápochnik. Ahora no había lago ni palmeras ni hierba, sino que se extendía un campo de fango gris con algunos charcos de agua negra. Hacia él avanzaba desde el volcán el extremo del segundo raudal de lava, y el contacto de los bloques de lava incandescente con el fango húmedo producía un redoble ininterrumpido de pequeñas explosiones que emitían nubecillas de vapores blancos.

Aunque desde el sitio donde se habían instalado los viajeros estaban separados por quinientos o seiscientos pasos de los raudales de lava ardiente, la vecindad de las superficies recalentadas se hacía sentir mucho. La temperatura era infernal, más

aún porque abrasaban implacablemente los rayos de Plutón, al que las nubes no velaban en absoluto.

Los hombres, inmovilizados e inactivos, estaban aplanados de calor y se despojaron de las prendas superfluas. Empezaban a notar el hambre y el cansancio. Aquella noche habían dormido poco y se habían pasado el resto del tiempo corriendo inquietos.

- ¡Lástima que no podamos tomar por lo menos una taza de té! -se lamentó Pápochkin-. El calor es inaguantable.

- El calor será inaguantable, pero no tenemos ni una olla. Como no pongamos a calentar la tetera sobre lava reciente... -dijo en broma Makshéiev-. No tardará nada en hervir el agua.

- Y agua, ¿tenemos todavía?

- Queda bastante -afirmó Gromeko echando una mirada al bidón.

- Entonces, ya que lo del té es imposible, vamos a mar un bocado. Tengo un hambre feroz.

Todos se sentaron en círculo, sacaron el pescado seco las galletas y comieron con buen apetito, echando algunos tragos de agua.

- Esta mañana hemos hecho una soberbia tontería que estamos pagando ahora - declaró Kashtánov.

- ¿Cuál?

- Al ver que se acercaba el torrente de fango, debíamos haber pasado inmediatamente a la orilla opuesta del arroyo en lugar de remontar la vertiente. Ahora estaríamos al borde del mar, lejos de la lava y del fango.

- Es verdad, desde la otra orilla el acceso al mar estaba libre.

- No enteramente, porque el doble torrente de fango que ha bajado por el valle ha debido inundarlo todo.

- ¡Y allí nos hubiera sorprendido!

- Pero habríamos podido subir a la meseta del desierto negro y llegar por ella hasta el mar.

- Efectivamente, hemos hecho una tontería. Pero, ¿quién podía prever todas estas consecuencias? En aquel momento parecía lo más razonable subir apresuradamente todo lo posible para escapar al torrente de fango.

- De todas formas, si entre nosotros hubiera habido personas más enteradas de la conducta de los volcanes en actividad, habrían acertado mejor con la dirección a seguir.

- Pues yo creo -intervino Pápochkin- que hicimos ya una gran tontería ayer quedándonos a dormir al pie del volcán a pesar de los indicios precursores de una erupción.

- ¡Pero si precisamente nos quedamos para ver esa erupción!

- ¡Bien que la hemos visto! Yo, por lo menos, estoy satisfecho para todo lo que me queda de vida y, de ahora en adelante, procuraré permanecer lo más lejos posible de estas turbulentas montañas. He sacrificado mi escopeta al Satán, y al Gruñón...

- Al Gruñón le hemos sacrificado Makshéiev y yo nuestras botas, cosa mucho peor. Usted va calzado y todavía se queja, cuando nosotros tenemos que andar sin botas hasta el mar por las piedras recalentadas del desierto negro.

- Tiene usted razón. Mi situación es mejor, y debo callar.

- Bueno, ¿qué hacemos ahora?

- ¿Ahora? Pues volvernos a acostar y dormirnos, si es que lo conseguimos, sobre estas piedras duras y angulosas.

- Vamos a probar. Pero tendremos que turnarnos montando la guardia para observar el volcán. Todavía se le puede ocurrir cualquier fechoría.

- ¿Cuánto tiempo vamos a dormir?

- Todo el que nos permita el Gruñón.

- Eso como máximo. Como mínimo, hasta que el fango del cauce se seque suficientemente para poderlo atravesar.

Así lo hicieron: tres de ellos se tendieron mal que bien sobre los bloques de lava mientras el cuarto velaba, observando la actitud del volcán y el proceso de endurecimiento del fango. Dicho proceso transcurría lentamente, a pesar del calor despedido por los torrentes de lava y por los rayos de Plutón. Sólo al cabo de unas seis horas adquirió el fango la consistencia suficiente para hacerlo transitable.

Los exploradores recogieron el equipaje y se dirigieron hacia el cauce, que cruzaron, sin incidente, por turno. Luego se introdujeron en una grieta, que escalaron de bloque en bloque, de saliente en saliente, ayudándose los unos a los otros. Media hora después habían llegado al desierto negro, donde se encontraban ya fuera de

peligro y podían respirar tranquilos. Pápochkin se volvió de cara al volcán, quitóse el sombrero, se inclinó y dijo:

- Adiós para siempre, viejo Gruñón. Gracias por el agasajo que nos has hecho y lo atento que has estado con nosotros.

Todos sonrieron. Kashtánov gritó:

- ¡Si tuviera mis botas, no me marchaba de aquí!

- ¿Y qué iba a hacer?

- Seguir por el desierto negro más hacia el Sur para ver lo que hay detrás del volcán - ¡Pues el mismo desierto! Se ve desde aquí.

- Aparte de las botas también nos faltan víveres -observó Makshéiev.

- Y apenas nos queda agua -añadió Gromeko sacudiendo el bidón.

- ¡Tienen ustedes razón! Hay que volver pronto al mar. Pero estas piedras negras del desierto están horriblemente recalentadas. Tengo la impresión de andar sobre un hornillo encendido. Además, los calcetines gruesos se me han destruído casi al pisar por la lava.

- Tendremos que desgarrar las camisas y hacernos peales con ellas -indicó Makshéiev-. Porque andar descalzos es completamente imposible.

Mientras hablaban, tanto él como Kashtánov, no hacían más que saltar tan pronto sobre un pie como sobre el otro para dejar que se enfriaran un poco. Así, pues, se quitaron las camisas, las enrollaron en torno a los pies sujetándolas con las correas de las escopetas y, después de lanzar una última mirada al volcán, envuelto en negras nubes, echaron a andar animosamente por el desierto hacia el Norte. La marcha no ofrecía dificultades: la superficie del desierto estaba absolutamente lisa. En algunos sitios presentaba una masa desnuda de antigua lava de un color verde negruzco pulida por los vientos y, en otros sitios, estaba recubierta de escorias. Lo mismo que en el desierto que rodeaba al volcán de Satán, no había allí ningún indicio de vegetación. La llanura negra se extendía hasta el horizonte. El cielo estaba despejado y, en el cenit, el Plutón rojizo inundaba aquella llanura con sus rayos, que se reflejaban en la superficie pulida, encendiendo millones de fulgores verdosos. Los viajeros tenían que cerrar o entornar los ojos para que no les deslumbrara aquella masa de luz y de destellos.

Echaron a andar hacia el Nordeste para llegar al curso inferior del arroyo, único sitio donde era posible encontrar un punto adecuado para descender de la meseta. Al cabo de tres horas, ya al borde de la altura, se pusieron a buscar una grieta. El valle, que la víspera todavía formaba un oasis de verdura, hallábase ahora completamente arrasado por el torrente de fango. Los árboles habían sido derribados, los arbustos descuajados y arrastrados por el torrente, las praderas recubiertas de fango. Sólo al pie de la muralla abrupta se habían salvado algunos manojos de vegetación. Viendo aquel lamentable cuadro de destrucción, los exploradores recordaron que habían hecho el propósito de cazar iguanodontes a la vuelta en el curso inferior del valle.

- ¡Habrán huido hacia el mar!
- O se han ahogado en el fango.

Esta última suposición era la cierta. Un poco más lejos se fijaron los viajeros en que muchos pterodáctilos giraban sobre el valle lo mismo que giran los cuervos sobre una carroña. Al acercarse más vieron que en el fondo del valle tenía lugar un sangriento festín. Entre el fango sobresalían, como grandes montículos, los cadáveres de algunos iguanodontes, en los que se habían posado decenas de reptiles voladores. Con sus picos dentados arrancaban trozos de carne y de entrañas, se peleaban echándose los unos a los otros, remontaban el vuelo y volvían a posarse. Los gritos y los silbidos no cesaban ni por un instante.

- ¡Ahí tienen ustedes a nuestra caza! -dijo Gromeko al ver aquel cuadro repugnante-

¿Qué hacemos?

- Podemos matar a algún pterodáctilo -propuso Makshéiev.
- ¿Ahora que se han hartado de carroña? ¡Muchas gracias, hombre!
- Pero si ya hemos probado su carne.
- Cuándo no sabíamos que también se alimentaban de carroña. Y, además, porque no teníamos otra carne cuando las hormigas nos lo robaron todo.
- Tampoco ahora tenemos otra carne.
- Pero hay pescado seco en las lanchas y aun podremos pescar más en la desembocadura del río.

- Se olvida usted de que el río ya no existe -intervino Kashtánov-. Todo el golfo debe estar invadido por el fango que ha arrastrado el torrente, de manera que los peces se habrán muerto o se habrán adentrado en el mar.

- Temo que nos encontremos también sin agua potable -dijo Gromeko.

- Es verdad, puesto que ha desaparecido el río.

- Pues yo temo que hayamos perdido todo el equipaje oculto entre la maleza. Lo habíamos dejado cerca del río y en un sitio poco elevado. Si el torrente de fango era en la desembocadura del valle tan impetuoso como arriba, ha podido arrastrarlo todo al mar o, en el mejor de los pasos, inundarlo de barro.

La hipótesis de Makshéiev alarmó a los demás y, olvidando a los pterodáctilos, apresuraron el paso. De todas formas, Pápochkin hizo una fotografía de aquel festín. Cerca de la desembocadura del valle había un barranco escarpado y estrecho por donde lograron los viajeros descender. Todos sintieron el deseo de echar a correr para llegar cuanto antes al mar, pero era cosa imposible: el fango, desparramado por todas partes, aunque en una capa fina, no se había secado suficientemente y los pies se hundían en él a cada paso. Desde lejos se veía ya que el torrente de fango había causado también estragos en la desembocadura. El curso inferior del río fluía antes por un estrecho pasadizo entre colas de caballos y helechos. En aquel sitio había ahora un ancho calvero donde los árboles descuajados estaban recubiertos de barro. Incluso fuera de la zona por donde había fluido la masa de agua fundamental se notaban daños: en la desembocadura del valle todo el bosque estaba inundado de un agua sucia que, al retirarse, dejaba en todas partes una espesa capa de fango.

Chapoteando en el barro, los viajeros acabaron por llegar a la orilla del golfo y lanzaron una exclamación de sorpresa. En lugar del agua límpida y azul, ante ellos se extendía una superficie pardusca sobre la que flotaban hojas, ramas, arbustos y troncos enteros arrastrados al mar por el torrente. Makshéiev y Gromeko corrieron hacia la espesura donde habían ocultado las lanchas y el equipaje, casi seguros de que todo habría sido arrastrado, porque en todas partes se veían trazas de devastación y hasta la playa próxima a la desembocadura del río estaba recubierta de una capa de fango.

- ¡Hurra! -gritaron al poco tiempo-. Todo está intacto. Vengan a ayudarnos.

Sus efectos se habían salvado porque estaban metidos en las lanchas y estas últimas recubiertas por la tienda de campaña y la balsa y, además, sólidamente atadas a los árboles. Todos lanzaron un suspiro de alivio. Desenterraron las barcas y las transportaron, así como la impedimenta, hasta el mar, a cierta distancia de la desembocadura del río, donde encontraron una pequeña superficie que no había invadido el fango. Pero, como el río se había agotado, era preciso abandonar aquel sitio que tanto les había encantado la víspera. Continuar la navegación hacia el Oeste resultaba arriesgado, ya que la costa meridional estaba bordeada por los áridos acantilados de la meseta del desierto negro y no había probabilidades de encontrar allí agua dulce.

- Sin una reserva de agua no podemos ir hacia el Oeste. En cambio sabemos que, al Este, hay una fuente cerca del sitio donde hicimos alto para dormir -pronunció Gromeko, poniendo fin al debate acerca de la dirección que debían seguir.

Capítulo 48

TRAVESÍA DE REGRESO

Una hora más tarde, los viajeros bogaban ya sobre el golfo, convertido en un charco sucio. Contornearon el cabo y pusieron rumbo al Este, a lo largo de la orilla baja y uniforme donde se alzaba la muralla del bosque. Todos remaban con energía, deseosos de llegar cuanto antes a la fuente de agua dulce, donde podrían al fin descansar y dormir después de todas las fatigas y las emociones de las dos últimas jornadas.

Esta precipitación no les impidió, sin embargo, hacer un alto para dar caza a unos iguanodontes que vieron en la playa.

Al día siguiente, el viaje prosiguió al mismo ritmo y, al finalizar la jornada, llegaron al lugar nefasto, a la desembocadura del río de las Hormigas donde se encontraba el hormiguero incendiado. Allí había una playa de arena, había agua dulce y, en cambio, más adelante la costa no ofrecía ya ningún lugar adecuado para acampar.

Allí se quedaron a dormir y ningún incidente interrumpió su sueño.

Otra jornada fue invertida en navegar hacia el Este por el estrecho salpicado de islas que unía el mar Oriental y el mar Occidental.

Esta vez, los exploradores bordearon la orilla septentrional porque querían determinar el emplazamiento de la desembocadura de un río que, aunque mucho mayor que el río Makshéiev, presentaba el mismo carácter. Sus orillas bajas estaban cubiertas de bosque tupido, que llegaba hasta el agua sin dejar un solo palmo de tierra para el campamento. Hubo que almorzar en frío, sin abandonar las lanchas.

Durante el descanso que siguió a la comida, Pápochkin tuvo de pronto una idea que comunicó inmediatamente a sus compañeros.

- Ahora estamos en la orilla septentrional del mar ¿no es cierto? -gritó muy contento.

- Claro qué sí -contestó Kashtánov.

- Bueno, pues si nos atenemos a ella hasta la desembocadura del río Makshéiev, nos habremos evitado una nueva travesía del mar, siempre peligrosa.

- ¿No nos disponíamos a explorar detenidamente la costa meridional más al Este del sitio donde hemos desembarcado primero? -objetó Gromeko.

- ¿Y no es hora de pensar en el regreso hacia los hielos? -prosiguió el zoólogo.

- ¿Tan pronto?

- Claro. Para remontar el río necesitaremos tres o cuatro veces más tiempo que para bajarlo. Tendremos que remar todo el tiempo en contra de la corriente.

- ¿Y qué importa? Nos queda mucho tiempo.

- Yo no diría que mucho. Estamos a fines de agosto. Al borde de este mar el verano es probablemente eterno; pero, allá al Norte, cerca de los hielos, seguramente existe invierno. Si aplazamos mucho el regreso corremos el riesgo de ser sorprendidos por los fríos y, en lugar de remontar en las barcas el río, que se cubrirá de hielo, tendremos que andar a pie por la nieve.

- ¡Sin esquís y sin ropa de abrigo! -añadió Makshéiev.

Esa consideración, naturalmente, importa mucho, y hay que tomarla en cuenta - observó Kashtánov-. Sin embargo, una semana más que consagrásemos a explorar mejor la orilla meridional no reduciría sensiblemente el tiempo que nos queda para el camino de vuelta.

- ¡Existe otra objeción! -insistió Pápochkin-.

Todas nuestras excursiones por la costa meridional del mar han tropezado con peligros y obstáculos debidos a las hormigas. Es casi seguro que esos odiosos insectos hilan también en las otras regiones de la costa meridional. Para luchar contra ellos se necesita hacer un gran consumo de municiones, y las que nos quedan son pocas. Debemos economizarlas, porque en el camino de vueltas nos servirán para la caza y para defendernos contra los animales feroces.

- Y, en fin -corroboró Gromeko-, es poco probable que encontremos nada nuevo en la costa meridional del mar durante los tres o cuatro días que podemos consagrar, a adentrarnos hacia el Este. Hemos visto ya que, por esta parte, se levantan sobre una gran extensión los acantilados abruptos de la meseta y, desde la cumbre de Satán, no hemos distinguido en dirección al Este nada más que el desierto negro.

- En el mejor de los casos descubriremos algún que otro riachuelo y, en su curso superior, otro grupo de volcanes que volverán a proporcionarnos cualquier sorpresa.

-añadió Pápochkin, que no olvidaba sus desventuras-.

Dos veces nos hemos salvado casi por milagro. ¿Es sensato probar la suerte otra vez?

- Veo que estoy en minoría -dijo Kashtánov con cierta contrariedad-. Tres de nosotros se pronuncian por emprender el regreso y sus argumentos tienen bastante peso. Habré de ceder a la voz de la razón.

- ¿De manera que vamos a seguir ahora la costa Norte? -preguntó Gromeko.

- Naturalmente, puesto que hemos decidido no continuar explorando la del Sur.

- Entonces, hay que hacer acopio de agua dulce ahora mismo, porque no es probable que lleguemos hoy hasta el río Makshéiev y no sabemos si habrá otro más cerca. Después de haber llenado los dos bidones en la desembocadura de un gran río, al que dieron el nombre de Gromeko, los exploradores siguieron la navegación entre los bajíos y las islas de su delta, procurando no apartarse de la orilla septentrional, que tenía el mismo carácter que en la desembocadura del río Makshéiev, aunque no la bordeaba una playa de arena, sino que el bosque y las junqueras llegaban hasta el agua. Las islas fueron haciéndose menos frecuentes, luego desaparecieron y la costa torció sensiblemente hacia el Norte. En frente de aquel sitio, en la orilla meridional, comenzaba la región de las dunas. A lo lejos se veía el grupo del volcán Satán, que todavía arrojaba una columna bastante densa de humo, ocultando aquella parte del horizonte.

La navegación era animada por los insectos que revoloteaban sobre el agua y la vegetación, a veces por pequeñas pterodáctilos que perseguían a las libélulas y por los plesiosaurios, cuyas cabezas emergían bastante lejos de la orilla. En las proximidades de la costa, el mar era poco profundo y los remos tocaban en algunos momentos el fondo. En las murallas verdes de las junqueras que bordeaban el bosque se abrían a veces anchos caminos, verdaderos pasillos de vegetación por donde llegaban, sin duda, hasta el agua los diferentes reptiles herbívoros y carnívoros que habitaban la espesura. Al día siguiente, los exploradores llegaron, antes del almuerzo, a la desembocadura del río Makshéiev, que reconocieron fácilmente por la pirámide que habían levantado en su orilla.

Allí permanecieron cerca de veinticuatro horas a fin de proceder a las últimas observaciones en la costa del mar, pescar y secar peces en la desembocadura y reparar las lanchas y la balsa para el largo viaje río arriba.

La navegación en contra de la corriente era lenta. Había que remar continuamente, consagrandose muy poco tiempo al descanso, la comida y el sueño.

Según la rapidez de la corriente, no lograban avanzar más que de treinta a cuarenta kilómetros al día.

También retrasaban el viaje las aventuras con los reptiles y los mamíferos carnívoros y herbívoros, ya que, para economizar municiones, los viajeros disparaban sólo con el fin de procurarse carne fresca o defenderse en caso de ataque.

Durante las primeras semanas de esta navegación, la naturaleza río ofreció ningún cambio notable. Pero luego, cuando comenzaron los bosques de árboles de hoja del clima más moderado, los encontraron ya amarillos y despojándose. Cuanto más avanzaban hacia el Norte, más plantas desnudas aparecían.

También había cambiado el tiempo: aunque Plutón continuaba en el cenit, se cubría muchas veces de nubarrones. Un viento frío soplaba del Norte y eran frecuentes las lloviznas otoñales. Cuando el cielo se despejaba volvía a hacer calor, pero la temperatura media descendía sin cesar:

Las intemperies en forma de aguaceros y frío viento del Norte frenaban e incluso interrumpían la navegación. Los viajeros tenían que buscar cobijo en la tienda y encender una hoguera para calentarse. Después de unos meses pasados en un clima muy caliente y seco, los hombres se habían hecho más sensibles al frío y a la humedad. En la zona habitada por los mamuts, los rinocerontes de pelo largo, los ciervos gigantes y los toros primitivos, había comenzado ya el invierno. La temperatura se mantenía alrededor del cero, subiendo sólo de vez en cuando, al despejarse el cielo. Pero casi siempre se hallaba cubierto por un tupido cendal (cendal = sindone, sábana) de nubarrones de los que caía a veces nieve. El viento del Norte era frío. Al mismo tiempo, el agua del río comenzaba a bajar sensiblemente y su cauce estrecho era reducido aún más por una doble franja de hielo. Únicamente el centro, a consecuencia de la rapidez de la corriente, permanecía libre. Era de esperar que, de un día a otro, tendrían que suspender la navegación. En cuanto a la balsa, que unía y aligeraba las barcas, había tenido que ser abandonada antes por la angostura del lecho. Las lanchas, muy cargadas,

avanzaban lentamente la una detrás de la otra por el río veloz y no podían hacer ya más de quince o veinte kilómetros diarios.

Sin embargo, un centenar de kilómetros los separaba todavía de la colina donde estaba la yurta.

Los bosques y los calveros de la orilla estaban ya recubiertos de una fina capa de nieve.

Capítulo 49

LA HUELLA MISTERIOSA

Una vez, después de cenar, Gromeko. y Makshéiev fueron a pescar sobre un banco de arena que ponía una mancha amarilla entre la hierba marchita y abatida por las heladas. Makshéiev había lanzado ya el anzuelo y vigilaba el flotador, cuando de pronto vio en la arena, junto a la huella de su bota, la huella bien clara de un pie descalzo.

¡Qué cosa tan rara! -pensó-. Yo no recuerdo haberme descalzado y tampoco creo que lo haya hecho el médico en un día tan frío.

Se inclinó para observar mejor la huella: era el de un pie izquierdo, cuyas dimensiones superaban incluso la huella de la bota del ingeniero, bastante grande. La planta del pie era plana. El hombre que había dejado la huella andaba seguramente toda su vida descalzo. Pero lo más notable era que los cinco dedos, bien impresos en la arena, tenían una gran longitud y el pulgar se apartaba de los otros. Más que la huella de un pie, parecía la de una mano enorme con la palma alargada.

Poco más allá, Makshéiev descubrió también la huella del pie derecho, pero casi borrada ya por el agua. El sujeto había vadeado seguramente el río, porque no se veían huellas que remontasen la margen.

- ¡Gromeko, venga usted un momento! -gritó Makshéiev.

- ¿Qué ocurre? Aguarde un poco, que ya pican -contestó el botánico. Deje usted los peces y venga a ver una cosa curiosa que he encontrado.

- Pero, ¿qué es? ¿Un cangrejo? ¿Una tortuga?

- No. La huella de un pie de hombre descalzo en la arena.

- ¡Imposible!

Gromeko soltó la caña y se acercó corriendo. Habiendo examinado muy sorprendido la huella, opinó también que la forma del pie que la había dejado era muy extraña.

- ¿No habrá pasado por aquí algún mono? -sugirió.

- ¿En esta región subpolar, entre alerces y abedules?

- ¡Cualquiera sabe! Si los mamuts y los rinocerontes, cuyos congéneres sólo pueden vivir en climas cálidos sobre, la superficie terrestre, habitan aquí la tundra y las bosques septentrionales, ¿por qué no ha de haber monos amoldados a este clima?

- Quizá tenga usted razón. Vamos a llamar al zoólogo y al geólogo, que se orientarán mejor que nosotros.

- Siga usted pescando mientras yo voy a buscarlos.

Gromeko volvió en barca hasta el campamento y se trajo a sus compañeros.



- ¡Es un mono gigante! -supuso el geólogo.

- Pues yo pienso que se trata más bien de un antropopiteco -declaró el zoólogo-. Fíjense ustedes en que camina sobre los pies, sin apoyarse en las manos. Al descender hacia el agua por esta cuesta bastante abrupta, un mono se habría valido también de las manos, y aquí no hay ninguna huella de ese tipo.

Un examen minucioso de los contornos hizo descubrir un sendero en cada una de las orillas y, en el río, un vado poco profundo. En el sendero las huellas eran menos netas, pero la distancia que las separaba permitía calcular que el sujeto medía por lo menos un metro ochenta de estatura.

- ¿Qué han encontrado ustedes? -preguntó Makshéiev cuando volvieron sus compañeros, porque mientras ellos estudiaban las huellas Gromeko y él se habían puesto nuevamente a pescar.

- Lo más probable es que se trate de las huellas de un antropopiteco que ha ido, por un sendero perfectamente trazado, hacia un vado poco profundo que conoce - declaró Kashtánov.

- O sea, que antes de nosotros han penetrado en Plutonia algunos hombres.

- Y, por añadidura, andan descalzos, aunque ya nieva, y atraviesan con toda tranquilidad el agua helada -exclamó el botánico.

- Serán salvajes probablemente. Por algo la forma del pie no se diferencia apenas de la de los monos.

- Tendría poca gracia encontrarse con ellos. Deben ser caníbales.

- Si las hormigas no han podido con nosotros, aunque nos han molestado bastante en nuestro trabajo, ya acabaremos entendiéndonos de alguna manera con los salvajes. Ahora había que tomar mayores precauciones para no ser atacados por sorpresa. Durante el descanso montaron guardia por turno y todo el día siguiente observaron con atención los contornos.

Al segundo día tuvieron que suspender la navegación. Una prolongada tormenta llegó del Norte y heló el río, cubriéndolo incluso de una capa de nieve de unos quince centímetros.

Como no querían abandonar las barcas ni llevar la impedimenta auestas, los exploradores construyeron unos patines de madera, pusieron encima las barcas con el equipaje y, siguiendo el lecho del río, donde no les molestaban los arbustos ni los árboles, arrastraron por la nieve aquellos trineos improvisados. Pero, como era difícil marchar por la nieve reciente sin esquís y tirando de los pesados trineos, no recorrían más que de doce a quince kilómetros en la jornada. Plutón no asomaba ya a través del espeso velo de nubes y la temperatura descendía a cinco e incluso diez grados bajo cero. Los hombres pasaban mucho frío en la tienda ligera y con su ropa de verano; durante los altos montaban la guardia por turno para alimentar una hoguera a la entrada de la tienda. En esta lucha contra el frío y la nieve se habían olvidado enteramente de los hombres primitivos. Por, otra. parte, no volvieron a encontrar huellas. Todos los seres vivos parecían haber emigrado hacia el Sur y los bosques, poco tupidos, dormían su sueño invernal bajo el sudario blanco.

Sólo al octavo día de haber construido aquellos trineos terminaron los árboles y se dibujaron al Norte unas crestas blancas sobre el horizonte: el borde de los hielos.

Delante se divisaba a duras penas el punto negro de la yurta sobre la colina, confundiéndose casi con la llanura de la tundra.

Quedaba una decena de kilómetros de penosa marcha antes de poderse reunir con sus compañeros y descansar en la yurta tibia después de largas semanas de peregrinación. Al cabo de tres horas se hallaban sólo a un kilómetro de la yurta y de un momento a otro esperaban oír el ladrido de los perros y ver a los hombres correr a su encuentro con trineos y esquís. Pero no aparecía nadie, no se escuchaba el menor ladrido y, la yurta, medio sepultada bajo la nieve, negreaba solitaria en lo alto de la colina, como abandonada por sus habitantes. Los viajeros empezaron a hacerse inquietas preguntas.

- ¿Se pasarán el día durmiendo?
- ¿Por qué no se ve a los perros, ni se les oye ladear?
- ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

En un último esfuerzo, los viajeros aceleraron la marcha por la nieve profunda y blandía de la llanura, donde se hundían casi hasta las rodillas.

La colina estaba ya muy cerca, pero continuaba desierta y callada. Los viajeros se detuvieron antes de iniciar la subida y gritaron todos a una:

- ¡Eh, Borovói, Igolkin! ¡Arriba, que ya estamos aquí!

Repitieron la llamada una y otra vez, pero les respondió el mismo silencio de tumba. Los cuatro hombres empezaron a sentirse seriamente inquietos.

- Si no se han muerto, la única explicación posible es que se han marchado en los trineos a cazar algún animal grande -dijo Makshéiev-, sobre todo porque tampoco están aquí los perros.

- ¡Pero si llevamos más de una semana sin haber encontrado ningún bicho! -objetó Pápochkin.

- Quizá por eso mismo se hayan adentrado más hacia el Sur.

- A no ser que hayan ido a nuestro encuentro en vista de que tardábamos tanto -sugirió Gromeko-. Cuando han empezado los fríos y la nieve se habrán acordado de que nos habíamos ido con ropa ligera y sin esquís.

- Es poco verosímil. Sabiendo el río que habíamos seguido en nuestro viaje, tenían que haber dado con nosotros sin falta -observó Kashtánov.

- Yo pienso que en la yurta encontraremos la solución del enigma -dijo Makshéiev-. Pero, antes, vamos a contornear la colina por si hay alguna huella que podemos borrar sin querer.

Dejaron los trineos al pie de la colina y los cuatro la contornearon, examinando minuciosamente la capa de nieve. No descubrieron ninguna huella, ni reciente ni antigua, y se podía asegurar que, desde que la nieve había recubierto la tierra, nadie había subido a la colina ni bajado de ella.

Capítulo 50

EN LA YURTA ABANDONADA

La cortina de fieltro que cerraba la abertura de la yurta, orientada hacia el Sur, estaba bajada y atada por fuera. O sea, que no había nadie dentro. Habiendo levantado la cortina, los viajeros penetraron en el interior. La yurta parecía estar habitada. Los cajones con los instrumentos, las colecciones y los objetos más preciosos estaban colocados junto a la pared de atrás.

Colgaban en su sitio las escopetas las cartucheras y la ropa de Borovói e Igolkin; a los lados se hallaban enrollados los sacos de dormir. En el centro de la yurta negreaba el hogar y del trípode pendía incluso la tetera. Al lado había un montón de leña y de ramiza.

Todo tenía el mismo aspecto que si los dos exploradores se hubieran ausentado por poco tiempo:

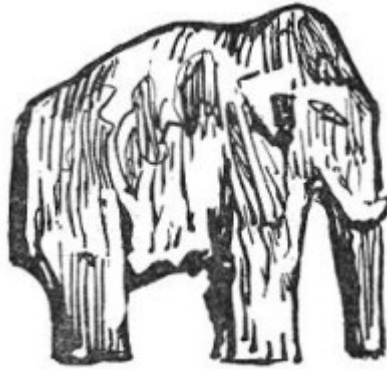
La inquietud de los recién llegados iba en aumento: sus compañeros no estaban de caza ni de excursión, puesto que las escopetas y los sacos de dormir habían quedado en la yurta. Había que admitir que algún enemigo -animales u hombres- les había atacado por sorpresa en los alrededores de la yurta, cerca de la nevera por ejemplo, o en la tundra, al pie de la colina. Los perros, abandonados y hambrientos, habían debido morir o escaparse. Pero, si el ataque era obra de una tribu, ¿cómo no había saqueado la yurta?

Un examen más atento demostró que la tetera, las escopetas y todos los objetos tenían una capa de polvo. Miakshéiev levantó la tapa de la tetera: los restos de té que había en el fondo se hallaban recubiertos de moho. Era de toda evidencia que los hombres habían abandonado la yurta hacía ya tiempo.

- ¿Qué será esto? -preguntó Kahstánov señalando un extraño objeto de madera colocado sobre uno de los cajones.

Todos rodearon el cajón. Encima había una figurita de mamut toscamente tallada en madera. Estaba cubierta de unos chafarrinones parduscos y de grasa, de manera que daba asco tocarla.

- ¿Se habrá dedicado Igolkin a la escultura de puro aburrimiento? -aventuró Pápochkin.



- ¡No! -afirmó Makshéiev-. Esto es, desde luego, un ídolo. Está untado, como sacrificio, con la sangre y la grasa de los animales muertos. Nuestros compañeros lo habrán encontrado en algún sitio.

- Uniendo este hallazgo a las huellas descubiertas en la arena, no cabe ya la menor duda de que la región está habitada por hombres primitivos -declaró Kashtánov.

- ¡Habrán matado o hecho prisioneros a nuestros amigos! -lanzó Gromeko.

- ¿Cómo no se habrán llevado todo lo que había en la yurta?

Makshéiev tomó la figurita para examinarla mejor y todos vieron con asombro que debajo había dos trozos de papel cuidadosamente doblados. Kashtánov se apresuró a abrirlos y los leyó en voz alta.

La primera nota, fechada el 25 de septiembre, decía:

"Hemos sido hechos prisioneros por unos salvajes que han aparecido de improviso en la tundra. Nos sorprendieron en la nevera, sin armas, hace cosa de quince días, mientras estábamos inspeccionando el depósito. Nos han llevado al bosque con ellos. No han tocado a la yurta ni al depósito, pero no nos han dejado llevarnos nada. Los perros han seguido nuestra pista. No nos hacen daño, nos dan de comer, incluso nos rinden honores, tomándonos sin duda por hechiceros o dioses, pero no nos dejan alejarnos. Nos tienen muy vigilados y nos han quitado las botas y casi toda la ropa. Ellos andan desnudos, viven en chozas de palos y pieles, no conocen el fuego y comen carne cruda. Todas las armas que poseen lanzas, flechas y cuchillos son de hueso o de madera. La tribu cuenta más de cien personas, en su mayoría mujeres. Se dedican a la caza, tanto los hombres como las mujeres. Los hombres, poco numerosos, son débiles, mientras las mujeres son altas y robustas.

Tienen el cuerpo cubierto de pelo bastante tupido y, en general, parecen unos monos grandes (sin rabo). Hablan un lenguaje que vamos comprendiendo ya. Así nos hemos enterado de que consideran nuestra yurta como una habitación de dioses y van a ella a hacer sus devociones. Hemos aprovechado esta circunstancia para enviar la presente nota como sacrificio a los dioses. Nos han prometido dejarla en la yurta. Nos han llevado a unos sesenta kilómetros hacia el Sudeste, bajando el río que cruzamos al principio para ir a buscar el mamut muerto. Pensamos que lograrán ustedes liberarnos sin verter sangre, presentándose como divinidades. Traigánnos ropa de abrigo, cerillas y tabaco. Hemos pasado bien el verano y el depósito está lleno de víveres.

Borovói, Igolkin". La segunda cuartilla era del 2 de noviembre.

"Hace frío y nieva con frecuencia. Los salvajes se preparan a emigrar hacia el Sur, donde el clima es más tibio. Nosotros encendemos fuego para asar la carne y calentarnos. Pero los salvajes tienen miedo al fuego y nos veneran todavía más. Nos retienen prisioneros sobre todo las mujeres, a las que gustamos porque somos más guapos y más robustos que los hombres de la tribu. Los hombres contribuirían de buen grado a nuestra evasión. Esta será la última nota, porque los salvajes no volverán ya a la yurta. Pero, al dirigirnos hacia el Sur, siguiendo probablemente el mismo río, dejaremos notas en todos los sitios donde acampemos o por el camino, fijándolas en los arbustos para que puedan seguir nuestra pista. Si no logramos escaparnos con la ayuda de los hombres, anúnciennos su presencia disparando al aire. Avancen sin miedo, haciendo descargas al aire para impresionar a los salvajes y hacerles que se sometan a nuestra voluntad. En último caso, hieran a algunas mujeres. No nos dejamos abatir ni tenemos miedo; sólo sufrimos del frío y de comer únicamente carne. Estamos inquietos por ustedes. ¿Cómo no han vuelto todavía? Nos preguntamos si habrán hecho el viaje sin incidentes.

Borovói, Igolkin".

- ¡Están vivos! -exclamó Gromeko.

- Tenemos que correr en auxilio de nuestros compañeros, porque hace casi tres meses que se encuentran cautivos. Hoy estamos a cinco de diciembre -declaró Gromeko consultando su cuaderno de notas.

- Escriben que los salvajes no han tocado aquí nada -dijo Makshéiev-. Por lo tanto, los trineos y los esquís deben continuar en la nevera con las provisiones. Hay que descubrir inmediatamente la entrada al depósito y comenzar los preparativos para la marcha.

- Efectivamente, en la yurta todo parece continuar en su sitio. También el depósito continuará intacto si la puerta no ha quedado abierta y los perros no han devorado las provisiones -observó Pápochkin.

Después del penoso viaje a través de la nieve, de las noches pasadas en la tienda de campaña y de la alimentación compuesta de carne y galletas, el clima tibio de la yurta y las conservas variadas les parecieron particularmente agradables a los viajeros. Decidieron descansar algunos días mientras preparaban la nueva expedición, que podía durar varias semanas, según la distancia a que hubieran emigrado los hombres primitivos.

En torno a la yurta toda la colina estaba cubierta de una capa profunda de nieve. En los depósitos todo permanecía intacto. Los trineos y los esquís fueron sacados inmediatamente para inspeccionarlos y proceder a su reparación. El depósito grande se hallaba cerrado por una puerta sólida, auténtica, gracias a lo cual las fieras no habían podido llevarse nada ni aun en ausencia de los hombres y los perros. Los precavidos ermitaños habían hecho una gran provisión de carne ahumada para el invierno. Ahora venía muy bien, porque así no tenían que perder tiempo en ir de caza.

Un poco más lejos estaba la pequeña estación meteorológica instalada en la colina por Borovói. Los instrumentos se hallaban en buen estado. En la yurta descubrieron los exploradores el diario meteorológico por el cual podía juzgarse del clima de la tundra en la segunda mitad del verano y principios del otoño.

Decidieron llevarse la yurta y encerrar en el depósito todos los objetos superfluos, amontonando nieve delante de la entrada para disimularla enteramente a los visitantes importunos.

Conforme a esta decisión, prepararon para el viaje dos trineos, seis pares de esquís, víveres para un mes, ropa de abrigo y sacos de dormir. También reunieron cierta cantidad de azúcar, caramelos, cuchillos, agujas, hilo, collares y anillos para regalárselos a los salvajes si devolvían voluntariamente la libertad de los

prisioneros, Se llevaron igualmente alcohol y coñac para embriagara los centinelas en caso de necesidad.

Capítulo 51

SIGUIENDO LA PISTA DE LOS COMPAÑEROS

Después de descansar tres días en la colina, emprendieron la marcha, primero hacia el Sudeste, en dirección al río donde Kashtánov y Pápochkin habían encontrado por primera vez mamuts, y luego bajando la corriente.

Al segundo día, los exploradores llegaron a un calvero (calvero = m. Calva en lo interior de un bosque) de la orilla izquierda del río donde había estado el campamento de los hombres primitivos. No quedaba de él más que unas veinte armazones de chozas cónicas de pértigas, semejantes a las tiendas de los jantis y de los evenkos de Asia.

En una de las pértigas había sido fijado un papel con este texto:

"Aquí hemos estado prisioneros hasta salir hacia el Sur. La tribu se marcha hoy. Por el camino quizá logremos es...

El papel se había roto en aquel sitio.

Los exploradores decidieron descender el borde del río, examinando minuciosamente los calveros cada quince o veinte kilómetros, recorrida probable de una jornada de marcha de la tribu que, cargada con todos los utensilios domésticos, debía avanzar lentamente. Al borde de estos calveros podía haber quedado alguna nota de los prisioneros. Efectivamente, al final de aquella misma jornada llegaron a un vasto calvero, donde encontraron, atada a una rama con un hilo, la siguiente nota:

"Recorremos unos veinte kilómetros diarios, unas veces por los senderos del bosque cerca del río y otras por el agua, que está muy fría y en algunos sitios sube por encima de la rodilla. A esta gente no le hace el menor efecto nada de esto. Nos han devuelto parte de nuestra ropa, pero nos la quitan cuando hacemos alto, dándonos a cambio unas pieles de animales para protegernos del frío. En los altos duermen debajo de los arbustos, sin montar las chozas. A nosotros nos salvan las hogueras que alimentamos por turno mientras acampamos.

Borovói".

Al día siguiente recorrieron unos cuarenta kilómetros sin encontrar la menor nota. Quizá habría sido barrida por el viento o arrancada por algún animal.

Anduvieron un día más y, después de haber hecho alto para el almuerzo, encontraron un billete con este contenido:

"Los hombres primitivos arrancan nuestros papeles de los arbustos en cuanto los advierten y se los guardan como talismanes. Piensan que los ofrendamos al espíritu malo que trae el frío y la nieve. Por eso lograremos dejar notas muy pocas veces. Sin embargo, fijaremos a todo lo largo del camino, en los arbustos de la orilla, papeles indicándoles que hemos pasado por allí. Cuando lleguen a un sitio donde no haya nieve y el río no esté helado, pongan más atención todavía. Pensamos que la tribu se detendrá allí mucho tiempo.

Borovói".

Así anduvieron seis días, encontrando de vez en cuando una nota con algunas palabras, pero con más frecuencia simples papeles prendidos en los arbustos de la orilla. Al décimo día la capa de nieve era ya muy fina y el hielo del río crujía a veces bajo los pies. La temperatura se mantenía a uno o dos grados bajo cero. Al día siguiente tuvieron que abandonar el lecho del río porque el hielo era ya demasiado frágil y en algunos sitios aparecían grandes charcos de agua. Los exploradores siguieron un sendero que iba unas veces por el bosque y otras a lo largo de la orilla. Al final de la jornada la capa de nieve no tenía más que cuatro centímetros de espesor y, en el río, sólo había hielo junto a las orillas.

Finalmente, al duodécimo día de camino, subsistían nada más que pequeños montones de nieve debajo de los arbustos y en el bosque, de manera que fue preciso tirar de los trineos por la alfombra de hojas secas que cubría el sendero. Después del almuerzo volvieron a encontrar una misiva diciendo que, a una jornada de marcha, debía haber un vasto calvero donde la tribu se disponía a invernar si la nieve no la empujaba más lejos. Ahora tenían que redoblar la atención para no tropezar casualmente con los hombres primitivos que andaban sin duda alrededor del campamento. Uno de los viajeros marchaba con General delante de los trineos, como explorador.

Hicieron alto para dormir en un pequeño prado próximo al río. Después de la cena, Makshéiev y Kashtánov emprendieron un pequeño reconocimiento. Habrían recorrido tres kilómetros cuando oyeron rumores y algunos gritos. Se deslizaron con

mucho cuidado hasta el bordo de un vasto calvero: en él se alzaba el campamento de los hombres primitivos.

Componíase de doce chozas cónicas de pértigas recubiertas de pieles de animales y dispuestas en círculo, bastante cerca las unas de las otras, y con las aberturas dirigidas hacia el interior del círculo. En el centro se encontraba otra choza, de dimensiones más pequeñas, delante de la cual ardía una hoguera. No cabía la menor duda de que aquélla era la vivienda de los compañeros prisioneros. Por las dimensiones de las demás chozas Makshéiev calculó que la tribu debía componerse de unos cien adultos.

En el círculo que formaban las chozas no se veían más que niños, que casi siempre corrían a cuatro patas y parecían monos negros sin rabo. Jugaban, saltaban y se peleaban lanzando gritos agudos. A la entrada de una de las chozas estaba sentado un hombre adulto, también con aire simiesco. A través de los prismáticos podía verse que tenía el cuerpo cubierto de pelos oscuros. De cara se asemejaba a un australoide, pero con las mandíbulas más marcadas todavía y la frente muy baja. El color de la piel era pardusco terroso. En el mentón le crecía una barba negra, testimonio de que era un hombre.

Al poco tiempo apareció otro individuo a la entrada de la misma choza. Para salir, pegó un rodillazo en la espalda del primero, que osciló y luego se puso en pie, encontrándose al lado del primero. Entonces pudo verse que el segundo era más alto y mucho más ancho de hombros y de cadenas, de forma que el primero daba a su lado la impresión de un adolescente débil. El rostro del segundo no era tan feo; los cabellos, más largos, caían sobre los hombros. El cuerpo estaba cubierto de una pelambrera menos espesa, sobre todo en el pecho, cuya forma denotaba a un ser femenino.

La mujer se dirigió hacia la choza del centro. Marchaba un poco inclinada hacia delante y contoneándose. Sus brazos, caídos, le llegaban casi a las rodillas. Tenía los músculos de los brazos y de las piernas muy desarrollados. Se acercó a la choza de los prisioneros, hincóse de rodillas ante la hoguera, tendió las manos hacia ella como rogando y luego entró en la choza a cuatro patas.

- ¡Ha ido a visitar a nuestros compañeros! -dijo Kahstánov.

- ¿Y si aprovechásemos que hay poca gente en el campamento para anunciarles nuestra llegada? -propuso Makshéiev.

- ¿De qué manera? No podemos acercarnos sin que nos vean.

- Vamos a hacer un par de disparos en el bosque y nuestros amigos adivinarán de lo que se trata, puesto que ellos mismos nos propusieron esta manera de anunciarnos.

- ¿Y si se alarman los salvajes?

- Como desconocen las armas de fuego, no comprenderán de lo que se trata.

- Pueden lanzarse en nuestra persecución.

- No lo creo. El miedo se lo impedirá.

- Bueno, pues vamos a probar.

Los exploradores retrocedieron un poco en el bosque y dispararon dos veces con cierto intervalo. Luego volvieron a su puesto de observación en el lindero.

El campamento estaba en efervescencia. Junto a cada una de las chozas había ahora varios adultos, mujeres en su mayoría, y niños de diversas edades. Todos miraban hacia el sitio de donde había llegado aquel ruido desconocido y hablaban entre ellos. Delante de la choza central, cerca de la hoguera, se encontraban los prisioneros, desnudos de cintura para arriba y con los pantalones hechos harapos. Tenían la piel bronceada, los cabellos enmarañados y una larga barba enmarcaba su rostro.

También miraban hacia el lindero con los rostros resplandecientes de alegría. Súbitamente, habiéndose puesto sin duda de acuerdo, los dos se volvieron hacia donde habían restallado dos disparos y levantaron los brazos. Los salvajes cayeron en seguida de rodillas y se prosternaron. Se hizo el silencio. Igolkin se irguió entonces y gritó hacia el bosque, haciéndose un portavoz con las manos:

- Casi todos los hombres de la tribu se han marchado hoy de caza muy lejos y mañana se irán las mujeres para ayudarles a despedazar y traer los animales. Sólo quedarán los viejos y los niños. Entonces, pueden venir a liberarnos. Traíganos ropa interior y ropa de abrigo. ¿No han tenido ningún contratiempo? ¿Han regresado todos? Si me han comprendido, hagan otro disparo en caso de que todo marche bien y dos en caso de que haya ocurrido algo.

Makshéiev retrocedió a rastras inmediatamente y disparó. Al escucharse la detonación, Igolkin volvió a levantar los brazos; y los salvajes, que se habían incorporado mientras gritaba y le consideraban sorprendidos, volvieron a prosternarse.

Igolkin les dejó permanecer así un rato y luego, volviéndose de cara al fuego, se puso a cantar a voz en grito una alegre canción de marineros. Arrastrándose, los hombres primitivos se acercaron más y formaron un ancho círculo en torno a la hoguera, intercambiando algunas exclamaciones de asombro. Se conoce que los prisioneros nunca habían hecho hasta entonces nada semejante.

Makshéiev contó unos cincuenta adultos, en su mayoría mujeres. Los niños y los adolescentes eran mucho más numerosos. Estaban de pie o sentados, fuera del círculo de los adultos, y por sus rostros podía verse la enorme satisfacción que les causaba el canto de Igolkin. Los adultos parecían sorprendidos e incluso asustados por él.

Después de cantar unos diez minutos, Igolkin levantó otra vez los brazos y se dirigió hacia la choza con Borovói que, durante el canto, había permanecido inmóvil junto a la hoguera. Los oyentes volvieron también a sus viviendas. Sin embargo, dos mujeres se acercaron a la choza de los prisioneros y se instalaron a la entrada, sin duda con el propósito de velar su sueño.

Pronto quedó el campamento envuelto en silencio. Sólo crepitaba la hoguera moribunda en medio del círculo vacío.

Kashtánov y Makshéiev volvieron donde estaban sus compañeros y les refirieron cuanto habían visto y escuchado. Luego discutieron juntos el plan que habían de seguir para librar a sus amigos.

Capítulo 52

LIBERACIÓN DE LOS PRISIONEROS

Después de un sueño reparador, los viajeros cargaron todo el equipaje en los trineos y se prepararon para ponerse en marcha inmediatamente. Luego se dirigieron hacia el campamento de los salvajes llevando ropa y calzado destinados a los prisioneros, sus escopetas y regalos para los salvajes. Al llegar cerca del calvero escucharon gritos y ladridos. Se conoce que la gente no se había marchado todavía. Por eso, los exploradores se acercaron con precaución hasta el lindero y se pusieron a observar desde detrás de los arbustos.

Vieron que todo el campamento estaba agitado. Los cazadores llenaban el círculo formado por las chozas.

Hombres y mujeres sacaban de sus viviendas lanzas, jabalinas, raspadores y manojos de correas. Los chiquillos se metían por todas partes, tocaban las armas, recibían pescozones, gritaban y chillaban. Los adolescentes probaban las jabalinas, verificaban la punta de las lanzas haciendo como si se pinchasen los unos a los otros. Unos quince perros, en los que se podía reconocer fácilmente a los perros de la expedición, aunque casi en estado salvaje, se mantenían fuera del círculo alejados de las chozas. Evidentemente se preparaban a acompañar a los cazadores y, entretanto, se peleaban y se mordían.

Las armas estuvieron por fin reunidas, y los adultos, provistos de sus lanzas, se encaminaron hacia el Este. Les seguían los adolescentes llevando las jabalinas, los cuchillos y las correas. Se conoce que hacían de escuderos y portadores. Los chiquillos, unos de pie y otros a cuatro patas, corrían detrás y a los lados lanzando gritos. Los perros seguían de lejos. Al final del calvero, los pequeños aflojaron el paso y volvieron hacia atrás, mientras el grupo de cazadores, compuesto lo menos de cincuenta personas, avanzó en fila india por un sendero y desapareció poco a poco en el bosque. Sólo habían quedado en el campamento los viejos, que se dedicaron a limpiar las chozas y sacudir las pieles que servían de camas y de mantas. Unas viejas encorvadas abandonaron sus chozas y se sentaron a la puerta. Los más pequeños salían a rastras y los niños de pecho eran sacados en brazos y acostados en unas pieles junto a las chozas mientras las limpiaban.

Pero tres mujeres adultas habían quedado cerca de la choza de los prisioneros, sin duda como centinelas. Una de ellas se puso a sacar correas de un trozo de cuero con un cuchillo de hueso. Otra tallaba varitas para las flechas con un cuchillo de la misma materia y la tercera partía unos grandes huesos para hacer con sus trozos puntas de lanzas y de flechas.

Al poco rato salió Igolkin de la choza, medio desnudo como la víspera. Echó más leña a la hoguera y se sentó junto a las mujeres. Después de intercambiar con ellas algunas palabras, sacó su gran cuchillo de marinero y les ayudó a cortar las correas, con lo cual el trabajo avanzó mucho más de prisa. Borovói salió a su vez, pero, en lugar de buscarse una ocupación, volvió los ojos hacia el sitio donde habían restallado la víspera los disparos de sus compañeros.

Al ver aquella escena de amistosa colaboración entre un marinero del siglo XX y unos seres de la Edad de Piedra, los observadores, ocultos entre los matorrales, no pudieron evitar una sonrisa. El escaso número de personas que habían quedado y lo primitivo de su armamento les infundía la seguridad de que lograrían liberar a sus compañeros, de buen grado o por la fuerza. De todas formas, había que aguardar todavía hora y media o dos horas para que los cazadores se alejasen bastante y no pudiesen oír las llamadas ni los disparos y tampoco consiguieran las mujeres de guardia darles alcance y volverlos a traer en breve plazo.

Los niños que habían acompañado a los cazadores iban regresando y se ponían a jugar dentro y fuera del círculo. Luchaban, hacían piruetas, se peleaban y algunos, los mayores, se ejercitaban a lanzar las jabalinas al aire o contra las techumbres de las chozas.

Cuando estuvieron hechas las correas, Igolkin sacó un pedazo de carne de la choza y lo cortó en trozos pequeños, que ensartó en las varitas preparadas para las flechas. Luego clavó estas últimas en el suelo, junto a la hoguera, para asar la carne. Se conoce que los prisioneros no habían desayunado todavía y querían hacer una buena comida antes de la fuga. Cuando la carne estuvo asada, los dos se sentaron no lejos de la hoguera y se pusieron a comer el asado con buen apetito. De vez en cuando Igolkin ofrecía un trozo de carne a alguna de las mujeres que trabajaban junto al fuego, pero ellas volvían la cabeza riendo. Luego, una de ellas trajo de su choza un gran pedazo de carne cruda que se pusieron a comer

cortándolo con sus cuchillos de hueso en lonchas largas y finas. También dieron carne a los chiquillos que se habían acercado corriendo.

Terminado el desayuno, los exploradores, ocultos en el bosque, consultaron el reloj y pensaron que había transcurrido bastante tiempo.

Salieron en hilera del bosque y avanzaron rápidamente hacia las chozas haciendo por turno disparos al aire con pólvora.

En cuanto se oyeron los primeros disparos todo quedó silencioso en el campamento. Los que estaban sentados se pusieron de pie, los que estaban de pie se quedaron inmóviles, volviendo la cara hacia los seres que llegaban produciendo aquel estrépito, semejante al trueno. Cuando los viajeros penetraron en el círculo de las chozas, los salvajes se prosternaron en silencio y únicamente los niños más pequeños se pusieron a llorar de espanto.

Los exploradores llegaron hasta la choza de los prisioneros, les entregaron la ropa y las escopetas, y siguieron disparando mientras sus compañeros se vestían. Makshéiev le dijo a Igolkin:

- Explíquele usted a esta gente que bastante han gozado ya de su hospitalidad y que ahora han venido a buscarles unos hechiceros todavía más poderosos. En señal de gratitud por lo bien que les han tratado, les hemos traído unos regalos para que se acuerden siempre de los visitantes extraordinarios venidos del país de los hielos perpetuos. Dígales que no se les ocurra perseguirnos; de lo contrario, sufrirán un terrible castigo, porque los dioses de los hielos tienen a su disposición, además de los truenos, los rayos que fulminan a los indómitos.

Cuando Igolkin y Borovói salieron vestidos de la choza, sus compañeros dejaron de disparar, y el marinero, que por su carácter sociable dominaba mejor la lengua de los salvajes, dirigió a los que estaban prosternados (prosternados = Postrarse para suplicar ante Dios) un discurso repitiendo a grandes rasgos lo que le había dicho Makshéiev.

Para terminar, dijo a las tres mujeres que los habían guardado:

- Entregad estos regalos a los mayores cuando vuelvan de la caza para que ellos los repartan. También os dejamos el fuego, que podéis ahora utilizar, pero sin dejarlo nunca morir, alimentándolo, como hemos hecho hasta ahora nosotros. Los repito la

orden de no seguirnos. Volvemos allá, al país de los hielos perpetuos, y cuando haga de nuevo calor regresaremos.

Pronunciadas estas palabras, dejó los paquetes con los regalos a la entrada de la choza. Luego los seis hombres atravesaron el círculo, siempre disparando por turno, entre los seres prosternados, que no se atrevían a moverse, y desaparecieron en el bosque.

En el lindero se detuvieron unos instantes para ver lo que iban a hacer los salvajes. En cuanto habían cesado los disparos, los salvajes empezaron a incorporarse y se pusieron a hablar a media voz comentando sin duda aquel acontecimiento extraordinario. Parte de ellos rodeaba la hoguera que habían dejado a su disposición y contemplaban el fuego, ahora sin dueños, como si pudiera explicarles todo aquello. Al poco rato, dos de las mujeres que habían estado de centinela, empuñaron sus lanzas y corrieron en la misma dirección seguida por los cazadores, probablemente con el propósito de informarles de lo ocurrido. La tercera mujer quedó junto a la choza de los prisioneros, sin duda para evitar que los niños y los adolescentes se apoderasen de los regalos, que ella no se atrevía a tocar.

Los exploradores llegaron hasta los trineos que habían dejada en el bosque y emprendieron el regreso hacia el Norte. Tenían que tirar de los trineos por la estrecha senda cubierta de hojas caídas.

Mientras se alejaban del campamento, Igolkin lanzaba de vez en cuando un estridente silbido, al que había acostumbrado a los perros. Obedeciendo a este subido, los animales habían permanecido siempre en los alrededores del campamento. Igolkin les repartía los restos de comida, pero los perros se habían vuelto de todas formas medio salvajes porque los hombres primitivos les tenían miedo y no les dejaban acercarse a las chozas. Algunos perros habían muerto luchando con diferentes animales, otros se habían marchado ahora a de caza con la tribu y al silbido del marinero sólo acudieron cinco, que rondaban alrededor del campamento. Seguían los trineos a cierta distancia, pero no se dejaban tocar y enseñaban los dientes a General cuando se acercaba a ellos. Había que volverlos a domesticar dándoles de comer varios días, a fin de disponer, por lo menos, de un tiro para uno de los trineos.

Después de doce horas de marcha, durante las cuales recorrieron alrededor de cincuenta kilómetros, los exploradores hicieron alto para dormir, convencidos de que los salvajes no podrían darles ya alcance.

Capítulo 53

UN ATAQUE DE LOS SERES PRIMITIVOS

Hicieron alto para dormir en un gran calvero. Montaron la yurta por si acaso en el centro con el fin de evitar que nadie pudiera atacarlos por sorpresa desde detrás de los arbustos. Se quedaron de guardia por turno. Los perros parecían haber reconocido la yurta y se instalaron sobre la nieve alrededor. General no les dejaba todavía llegar hasta la propia yurta.

Estando Kashtánov de guardia, General manifestó inquietud, se puso a gruñir y luego a ladrar frenéticamente, sin parar. Kashtánov advirtió que, en torno al calvero, los arbustos se agitaban y crujían. Despertó en seguida a sus compañeros, que salieron con las escopetas.

Al ver fracasado su ataque por sorpresa, los salvajes salieron del bosque, rodearon el calvero y fueron avanzando, lentos e indecisos, hacia la yurta. Eran mujeres, armadas con lanzas y con cuchillos que llevaban entre los dientes. Les seguían algunas chiquillas con las jabalinas. Sin embargo, no se decidían a hacer uso de sus armas. Sin duda abrigaban la esperanza de apoderarse fácilmente de los hechiceros como la primera vez para hacerles volver al campamento. Por eso Igolkin impidió que sus compañeros disparasen en seguida, queriendo parlamentar; de todas formas, les dijo que, por si acaso, sustituyeran la bala de uno de los cañones por una carga de perdigones.

- Una perdigonada en las piernas les bastará -dijo-. Si se obstinan, recurriremos a las balas.

Cuando las mujeres estuvieron a unos treinta pasos, Igolkin agitó los brazos gritando:

- ¡Esperad, escuchad! Os he prohibido seguirnos, habéis desobedecido. Nuestras flechas de fuego están preparadas y fulminarán a las que osen avanzar. ¡Marchaos! Las mujeres salvajes se detuvieron para escuchar las palabras del marinero y luego se consultaron. Una de las mujeres gritó algo y las otras agitaron las manos en señal de aprobación.

- Piden que volvamos los dos al campamento porque la tribu no puede vivir sin nosotros - tradujo el marinero-. En cuanto a los otros, dicen que pueden marcharse.

Luego Igolkin gritó a su vez:

- Los hechiceros no pueden vivir mucho tiempo entre los hombres. Vamos a pasar el invierno en nuestras chozas sobre los hielos grandes y volveremos en primavera.

¡Marchaos pronto!

Pero parte de las mujeres avanzó unos cuantos pasos y una de las jóvenes que servían de escuderos lanzó rápidamente, con pueril audacia, una jabalina que fue a clavarse en la yurta después de pasar casi pegada a la oreja de Kashtánov.



- No hay más remedio que disparar mientras no han cobrado más valor -gritó Borovói -. Vamos a lanzarles unas cuantas perdigonadas contra las piernas en los grupos. ¡A la una, a las dos, a las tres!

Resonaron seis disparos, a los que respondieron, en diferentes puntos del círculo de las mujeres, los gritos y los aullidos de las heridas. Todas dieron media vuelta y huyeron al bosque; muchas iban cojeando y dejaban caer sobre la nieve gotas de sangre. En cuanto a la muchacha que había lanzado la jabalina contra Kashtánov, se desplomó sobre la nieve a los pocos pasos y quedó inmóvil.

- ¿Qué pasará ahora? -preguntó Gromeko cuando las últimas fugitivas hubieron desaparecido entre los arbustos-. ¿Habrás que esperar otro ataque o no se atreverán?

- Me parece que les basta con lo que llevan -observó Igolkin-. Por si acaso, entremos en la yurta para evitar otra jabalina que pudiera lanzarnos alguna niña traviesa.

La precaución era inútil. Las mujeres se alejaban lanzando grandes gritos y pronto quedó todo en silencio. Los perros dejaron de ladrar y corrieron a la muchacha para lamer ávidamente la sangre tibia que fluía de su herida. Igolkin, y sus compañeros tras él, fueron también hacia la muchacha para ahuyentar a los perros semisalvajes. Examinando a la muchacha, los exploradores vieron que sólo estaba herida en el muslo derecho y, sin embargo, perdía mucha sangre.

- Es extraño: los perdigones no pueden causar semejante herida -dijo Pápochkin.

- Alguno de nosotros se ha equivocado y ha disparado la bala del otro cañón.

- La había apuntado yo -declaró Kashtánov.

- La pobre está viva aún -dijo Gromeko, después de haberla examinado-. Únicamente ha perdido el conocimiento del susto y del dolor. La bala ha atravesado la parte carnosa sin tocar el hueso, pero ha desgarrado mucho los músculos.

- ¿Qué hacemos con ella ahora? Las demás se han escapado todas.

- Tendremos que llevárnosla como cautiva y soltarla cuando se ponga buena.

- ¡Soltarla! -protestó Pápochkin indignado-. ¡De ninguna manera! Nos la llevaremos al Estrella Polar como soberbio ejemplar de ser humano primitivo, próximo a los monos.

¡Qué tesoro para los antropólogos!

Gromeko fue a la yurta en busca de lo que necesitaba para detener la sangre y vendar la herida. Durante esta operación, la muchacha abrió los ojos y, al verse rodeada de hechiceros, empezó a temblar de espanto.

No era muy alta, pero sí esbelta, y carecía aún de las formas macizas y la robusta musculatura de las mujeres adultas. Por detrás su cuerpo estaba cubierto de pelo negro, corto pero bastante tupido. El rostro, las palmas de las manos y las plantas de los pies no tenían pelos. La cabellera era más bien corta y un poco ondulada. La forma de la planta del pie era intermediaria entre la de los hombres y la del mono, con los dedos muy desarrollados y el pulgar sensiblemente apartado de los demás.

Borovói había reconocido a la muchacha y exclamó:

- ¡Pero si es mi amiga Katu!

- ¿Es usted capaz de distinguirlas a las unas de las otras? -preguntó Kashtánov-. A mí me han parecido todas iguales.

- Eso es a primera vista, pero, fijándose bien, se nota cierta diferencia. Nosotros conocíamos ya a muchos por sus nombres, sobre todo adolescentes y niños. Katu me traía muchas veces carne, raíces y lo que a ella le parecía los manjares más ricos, testimoniándome así su simpatía.

- Y por eso se ha atrevido a lanzar una jabalina contra los que han raptado a su amigo - constató riendo Makshéiev.

- Efectivamente, si pega cuatro centímetros más a la izquierda, me deja tuerto -dijo Kashtánov.

Después de vendar a Katu quisieron trasladarla a la yurta, pero empezó a debatirse con grandes gritos. Según entendió Igolkin, pedía que la dejaran morir allí en lugar de ser devorada en la choza.

- ¿Devorada? ¿Por qué? -preguntó Ctromeko asombrado-. ¿Acaso son caníbales?

- Sí. Se comen tranquilamente a los que han sido heridos de gravedad o muertos durante la caza o en una lucha.

- Bueno, pues tranquilícela diciéndole que no nos la vamos a comer y sólo queremos acostarla en la choza para que duerma. Y que cuando esté buena la dejaremos que vuelva a su tribu.

El marinero la convenció a duras penas. Borovói le tomó una mano y sólo entonces se tranquilizó un poco y dejó que la llevaran a la yurta, donde la acostaron y pronto se quedó dormida sin soltar la mano de Borovói.

Como se había agotado ya el tiempo destinado al sueño, comenzaron los preparativos de la marcha. Los viajeros encendieron una hoguera, pusieron la tetera a hervir y se sentaron a desayunar. Al salir de la yurta para llenar la tetera de nieve, Igolkin advirtió que por el lindero del bosque erraban otros perros que probablemente habían seguido a las mujeres, quedando luego rezagados. La yurta quizá les hiciera recordar la deliciosa yukola que les distribuían en tiempos y empezaban a reconocer a sus antiguos dueños.

A los silbidos del marinero se reunieron doce perros más, de manera que, con General y los cinco que habían acudido primero, se podía enganchar mal que bien los tres trineos.

- ¿Con que vamos a alimentarlos? -preguntó Igolkin-. Porque si queremos retenerlos cerca de la yurta y volverlos a domesticar, es únicamente a condición de alimentarlos.

- Habíamos tomado provisiones para un mes -dijo Gromeko-. Dentro de siete u ocho días habremos vuelto a la colina. Tenemos pues unos perniles de reserva que podremos distribuírseles.

- Pero sin darles mucho -añadió Borovói-. Así nos seguirán con la esperanza de comer y cenar.

Después del desayuno se dio a los perros los restos, los huesos y un trozo de carne a cada uno. Los exploradores empezaron luego los preparativos de marcha. En uno de los trineos fue instalada Katu con el fieltro y las pértigas de la yurta. En el otro se cargó el resto de la impedimenta. La nieve permitía ya utilizar los esquís. Por eso, aunque la carga era mayor, se podía avanzar más rápidamente que la víspera. La caravana se puso en marcha. Al darse cuenta de que no la llevaban hacia donde se encontraba el campamento de su tribu, sino en dirección contraria, Katu lanzó un grito, se tiró del trineo y echó a correr, pero se cayó a los pocos pasos. Cuando los exploradores la rodearon y quisieron volverla a tender sobre el trineo, les hizo frente a puñetazos y tratando de morderles.

Según las explicaciones de Igolkin, le había parecido comprender que volvían a llevársela hacia el campamento y allí la soltarían. Y ahora se daba cuenta de que los hechiceros querían llevársela hacia los grandes hielos. Hubo que atarle las manos y sujetarla sólidamente al trineo para evitar una nueva tentativa de fuga. La pobre Katu temblaba de espanto y lloraba, absolutamente convencida de que iba a ser devorada. Aquel día, después del almuerzo, descendieron ya al lecho del río, donde la capa de nieve era menos profunda y estaba apisonada por los vientos. Los trineos y los esquís se hundían allí menos que en el sendero del bosque. Por ello, el avance fue bastante rápido y, en la jornada, recorrieron nuevamente cincuenta kilómetros. Al hacer alto para dormir se turnaron en la guardia, pero todo estaba tranquilo. Katu no había consentido comer en todo el día y, durante el alto, hubo que dejarla atada bajo la vigilancia del de guardia. Al ver los brillantes cuchillos que utilizaban los hechiceros para cortar los perniles durante el almuerzo y la cena, temblaba de

pies a cabeza y seguía con espanto el movimiento de las manos, esperando probablemente ser degollada de un momento a otro.

Así continuaron el viaje hacia el Norte. Al octavo día, los exploradores llegaron a la tundra y, a la hora de almorzar, se encontraban junto a la colina. Katu había ido tranquilizándose, se había acostumbrado a los hechiceros y empezaba a comer algo de carne cruda, pero rechazaba con repugnancia todo alimento cocido o asado. Al tercer día de camino le desataron las manos y al quinto también los pies, en cuanto prometió no escapar.

Capítulo 54

LA VIDA DE LOS PRISIONEROS

Durante este viaje, Igolkin y Borovói habían ido refiriendo su género de vida con los hombres primitivos y Kahstánov tomó nota de su relato.

Desde el día en que la expedición salió para el Sur, Igolkin y Borovói, que se habían quedado en la yurta, se dedicaron a construir un puesto para las observaciones meteorológicas y una puerta sólida que cerrase el depósito nevera a fin de defenderlo contra los perros y las fieras. Terminada esta labor, abrieron una nueva galería en el hielo de la colina, a media cuesta, para que los perros pudiesen resguardarse en ella del calor, que aumentaba, obligando a los animales a buscar poco a poco refugio al borde de los hielos que se retiraban hacia el Norte. Mientras no hubieron terminado estos trabajos urgentes no salían de casa nada más que de vez en cuando para completar las provisiones. Luego empezaron a cazar todos los días con el propósito de hacer una reserva de carne para el invierno: seca para los perros y ahumada para los hombres. Al regresar del bosque con el trineo traían siempre leña, de forma que iban haciendo un depósito con vistas a los meses fríos.

Durante la caza encontraban mamuts, rinocerontes, toros primitivos y almizcleros, ciervos gigantescos y renos. En los riachuelos de la tundra había gansos, patos y otras aves que constituían, en lo fundamental, su alimento mientras la carne de los grandes animales estaba puesta a secar o a ahumar. Con tanto trabajo, no siempre dormían a su gusto. En la caza les habían ocurrido diversas aventuras que, por otra parte, habían terminado favorablemente.

Después de la marcha de sus compañeros hacia el Sur, el tiempo había ido mejorando. Los nubarrones que cubrían el cielo se desgarraban con frecuencia y Plutón lucía varias horas seguidas, elevándose la temperatura hasta veinte grados sobre cero a la sombra. En la tundra reinaba el verano. Pero, a partir de mediados de agosto, se inició el otoño. Plutón se ocultaba con más frecuencia entre las nubes, llovía a veces y luego se extendía la niebla sobre la tundra.

La temperatura bajaba y, a principios de septiembre, llegaba a cero cuando soplaban fuertes vientos del Norte. Las hojas se ponían amarillas y, a mediados de

septiembre, toda la tundra había perdido su verde vestidura estival y se había vuelto pardusca. De cuando en cuando nevaba.

Mientras hacían los preparativos para el invierno, Igolkin y Borovói inspeccionaron las provisiones, las conservas y los objetos guardados en el depósito y transportaron una parte de ellos a la yurta. Estaban dedicados a esta ocupación desde hacía dos días y acababan de cerrar el depósito para ir a comer, cuando fueron súbitamente atacados por unos salvajes que se habían acercado furtivamente desde la otra parte de la colina. Borovói e Igolkin, que no sospechaban siquiera la posibilidad de que existieran seres humanos en Plutonia, no tenían más armas que sus cuchillos. Los asaltantes, en cambio, tenían lanzas, cuchillos y flechas. La resistencia era pues imposible. Sin embargo, después de haber examinado a los hombres blancos, la yurta y el puesto meteorológico, los salvajes manifestaron un extraordinario respeto por los blancos y se los llevaron a su campamento.

Este último se encontraba no lejos de allí, a una decena de kilómetros de la colina, en medio de un bosque de escasa altura (los prisioneros se enteraron más tarde de que la tribu sólo había llegado allí la víspera desde el Este). Cuando los prisioneros fueron llevados al campamento, los salvajes estuvieron debatiendo mucho tiempo su suerte: los hombres querían sacrificarlos a los dioses, pero la mayoría de las mujeres no lo decidió así. Pensaban sin duda que la presencia de aquellos misteriosos desconocidos en la tribu contribuiría a su buen éxito en la caza y en las luchas con otras tribus y la haría más fuerte. Por eso decidieron dejarles allí, no hacerles daño y darles de habitación una choza especial en medio del campamento. La tribu estaba entonces dedicada a recoger bayas y raíces comestibles en la tundra para las reservas de invierno y se pasó unos cuantos días en el mismo sitio. Pero una gran nevada les hizo alejarse unos cuarenta kilómetros más al Sur, donde un bosque de mayor altura los protegía de los vientos fríos.

Al principio, los prisioneros se encontraban muy mal. No les daban para comer nada más que carne cruda, bayas y raíces. Temían que dormir sobre unas pieles burdamente curtidas, cubriéndose con otras iguales para protegerse del frío. No podían explicarse con los salvajes nada más que por gestos y todavía ignoraban la suerte que les esperaba. Escapar era imposible porque los vigilaban rigurosamente.

Después de trasladarse a otro sitio, un vasto calvero en medio de un bosque tupido, los salvajes se pusieron a abatir árboles finos con los que hacían pértigas para sus chozas. Por todas partes andaban tirados trozos de corteza, ramas secas y restos de pértigas; al verlos, Igolkin se acordó de que conservaba en el bolsillo una caja de cerillas porque había encendido un farol cuando estuvieron en el depósito. Recogió algo de ramiza y con ella hizo una hoguera. Al ver el fuego, todos los salvajes abandonaron su trabajo y se juntaron alrededor. Les sobrecogía aquel fenómeno inaudito y, cuando la llama les abrasó las manos, la hoguera se convirtió para ellos en objeto de adoración y aumentó el respeto por los desconocidos que eran dueños del fuego. Desde entonces, una hoguera ardió día y noche delante de la choza de los prisioneros, que empezaron a asar, clavándola en unos palillos, la carne que les traían.

Pronto empezaron los prisioneros a comprender el lenguaje de aquellos hombres, nada complicado. Sus temas se reducían a la caza, la comida y su modo primitivo de vida; el lenguaje se componía de monosílabos y bisílabos sin declinaciones, sin verbos, adverbios ni preposiciones, por lo cual debía ser completado con mímica y gestos. Sólo sabían contar hasta veinte, valiéndose de los dedos de las manos y los pies.

En cada choza vivían varias mujeres y varios hombres unidos por un matrimonio común, así como los hijos de esa familia común, donde cada criatura tenía una madre y varios padres. Los hombres iban de caza y partían trozas de sílex para las lanzas, las jabalinas, los cuchillos y los raspadores. Las mujeres recogían bayas y raíces, curtían las pieles y participaban en las batidas para la caza de grandes animales cuando se precisaba la fuerza de toda la tribu.

Aquellos hombres daban caza a todos los animales que encontraban y comían no solamente la carne, sino también las entrañas, así como gusanos, caracoles, orugas y escarabajos. En el lugar mismo de la caza, los hombres devoraban la carne tibia y se bebían la sangre de los animales recién muertos; luego se llevaban al campamento los restos de la carne y las pieles. En cuanto a los animales más grandes como mamuts y rinocerontes, los rodeaban y los perseguían hasta hacerlos caer en unas trampas abiertas en los senderos del bosque, donde luego los remataban con piedras y golpes de lanza.

Iban a la caza por familias o dos o tres familias juntas. Cuando se trataba de dar una batida a animales grandes, participaba toda la tribu menos dos o tres mujeres que se quedaban de guardia junto a los prisioneros. Estas mujeres daban de mamar a los niños de pecho de todas las chozas coyas madres tardaban mucho en volver de la cala.

En la caza ocurrían a veces accidentes: las fieras, así como los mamuts y los rinocerontes, herían o mutilaban a los cazadores. Los salvajes se comían entonces a los muertos y los heridos graves.

El aspecto de los hombres primitivos, según la descripción de Borovói, era el siguiente: cabeza grande sobre un tronco achaparrado y ancoro, miembros cortos, toscos y robustos. Tenían fuertes espaldas un poco encorvadas y la cabeza y el cuello inclinados hacia adelante. El mentón breve, los arcos ciliares macizos y la frente huidiza les hacían parecerse a los antropopitecos. Las piernas estaban un poco dobladas por las rodillas. Los hombres primitivos andaban inclinados hacia adelante y para comer o trabajar se ponían en cuclillas.

Los relatos de Borovói y de Igolkin acerca de estos hombres, así como el examen de las armas y los utensilios, hicieron concluir a Kashtánov que la tribu tenía mucha similitud con el hombre de Neanderthal que vivía en Europa en el período paleolítico medio, o sea, en la Edad de Piedra, y era contemporáneo del mamut, del rinoceronte de pelo largo, del toro primitivo y de otros animales de la época glaciaria. Estos hombres primitivos poseían sólo rudimentarios utensilios de piedra que fabricaban con trozos de sílex: raspadores (para el curtido de las pieles), hachas y cuchillos, puntas de lanzas y de jabalinas para la caza. También colocaban trozos de piedra en agujeros practicados en las mazas, convirtiéndolas en armas temibles.

Los hombres llamaban "pequeño sol" al fuego encendido por los prisioneros, y le adoraban. Experimentaron su acción bienhechora durante una gran migración hacia el Sur que tuvieron que emprender cuando el principio del invierno les expulsó de los bosques septentrionales. Como era demasiado pesado cargar con las pértigas para las chozas y demasiado largo cortar otras nuevas cada vez que hacían alto para descansar, durante el trayecto dormían debajo de los arbustos en los bosques donde el viento frío se notaba mucho. A veces se sentaban cerca de la hoguera de los prisioneros y pronto se dieron cuenta de que daba calor. Al poco tiempo, toda la

tribu se instalaba a dormir en torno a la hoguera y reunía de buen grado leña para alimentarla. Sin embargo, nadie se atrevió a encender una hoguera por su cuenta ni los prisioneros les sugirieron la idea porque querían seguir siendo los únicos dueños del fuego y no reducir su prestigio a ojos de la tribu. Preveían que, con el tiempo, en caso de que tardasen en recobrar su libertad, la situación se agravaría.

Los prisioneros contaban con creciente angustia los días del otoño, preguntándose si sus compañeros volverían pronto del Sur y lograrían liberarlo. El invierno avanzaba desde el Norte y una próxima migración debía alejarles más todavía de la colina situada al borde de los hielos. Por eso, es fácil imaginar la alegría que les causaron los disparos anunciándoles la proximidad de la liberación.

Capítulo 55

OTRA VEZ EN LA YURTA

Los viajeros regresaron a la colina del borde de los hielos en la última semana de diciembre y decidieron descansar un poca, celebrando el año Nuevo, el buen éxito de la expedición hacia el Sur y la liberación de los prisioneros.

Las reservas de víveres y de leña eran suficientes y, de momento, no hacía falta salir al bosque ni a la tundra.

Para montar la yurta, los viajeros alisaron una pequeña superficie. Luego abrieron en la nieve, que tenía más de un metro de altura, una trinchera que llevaba al depósito, a la galería de los perros y al puesto meteorológico.

Concluidos estos trabajos, pudieron entregarse al descanso.

La yurta, donde ardía una pequeña hoguera, estaba tibia y acogedora. Los seis hombres invertían el tiempo que les dejaban libre las comidas, los paseos y el sueño en charlar y referirse sus aventuras y los recuerdos de los diversos episodios de su viaje al Sur o de su vida entre la tribu.

Katu, testigo mudo de estas conversaciones, se penetraba de mayor respeto por los hechiceros blancos, que disponían de tantos objetos extraños.

La herida iba curándosele, y empezaba a andar un poco.

Muchas veces se la encontraban acurrucada cerca de la yurta con la mirada fija en el Sur, donde negreaba la franja de los bosques en el horizonte.

Se conoce que sentía nostalgia de su tribu.

Igolkin trataba de persuadir a Katu de que se quedase con ellos y luego les acompañara a través de los hielos hacia un país cálido, donde vería todas las maravillas creadas por los hombres blancos.

Pero la muchacha sacudía la cabeza con obstinación, repitiendo: - Yo bosque, choza madre, carne, carne sangrante, caza, alegría...

De todas formas, los viajeros esperaban que acabaría acostumbrándose a ellos y consintiendo marcharse.

¡Qué triunfo para la expedición si volvía con un ejemplar de ser primitivo! Cuando llegaron los grandes fríos, Katu empezó a tiritar, pero rechazó la ropa que le ofrecieron.

Al salir de la yurta tibia sólo se envolvía en su manta.

No participaba para nada en las labores domésticas como limpieza de la yurta, fregado de los cacharros, reparación de la trinchera abierta en la nieve o alimento del fuego.

Preguntaba a Igolkin cuántas mujeres tenía y si iban a la caza, si la tribu a la que pertenecían los hechiceros blancos era numerosa, y sacudía la cabeza, incrédula, al escuchar los relatos acerca de la vida de los europeos, de las ciudades, los mares, los barcos, etc.

Entre las comidas y el sueño su única ocupación era hacer mangos para jabalinas y tallar toscas figurillas de mamuts, rinocerontes, osos y tigres en trozos de madera de sauce.

Habíase fabricado toda una colección de ídolos de ese género; a los que veneraba y siempre estaba pidiéndole a Igolkin sangre de algún animal para untarlos.

Pero como los viajeros no salían de caza y en la tundra no se veían animales ni aves, era imposible satisfacer su deseo.

En enero, los exploradores empezaron a hacer pequeñas excursiones en los trineos para que los perros, que se hallaban de nuevo domesticados y habitaban la galería abierta en la colina, menos General, destinado a guardar la yurta, recobrasen la costumbre de ir enganchados.

Cuando los animales estuvieron otra vez acostumbrados al tiro, se emprendieron excursiones más largas por la tundra, hasta el borde de los bosques, en busca de leña, cuya reserva tocaba a su fin.

Cinco hombres salían a estas excursiones en los tres trineos, turnándose para que uno quedara en la yurta al cuidado de Katu.

Una vez, a fines de enero, le tocó a Pápochkin quedarse en la yurta.

Katu seguía siempre con mirada atenta a los que se marchaban hacia los bosques y aguardaba con impaciencia su regreso, esperando que matarían algún animal y le traerían la carne cruda que tanto echaba de menos.

Pero sus esperanzas eran siempre defraudadas porque no había caza de ningún género.

Conque aquel día, después de que se fueron sus compañeros, Pápochkin se pasó un par de horas en la yurta junto a la hoguera y se quedó traspuesto de aburrimiento.

Debió dormir bastante tiempo.

Cuando se despertó, Katu no estaba en la yurta.

Salió corriendo afuera y vio a lo lejos, hacia el Sur, un punto negro que se alejaba rápidamente en medio de la llanura nívea.

La prisionera se había apoderado de los esquís de Pápochkin, que sabía ya manejar, y hubiera sido inútil perseguirla a pie por la nieve profunda.

Se había llevado también su manta, un pernil empezado que colgaba en la yurta, un cuchillo grande y una caja de cerillas, que ya sabía manejar. Al regresar los demás se enteraron de la fuga de Katu, que les contrarió mucho.

Pápochkin hubo de escuchar bastantes noches por su negligencia. Pero no se podía ni pensar en perseguir a la fugitiva: había tenido tiempo de alejarse considerablemente y hubiera hecho falta lanzar toda una expedición tras ella, corriendo el riesgo, sin embargo, de no darle alcance.

Katu no llevaba ninguna impedimenta y estaba acostumbrada a recorrer hasta cien kilómetros en una jornada durante las cacerías.

Una expedición de trineos apenas podía recorrer la mitad.

Y no tenía ningún sentido ir a reconquistar a la muchacha por la fuerza a la tribu.

Felizmente habían hecho varias fotografías de Katu antes de su fuga (de frente, de perfil y de espaldas), habían tomado sus medidas conforme a las reglas más rigurosas de la antropología y habían hecho un molde de yeso de su rostro, sus manos y sus pies.

Hasta fines de marzo o principios de abril no se podía emprender el camino de regreso por los hielos para encontrar arriba días suficientemente largos y llegar a principios del verano a la orilla meridional de la Tierra de Nansen.

Quedaban pues casi dos meses hasta el momento de la partida.

Los viajeros quisieron aprovecharlos para entrenarse y entrenar a los perros a marchas más prolongadas con los trineos.

En los últimos días habían descubierto en el lindero del bosque huellas de renos, de toros almizcleros y de lobos.

O sea que, alejándose una o dos jornadas de la yurta, podían encontrar caza.

Tanto los hombres como los perros tenían gran necesidad de carne fresca: estaban cansados de comer cecina y, además, sus reservas habían disminuido

considerablemente gracias a la voracidad de Katu. Había que guardar parte de la cecina para el camino y, hasta el momento de la marcha, cazar para alimentarse. A estas excursiones partían por turno tres hombres con dos trineos y la tienda de campaña, mientras los otros tres y una trailla quedaban en la yurta, descansando de la expedición precedente.

Capítulo 56

A TRAVÉS DE LOS HIELOS

A fines de marzo, los exploradores decidieron ponerse en camino hacia los hielos. Dejaron intacto el puesto meteorológico y, dentro, así como en el depósito de la calina, un cajoncillo soldado con unos breves datos acerca de la expedición que había descubierto Plutonia y los principales resultados del viaje al Sur. Para que los hombres primitivos, cuyo regreso era de esperar en cuanto llegase el verano, no se llevaran los cajoncillos ni desvalijaran el puesto, colocaron en una repisa de esta última parte de los ídolos de madera tallados por Katu, dejando además en el suelo del puesto, como sacrificio, un montón de huesos, latas de conservas vacías y otras cosas por el estilo. La idea se debía a Igolkin, que había llegado a conocer a los salvajes mejor que el erudito Borovói.

Los trineos, con una considerable carga compuesta por las colecciones, los víveres y la impedimenta de la expedición, se dirigieron a través de la tundra nívica hacia el borde de los hielos.

La travesía de la Tierra de Nansen duró todo un mes. El paso de la barrera de hielos, la larga ascensión a la cordillera Russki y el descenso por el glaciar, los vientos pertinaces que soplaban del Sur, la gran carga de los trineos y el número insuficiente de perros frenaban la marcha y exigían la tensión de todas las fuerzas. Las frecuentes nevascas eran otro obstáculo pero, en cambio, daban unas horas suplementarias de descanso a los hombres y los perros. Pasada la barrera de hielos, comenzó la sucesión de días y noches que los exploradores llevaban mucho tiempo sin observar. No lograron encontrar algunos de los depósitos que habían dejado en el camino Pero en el cabo Trujánov hallaron un nuevo depósito con provisiones para un año instalado por el Estrella Polar y, además, una nota informándoles de que el barco invernaba a unos diez kilómetros al Este del cabo. Desde las alturas del cabo se divisaba el barco a lo lejos. Se dirigieron a él y, a mitad de camino, tuvo lugar el jubiloso encuentro de los invernantes y los viajeros. Incluso llegó Trujánov, en un trineo tirado por perros jóvenes nacidos en el Estrella Polar durante la navegación. Los saludos y las preguntas no acababan nunca. Trujánov resplandeció al enterarse

de que habían quedado brillantemente confirmadas sus hipótesis acerca del interior de la Tierra.

Capítulo 57

CHARLA CIENTÍFICA

Unos días después del regreso de la expedición al Estrella Polar se desencadenó una de esas terribles tempestades de nieve habituales en aquellas latitudes, suspendiendo todos los paseos y los trabajos al aire libre. Los hombres mataban el tiempo en la sala de oficiales, contándose sus impresiones acerca de la invernada entre los hielos y el viaje a Plutonia. Interesaban particularmente a Trujánov los detalles del descenso al mundo subterráneo, acompañado de diversos fenómenos incomprensibles para la expedición.

- Le advierto a usted, Trujánov -dijo Kashtánov-, que su carta, abierta el día que descubrimos mamuts en la tundra que había venido a sustituir los hielos, nos explicó dónde estábamos, pero no nos satisfizo plenamente, Quisiéramos saber en qué se fundaba su hipótesis, tan brillantemente confirmada, de que el globo terrestre era hueco.

- A decir verdad -contestó Trujánov-, la idea no es mía ni siquiera nueva. fue expuesta hace más de cien años por ciertos sabios de Europa Occidental. Enterado de ella hojeando viejas revistas, me interesó y me dediqué a hacer comprobaciones que me demostraron su verosimilitud.

- ¿No podría usted comunicárnoslas?

- Con mucho gusto. Si quieren ustedes, les haré hoy mismo un informe detallado. Aquella tarde tuvo lugar en la sala de oficiales una interesantísima charla científica. Después de haberse referido a las ideas de los pueblos antiguos de que la Tierra era una superficie lisa en medio del océano primitivo y a la teoría de Aristóteles acerca de la forma esférica de la Tierra, Trujánov se detuvo con más detalle en las concepciones modernas.

- A fines del siglo XVIII, el sabio Leslie afirmaba que el interior de la Tierra estaba lleno de aire, luminoso a consecuencia de la presión, y que en él flotaban dos planetas: Proserpina y Plutón...

- ¿Plutón? -exclamó Borovói-. ¡De manera que no hemos inventado nada nuevo para el astro subterráneo!

- No. El nombre había sido ya anticipado -prosiguió Trujánov-. Algunos sabios habían calculado incluso la órbita de estos planetas que, al aproximarse a la corteza terrestre, provocarían las tempestades magnéticas y los terremotos. Según Leslie, en la superficie interior de la Tierra, que ilumina una suave luz eléctrica, reina una primavera eterna y por ello existe allí una vegetación maravillosa y un mundo muy original...

- ¡Tenía perfecta razón! -lanzó Pápochkin pasmado.

- La entrada a la cavidad interna, siempre según la teoría de Leslie, debe hallarse alrededor de los 82° de latitud Norte.

- ¡Es increíble! -exclamó Makshéiev-. ¿Cómo pudo señalarlo con tanta precisión? Nosotros encontramos el extremo meridional de ese orificio a poco más de 81°.

- Leslie lo determinó según el sitio donde más intensidad tienen las auroras boreales porque suponía que emanaban de las entrañas de la Tierra y eran los rayos eléctricos que iluminaban la cavidad interna del globo. La teoría de Leslie halló numerosos partidarios y se habló incluso con toda seriedad de organizar una expedición al interior de la Tierra.

- ¡Ah, vamos! -sonrió Gromeko-. También en ese aspecto hemos estado a punto de tener precursores.

- Pero la expedición no tuvo lugar porque las eminencias de aquella época -Buffon, Leibniz, Kircher- se burlaron de la hipótesis de Leslie, tildándola de fantasía. Ellos sostenían la idea del núcleo en fusión de la Tierra, uno único o con numerosos focos secundarios llamados pirofiliaciones. A fines del siglo XVIII, la armoniosa hipótesis de Kant y Laplace acerca del origen de todo nuestro sistema planetario de una nebulosa incandescente se enseñoreó de casi todas las mentes y desplazó a las demás a segundo plano.

Pero en 1816, Kormuls afirmaba que el interior de la Tierra estaba hueco y su corteza no tenía más de 300 millas inglesas de espesor.

Halley, Franklin, Lichtenberg y Kormuls intentaron explicar los fenómenos del magnetismo terrestre y sus transformaciones seculares por la existencia de un hipotético planeta interior. El profesor alemán Steinhauser consideraba casi indudable en 1817 la existencia de ese planeta, al que dio el nombre de Minerva.

Surgieron nuevos proyectos de expediciones al interior de la Tierra. Simmes, un capitán retirado de infantería que habitaba en San Luis, Estado de Missouri, publicó en los periódicos, en abril de 1818, una carta que envió simultáneamente a muchos establecimientos de América y Europa. Estaba dirigida al "mundo entero" y llevaba esta divisa: "La luz engendra la luz para descubrir la luz hasta el infinito".

Decía lo siguiente:

La Tierra está hueca y habitada en su interior. Contiene una serie de esferas concéntricas una dentro de la otra y tiene en los polos orificios de 12 a 16° de anchura. Estoy dispuesto a responder con mi vida de la exactitud de lo que digo y me ofrezco a explorar esa cavidad si el mundo me ayuda en esta empresa. He escrito para su publicación un tratado a este respecto donde doy pruebas que apoyan estas tesis, la explicación de diversos fenómenos y del "misterio del oro" del doctor Darwin. Pongo como condición el derecho de patronato sobre este mundo y otros nuevos que se pudiesen descubrir. Lo lego a mi esposa y sus diez hijos. Nombro protectores al doctor Mitchel, a sir Davies y al barón Alejandro von Humboldt. Sólo necesito cien compañeros intrépidos para salir de Siberia a fines del verano por los hielos del mar del Norte en trineos tirados por renos.

Prometo que descubriremos, en cuanto pasemos el 82° de latitud Norte, regiones cálidas y ricas con plantas útiles, animales y quizá también hombres. Estaremos de vuelta a la primavera siguiente.

- ¿Y tuvo lugar la expedición? -preguntó Kashtánov.

- No, desgraciadamente; o felizmente para nosotros. La carta de Simmes llamó la atención, y los lectores interesados abrumaron a preguntas las redacciones de periódicos y revistas, así como a los sabios. La propuesta del valeroso capitán, que no temía dejar a una viuda y diez huérfanos, fue discutida en la prensa, pero no se obtuvieron ni los cien bravas que pedía ni el dinero necesario. Los sabios que había designado protectores debieron considerar al pobre Simmes como un soñador o un loco. Porque muchos estaban persuadidos de que existía una cavidad con un planeta dentro de la Tierra, pero no daban crédito a la existencia de un orificio que permitiese llegar a ella.

- Por ejemplo, contestando a la carta de Simmes, el físico Chladni negaba, en un artículo publicado en una revista científica acerca del interior de la Tierra, la

posibilidad de tal orificio. En caso de haber existido alguna vez, se habría llenado inevitablemente de agua. En cuanto al movimiento, sumamente pausado según Steinhauser, del planeta interior, se debe, como explica Chladni, a que tiene lugar en un medio muy denso de aire comprimido, quizá bajo el influjo del Sol y de la Luna. Chladni hace también algunas otras interesantes hipótesis, aunque sin darlas por irrefutables: en vista de que el aire muy comprimido despidе calor y que un cuerpo recalentado ha de ser luminoso, en el centro de la cavidad terrestre, donde la presión es máxima por todas partes, el aire terriblemente comprimido debe formar una masa que despidе luz y calor, una especie de sol central.

- Los Habitantes del interior de la Tierra, si es que existen, ven ese sol siempre en el cenit y, a su alrededor, toda la superficie interna iluminada por él, lo que debe ofrecer un panorama muy bello.

- Las hipótesis de la existencia de un planeta interior subsistieron algún tiempo. En la década del treinta del siglo pasado también Bertrand pensaba que el globo terrestre estaba hueco y que en su cavidad se encontraba un núcleo magnético que se desplazaba de un polo a otro de la Tierra bajo la influencia de los cometas.

- En el siglo XIX prevaleció la hipótesis de Kant y Laplace acerca del núcleo terrestre en fusión. Sus adeptos discutían sólo la cuestión del espesor de la corteza sólida de la Tierra: unos le atribuían de 40 a 50 kilómetros, otros un centenar de kilómetros y algunos, en fin, incluso de 1.275 a 2.220 kilómetros, o sea, de una quinta a una tercera parte del radio terrestre. Pero este espesor de la corteza se hallaba en contradicción con los fenómenos volcánicos y geotérmicos, igual que la hipótesis según la cual la Tierra sería un cuerpo sólido enteramente enfriado. Por eso, como correctivo, los partidarios de la corteza espesa admitían que entre ella se habían conservado algunas cuencas aisladas de masa en fusión, que constituían los focos volcánicos.

En la segunda mitad del siglo XIX una cuarta hipótesis obtuvo mayor número de partidarios. Proclamaba que la Tierra tenía una corteza no muy espesa y un núcleo sólido, separados por una capa intermediaria, más o menos compacta, de rocas en fusión; la llamada franja olivina.

- Se admite la existencia de un núcleo sólido porque, a proximidad del centro de la Tierra, como consecuencia de la enorme presión que allí existe, todos los cuerpos

deben hallarse en estado sólido, a pesar de la elevada temperatura, que sobrepasa mucho su punto de fusión a presión normal.

- La corteza terrestre se compone de rocas más ligeras, mientras en la franja olivina se han concentrado otras más pesadas, abundantes en olivina y hierro. En el núcleo mismo dominan las materias más pesadas, los metales, por ejemplo. Se supone que los meteoritos ferrosos, compuestos esencialmente de hierro y níquel, son restos de núcleos planetarios, mientras los meteoritos pétreos, compuestos de olivina y otros minerales ricos en hierro y níquel, nos dan una idea de la composición de la franja olivina.

- Esta hipótesis también tiene ahora muchos partidarios, pero rivaliza con ella otra hipótesis, la de Zöppritz, que resucita bajo una forma nueva la teoría de Leslie y de otros sabios de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

- Esta hipótesis parte de la ley física de que, dada las altas temperaturas que han de existir inevitablemente en las entrañas de la Tierra, todos los cuerpos deben encontrarse en estado gaseoso a pesar de la enorme presión.

- Como ustedes saben, existe la temperatura crítica de los gases, temperatura a la cual no se comprimen ni se licúan, cualquiera que sea la presión. Indudablemente, en el centro de la Tierra esta temperatura crítica se halla muy sobrepasada. Por eso deben constituir ese núcleo los gases llamados monoatómicos, que han perdido sus propiedades químicas características, ya que sus moléculas se han desasociado en átomos bajo la influencia de la elevada temperatura. Este núcleo está rodeado de una capa de gases con una temperatura superior a la crítica y ésta, a su vez, rodeada de gases ordinarios.

- Luego se suceden una capa de materia en fusión, una capa de líquido pastoso semejante a la lava o la resina, y una capa transitoria entre el estado líquido y el estado sólido y que se llama estado de plasticidad latente, de consistencia parecida a la pez de zapatero.

- Y arriba encontramos, al fin, la corteza sólida. Entre las capas enumeradas no existe, naturalmente, un límite rotundo, sino que pasan gradualmente de una a otra. Por eso, bajo los efectos de la rotación de la Tierra, estas capas no se pueden desplazar las unas respecto a las otras ni influir sobre los flujos y los reflujos ni sobre el desplazamiento del eje de la Tierra. Las opiniones varían en cuanto al

espesor de la corteza terrestre. El físico sueco Arrhenius calcula que el núcleo gaseoso ocupa el 95% del diámetro del globo; las capas de líquidos ígneos el 4% y la corteza sólida el 1% sólo, es decir, unos 64 kilómetros de espesor.

- Otros atribuyen un espesor más considerable a la corteza: 80, 100 e incluso 1.000 kilómetros. Pero la corteza fina, de 60 a 100 kilómetros, se aviene mejor con los fenómenos volcánicos y geotérmicos, con la formación de las montañas, etc.

- Como ven ustedes, esta hipótesis ha resucitado la teoría de Leslie y de los demás, aunque sin los planetas interiores y los orificios de acceso y ha confirmado incluso la idea del capitán Simmes acerca de las esferas concéntricas. Pero, naturalmente, el interior de la Tierra no podía estar habitado a una temperatura que fisiona incluso los átomos de gas.

- ¡Y sin embargo, está habitado! -exclamó Kashánov-. Aunque supongo que también usted se lo imaginaba al organizar la expedición.

- Tiene usted razón -replicó Trujánov-. Y ahora voy a exponer a ustedes mi propia hipótesis. Desde hace mucho tiempo soy partidario de la hipótesis de Zöprritz, y he hecho observaciones y cálculos para desarrollarla y confirmarla. Las observaciones trataban de la determinación de la fuerza de la gravedad, de los fenómenos geomagnéticos y de la difusión de los terremotos.

- Sabido es que las ondas sísmicas no se propagan sólo por la superficie de la corteza terrestre, sino también en línea recta, a través del subsuelo. Por eso, si ocurre un terremoto en nuestros antípodas, los instrumentos sensibles captan dos series de sacudidas: primero las que siguen el camino más corto por el diámetro del globo y luego las que se difunden por la superficie terrestre, o sea, por la periferia del globo. La rapidez de la transmisión de las sacudidas depende de la densidad y la homogeneidad del medio, y esa rapidez permite juzgar del estado del medio.

- Conque una serie de observaciones, hechas en distintas estaciones sísmicas y en mi observatorio de Munku-Sardik, donde instalé instrumentos nuevos, de precisión y sensibilidad extraordinarias, en un pozo profundo al pie de una cadena montañosa, descubrieron hechos en contradicción con la hipótesis de Zöprritz. Se vio que el núcleo terrestre no se debía componer de gases muy comprimidos por la presión, sino al contrario, de gases enrarecidos, poco más densos que el aire que nos rodea, y que ocuparían unas tres cuartas partes del diámetro del globo. En una

palabra, ese núcleo gaseoso debía tener alrededor de ocho mil kilómetros de diámetro; de manera que no quedaría para las capas líquidas y sólidas más de dos mil cuatrocientos kilómetros de espesor a cada lado. Y entre el núcleo gaseoso había que admitir la existencia de un cuerpo sólido o casi sólido, es decir, de un planeta interior de quinientos kilómetros de diámetro como máximo.

- ¿Cómo ha logrado usted determinar el diámetro de ese cuerpo invisible? -preguntó Borovói interesado.

- De una manera muy sencilla. Ese cuerpo se hallaba sólo en el camino de las sacudidas sísmicas que se producían en los antípodas de mi observatorio, o sea, en el Pacífico, al Este de Nueva Zelanda. Si el terremoto tenía lugar en la propia Nueva Zelanda o en Patagonia, no había ningún cuerpo sólido en el camino recto de su propagación. Una serie de observaciones permitió determinar las dimensiones máximas de este cuerpo, con una exactitud aproximada, naturalmente.

- O sea, que las observaciones han demostrado que dentro de la Tierra existe una vasta extensión llena de gases poco distintos al aire por su densidad y que en medio de ellos se encuentra un planeta interior de 500 kilómetros de diámetro como máximo. En términos generales, estas observaciones coincidían irás con las hipótesis de los sabios antiguos que con las de Zöpplitz. En este caso, surgía una duda en cuanto a la exactitud de los cálculos relativos a la distribución de las materias pesadas en la corteza terrestre. La densidad media de la Tierra, como se sabe, es de 5,5; la densidad de las rocas de la capa superficial de la corteza terrestre es sólo de 2,5 a 3,5 e incluso menos si se tiene en cuenta las grandes masas de agua de los océanos. Por eso consideran los sabios que más cerca del centro de la Tierra deben encontrarse substancias de densidad creciente, que llegaría a cifrarse en 10 u 11 en el centro del núcleo. Pero si en el interior de la Tierra hay una vasta extensión de gases de la misma densidad que el aire con un pequeño planeta en el centro, debe admitirse una distribución completamente distinta de las densidades en la corteza terrestre que rodea la cavidad gaseosa interna. Admitamos que la parte superficial ligera de la corteza tenga unos 77 kilómetros de espesor; la parte interior pesada, con muchos metales pesados, 2.300 kilómetros y la cavidad interna gaseosa 4.000 kilómetros, incluido el planeta. El total arroja 6.377 kilómetros, o sea, el radio de la Tierra. Admitiendo que la

densidad media de la parte pesada de la Tierra es de 7,8, la densidad de la Tierra en su conjunto será de 5,5 como dicen los datos de los geofísicos.

En el encerado de la sala de oficiales, Trujánov hizo delante de sus oyentes todos los cálculos del volumen y el peso de las capas integrantes de la Tierra para demostrar cómo se imaginaba la distribución de las masas. Habiendo adoptado la hipótesis de Zöppritz, bajo esta forma modificada, Trujánov pasó a examinar la cuestión de cómo se había constituido el orificio que unía la superficie terrestre a la cavidad interna, por donde debían escapar los gases condensados y ardientes de la cavidad. Después de mencionar la frecuente caída sobre el globo de cuerpos celestes llamados meteoritos, procedentes del espacio cósmico, Trujánov emitió la suposición de un inmenso meteorito que, habiendo caído en tiempos sobre la Tierra, hubiera atravesado la corteza de 2.377 kilómetros, quedándose en el interior, convertido en el planeta Plutón. Como prueba de la posibilidad de esta caída, se refirió a la enorme excavación llamada cráter meteórico del Estado de Arizona, en Norteamérica, y que es el impacto de un meteorito gigante, según los fragmentos encontrados en la excavación. Pero este meteorito no logró perforar la corteza terrestre; rebotó y fue a caer al Pacífico, mientras Plutón atravesó la corteza y se quedó en el interior.

- ¿Cuándo se produjo esta catástrofe? -preguntaron los oyentes.

- En el período jurásico como máximo, ya que en la parte más avanzada de la cavidad interna adonde ha llegado la expedición subsisten representantes de la fauna y la flora jurásicas que emigraron a ella desde la superficie de la Tierra después de la formación del orificio, la salida de los gases y el enfriamiento de la cavidad interior. Más tarde, se trasladaron a ella por el mismo camino la flora y la fauna del cretáceo, del terciario y del cuaternario, empujando consecutivamente a sus predecesores hacia el interior de la cavidad.

- Mientras la Tierra de Nansen se halle cubierta por los hielos, los representantes de la flora y la fauna con temporáneas no pueden descender a la cavidad interna. Sólo el hombre del siglo XX, en las personas de ustedes, ha superado valerosamente este obstáculo, ha penetrado en ese misterioso país donde, gracias al clima estable y a las condiciones propicias de vida, se han conservado maravillosamente ejemplares de la flora y la fauna desaparecidas hace mucho tiempo de la superficie

del globo. Ustedes han descubierto un museo paleontológico cuya existencia estaba yo lejos de sospechar.

- Ha descrito usted perfectamente cómo fue poblándose la cavidad interna -observó Kashtánov-, aunque los paleontólogos quizá encuentren puntos discutibles en sus hipótesis. Pero yo quisiera preguntar todavía adónde fueron a parar los fragmentos de la corteza terrestre producidos al formarse el impacto.

- A mi entender, las más pequeños han debido ser arrojados fuera por los gases al escaparse del interior del globo; los más grandes han podido fusionarse con el meteorito para formar el cuerpo luminoso de Plutón o caer sobre la superficie interna constituyendo allí colinas y mesetas.

- Es posible que los montes de roca olivina rica en hierro descubiertos por ustedes a orillas del río Makshéiev en su curso medio estén formados por fragmentos de éstos. También es posible que toda la meseta del desierto Negro, en la orilla meridional del mar de los Reptiles, sea un fragmento de éstos, pero inmenso. Todo esto exige un estudio más profundo.

- ¿Y cómo explica usted la existencia de los volcanes, apagados o activos, que hemos descubierto en esa meseta?

- No me parece difícil. Según la hipótesis de Zöppritz, por encima de las zonas o capas gaseosas había una capa de líquido ígneo. Después de la formación del cráter meteórico, cuando los gases se precipitaron por él hacia fuera y la presión del interior de la Tierra empezó a disminuir sensiblemente, parte de esta capa debió transformarse en vapores y gases, mientras la otra constituía un mar de fuego en ebullición. Los vapores y los gases salieron gradualmente por el orificio, la temperatura y la presión de la cavidad interna fueron bajando y el mar de lava se recubrió de una costra sólida. Delgada y frágil al principio, se desgarraba con frecuencia bajo el empuje de los gases y los vapores que continuaba despidiendo la masa en fusión. Pero la costra fue solidificándose poco a poco y las desgarraduras se hicieron menos frecuentes como ocurrió sobre la superficie de la Tierra durante el primer período de su existencia. Los volcanes demuestran sólo que a cierta profundidad, debajo de esa costra, hay todavía cuencas de lava incandescente que produce las erupciones como en la superficie terrestre, con la diferencia de que sus

productos son rocas muy pesadas, saturadas de hierro, que no conocemos sobre la Tierra.

- Pero si, como ha dicho usted, la superficie interior era un mar ígneo -observó Makshéiev-, los fragmentos de corteza debían hundirse o fundirse al caer en él.

- Eso no es forzoso -intervino Kashtánov-. Los fragmentos pequeños, naturalmente, se fundirían; pero los grandes, que podían tener varios kilómetros de diámetro, sólo se fundirían en parte. En cuanto a hundirse en el mar ígneo, eso dependería de su peso específico. Si eran más ligeros que la masa en fusión cosa muy admisible para una parte de los fragmentos-, flotarían sobre su superficie lo mismo que los témpanos en el mar y, lo mismo que los témpanos, irían disolviéndose por los bordes y por debajo.

- No insisto sobre esta idea -declaró Trujánov-. Es lo primero que se me ha ocurrido. Todo esto exige un estudio profundo. No conocemos de momento más que una estrecha franja de Plutonia a lo largo del río Makshéiev y de las orillas del mar de los Reptiles. Ahora bien, ¿qué representa la inmensa región que se extiende a ambos lados del río?

¿Se adentra mucho hacia el Sur el desierto Negro? ¿Qué hay detrás de él? ¿No existirán otra vez oasis de vida?

- Me parece que no -observó Pápochkin-, y voy a decir por qué. La humedad, sin la cual es imposible la vida, llega con los vientos del Norte que penetran por el orificio. Esta humedad es principalmente producto de la superficie terrestre. Como hemos visto, las lluvias no se extienden más allá de la orilla meridional del mar de los Reptiles. Los vientos dejan toda su humedad al recorrer esta distancia, relativamente pequeña, a partir del orificio y, detrás del mar, sobre todo el resto de la superficie interior, se extiende un desierto árido y estéril de lava condensada. Incluso pienso que, al principio, la vida del jurásico no llegaba más que a la zona inmediata al orificio y que sólo gradualmente, a medida que la cantidad de agua constituida por ríos y lagos aumentó gracias a la penetración constante de humedad por el orificio, se adentró la vida más hacia el Sur. Es posible que también el mar de los Reptiles se haya formado hace relativamente poco tiempo, por lo cual su agua no es tan salada como la de los océanos.

- Eso ya no se puede admitir -replicó Kashtánov-. Si el mar fuera de origen reciente, no lo habitarían representantes de la fauna jurásica: peces, ictiosauros, plesiosauros... Ni los peces ni los ictiosauros podían emigrar de la superficie terrestre al interior por tierra como las hormigas o por el aire como los pterodáctilos. O sea que por el orificio penetró a pesar de todo el mar, aunque durante un breve período y en forma de estrecho brazo.

- ¡Un momento, un momento! -exclamó Pápochkin-. ¿Cómo iba a penetrar el mar detrás del meteorito? Habrían encontrado una superficie ígnea (ígneas = en geología, rocas formadas por el enfriamiento y la solidificación de materia rocosa fundida, conocida como magma. Según las condiciones bajo las que el magma se enfríe, las rocas que resultan pueden tener granulado grueso o fino) y gases incandescentes y todos los saurios (saurio = lagarto) y los peces hubieran dado una inmensa sopa de pescado, pero nunca descendencia.

Todos se echaron a reír, pero Kashtánov objetó:

- Saca usted deducciones demasiado precipitadas de mis palabras. Yo no he dicho que el mar penetrase detrás del meteorito. Este cayó, como supone Trujánov, en el período triásico, mientras la fauna del mar es del jurásico. Por lo tanto, tenemos un intervalo suficiente para la salida de los gases y el enfriamiento de la cavidad interior. Es posible que en la otra parte de Plutonia el mar de los Reptiles se extienda mucho más al Norte, indicando la vía seguida en tiempos por la fauna marina durante su migración al interior.

- Ya ven ustedes cuántos problemas de interés e importancia capitales surgen en cuanto empezamos a discutir la naturaleza de Plutonia -dijo Trujánov-. Cada uno de nosotros plantea toda una serie en el dominio de su especialidad. En resumidas cuentas, que hace falta enviar una segunda expedición para que siga explorando Plutonia. ¿No es cierto?

EPILOGO

Llegó el mes de mayo y transcurrió sin traer la ansiada primavera. Aunque el sol no abandonaba ya el horizonte, limitándose a descender un poco al Norte y levantarse al Sur, no calentaba apenas y la nieve se derretía sólo en el flanco del barco orientado hacia el Sur y en los acantilados de la costa. Además, a los días de sol sucedían con frecuencia otros entoldados: se alzaba el viento, la nieve formaba remolinos y con frecuencia se desencadenaban verdaderas nevascas, dando la impresión de que había vuelto el invierno. La nieve reciente impedía siempre que se derritiera la antigua, reblandecida ya y dispuesta a convertirse en agua en cuanto hiciera unos días bastante buenos. No llegaron hasta la primera mitad de junio, trayendo al fin la primavera tan deseada.

Numerosos arroyuelos fluían por los acantilados; en las pequeñas terrazas desnudas aparecieron florecillas minúsculas, que se abrían en nada de tiempo; en el agua de los charcos, calentada por el sol, pululaban insectos acuáticos, salidos no se sabía de dónde. Pero el mar, revestido de hielo, continuaba su sueño. Sin embargo, en los días apacibles se distinguía a lo lejos, desde lo alto del mástil, la franja oscura del agua.

- Este año la primavera viene con retraso -dijo un día el capitán a los viajeros reunidos sobre cubierta, ya que el agua que cubría el hielo casi en todas partes les obligaba ahora a estarse la mayoría del tiempo en el barco.

- Efectivamente. El año pasado, por la misma época, habíamos llegado casi a las costas de esta tierra.

- Porque los fuertes vientos habían agitado el mar y partido los hielos. En cambio ahora hay una calma absoluta desde hace diez días o sopla una ligera brisa del Sur.

- ¿Tendremos que pasar aquí otro invierno si el mar no se limpia de hielo? - preguntó Pápochkin, que empezaba a sentirse aburrido.

- ¡Hombre, no! En julio o en agosto todo lo más quedará libre el mar, incluso si no hay viento.

- ¡En julio o agosto! -exclamaron Gromeko y Makshéiev -. ¿Conque tendremos que estarnos todavía aquí la mitad del verano?

- Sí. Es una cosa con la que se debe contar en las travesías polares. En los años malos no hay más que un mes o mes y medio de navegación. En los buenos, dos o tres meses. La paciencia de los habitantes del Estrella Polar hubo de sufrir realmente una larga prueba. En junio hizo un tiempo apacible, aunque entoldado y frío durante la segunda mitad. Por las noches helaba, caían algunas nevadas y, en esas jornadas, cualquiera hubiera dicho que había terminado ya el verano.

A principios de julio, por fin, una tormenta venida del Este lo cubrió todo de nieve pero rompió los hielos; el barco, que estaba desde hacía ya tiempo desprendido del hielo y dispuesto para la navegación, se despidió con una salva de la triste Tierra de Nansen y puso rumbo al Sur.

De todas formas, el tiempo continuaba gris y húmedo; llovía o nevaba con frecuencia. A veces, la niebla inmovilizaba el barco durante horas y horas.

Únicamente a principios de agosto salió el Estrella Polar al mar libre y puso rumbo a toda marcha hacia el estrecho de Bering. Todo el mundo lanzó un suspiro de alivio. Sólo quedaban dos o tres semanas de navegación hasta Vladivostok.

A mediados de agosto bogaban a la altura del río Kamchatka. Se distinguían a lo lejos la orilla de la península, los conos de los volcanes, la colina humeante Kliuchévskaja. Era un día extraordinariamente tranquilo y claro. El turbulento mar de Bering se extendía como un espejo hasta el horizonte. Gracias a la transparencia del aire otoñal se divisaban al Sudeste las cimas de la isla de Bering, la más próxima de las islas del Comendador. De allí se alejaba a toda marcha un gran barco que parecía dirigirse hacia Nizhne-Kamchatsk.



- Debe ser un crucero ruso de vigilancia en estas aguas -explicó Makshéiev, contestando a la pregunta de sus compañeros, reunidos sobre cubierta, y que estaban de excelente humor viendo el mar tranquilo y el buen éxito de la navegación.

- ¿A quién vigila? -preguntó intrigado Kashtánov.

- A los piratas americanos y japoneses. Las islas del Comendador se conocen por ser el mejor o quizá el único vivero de otarias (otaria = tipo de foca, leones de mar), cuyo número, a consecuencia de su bárbara destrucción, disminuye rápidamente. Por eso, nuestro gobierno sólo autoriza su caza en un período determinado y con ciertas limitaciones respecto a las hembras y las crías. Pero los cazadores rapaces tratan de burlar la prohibición. De aquí, que las islas sean visitadas frecuentemente por barcos de guerra con derecho a reconocer los navíos sospechosos que cruzan por estas aguas.

- ¡Creo que también nosotros les parecemos sospechosos -exclamó Trujánov-. El crucero viene derecho hacia nosotros.

En efecto, el crucero, gran embarcación de tres palos, iba a toda velocidad a cortar el camino al Estrella Polar. Podían distinguirse ya los cañones brillantes de las piezas de artillería y un grupo de personas en el puente del capitán. Súbitamente escapó un penacho de humo de uno de los cañones, se escuchó una detonación y al mismo tiempo apareció en un mástil la señal de "Alto o disparo".

El Estrella Polar obedeció. Según las reglas marítimas, el capitán había hecho izar el pabellón ruso en cuanto advirtió el crucero; pero este último no siguió su ejemplo. Los pasajeros, agrupados junto a la borda, contemplaban el hermoso buque que se acercaba rápidamente.

- ¡Cómo! ¡Si no es un crucero ruso! Se llama Ferdinand y lleva el nombre escrito en caracteres latinos -dijo el capitán, que estaba examinándolo con su catalejo.

- Entonces, ¿con qué derecho da el alto a un navío ruso en aguas rusas? -preguntó Kashtánov sorprendido.

- ¿De qué nacionalidad es ese Ferdinand? Alemán probablemente, ¿no?

- Vamos a verlo -contestó el capitán, consultando un prontuario-. ¡Aquí está! Ferdinand: crucero de guerra austro-húngaro construido en 1909... Tantas

toneladas de desplazamiento... Diez cañones de tal calibre, etc... Tripulación, 250 hombres. Velocidad... etc.

Mientras tanto, el crucero aminoró la marcha y se detuvo a un cable del Estrella Polar. Un bote fue echado al mar y en él subieron dos oficiales y unos veinte marineros armados de fusiles. El bote se dirigió hacia el Estrella Polar, cuyos pasajeros, el capitán y toda la tripulación se habían juntado, sorprendidos, junto a la borda.

No hubo más remedio que echar una escala para recibir a aquellos visitantes importunos.

Los dos oficiales y diez marineros subieron a cubierta.

- ¿Este es un barco ruso? -preguntó, llevándose la mano a la visera, el oficial superior.

- En efecto. El Estrella Polar, propiedad privada -contestó Trujánov.

-¿Es usted el capitán?

- No. Soy el propietario del barco.

- ¿Barco mercante o ballenero?

- Ni lo uno ni lo otro. El Estrella Polar conduce una expedición científica que regresa de una travesía por el Océano Glacial. Pero quisiera saber con qué derecho detiene usted a un barco ruso en aguas rusas y con qué derecho nos somete usted a un interrogatorio.

- Con el derecho que dan las reglas de la flota y del estado de guerra.

- ¿Cómo? ¿De qué estado de guerra? ¿Qué ocurre? -preguntaron los pasajeros alarmados hasta el máximo.

El oficial sonrió:

- ¿No están ustedes enterados? ¿Llevan mucho tiempo navegando por el Océano Glacial?

- Desde la primavera del año pasado.

- Diese Russen sind wie vom Himmel gefallen (estos rusos parecen caer del cielo) - dijo el austríaco a su compañero, que debía comprender mal el ruso y ahora sonrió también al contestar:

- Sie wissen gar nichts vom Kriege? (¿No saben nada de la guerra?) El primero continuó:

- Entonces, les comunico que, desde hace un año, el Imperio alemán y el Imperio austro- húngaro están en guerra con Rusia y nosotros, el crucero Ferdinand de la flota imperial, nos apoderamos de su barco como botín de guerra. ¿Entienden?

- Pero mi barco no es un buque de guerra, sino una embarcación científica, civil. Los barcos privados no se confiscan.

- ¿Un barco civil? ¿Y qué es esto? -replicó el austríaco señalando la pequeña pieza que servía para las salvas y las señales-. ¡Un cañón!

Trujánov contestó con una sonrisa, - Todo barco civil -prosiguió el austríaco- puede ser armado, puede llevar un desembarco, cargamento militar, correo militar. El barco civil tiene que ser confiscado.

¡No hay más remedio!

- ¿No podría ver al comandante del crucero?

- ¿Habla usted alemán?

- No, pero hablo español, francés e inglés.

- Bien. Vamos al crucero.

El oficial dio una orden a media voz a su subordinado y luego descendió con Trujánov al bote, que les condujo al crucero. El segundo oficial y los marineros armados quedaron en el Estrella Polar.

Kachtánov hablaba bien el alemán. Entabló conversación con el oficial, que contestó de buen grado a sus preguntas e informó a los viajeros de los principales acontecimientos de la guerra europea de 1914. Así pasó el tiempo hasta el regreso de Trujánov, que volvió con dos oficiales y varios marineros sin armas.

- Nos piensan desembarcar en la costa de Kamchatka -declaró-. Vamos a los camarotes a recoger nuestro equipaje mientras escoltan al Estrella Polar hasta la orilla. Lo confiscan, desde luego, con todo su cargamento.

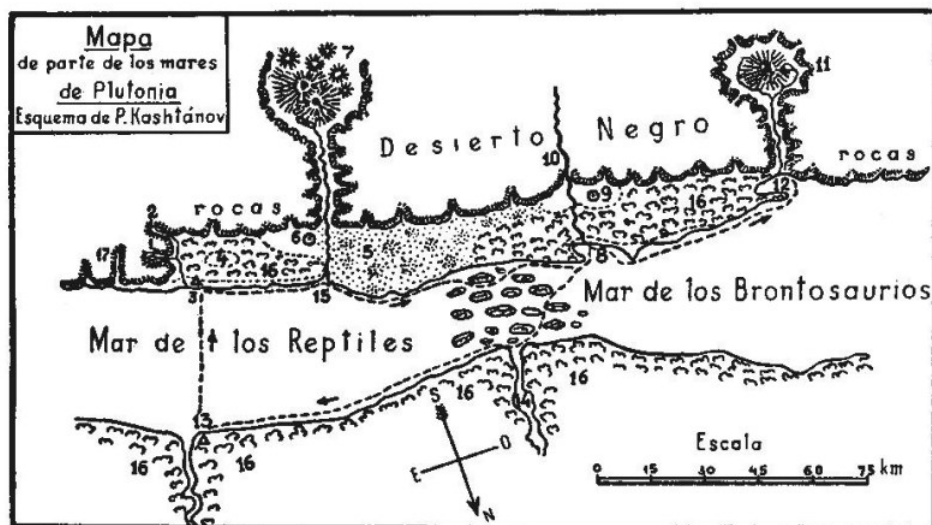
En la cabina, sin la presencia de los austríacos, que se habían quedado dando órdenes sobre cubierta, Trujánov refirió lo siguiente:

- El comandante del crucero me ha dicho lo mismo que el oficial. Al principio ha consultado con sus ayudantes, porque quería llevarnos prisioneros. Yo comprendo y hablo muy bien el alemán -explicó Trujánov-, pero lo he ocultado a propósito para enterarme de lo que iban a hablar de nosotros entre ellos. Así he sabido que tienen pocos víveres y cuentan aprovecharse de nuestras reservas. De ahí que no quieran

prisioneros, que son bocas suplementarias. Uno de los ayudantes insistía en llevarse por lo menos todos los movilizables menores de 45 años, es decir, a todo el mundo menos a mí. Pero el comandante le ha tranquilizado diciéndole que, antes de que lleguemos de Kamchatka a Moscú, la guerra habrá terminado seguramente con la derrota de Rusia y Francia.

- Así pues -concluyó-, han decidido desembarcarnos a todos. No nos permiten llevarnos más que la ropa estrictamente necesaria, algunas provisiones y el dinero personal, pero no la caja de la expedición, que queda confiscada igual que todo el resto.

¿Pero todas nuestras colecciones, el resultado de nuestra expedición? -gritó Pápochkin indignado.



1. El lago de los Estegosaurios; 2. El desfiladero de los Pterodáctilos; 3. Punto de desembarco; 4. El calvero de los Iguanodontes; 5. Las dunas; 6. El hormiguero N° 1; 7. El volcán Satán; 8. La bahía de los Peces; 9. El hormiguero N°2; 10. El río de las Hormigas; 11. El volcán Gruñón, el lago del Ermitaño y el río Pápochkin; 12. La bahía del Ermitaño; 13. La desembocadura del río Makshéiev; 14. El río Gromeko; 15. La desembocadura del río del Azufre; 16. El bosque de colas de caballo, de helechos y de palmeras; 17. El desfiladero de los Millones.

1: El lago de los Estegosaurios; 2. El desfiladero de los Pterodáctilos; 3. Punto de desembarco; 4. El calvero de los Iguanodontes; 5. Las dunas; 6. El hormiguero N° 1; 7. El volcán Satán; 8. La bahía de los Peces; 9. El hormiguero N°2; 10. El río de las Hormigas; 11. El volcán Gruñón, el lago del Ermitaño y el río Pápochkin; 12. La bahía del Ermitaño; 13. La desembocadura del río Makshéiev; 14. El río Gromeko; 15. La desembocadura del río del Azufre; 16. El bosque de colas de caballo, de helechos y de palmeras; 17. El desfiladero de los Millones.

- Todo, desde luego. Los diarios podemos esconderlos, naturalmente, en los bolsillos; pero las fotografías, los cráneos, las pieles, los herbarios, etc: tendrán que quedar aquí. Prometen mandarlo todo a Viena intacto para que nos sea devuelto después de la guerra.

- Eso si alguna mina o algún submarino francés o ruso no los manda antes a pique - observó indignado Borovói.

- No tendría nada de particular -replicó Trujánov-, sobre todo porque también la Gran Bretaña ha entrado en la guerra...

- En una palabra, que la expedición ha sido saqueada igual que cuando nos saquearon las hormigas -dijo Makshéiev con una sonrisa triste.

- Existe todavía cierta probabilidad de recobrar nuestros bienes -anunció Trujánov-. Por ciertas alusiones he comprendido que tienen aquí cerca una base lo más probable es que en las islas del Comendador-, de donde ha salido a nuestro encuentro el crucero. Allí van a llevar al Estrella Polar. En cuanto lleguemos a Vladivostok, lo comunicamos a nuestros barcos de guerra, que irán a sorprenderla.

- ¡Cualquiera sabe cuándo llegaremos!

- Pues, desde luego, es la única esperanza que queda. Bueno, y ahora, vamos a hacer nuestro equipaje.

Cada cual se retiró a su cabina. El Estrella Polar se dirigía ya a toda marcha hacia Kamchatka, escoltado por el crucero, rumbo a Ust-Kamchatsk, primer lugar habitado de la costa al Norte de Petropávloysk. Pronto se reunieron los viajeros, abatidos, en la cubierta con sus maletas y sus hatos, que los austríacos visitaron por encima, sin revolverlos ni registrar los bolsillos. Makshéiev, logró así salvar el oro que había metido en su ancho cinto de buscador de oro, especie de faltriquera larga y estrecha. Llevando una arroba encima, el ingeniero no tenía ninguna libertad de movimientos. Pera la especie de morcilla de oro, ajustada a la cintura, estaba oculta debajo de la kujlianka y los austríacos no prestaron atención a los movimientos torpotes del explorador. Las colecciones y el material de la expedición, que llevaban mucho tiempo embalados en cajones para ser enviados por ferrocarril, fueron entregados a los austríacos con el inventario. Naturalmente, no les informaron de donde había estado de verdad la expedición.

- Hemos explorado la tierra de Chukotka y pasado el invierno en la isla de Wrángel - declaró Trujánov.

El oficial que se hacía cargo del material sacudió la cabeza con simpatía y dijo:

- Mi padre participó en una expedición polar a la Tierra de Francisco José en la goleta austríaca Tegetthoff.

Usted lo habrá leído seguramente, ¿verdad?

- ¡Oh, claro! -sonrió Trujánov.

Al atardecer, los dos barcos se detuvieron frente a un largo cabo de la desembocadura del Kamchatka, detrás del cual había una pequeña aldea de pescadores. Los pasajeros y su equipaje fueron rápidamente embarcados en tres botes y llevados hasta la costa. Igolkin y el capitán salieron en seguida para la aldea en busca de medios de transporte. Los demás se habían quedado en la orilla, observando pesarosos cómo eran izados los botes a bordo y cómo viraban los dos barcos y se adentraban a toda marcha en el mar. Al crepúsculo, antes de que sus compañeros hubieran vuelto con el único caballo del pueblo, los barcos se habían desvanecido ya en las tinieblas vespertinas.

Nuestros viajeros hubieron de permanecer aún diez días enteros en Ust-Kamchatsk por carecer de medios de transporte. La escasa población de las orillas del Kamchatka estaba consagrada a la pesca porque habrá comenzado la migración de otoño de los peces. Y, naturalmente, nadie tenía el menor deseo de abandonar esta labor, que daba de comer a los hombres y los perros durante todo el invierno, para conducir en lanchas, río arriba, a todo aquel grupo. Únicamente Igolkin, que quería llegar cuanto antes a Petropávlovsk para ver a su mujer, emprendió aquel camino acompañado de General. Llevaba para el gobernador una carta donde Trujánov comunicaba la confiscación del Estrella Polar, le anunciaba la existencia de una base enemiga en las islas del Comendador y pedía auxilio.

A fines de agosto un pesquero japonés llegó a Ust-Kamchatsk y consintió, mediante una fuerte cantidad, llevar a todo el grupo al Japón. Para hacer sitio a los pasajeros hubo de abandonar parte de su cargamento.

La travesía duró tres semanas y no fue nada agradable. Unos se habían instalado sobre cubierta y otros en la bodega, entre los barriles de pescado. Se alimentaban al estilo japonés, de pescado, arroz y té. El balanceo era muy sensible y tuvieron

que sufrir nieblas, lluvias y borrascas. Enfrente de las islas Kuriles estuvieron a punto de estrellarse contra unos arrecifes durante una tormenta. En el golfo de la Paciencia, los japoneses quisieron desembarcarlos a todos so pretexto de que la parte japonesa de Sajalín también era el Japón y sólo consintieron conservarlos a bordo mediante un pago suplementario.

En Wakkanai, en el extremo septentrional de Hokkaido, la isla japonesa situada más al Norte, los pasajeros, rendidos, abandonaron ellos mismos el barco porque desde allí podían llegar antes y más cómodamente al puerto de Hakodate por ferrocarril. Hakodate, situado en el extremo meridional de la isla y casi en la misma latitud que Vladivostok, tenía con este puerto comunicación bastante regular y frecuente. Después de una serie de interrogatorios y de formalidades debidos a que también el Japón había entrado en guerra al lado de la Entente, (entente = (voz francesa) f. Inteligencia, trato secreto, convenio, pacto, concierto), un vapor correo llevó en poco tiempo a todo el grupo a Vladivostok.

Cuál no sería el asombro de los viajeros cuando, al atracar, vieron entre los barcos que había en la bahía al Estrella Polar con un centinela montando la guardia en la cubierta. En seguida hicieron indagaciones y se enteraron de que, al recibir la carta de Trujánov, el gobernador de Kamchatka, como no tenía barcos bastante grandes para atacar al crucero austríaco telegrafió a Vladivostok. Un crucero rápido enviado desde aquel puerto encontró al Estrella Polar en las islas del Comendador; en cuanto al barco austríaco, había logrado ocultarse.

El comandante del puerto, que les comunicó estas noticias, tuvo que decepcionar a los exploradores, que esperaban ya recuperar sus colecciones. Los austríacos habían saqueado enteramente el Estrella Polar, llevándose las colecciones, el material, los víveres, incluso el mobiliario de los camarotes y las piezas más costosas de las máquinas, hasta el punto de que el barco hubo de ser remolcado. Como no podía hacerse a la mar sin reparaciones, Trujánov hubo de aceptar la propuesta de las autoridades navales de cederlo a los servicios de vigilancia mientras duraba la guerra. Abatidos, los exploradores tomaron el transiberiano para volver a sus lares. Después de haber examinado la situación decidieron que hasta el final de la guerra, que todos creían próximo, y hasta la restitución de las colecciones y las fotografías era preferible no hablar de la expedición a Plutonia. ¿Qué tenían, aparte de sus

palabras, para demostrar que Plutonia y sus maravillas existían realmente y que se podía penetrar hasta ellas? Toda persona de sentido común, hubiera considerado su informe como una mistificación y los hubiese tildado de mentirosos o de locos.

Pero la guerra se prolongó. Luego llegó la Revolución de Octubre, la guerra civil... Los miembros de la expedición se dispersaron. Se ignora el paradero de los documentos y las colecciones. Trujánov, que ha vuelto a su observatorio de Munku-Sardik, donde vive en ermitaño, ha perdido las esperanzas de que le sean devueltos.

El diario del viaje y los dibujos de uno de los miembros de la expedición, ya muerto, cayeron por casualidad en manos del autor. Con dichos materiales ha sido escrito el presente libro.



FIN

Plutonia

V. Obruchev

Preparado por Antonio Bravo



BIOGRAFÍA

Vladimir Afanásievich Obruchev (1863-1956). Nació en **Irkutsk** situado al sureste de Siberia y al sur del lago Baikal en Rusia, fue un eminente Geólogo, académico, héroe del trabajo socialista (el título honorífico más alto de la URSS). Escribió trabajos multi- volúmenes clásicos sobre geología de Siberia, y una historia de la investigación geológica de Siberia, así como las novelas populares *Plutonia* (1924) de ciencia ficción, *La Tierra de Sánnikov* (1926), *Buscadores de Oro en el Desierto* (1928), *En el dédalo del Asia Continental* (1950) *En el Corazón Central* (1951). A Obruchev le fue concedido el premio de Prizhevsky, medalla de oro grande, a dos premios de Chikhachev (1898 y 1925) de la academia francesa de ciencias, y al premio Lenin (1950). Hay una placa conmemorativa a Obruchev en el edificio del museo regional.



Escribió trabajos científicos sobre Geología y Geografía de Siberia, Asia Central, Asia Continental y China.

Obruchev amaba desde niño todos los relatos fantásticos. "... Leía con arrobó (éxtasis, embelesamiento) las aventuras ocurridas en países lejanos -escribe- y escuchaba con enorme interés los pensamientos y los consejos de los hombres veteranos que habían visto mucho mundo. Los libros de Cooper, de Maine Reid y más tarde los de Julio Verne me causaban honda impresión. Mentalmente mis hermanos y yo atravesábamos los hielos del ártico, ascendíamos a altas montañas, bajábamos a la profundidad de los océanos, íbamos a la caza de elefantes, de leones

y de tigres. Jugábamos a los viajes, recortando en papel siluetas de hombres y de animales, haciendo lanchas de cartón y organizando la caza de fieras, la lucha entre blancos e indios, los naufragios. Me gustaban mucho los cazadores, los marineros y los hombres de ciencia de Julio Verne, a veces cómicos y distraídos, pero grandes conocedores de la naturaleza. Y también yo quería llegar a ser hombre de ciencia, naturalista, explorador".

En 1886, terminados sus estudios en el Instituto de Minas, Obruchev comenzó a trabajar en las obras del ferrocarril del Transcaspio, en Turkmenia: estudió el desierto de Kara- Kumi, las orillas del río Amú-Dariá, los viejos cauces del Uzbói, atravesó los arenales y las montañas de la frontera del Afganistán. Con los constructores del ferrocarril fue a través de Bujará hasta Samarcanda, desde donde realizó todavía una excursión a la cordillera de Alái. Terminadas las obras del ferrocarril, Obruchev trabajó de geólogo en Siberia: en las orillas del lago Baikal, en el río Lena y en la zona aurífera del río Vitim. En 1892-1894 estudió, con la expedición del famoso viajero Potanin, los desiertos y las estepas de Mongolia, las montañas de Nan-Shan y de China del Norte. Más tarde exploró la Transbaikalia y realizó varias expediciones a Djungaria y al Altái. Obruchev consagró muchos años a la actividad pedagógica y educó varias generaciones de ingenieros y geólogos.

Se le deben más de mil obras científicas, entre ellas importantísimos trabajos sobre la geología de Siberia y sobre la historia de la investigación geológica de dicha región, galardonados con el Premio Lenin y con premios y medallas de distintas sociedades científicas. En noviembre de 1954, Obruchev terminó una descripción geográfica del sistema Montañoso de Nan-Shan, en China, según las observaciones suyas y de los demás exploradores que han estudiado esas montañas, Dedicó todo su último tiempo a hacer una descripción geológica de las cordilleras de Nan-Shan.

El académico Obruchev falleció el 19 de junio de 1956, a los noventa y tres años.